MENDOZA

HISTORIA DE LA GUERRA HISPANO-AMERICANA


THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
·LIBRARIES·
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
ARTES · SCIENTIA · VERITAS
1817

HISTORIA

DE LA

GUERRA HISPANO--AMERICANA

HISTORIA

DE LA

GUERRA HISPANO-AMERICANA

Escrita por Enrique Mendoza y Vizcaino.

CON UN PRÓLOGO DEL

SR. FRANCISCO G. COSMES

COLABORACION

DEL SR. ALBERTO LEDUC.

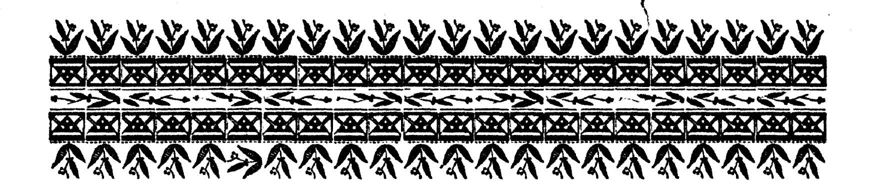
SEGUIDA DE ALGUNAS PROTESTAS
DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS EN MEXICO.



SEGUNDA EDICION.



MEXICO.
A. BARRAL Y COMPAÑIA, EDITORES.
ARCO DE SAN AGUSTIN NÚM. 3.
Apartado postal 934.
1898.



PROLOGO.



No sin justicia el conflicto entre España y los Estados Unidos ha atraido las miradas del mundo entero. Los hombres reflexivos de Europa y América esperaban, con el corazón palpitante, el resultado de una lucha que, en realidad, no era otra cosa que el certamen en que dos razas, esencialmente antagónicas, se disputaban la supremacía sobre el Continente descubierto por Colón, y en los varios sucesos de una guerra que, tanto por su duración cortísima, como por el escaso número de los combatientes parecía de poca monta, veían no la guerra misma, sino la solución de este problema que lleva un siglo de planteado: ¿ejercerá ó no el sajonismo, la hegemonía en esta parte del mundo?

Y la expectativa ansiosa de lo que la suerte de las armas decidiera, era mayor todavía en los pueblos latino americanos, que, aunque obligados por el Derecho Internacional á guardar correcta actitud de neutralidad, no podían presenciar sin emoción profunda el desenlance del drama que habría de decidir de sus futuros destinos. De todos esos pueblos, el nuestro es el que, por razón de su situación geográfica, ha manifestado mayor ansiedad por los resultados de la pelea; y conocerla en todos sus detalles es una necesidad imperiosa, no de curiosidad histórica ó de reflexiones sociológicas, sino de interés vital.

Allá muy en el fondo de nuestros corazones de mexicanos, de hijos de los vencidos de Churubusco y del Molino del Rey, palpitaba muy vivo el deseo de que las armas españolas pusiesen un valladar insuperable al coloso anglo-sajón. Del triunfo de ellas, del castigo de la arrogancia y de la avidez norte-americana, dependía el que México tuviese un plazo de medio siglo de seguridad, durante el cual, organizándose y robusteciéndose á la sombra de una política juiciosa y progresista, podría seguramente constituirse en potencia capaz de defender su existencia como nación.

El Dios de los Ejércitos, como diría el Presidente de los Estados Unidos en sus proclamas, atribuyendo á causas metafísicas sucesos que la tienen natural y muy clara y evidente, se declaró resueltamente partidario de los norte-americanos. A pesar del heroísmo de los soldados y de los marinos españoles ese Dios parece que decidió que en las altas esferas políticas de España existiese un hastío profundo y un cansancio invencible en cuanto á las cuestiones coloniales se refería, y ese cansancio y ese hastío, los cuales hacían considerar á los políticos de la Madre Patria como una fortuna la pérdida de las Antillas, que tantos quebraderos de cabeza les producían y tantos sacrificios estériles á la Nación, determinaron la premura con que, casi sin combates, ó combatiendo únicamente por salvar el honor de las armas y la dignidad nacional, el Gabinete presidido por Sagasta abandonase la partida, comenzada con los ojos puestos, no en la victoria, sino en una paz que diese un pretexto honroso para el abandono de las colonias de América. No es España ciertamente, la cual, en realidad, gana con la pérdida de Cuba y de Puerto Rico; es la raza latina de Europa y América la que algún día pedirá al actual Gobierno Español, y ante el tribunal de la Historia, estrecha cuenta de su egoista conducta. Aunque, si hemos de ser justos, tendremos que confesar que esa raza habría podido, ó por lo menos debido hacer algo en pro de su propia causa, y no dejar á España sola en la palestra, como dejó á México en 1846.

No cabe duda, pues, que en el sentido político, la cuestión de la hegemonía sobre el continente americano se resolvió en favor del sajonismo. No habrá ya quien dispute á los Estados Unidos la supremacía sobre las naciones de origen español.

¿Pero con esto quedó definitívamente resuelto el caso? No encontrará ya el espíritu yanqui resistencia en su obra de sajonización de la América?

En el orden político, en el de la fuerza de las armas, quizás en el del comercio, no cabe duda. Pero en otro orden, en el moral, en el de las costumbres, el de la civilización peculiar del latinismo, todavía hay mucho que decir. Moralmente, España no está vencida en América.

Las cuestiones de conquista, de gobierno, de dominio político se resuelven en una sola batalla, no así las morales, las de civilización, que requieren un combate incesante durante siglos enteros, y que, á lasveces suelen resolverse en el sentido de la victoria de los vencidos por la fuerza de las armas. No aconteció otra cosa con los bárbaros vencedores del Imperio Romano. Los conquistadores fueron conquistados por aquellos mismos que se doblegaron bajo el yugo; y, quizás sean buenos deseos de nuestro ferviente latinismo, pero no desesderamos de la causa latina en América, á pesar de la reciente derrota de España.

En el punto verdaderamente importante, en el de la influencia moral del espíritu que la Madre Patria, semejante en America á Roma en el mundo antiguo, supo infundir á los pueblos de este Continente, la victoria no es aun del sajonismo.

Bien puede España haber perdido sus últimos pedazos de tierra en esta parte del mundo que pobló con su sangre y cultivó con su genio. No por eso habrá sellado el acta de definitivo divorcio de las naciones que son sus hijas. Su espíritu, esparcido desde México hasta el Cabo de Hornos, con su lengua con sus costumbres, con su religión, seguirá imperando á pesar de todas las victorias del sajonismo en el terreno de los hechos. Todavía habrán de transcurrir muchos siglos sin que deje de ser la América Española una prolonga-

ción de España del lado de acá, del Atlántico: innumerables generaciones de hispano-americanas habrán de sucederse ánses de que la última deje de encaminar sus miradas y sus tentimientos hácia la noble tierra de donde vino á este Continente la vida del alma, con las creencias, el idioma y las costumbres, y algo de la vida étnica, con la sangre infundida como sávia en el arbol de la población indígena. Una ley sociológica ineludible, una ley que no puede ser abolida por medio de batallas ganadas lo exije asi. Y esta ley, ley de herencia es tan imperiosa para España, obligándola á no apartar su atención de la América que civilizó, como para las naciones que de la colonización española proceden.

Por lo que á España se refiere, la ley de herencia consiste en la herencia de ella misma; es decir, la misión de la España actual y futura, continuando la tarea que en América se impuso la España del tiempo de Isabel la Católica. El pasado de las naciones, lo mismo que el de los individuos, les forma á las unas y á los otros, obedeciendo á la ley citada y siempre vista en la Historia, ciertos antecedentes peculiares, de los cuales no pueden prescindir en su vida subsecuente: porque estos antecedentes, del género intelectual y moral, imprimen á sus respectivos caracteres un sello especial, una *idiosincracia*, que les dá forma propia y viene á ser parte constitutiva de su existencia psicológica. España por su pasado, está ligada á América de tal manera, que aun contra la voluntad pasajera de una ó dos generaciones de españoles, no podrá prescindir de sus efectos maternales hácia los pueblos hijos de su sangre y de su espíritu.

Pero más evidente é imperiosa se manifiesta esta ley de herencia en los pueblos que España formó en el mundo descubierto por Colón. No obstante que el medio ambiente en que se han desarrollado les ha imprimido cierta diferencia del tipo geninuo español, y á pesar de que la diferencia existía ya desde el principio, debido á que esos pueblos no son productos puros de la familia ibérica, sino procedentes de la inserción de la savia de esta raza en árboles indígenas, como,

en socioligía, la raza no se determina por causas étnicas, ni físicas, sino por motivos psicológicos, es evidente que la herencia que España les dejó, y que no es más que la identidad de sus aptitudes morales é intelectuales con la de los españoles, les impone como una necesidad su unión estrecha, en el orden de los sentimientos y de las manifestaciones del espíritu, con la Madre Patria. Así como no pueden prescindir del idioma que España les legó, porque es la base de su vida intelectual, tampoco podrán prescindir de aquellos sentimientos, que son el cimiento de su modo de ser moral. Para renunciar á ellos, necesitan dejar de ser lo que son, ó lo que es lo mismo, perder su vida nacional. En los pueblos hispano-americanos, la conservación del españolismo que heredaron es una necesidad de existencia. Si España se ve obligada por sus hijos de América, estos le están, por interés vital, á no romper los vínculos que los ligan con aquella.

Puede decirse más todavía: para los hispano-americanos, la necesidad de conservar incólume la herencia española que recibieron con el ser, es mas fuerte hoy que antes, hoy que el peligro del sajonismo triunfante se presenta mas amenazador que nunca. Ahora es cuando deben los pueblos americanos que reconocen un origen latino fomentar y cultivar con más empeño los caracteres de diferenciación propia que constituyen su independencia nacional; y ya que España, vencida, no puede darles el apoyo de sua armas, que al menos busquen, en la conservación de las tradiciones ibéricas, el apoyo moral que fortalezca su ser genuino.

No hay que desesperar, pués. En el libro del cual es prólogo este humilde escrito, se verá como á pesar de los prodigios de heroicidad del tipo individual español, representado por la marina y el ejército de tierra, la España política rindió las armas, casi sin resistencia, por razón de conveniencia que no nos es dado valorizar. Pero perdamos cuidado los latino-americanos: todavía la partida no está ganada por el sajonismo, todavía pasarán siglos y más siglos, antes de que

nuestro espíritu, nuestra lengua, nuestras costumbres y nuestra civilización, latinas todas ellas, sean arrastradas por la oleada del Norte.

España vencida en el campo de los hechos, sigue siendo la dominadora de más de las tres cuartas partes del Continente Americano, en el terreno moral.

FRANCISCO G. COSMES.





INTRODUCCION.



Ardua y difícil nos parece la tarea de escribir la historia de la guerra hispano-americana en estos momentos que humea en los campos de batalla la sangre de dos pueblos amigos; cuando la suerte ha sido adversa á la nación tradicionalmente noble y valiente, ligada á nuestra raza por el origen, llena de heroísmo aun en la adversidad, para la cual, hoy lo mismo que ayer, no tenemos mas que palabras de admiración y respeto; cuando los tratados de paz y la cesación de las hostilidades no bastan aun á extinguir por completo los bríos de los antagonistas; cuando aun llegan hasta nosotros los bélicos sones mezclados con los ayes desgarradores de las madres, de las viudas y huérfanos, que lloran, maldiciendo el paso por la desolada tierra, de ese mónstruo de las aberraciones humanas que se llama *la guerra*.

Ante el sombrío cuadro que se desarrolla á nuestra vista en los campos de batalla, parecería mejor correr un velo sobre el luctuoso pasado y relegar al mas hondo olvido estos hechos infaustos, extravíos de la humanidad, reiterados al presente, para baldón de la cultura moderna, con la misma insensatez con que acaecieron en los pueblos antiguos.

Sin embargo, el cúmulo de versiones que llegaron hasta nosotros durante el curso de la guerra, absurdas algunas, contradictorias muchas é inexactas las mas; las dificultades con que se tropieza para restablecer la verdad de los acontecimientos, apoyándose sólo en las noticias cablegráficas, única fuente que hasta hoy las ha suministrado á la mayoría del público; y, finalmente, el deseo de presenntar un resumen ordenado y breve de estos acontecimientos, con la mayor claridad y exactitud, útil para aquellas personas cuyas ocupaciones no les permiten dedicarse á la lectura de una obra completa sobre la materia, nos han decidido á afrontar las escabrosidades de seme-

jante trabajo, en la confianza de que nuestros esfuerzos no serán estériles.

Por otra parte, creemos de nuestro deber dar á la publicidad los datos relativos á la pasada guerra, que hemos adquirido, con más razón aun, cuando muchos de ellos vienen á contradecir las versiones generalmente admitidas sobre algunos hechos importantes, versiones por lo tanto, falsas.

En efecto, sea porque el origen de las noticias que vienen por el cable á nuestros periódicos, corresponde á uno de los paises beligerantes, que no puede ser imparcial en absoluto, como ya se comprende; bien sea por la imposibilidad material de obtener con exactitud la verdad de los hechos en el corto espacio de tiempo en que son recogidas, redactadas y trasmitidas estas noticias, lo cierto es que muchas de ellas han resultado inexactas y algunas enteramente falsas.

Copiamos á continuación uno de los muchos cablegramas que podríamos citar en comprobación de nuestro aserto, publicado por la Prensa Asociada y trasmitido á todas las naciones donde tiene corresponsales:

«Washington, Marzo 26 de 1898.—Datos obtenidos en el Ministerio de la Guerra, sobre el número de hombres de guardia nacional de los Estados de la Unión con que cuenta el Gobierno en la actualidad y que estarían listos para el servicio *con cuatro horas de aviso, asciende á un millón doscientos mil hombres.*

El Ministro de Guerra tiene en su poder comunicaciones de los Gorbernadores de los Estados y comandantes de las guardias nacionales, asegurando que con *cuarenta y ocho horas de aviso pueden poner á disposición del Gobierno diez millones cien mil hombres armados y equipados* para el caso de un conflicto.»

Los sucesos posteriores han demostrado plenamente la falsedad de este despacho, puesto que á pesar de los llamamientos de Mr. Mc Kinley, no en cuarenta y ocho horas, sino en varias semanas, apenas fué posible levantar un ejército de . . . 125,000 hombres y gastando mucho más de cien millones de pesos.

Si á la dificultad de obtener noticias exactas, se agrega el resultado de los esfuerzos de algunos periódicos españoles ó mexicanos que prohijan noticias de agencias no conocidas, quedamos sepultados en un caos de incertidumbre.

Hacemos al presente un esfuerzo para no calificar la conducta de semejantes periódicos.

***

Además de las narraciones de varios testigos fidedignos, no hemos omitido aducir el mismo testimonio de los corresponsa-

les americanos de la Prensa Asociada, y aun insistimos en citarlo repetidas veces, siempre que hallamos en él confesiones que tienden á favorecer la causa de España, pues en tales casos, lo creemos de una autoridad indiscutible, por razones que saltan á la vista; de la misma manera que si á los periódicos españoles se les escapasen conceptos favorables á la conducta de los Estados Unidos, en el proceso de la guerra que acaba de terminar.

No se hallarán en esta obra muchos juicios respecto de la guerra, pero sí una reunión de hechos tomados de fuentes oficiales y, en una palabra, todos los elementos necesarios para formarse una opinión concienzuda é imparcial.

En realidad no somos capaces de afirmar desde luego cuales sean las consecuencias precisas que habrán de determinar en el porvenir los cambios operados por la guerra, ni mucho menos su influencia social y política en los destinos de ambas naciones. Nuestro programa se concreta á apuntar hechos, á examinar escrupulosamente el conjunto de circunstancias, dejando á los sabios las deducciones.

***

Ante la mirada del observador se presentan desde luego estos hechos: España poseía las Antillas que había conquistado hace cuatro siglos: eran colonias suyas. ¿Tenía el derecho de conservarlas?

Nosotros no trataremos de discutir sobre el llamado derecho de conquista.

Sin embargo, sea ó no un derecho, lo ejerce, así como los pueblos antiguos, actualmente Inglaterra en sus posesiones europeas de Gibraltar, Islas de Malta y Heligoland; en sus posesiones asiáticas de Hong-Kong, Indostan, Indochina, Labuan, é islas de Ceylan, y Singapore; en sus posesiones de Africa, de Egipto, Colonia del Cabo, Puerto Natal, Guinea, Senegambia, Costa de Oro, Griqualand, Gambia y las islas Seychelles, Mauricio, Oil Rivers, Sierra Leona, Malacca y Santa Elena; en América el Canadá, Nueva Escocia, Nueva Brunswick, Terranova, Belice, la Guayana y las islas Bermudas, Lucayas, Jamaica, la Trinidad, Barbadas, Falkland, San Cristóbal, Santa Lucía, la Domínica, San Vicente, Tòbago, la Antigua, Bahamas, Vancouver, Granada, Leeward, Monserrat, Nevis, Príncipe Eduardo é Islas Turcas; y en sus posesiones de Oceanía: Nueva Gales del Sur, Tasmania, Sur-Australia, Nueva Zelandia, Victoria y Queensland.

Ejerce igualmente este derecho de conservar sus posesiones Francia, en sus dominios de Argelia, Senegal, Guinea, Benin, Cote d'Avoir, Diego Suarez, Gabon, Congo, Madagascar

Nossi Bee, Obock, Sultanat D' Anjouan, Tahití, Islas de Reunión, Santa María y Mayotte, en Africa. En Indostan, Cochinchina. Annam, y Tonquin, en Asia; la Guayana, las islas Guadalupe, Martinica, San Pedro y Miquelon, en América; las islas Marquesas y Nueva Caledonia en Oceanía. De la misma manera que Holanda, Portugal, Alemania, Dinamarca, Suecia, Noruega y casi todas las naciones europeas.

Así es que sin apreciar otros fundamentos, podemos asegurar que España poseía sus colonias, con el mismo derecho que poseen las suyas Inglaterra, Francia, etc., etc., y por lo mismo, tenía de hecho que conservarlas. España juzga vulnerados sus derechos de soberanía sobre Cuba, por los Estados Unidos, desde que el centro de la Junta Revolucionaria Cubana se establece en Nueva York, y la atención del Gobierno de España es atraida mas fuertemente desde que el envío de numerosas expediciones filibusteras tiene lugar en la Unión Americana.

Este país declina las responsabilidades asegurando constantemente que el Gobierno, á pesar de su vigilancia, no tiene conocimiento de tales expediciones. Algunas notas diplomáticas se cambian en este sentido, sin más resultado que la prosecución de las ya dichas expediciones, y aun las colectas públicas de fondos hechas en favor de la guerra de rebelión contra España.

Con los trastornos consiguientes á las revueltas, empiezan á sufrir los intereses de los extranjeros en Cuba; ellos se quejan á sus respectivos gobiernos; se envían algunos buques para proteger á los nacionales quejosos, y entonces surge un deplorable incidente, diabólico, diremos mejor, que viene á hacer el papel de la chispa eléctrica en un depósito de algodón pólvora.

Nos referimos á la destrucción del buque de guerra americano «Maine» ocurrida en la bahía de la Habana la noche del 15 de Febrero de 1898 y á la muerte de 266 marinos, causada por una explosión á bordo.

Inútiles fueron las pesquisas de ambos gobiernos para descubrir la verdadera causa de la catástrofe: el pueblo de los Estados Unidos sigue en la creencia de que el «Maine» fué destruido por algunos fanáticos partidarios de España; mientras los españoles afirman que la explosión obedeció á descuido ó impericia de los encargados de manejar las maquinarias ó á una pérfida estratagema de los cubanos para precipitar la guerra.

En vano se nombraron comisiones de ambos paises para investigar el verdadero origen de la hecatombe. La comisión española, nombrada al efecto, resolvió que la causa de la destrucción del buque, fué interior; la americana, nombrada por el Gobierno de Washington, decidió que la causa fué exterior, esto es, que la explosión fué motivada por un agente extraño.

Haciendo una digresión sobre este punto, nos pemitimos recomendar la lectura de los documentos que en el lugar correspondiente aparecen en la obra y los cuales darán materia para establecer una fundada opinión sobre las causas que determinaron esa sentida catástrofe.

Vienen en seguida algunos incidentes diplomáticos, que aunque de poca importancia intrínseca, son de gran significación por su trascendencia, y cuyo resultado final fué la declaración de la guerra entre España y los Estados Unidos, justamente deplorada por todos los hombres sensatos de uno y otro país.

¿Cuál de las dos naciones representaba en esta lucha los fueros de la razón y de la justicia?

Nosotros no lo hemos de decir. Decídanlo más bien el conjunto de hechos que relatamos, las opiniones de los paises que permanecieron neutrales, y las de algunos pensadores eminentes contemporáneos, las cuales van insertas en nuestro libro.

Es árdua y difícil, repetimos, nuestra tarea, pero á ella estamos alentados por el deseo de que nuestro humilde trabajo contribuya á la sublime enseñanza que á las naciones, lo mismo antiguas que modernas, ha proporcionado siempre la historia propiamente dicha.

Enrique Mendoza y Vizcaino.





CAPITULO I.

Origen de las diferencias entre España y los Estados Unidos.—Agentes americanos en Cuba.—Demandas á España.—La Luisiana y la Florida.—Francia juzga absurdas las reclamaciones americanas.—Primeros movimientos en favor de la insurrección.—Expediciones de Narciso López.—Apoyo de los Estados Unidos á los filibusteros.

I.

El principio de las desavenencias entre España y los Estados Unidos puede decirse que data del año de 1800, cuando poco después de emancipada esta nación, empezó á hacer una activa propaganda en todas las colonias americanas para instigarlas á que sacudiesen el yugo del dominio Español.

A este fin se enviaron á los agentes americanos Pike, Lewis y Craik á que recorrieran nuestro país, así como Cuba y Puerto Rico, predicando las doctrinas de Jacobo Monroe (1) y tomando á la vez una multitud de datos relativos á su riqueza, comercio, defensa de sus puertos y elementos de guerra, los cuales datos, si se tiene en cuenta que á la sazón dirigía Estados Unidos reclamaciones contra el Intendente español en la Luisiana, por motivos que se verán en seguida, no podía disimularse que el móvil que guiaba á aquel gobierno á tomarlos, no era otro que el de estar prevenido para el caso de un conflicto, que desgraciadamente hemos tenido que presenciar al fin, si bien un siglo más tarde.

España accedió á aquellas reclamaciones y tuvo que perder la Luisiana debido á una cábala del coloso aventurero Napoleón Bonaparte, á quien fué cedida por el débil Carlos IV, á cambio de un reino que jamás llegó á poseer España: el de Etruria.

Vinieron en seguida otras demandas de los Estados Unidos, por el hecho de haber consentido España en sus puertos las

(1) Nombrado Ministro de Relaciones y más tarde Presidente de la República.

presas de guerra de los corsarios franceses, demandas que de pronto no fueron atendidas, pero tampoco se rechazaron con energía, siendo aplazada su resolución para más tarde. Entretanto los Estados Unidos se apoderaron de Amalia y Movila con pretexto de retenerlas en depósito, mientras se contestaba á sus reclamaciones, aunque en definitiva no volvieron ya á poder del Gobierno de la corona.

En aquella época era tolerado en la Unión americana el contrabando con las colonias españolas del continente, y todo el que quería rebelarse, encontraba en aquel país apoyo y protección decididos.

Por el tratado de 1795 había concedido España á los Estados Unidos un depósito por tres años, en Nueva Orleans, á orillas del Missisippi, para facilitar la salida del país de sus productos, y queriendo dar una muestra de benevolencia, que no fué sino de debilidad, consintió en admitirlo otros cinco años más, sin nuevo permiso. Pero como el Intendente de la Luisiana notase que tal depósito era causa de los contínuos contrabandos de que hemos hablado, lo suprimió repentinamente, lo cual fué pretexto para las reclamaciones entabladas por los Estados Unidos. España dando otra prueba de debilidad, restableció luego el depósito.

En 1804 el mismo Jacobo Monroe fué enviado á España como representante de América, con facultades para arreglar las diferencias pendientes entre ambos paises, más habiendo exigido concesiones y franquicias imposibles, no se llegó á una solución satisfactoria y el enviado tuvo que regresar á su país sin haber terminado su misión.

España solicitó entonces de Francia su opinión respecto á los puntos objeto de sus diferencias con los Estados Unidos, y aquella nación por medio de su comisionado Mr. Tailleyland, declaró las demandas americanas como absurdas pretensiones destituidas de razón.

Seguían propalándose con gran calor por toda la América las doctrinas de Monroe, cuyas tendencias en el fondo eran despertar las ideas de rebelión contra el Gobierno de la Península y hacer la independencia de todos los dominios españoles.

Sin duda inspirado en ellas el Gobierno de Washington, propuso á España la cesión de la parte occidental de la Florida; más fué enérgicamente rechazada esta proposición, lo cual contribuyó á acabar de convertir á aquella República, en un centro de maquinaciones hostiles al poder colonial, continuándose las misiones laborantes con más ahinco.

A la vez que se había enviado á México al teniente americano Pike, se mandó al caraquense Miranda á Venezuela, uno y otro con expediciones que, si no iban en son de guerra, sí levaban como único punto de mira el insurreccionar estas co-

lonias españolas, provistos de toda clase de elementos para hacer una vigorosa propaganda, ayudados por los periódicos de la Unión.

España tuvo conocimiento de semejantes trabajos, y sus efectos desastrosos para la Península se dejaron sentir desde luego. Con este motivo ordenó á su representante en Washington, gestionara diplomáticamente la conservación de las colonias, así como que se impidiese por todos los medios la organización y salida de expediciones. El representante, que lo era Don Luis de Onis, trabajó empeñosamente en su delicado encargo, aunque sin éxito alguno: las expediciones continuaron, como se verá en seguida, y las intrigantes gestiones que el Gobierno americano hacía para apropiarse la Florida, dieron por fin el resultado, y el 17 de Julio de 1821 le fué entregado este hermoso territorio.

II

El primer movimiento formal en favor de la independencia de Cuba debió tener lugar el 17 de Agosto de 1823.

Agentes norte y sud americanos habían inmigrado á la Isla y trabajaban secretamente para atraer á sus doctrinas á todas las clases sociales.

Eran en su mayoría partidarios de Bolívar, por lo cual aquel movimiento fué designado más tarde con el nombre de *Conspiración de los Soles de Bolivar.*

Contaban con algunas armas y municiones y sobre todo con el apoyo moral de Norte-América, que sea por la prensa ó por medio de sus agentes los excitaba á seguir el ejemplo de los demás reinos americanos ya emancipados en aquella fecha.

Esta conspiración fué descubierta casualmente por un esclavo que era el prensista de la imprenta donde se hacían las hojas de propaganda. Este, sin calcular las consecuencias de su acción, extrajo furtivamente una prueba de la proclama y la llevó á mostrar á su prometida; la cual prueba, pasando por distintas manos, no tardó en ir á dar á las del General Vives, actual gobernante de la Isla.

Se descubrió que estaban de acuerdo en la conspiración más de setecientas personas; se les recogieron varios impresos, armas, banderas etc. y todos los promotores fueron puestos en prisión y castigados severamente. Según las declaraciones de los acusados, la conspiración tenía por objeto la independencia de Cuba.

Con el escarmiento producido por los castigos del General Vives se calmó por entonces la excitación, y cesaron los esfuer

zos para difundir la idea de rebelión durante algunos años, no ocurriendo entre tanto sino ligeras tentativas de muy poca importancia.

No pasaba lo mismo en Estados Unidos, donde con franqueza se formaban juntas de simpatizadores con la insurrección y se contribuía públicamente para ayudar á aquella causa.

En 1843 trajo no pocas dificultades y complicaciones al gobierno de la Isla la difusión de las doctrinas abolicionistas de la esclavitud, que contaban muchos prosélitos entre los mismos cubanos.

Tres años más tarde se propuso desembozadamente la idea de anexión de Cuba á los Estados Unidos, cuando en 1846 el senador Mr Yule, de la Florida, propuso á la Cámara la compra de la Isla. Tan arraigada estaba en la opinión pública la idea de anexión, que fué preciso que los periódicos de Cuba desvaneciesen las falsedades publicadas por la prensa americana al afirmar que las negociaciones en este sentido, prosperaban en España.

En aquella época el ex-general español Don Narciso López, acérrimo enemigo de los intereses coloniales y fiel ejecutor de sus propias ambiciones, había emprendido, de acuerdo con algunas sociedades secretas cubanas y americanas, extensos trabajos en favor de la insurrección.

En 1848, siendo Gobernante de Cuba el Conde Alcoy, observó que en poco tiempo desembarcaron una multitud de individuos sospechosos, que no eran otros que los emisarios norteamericanos é ingleses que llevaban el encargo de sublevar los habitantes de Cuba y proclamar la anexión á los Estados Unidos.

Se había puesto á la cabeza de los alborotadores el expresado Narciso López que intentó con mal éxito un levantamiento en Trinidad y Cienfuegos; fué descubierto por Alcoy con mucha oportunidad y sofocado completamente.

Huyó López al extranjero para continuar en su empresa, ayudado por la propaganda que hacían los apóstoles americanos y por las sociedades secretas de que hemos hablado.

Trató de organizar una nueva expedición en la isla del Gato [Cat island] del grupo de las Bahamas, hoy propiedad de Inglaterra, donde varios aventureros americanos y descontentos españoles se reunieron para invadir á Cuba, de acuerdo con el partido exaltado de la Isla. Pero no fué tampoco llevada á efecto esta expedición.

Los agentes del Conde Alcoy tuvieron noticias oportunas de los preparativos, y mediante enérgicas protestas al Gobierno americano se consiguió que fuera disuelta la reunión y aún, que ofreciera el mismo Gobierno impedir la formación y salida de nuevas expediciones, del territorio.

Sin embargo de estas promesas, poco creídas, se pidió á España el aumento del ejército de la Isla y algunos vapores más, para resguardar las costas, temiendo el Gobierno de Cuba fuera á necesitar muy pronto de estos refuerzos, como así sucedió.

III

López á la vez recibía fondos de los patriotas cubanos y organizaba una segunda expedición en 1849, que había de mandar él en persona. Reclutó al afecto sus partidarios entre la gente de peores costumbres de los Estados Unidos y los envió á que le esperasen en la isla Redonda, que debía ser el punto de partida.

El Gobierno americano, ante las enérgicas protestas de España, y no pudiendo pasar desapercibida aquella expedición, compuesta en su mayor parte de corsarios y piratas, la mandó disolver.

No desalentado López y queriendo evitar á toda costa la desmoralización de sus prosélitos, logró colocar un empréstito en los Estados Unidos de dos millones de pesos, *al 88 por ciento*, garantizado con la propiedad de Cuba, é hizo renacer el entusiasmo entre aquellos aventureros, dándoles luego algunas pagas de marcha.

Les recogió en seguida juramento de cumplir su palabra y les proveyó de cartas de naturaleza americana, cualquiera que fuese su nacionalidad, como una salvaguardia para el caso de caer en manos de los españoles.

Con objeto de aumentar López el número de sus adeptos se valió del ardid de hacer creer al público que la expedición se dirigía á los placeres de oro de California, con el cual pudo llegar hasta unos seiscientos diez hombres el número de enganchados.

Atravesó la expedición el seno mexicano y tras una breve estancia en Cabo Catoche, Yucatán, emprendió el camino de Cuba, haciéndose á la vela los días 15 y 16 de Mayo 1850.

El vapor español «Pizarro» tenía órdenes del Capitán General de Cuba de salir al encuentro de la expedición, de la cual ya se tenían noticias. Así lo verificó y el mismo día pudo apresar en Contoy á una barca y un bergantín-goleta con la correspondencia, y algunos expedicionarios armados. La mayor parte de ellos no pudo ser capturada porque había salido de Yucatán un día antes, en el vapor «Creole» donde iban López y quinientos de los suyos, que desembarcaron en Cárdenas, después de varias tentativas, el 19 de Mayo. El Gobernador D. Francisco Cerruti se puso inmediatamente á la cabeza de dieci-

siete hombres, única fuerza de que por el momento pudo disponer y tras una corta refriega fué hecho prisionero. Los invasores se apoderaron de los fondos de la aduana y cometieron depredaciones en la ciudad.

En la tarde fué atacado López por otra pequeña fuerza española que había llegado á Cárdenas con objeto de auxiliar á Cerruti, y la cual fué también vencida, por su pequeño número. No obstante, se reembarcó violentamente López rumbo á Cayo Hueso, por haber notado pocas simpatías del vecindario hacia su causa.

Los Cónsules españoles en Estados Unidos informaron entonces al Gobierno de la Isla que, según los datos recogidos, se sabía que si la expedición de López hubiese sido secundada por los habitantes de Cuba, habrían salido de Nueva York, Boston, Nueva Orleans y otros puertos, cerca de diez mil hombres á apoyar la revolución, tan luego como se hubiera recibido esta nueva.

Las protestas y quejas que se dirigieron al Gobierno de la Unión por parte del de España con este motivo, fueron tales y tan justificadas, que se logró por el cónsul de Nueva Orleans que López fuese detenido y procesado. Mas como de las averiguaciones practicadas en la instrucción de ese proceso, resultó que en la expedición de López estaban complicados muchoss altos funcionarios americanos, tuvo que sobreseerse la causa, no sin el escándalo consiguiente.

Este resultado estimuló á López, como era natural, á la continuación de sus empresas.

Por aquel tiempo permanecía abierto en Texas un público alistamiento para Cuba. Figuraba como director de aquel centro revolucionario Mr. Walker, el mismo Gobernador del Estado; con el pretesto de invadir á Haiti se hacian en realidad los preparatlvos para una nueva expedición á la gran Antilla.

En uno de los vapores que hacían la travesía de Nueva York á Chegres navegaba á principios de Diciembre del mismo año (1850) el ya famoso Garibaldi, á quien se propuso de parte de la Junta americana el mando de la proyectada expedición; más él se excusó por estar aun pendiente, según dijo, de los sucesos de su país.

Al llegar el año de 51 no había sido posible á los empresarios obtener dinero para la realizaoión de sus proyectos. Poco después, que en parte fué vencido este obstáculo, no pudo superarse el que presentaba la actitud resulta del Gobierno de Was-

---

(1) En los periódicos de Nueva Orleans aparecieron en ese año las listas de los personajes de los Estados Unidos que estaban complicados en los proyectos anexionistas de López. Entre ellos Mr. Quittman Gobernador de la Luisiana.

Lo afirma así el historiador Justo Zaragoza en su obra "Las insurrecciones en Cuba"

hington, que por entonces amenazó á los filibusteros con privarles de sus derechos de ciudadanos americanos, siendo este el motivo para que los invasores escogieran como punto de reunión y partida, las costas de Yucatán. Esta vez el ministro mexicano D. Mariano Yañez, cumpliendo las promesas de imparcialidad de su gobierno á España, impidió que se llevase á término la expedición.

Esta serie de dificultades hizo que fueran suspendidas las tentativas de invadir á Cuba, por entonces.

IV

Los trabajos de los anexionistas no cesaban empero. Valiéndose de los operarios americanos que trabajaban en los campos, hacían grandes esfuerzos por difundir el espíritu de insurrección.

Desde Abril de 1851 el Capitán General, que lo era D. José de la Concha, logró interceptar una correspondencia en la cual halló el hilo de una verdadera conspiración. En ella se designaban como promotores de un cercano levantamiento á D. Joaquín Agüero y Agüero, á Quesadas, Betancourt, y Recios; supo también por los expresados documentos que los puntos señalados para la sublevación eran Nuevitas, Trinidad y Puerto Príncipe.

Con estos datos ordenó Concha la prisión inmediata de los complicados, llevándose á efecto á fines del mismo mes, con excepción de la de Agüero, señalado como jefe del levantamiento. Este al saber la prisión de sus compañeros trató de ocultarse al principio, pero más tarde resolvió lanzarse sólo á la revolución, y al efecto, reunió todos sus soldados que llegaban al número de 43.

Eran estos en su mayoría jóvenes cubanos pertenecientes á distinguidas familias, llenos de bríos y fanáticos por su causa.

El 8 de Julio, después de haber pernoctado en Sabanilla del Pontón, lugar distante á cuatro leguas de las Tunas, entraron á esta población á las dos de la mañana. Debido á la obscuridad, á la falta de disciplina y á que habían penetrado por distintos rumbos, ya en las calles de la población se tomaron unos á otros por enemigos y rompieron el fuego entre sí. Huyeron en seguida al campo abandonando algunos heridos, que hicieron recojer los vecinos.

Este lamentable error hizo que la fuerza se redujese á veintisiete individuos los cuales se replegaron á los bosques para rehacerse.

A fines del mismo mes, como salieran de su escondite, fueron perseguidos y cercados por el Capitán español Conus, has-

ía obligar á rendirse á los jefes Castellanos, Zayas, Benavides y más tarde á Agüero y D. Tomás Betancourt.

Fueron conducidos á Puerto Príncipe, y se les sometió á un Consejo de guerra el cual los sentenció á la pena capital. A última hora sólo fueron ejecutados Agüero, Betancourt, Zayas y Benavides; los demás alcanzaron indulto.

Escucharon con gran serenidad su sentencia de muerte. Agüero invitó á sus guardianes á tomar un refresco, y brindó porque terminaran las diferencias entre americanos, españoles y cubanos. Zayas antes de recibir la descarga gritó con fuerza: «Viva Cuba libre.»

Los demás comprometidos en este levantamiento sufrieron la misma pena en otros lugares de la Isla.

Poco influían seguramente estos sucesos en el ánimo de López y los suyos, que continuaban los aprestos de una expedición. Esta la hizo preceder el mismo López de las noticias más absurdas, favorables á su causa y publicadas en los periódicos anexionistas americanos; las cuales repercutiendo en la Isla, volvieron á López tan abultadas y desconocidas, que ellas fueron la causa que determinó el epílogo de su azarosa vida y la captura completa de aquella desgraciada expedición, según vamos á referirlo.

El examen de la correspondencia volvió á darle á Concha el resultado que buscaba. Por este medio se puso al tanto de los preparativos para la expedición.

Se hizo ésta á la vela en los primeros días de Agosto. Eran cuatrocientos cincuenta hombres y llevaban consigo gran cantidad de municiones de boca y de guerra.

Según los rumores que se habían hecho circular, se sabía que el sentimiento de rebelión era general en la Isla, que la Habana se había levantado en armas y estaba en poder de los insurrectos. Tales noticias eran creidas con fé ciega por López.

Dicho esto, no parecerá extraño que el día 11 fueran avistados por el vigía del Morro dos vapores que eran los de la expedición de López, que intentaba desembarcar en la Habana. Mas como no viese en la costa ningún indicio de que la ciudad estuviera en poder de los rebeldes, tuvo que dirijirse al Morrillo de Manimaní, punto cercano á Bahía Honda.

Tan luego como se supo en la Habana, salió el *Pizarro* en persecusión de López, quien al saltar á tierra pudo notar su error, al ver que era recibido friamente por los habitantes de la isla; algunos campesinos hicieron fuego sobre sus soldados y al internarse en la costa, hallaba las villas desiertas.

Mientras 150 individuos verificaban el desembarque, López con los 300 restantes había ocupado *Las Pozas*, donde fueron atacados inopinadamente por el General Ena, á quien se unió después el Coronel Morales, disponiendo entre ambos de una

fuerza de cerca de 2000 hombres, ciento cincuenta caballos y cuatro piezas de artillería. Hicieron abandonar sus posisiones al enemigo, que huyó al campo.

El día 17 fueron sorprendidos en el Cafetal Rosales y tuvieron una acción muy reñida en la cual quedó fuera de combate el General Ena.

Después de otros encuentros habidos en Aguacate, San Cristóbal y el Rosario, fueron los insurrectos perdiendo terreno y cayendo prisioneros en manos de sus perseguidores, hasta que al fin el 24 de Agosto, en un lugar del camino de Santa Cruz de los Pinos á Pinar del Río, fué capturado López con siete de los suyos que le acompañaban, por medio de una emboscada que prepararan los cabos de ronda españoles Zea y Castañeda, y se les trasladó á la prisión del castillo del Morro.

Fueron sentenciados á la última pena y ejecutados el 1º de Septiembre de 1851, así como cincuenta filibusteros americanos más, frente al castillo de Atarés.

Castañeda el aprensor de López fué alevosamente asesinado tres años más tarde por los partidarios de éste (1)

La ejecución de filibusteros americanos trajo algunas dificultades al Gobierno de España en sus relaciones con el de los Estados Unidos. Estas llegaron á tal grado de tirantez, que el Cónsul en Nueva Orleans tuvo que abandonar su puesto y aun fueron enviados algunos buques de guerra americanos para apoyar las demandas de una explicación por el hecho referido. No obstante, la claridad con que aparecía la justicia por parte de España hizo á aquella nación deponer su actitud y al año siguiente volvió el Cónsul español á Nueva Orleans y los buques de guerra fueron retirados.

El año de 1852 fué notable por la actividad en los trabajos de la Sociedad secreta *La Estrella Solitaria*. Extendía sus ramificaciones desde Nueva Orleans, donde estaba su matríz, á cerca de cuarenta ciudades americanas. Sus socios se obligaban á coadyuvar personal y moralmente á que todos los pueblos de la tierra gozasen de libertad. Contribuían cada mes con una cantidad la cual se invertía en armas, víveres etc, para los insurrectos.

El Capitán General D. Juan de la Pezuela, encargado entonces del gobierno de la Isla, ejercía una escrupulosa vigilancia. Hizo varias aprehensiones de agentes extranjeros insurreccionistas y aun de mujeres que se ocupaban en fabricar cartuchos para los rifles que se esperaban de los Estados Unidos.

---

(1) Hallándose Castañeda en el café de "Marte y Belon" en la Habana, la tarde del 12 de Octubre de 1854, fué muerto por un disparo que, á través de la vidriera de una ventana, recibió en el cráneo, dejándolo muerto en el acto.

Estas aprehensiones dieron por resultado el descubrimiento de otra conspiración llamada de *Pozos Dulces*, atribuida al Conde de este nombre, cuñado de López.

El 23 de Febrero del año siguiente fueron sentenciadas diez personas, acusadas de ser los promotores de la conspiración. De éstas fueron ejecutadas D. Francisco Valdez, D. Eduardo del Cristo, D. Manuel Hernández Perdomo y D. Juan Alvarez. Los demás estaban prófugos. El conde de Pozos Dulces fué deportado á la Península.

Siendo entonces Presidente de los Estados Unidos Mr. Pierce, le fué dirijida una petición por los anexionistas en la que reclamaban su apoyo para apoderarse de Cuba. Es de notarss que tal petición estuviera secundada por algunos senadores americanos.

A principios del año de 1854 surgió un incidente que volvió á poner en peligro la armonía entre las relaciones diplomáticas de España y Estados Unidos. Este incidente fué el del vapor americano «Black Warrior.»

Cedamos la palabra á un escritor contemporáneo que lo refiere de esta manera:

«El 28 de Febrero de 1854 fondeó en la bahía de la Habana el vapor americano Black, Warrior, mandado por su capitán Bullock, quien al recibir las instrucciones escritas para ajustar sus maniobras en el puerto, asi como se practicaba en todos los puertos españoles, se negó á enterarse del documento, sin devolver por consiguiente el duplicado cual se le exigía, con la firma de quedar impuesto de cuanto en la instrucción se determinaba; así como se negó á presentar el manifiesto de la carga del buque y á manifestar si iba ó no de tránsito, diciendo sólo que estaba en lastre. Excitados con tal proceder la curiosidad y el amor propio de los empleados fiscales y comunicado el hecho por el resguardo á la aduana, ordenó el administrador de ésta, D. Mariano Adriansens, en vista de la resistencia de Bullok, que se verificase la visita de fondeo, y apercibido en el interin el capitán del vapor, pidió, algunas horas después de fondear, permiso para salir del puerto. Pero las órdenes de la Hacienda siguieron adelante, y verificado el reconocimiento ó visita de fondeo, resultó que estaba el buque cargado de pacas de algodón y no de armas, como se había corrido la voz. En vista de esto y con arreglo á la instrucción de aduanas, se le hizo presente al consignatario la multa en que el capitán había incurrido y se le propuso, para evitar conflictos, que adicionara á la relación de rancho la carga del buque, á lo que contestó descortesmente aquél, entablando protestas con verdadero carácter de amenazas . . . . . .»

«He dicho que el capitán del *Black Warrior* había pedido permiso para salir del puerto, á lo que se le contestó que pro-

cediendo con arreglo á la ley la descarga del buque, se le haría la gracia de permitirle seguir su viaje, siempre que prestara la correspondiente fianza; el consignatario Tyng se negó y el capitán Bullock abandonó el buque al ver lo que se le obligaba, no queriendo presenciar la descarga ni él ni el cónsul de los Estados Unidos, resuelta por los funcionarios de Hacienda veintiseis horas después del fondeo, en lugar de esperar á las cuarenta y ocho prescritas en la citada instrucción de aduanas.»

Estos son los hechos, motivo después de complicaciones internacionales, que llegaron á tomar un carácter grave.

El Presidente de los Estados Unidos Mr. Pierce, en su mensaje de 1854, llamó á la cuestión del *Warrior* un *casus belli.*

España con su reconocida falta de energía en sus gobernantes, admitió pagar la indemnización exijida por el dueño ó armador del buque y que ascendió á $53,000





CAPITULO II.



Guerra separatista americana.—Causas de esta guerra é influjo sobre la insurrección de las Antillas españolas.—Santo Domingo y Puerto Rico.—Grito de Yara.—Coincidencia con los sucesos revolucionarios de la Península.—Caudillos cubanos insurrectos.

I

La guerra intestina que asoló en los años siguientes á la gran República, influyó de una manera especial en la insurrección de Santo Domingo, Puerto Rico y Cuba, porque se quiso tomar como causa de ella la abolición de la esclavitud, tan debatida ya por entonces en aquellas islas, cuyos habitantes eran muchos esclavos.

No fué esta en realidad la causa eficiente de la guerra de secesión. Se había venido creando una división profunda entre los habitantes de los Estados del Sur de la Unión y los del Norte, nacida de la diversidad de razas, de carácter, ocupaciones etc.

Eran aquellos en su mayoría ricos agricultores que por los abundantes frutos que les prodigaban sus campos, vivían con gran desahogo, con opulencia si se quiere; guardaban una posición comercial preponderante sobre los del Norte y muy superior á la de éstos, que eran industriales y comerciantes casi todos. Además, los unos eran de origen latino y franco-latino, en tanto que los otros eran sajones y anglo-sajones. La religión de éstos era la protestante, los del Mediodía eran católicos.

La diferencia de origen, de índole, de aspiraciones y de religión hizo pues robustecer cada día aquel inveterado antagonismo, hasta que el incidente de la abolición de la esclavitud, lo transformó en odio mortal, surgiendo entonces la guerra.

Para contrarestar el dominio de los surianos acogieron con gran empeño sus competidores del Norte el proyecto de abolir la esclavitud, que á la vez que les atraería el aplauso del mundo civilizado, conquistándoles el título de filántropos, era en realidad un rudo golpe á su poderío, porque millares de los

trabajadores del Sur eran esclavos, quienes por su actitud para las faenas agrícolas y por lo exíguo de los salarios con que se les retribuía, formaban el elemento principal de la riqueza de aquellas comarcas.

Iniciósе una activa lucha por los habitantes de los Estados septentrionales contra la esclavitud. Se enviaron agentes expensados por ellos á los campos del Sur con la misión de sublevar y llbertar á los esclavos, [1] originándose no pocos desórdenes.

Llegaron las elecciones de 1860 y en ellas designaron sus respectivas candidaturas los partidos republicano y demócrata: éste á Douglas y Jhonson para la presidencia y vice-presidencia de la República y aquel á Breackinridge y Lane, para los mismos cargos, respectivamente. Pero ni unas ni otras prevalecieron porque un tercer partido medio, llamado de la Unión constitucional que propuso á Mr. Bell, les disputó el triunfo, sin obtenerlo tampoco: éste fué en favor de Abraham Lincoln, candidato de los republicanos de Chicago, que tuvo una mayoría de 1,866,157 votos, contra 1.375,157 que favorecieron á Douglas.

Derrotados los demócratas del Sur con la elección ds Lincoln, á quien se conocía en todo el país como furlbundo abolicionista, no trataron ya de ocultar su hostilidad al resto de aquella nación y quisieron llevarla luego á las vías de hecho, cumpliendo sus antiguos deseos de emanciparse.

La Carolina del Sur fué el primer Estado que enarboló el estandarte de la rebelión, proclamando su independencia el 20 de Diciembre de aquel año. Le siguieron los Estados de Georgía, Alabama, Missisippi, Florida, Texas y Luisiana.

El resto de la república trató de impedir se llevase á cabo la escisión. Es notable que ésta vez no se inspirase la nación americana en el mismo criterio con que intervino en nuestra cuestión de Texas, ni en la de Cuba, últimamente pues en lugar de concederles la libertad que reclamaban estos Estados, emprendió contra ellos una sangrienta lucha para subyugarlos.

Tal fué el principio de aquella guerra formidable que asoló á ese país durante cuatro años, siendo á la postre derrotados y sometidos los surianos.

El objeto de este libro y sus dimensiones nos impiden seguir paso á paso la relación de aquellos hechos sangrientos á cuyo epílogo precedió el asesinato del mismo Lincoln por el actor C. Wilkes Booth, la noche del 15 de Abril de 1865, mientras celebraba los triunfos de las armas federales en el teatro Ford.

---

(1) Uno de estos agentes, acusado de sedición, fué juzgado el 2 de Diciembre de 1859 y ahorcado en Charleston por sentencia de la Corte del Estado de Virginia, aprobada por el gobernador Mr. Wise.

Los Estados del Sur, según hemos dicho estaban poblados por descendientes de la raza latina, con identidad de intereses y costumbres á los pueblos latino-americanos del continente. La derrota de los confederados significó el exterminio de la primitiva raza colonizadora; la supresión del elemento hispano latino en la conformación política de aquella República. O en otros términos, se dió un paso más hácia el cumplimiento de ese viejo fenómeno observado en la historia, lo mismo en los paises civilizados que salvajes: las razas septentrionales irrupcionan ó invaden de tiempo en tiempo el resto del mundo y lo dominan.

II

Efectiva fué la influencia de la guerra norte-americana sobre las Antillas españolas. El año de 1863 estalló la insurrección en Santo Domingo, en la parte de la Isla reconquistada cuatro años antes por España. Un año más tarde se había extendido la guerra á todas las provincias, siendo imposible por entonces para el gobierno peninsular sofocarla debido á la situación anormal porque atravesaba.

En Enero de 1865 el Capitán General del ejército D. Ramón María Narvaez presentó á las Cortes el proyecto de abandonar la Isla (sin ruborizarse, dice con intención un historiador ibero) que fué aprobado y sancionado el 1° de Mayo de aquel año.

Don Francisco Serrano, antecesor del entonces Capitán General de la Isla de Cuba, D. Domingo Dulce, se declaró en España partidario de las reformas antillanas. Tomó dos veces la palabra en el Senado con objeto de defender los intereses cubanos. Esto contribuyó á alentar al partido descontento, que trabajaba por la insurrección.

Dulce empleó en Cuba una política tolerante y conciliadora á la cual es atribuido el dasarrollo de las conspiraciones. Encareció en ese año al ministro D. Leopoldo O'Donell la ingente necesidad de que se plantearan cuanto antes las reformas pedidas por los nativos; la cual demanda dió por resultado que el 25 de Noviembre autorizara el Gobierno al expresado ministro, para abrir una información sobre las bases en que deberían fundarse leyes especiales para el gobierno de Cuba y Puerto Rico, contituyendo una junta, compuesta de personas nombradas por el gobierno y de veintidos diputados, diez y seis cubanos y seis portoriqueños, elegidos por los habitantes de cada isla.

Estas reformas, que se pretende sólo hayan sido nn pretexto de los deseosos de la independencia, para conseguirla después, no se llegaron á implantar como se verá adelante.

El haber estallado en Enero de 1866 la sedición militar encabezada en la Península por el General Prim, ofreció una coyuntura á los libertadores cubanos, que, en combinación con los norteamericanos, no quisieron despreciarla. El Marqués de Lema, embajador español en París, comunicaba á su gobierno en 31 de Mayo, que tenía noticias fidedignas de existir públicos trabajos en los Estados Unidos para apoderarse de Cuba.

Verificada la elección de los comisionados de las Antillas para discutir las reformas, quedó derrotado el bando conservador, y el triunfo, á favor de los reformistas, que pretendían la autonomía de la Isla con exclusión de los peninsulares en los cargos públicos.

Su triunfo precipitó el relevo de D. Domingo Dulce, siendo sucedido por el general D. Francisco Lersundi, quien siguió una conducta contraria á la de su predecesor. Combatió acremente á los reformistas, mandó clausurar sus clubs ó comités, que antes habían celebrado libremente y ordenó la prisión de todos los simpatizadores, señalados como vagos ó viciosos y deportó á ciento sesenta y seis de ellos á la isla de Fernando Poo, donde fueron relegados.

Una pasajera animación alentó en su obra á los descontentos de España al saberse los sucesos ocurridos en Madrid el 22 de Junio; para volver á abatirse con la nueva del fracaso de la revolución y de haber sido deportado el general Prim, su promotor.

Los Estados Unidos ejercen una vez más su perniciosa influencia en la propagación de la idea de independencia de Cuba, con motivo de los escandalosos sucesos ocurridos en Nueva Orleans recientemente.

En aquella ocasión decía al Ministro de las Colonias el representante español en Washington, que «si en otro tiempo el elemento filibustero de los americanos era lo principal y la conspiración interior de la Isla lo accesorio, esta vez sucedía esencialmente lo contrario, pudiendo asegurar que en Cuba existía ya el foco principal de una revolución que tenía enlace con los sucesos de la pasada guerra americana, y ante la cual los trabajos de los continentales eran secundarios.»

Lersundi fué poco tiempo después sucedido en el mando de Cuba por D. Joaquín del Manzano, y entonces precisamente se reunió en España la junta de información á la cual concurrían españoles, cubanos y portorriqueños. Al principiar sus sesiones quiso oír la opinión de algunos funcionarios de los que habían estado en Cuba, como el duque de la Torre y D. Domingo Dulce. Este último dió su opinión en favor de las reformas, optando por la abolición inmediata de la esclavitud.

Trabajó la junta seis meses, y regresaron los comisionados á las Antillas sin haber obtenido un resultado práctico que dejara satisfechos á los partidos oonservador y reformista.

III

En 1866 se intentó por Goicouría y el general Quesadas hacer estallar la guerra en las Antillas, principiando por Puerto Rico; no pasó este intento de haber expedido algunas proclamas y de activar la circulación del papel moneda de Cuba.

El 7 de Junio del año siguiente promovieron los descontentos una sedición militar que fracasó y fué motivo de la expulsión de muchos complicados en ella.

El 1º de Septiembre publicó el comité revolucionario de Nueva York una proclama fechada en Cuba el 16 de Julio, que terminaba con estas palabras: «Viva Cuba libre. Viva Puerto Rico libre y muera España para siempre en América.»

Los jefes revolucionarios de Puerto Rico señalaron los días de la fiesta de San Juan en 1867 para dar el grito de rebelión, pero tuvieron que aplazarlo por haber sobrevenido contrariedades, no siendo la menor los fuertes terremotos que hubo en la Isla y que amedrentaron á los conspiradores.

Por fin pudieron reunirse en San Thomas, más tarde, los días 9, 11 y 16 de Diciembre, con los vocales por Cuba de la junta de Nueva York. D. Manuel Macías propuso dar principio á la revolución en Puerto Rico, antes que á la de Cuba, y D. Domingo Goicouría ofreció un cargamento de armas que iba á recibir de los Estados Unidos. Según comunicaciones que se leyeron, D. Miguel Aldana y Morales Lemus debían dar el grito en Cuba en Septiembre ó en los primeros días de Octubre próximos.

Debido á la complacencia de las autoridades se propalaba en público la causa de la libertad. En las reuniones, en los cafés, en los clubs y periódicos se hacía ostentación de los proyectos, se discutían los planes y hasta se celebraban los triunfos, que tenían por seguros los conspiradores.

En Lares, el Bartolo, Mirasol y Pezuela (Puerto Rico) no se daban punto de descanso en los preparativos y con pretexto de las fiestas de San Juan, solemnizaban el principio de la revolución por la independencia.

Cinco días después de haberse dado en Cádiz por el general Topete el grito de rebelión, ó sea el 18 de Septiembre, tuvo principio el movimiento separatista en el pequeño pueblo de Lares, anticipándose el señalado que fué el 29 por haber sido descubiertos.

Reunidos los revolucionarios en el cafetal del americano Mr. Brugman, en el barrio de Farnias, jurisdicción de Mayagüez, al frente de 250 hombres marcharon al de D. Manuel Rojas, cometiendo en el camino actos desordenados. Allí se levantó una bandera roja con esta inscripción «Muerte ó Libertad. Viva Puerto Rico,» y se dirijieron á Lares posesionándose del gobierno y casa del ayuntamiento, nombrando autoridades á sus adeptos y aprisionando á muchos españoles.

Como presidente de aquel improvisado gobierno se nombró á un D. Francisco Ramírez, comerciante mulato. A continuación se expidieron los manifiestos.

Al siguiente día 24 se dirigieron los insurgentes, que llegaban ya á 700, al inmediato pueblo de Pepino con objeto de tomarlo y establecer otro gobierno, pero bastó una pequeña resistencia que encontraron en sus habitantes para desmoralizarlos y hacer que huyeran á los bosques. Al recibirse esta noticia en Lares hicieron otro tanto los sublevados, abandonando la plaza.

Mas tarde fueron capturados en su mayoría y otros se presentaron voluntariamente acogiéndose al decreto de amnistía concedida por el gobierno peninsular.

En España tenía lugar á la sazón el alzamiento de Cádiz acaudillado por Prim y Topete, al cual, así como los sucesos posteriores ocurridos en aquellos días, se debe el advenimiento al poder del partido en cuyas manos estaba el Gobierno peninsular al sobrevenir la guerra cuya narración es el objeto de este libro, el mismo partido de quien tan amargamente se queja ahora aquel país.

A D. Práxedes Mateo Sagasta le vemos figurar entonces al frente por primera vez, del gobierno de Sevilla, por encargo de la junta de aquella provincia; mas tarde pone en sus manos la cartera de gobernación su correligionario Prim, después de eliminado el ministerio Gonzáles Brabo.

Aquel partido que el pueblo español elevara triunfante en sus hombros, librada apenas la batalla de Alcolea—simulacro, mas bien, de resistencia de parte del Gobierno—llevando consigo todas las simpatías, representando las aspiraciones legítimas; aquel que destrozó la última rama de los Borbones y la relegó al olvido en el palacio de Pau, morada de Enrique IV en otro tiempo, es ahora víctima de la más acre censura, es escarnecido, insultado, increpado sin miramiento alguno, llevando en sus hombros la inmensa responsabilidad del desastre reciente.

Grande es por cierto el descontento del pueblo español para con su actual gobierno, tan grande, que quizás no se haya escrito todavía la última página de este libro, cuando los nombres de sus Secretarios de Estado pasen á la historia.

Coincidieron con el movimiento de la Península las revoluciones de Puerto Rico y la de Cuba. Los gobiernos de una y otra isla no tuvieron noticia de los sucesos de Septiembre ocurridos en España, sino hasta el día 7 de Octubre, mientras que los revolucionarios lo supieron casi inmediatamente por sus corresponsales de Estados Unidos, y gracias á la organización masónica que tenían impuesta por los propagandistas americanos; así es que pudieron hacer sus preparativos sin ser molestados por la autoridad. Había lógias que trabajaban incesantemente en Puerto Príncipe, Tunas, Manzanillo, Bayamo y Holguín.

El día 9 de Octubre que se constituía en Madrid el gobierno provisional, se reunieron en el ingenio del Rosario [Cuba.] Céspedes, Aguilera, Marcano, Izaguirre, Peral y los García. El jefe bayamés Licenciado Carlos Manuel Céspedes, que encabezaba el pronunciamiento, supo que se había dado orden de aprehenderlos, por lo cual aceleró la ejecución de sus planes, reuniendo á los principales caudillos de la insurrección en su residencia el ingenio de la Demajagua, donde juraron vengar los agravios á la patria y luchar hasta triunfar ó morir.

Los iniciadores de la sublebación, en número de treinta y siete, [1] se dirigieron al pueblo de Yara. Era su propósito apoderarse de Manzanillo pero no lo hicieron, aunque tenían seguridad en el éxito, debido á que Céspedes temió que sus soldados, entregándose á los actos vandálicos, desprestigiaran su causa y dificultaran el reclutamiento de gente.

En esa pequeña población de Yara se imprimió é hizo circular la primera proclama que se llamó «Manifiesto de la junta revolucionaria de Cuba á sus habitantes, al gobierno y á todas las naciones.»

Cambiaron pues de itinerario y el siguiente día tuvieron el primer choque con las tropas enviadas por el gobernador de Bayamo, haciendo algunos prisioneros y retirándose al campo.

El 17 se habían sublevado las jurisdicciones de Jiguaní, Holguin, Las Tunas y Bayamo; atacaron á esta última pobla-

---

(1) Los patriotas de Yara que el día 10 de Octubre de 1868 proclamaron la independencia de Cuba fueron:

Carlos Manuel de Céspedes, Manuel Calvar, Bartolomé Masó, Isaías Masó, Rafael Masó, Manuel Socarrás, Angel Maestre, Juan Ruz, Emiliano García Pavón, Emilio Tamayo, Juan Hall, Luis Marcano, Manuel Godina, Jaime Santiesteban, Rafael Torres García, José Rafael Yzaguirre, Francisco Marcano, Felix Marcano, Ignacio Martínez Roque, Agustín Valerio, Francisco Vicente Aguilera, José Pérez, Rafael Gaymaú, Manuel Santiesteban, Aurelio Torres, Bartolomé Labrada, Miguel García Pavón, Pedro Céspedes Castillo, Francisco Céspedes Castillo, Enrique del Castillo, Juan Rafael Polanco, Amador Castillo, José Rafael Cedeño y Francisco Cancino.

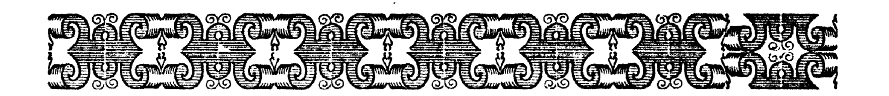
(Hoja impresa en los E. Unidos conmemorando el tercer aniversario de la Insurrección de 1868.)

ción el día siguiente, cerca de 5000 hombres, que tomaron la plaza. La fuerza que la defendía era de ciento veinte infantes que encerrados en el cuartel que les servía de fuerte, resistieron con heroicidad cuatro días, hasta rendirse por mandato del gobernador Udeata.

Alentada la revolución con la toma de Bayamo pronto se extendió desde el Oriente hasta el Camagüey.

El general Lersundi publicó un bando en el que señalaba penas severísimas á los promotores y coadjutores de la insurrección, al cual contestó Céspedes expidiendo órdenes terminantes para que fuesen castigados con todo rigor los que sirvieran de guías ó exploradores á los soldados de España.





CAPITULO III.



Continúa la guerra disidente.—Intervención de los Estados Unidos con motivo de las disposiciones contra los insurrectos.—Gestiones en favor de la libertad de Cuba.—Otro incidente internacional.—Proposiciones de paz.—El General Martínez Campos.—Término de la guerra.

I

Los insurrectos hicieron de Bayamo el centro de sus operaciones.

Lersundi fué sucedido en Enero de ese año por D. Domingo Dulce, antiguo Capitán General de la Isla. Concedió un plazo de cuarenta días para que los rebeldes depusiesen las armas y aun envió una comisión á Céspedes para proponerle las bases de un arreglo que diera fin á la guerra, pero el caudillo insurrecto nada quiso admitir que no fuese la absoluta independencia de Cuba.

No pudo además llegarse á un arreglo durante el armisticio concedido por Dulce con este objeto, porque dos emisarios insurrectos fueron asesinados de un modo inexplicable mientras se dirigían á Puerto Príncipe á acelerar las negociaciones de paz; á este suceso deben añadirse los ocurridos en el teatro Villanueva de la Habana, donde se trabó una lucha á balazos entre el público y la guarnición española, así como las escenas sangrientas que en las calles se repitieron frecuentemente.

Por tanto, lejos de llegar á un avenimiento continuó la lucha con mas fuerza. El Conde de Valmaseda, al frente de las tropas españolas, principió en Diciembre una activa campaña. Reconquistó á Bayamo y obtuvo las primeras victorias en Río Salado y Cauto embarcadero. Los insurrectos al retirarse de la ciudad de Bayamo la incendiaron.

El rigor para reprimir aquellos actos vandálicos se aumentó naturalmente de parte de los españoles sin el éxito esperado. Se levantaron en cinco Villas tres mil individuos de color, adhiriéndose á Céspedes, que proclamaba la obolición de la escla-

vitud en el territorio donde suponía ejercer jurisdicción: continuaron los incendios y asesinatos en Mayarí, Jiguaní y Baire mientras el Capitán General deportaba á la isla de Fernando Poó á doscientas cincuenta personas, acusadas de sospechas de complicidad con los rebeldes, y determinaba la confiscación de las propiedades de los reos políticos, así como de los simpatizadores con la revolución. (1)

El decreto de confiscación expedido entonces proporcionó á los estados Unidos coyuntura favorable para inmiscuirse en los asuntos de Cuba.

II.

El cónsul de Matanzas Mr. Hall envió al Ministro de Relaciones Exteriores Mr. Fish, una copia del decreto, lo cual dió por resultado que el Gobierno americano manifestara en una nota al representante español, que el Presidente Grant había visto con desagrado tal documento y que *tenía esperanza de que fuese modificado*, en cuanto se refiriera á propiedades de ciudadanos americanos en la Isla; también se reprobaba en dicha nota la conducta de Valmaseda que en la última proclama había hecho pública declaración de que emplearía el rigor y el exterminio para acabar con la insurrección. Condenaban los Estados Unidos este proceder en nombre de la humanidad y de los intereses civilizadores.

Los insurrectos no quisieron perder una ocasión tan bella para conseguir el apoyo del gobierno americano, y por medio de la junta de Nueva York, pusieron en juego toda clase de recursos para inclinarle en favor de la emancipación, no sin resultado.

El Ministro americano en España, Mr. Sickles, recibió órdenes para intentar, cerca de los poderes constituidos de la Península, un cambio en el *modus vivendi* de los habitantes de la gran Antilla. Esta gestión practicada con el presidente del Consejo de ministros D. Juan Prim, dió por resultado que Mr. Sickles contestara á su gobierno haciéndole saber que la Regencia estaba dispuesta á aceptar sus buenos oficios en la pacificación de Cuba y aún á conceder á los cubanos la autonomía ó la inde-

(1) Hechos semejantes se observaron con mas frecuencia en la guerra norteamericana que acabamos de citar.

El ilustre escritor Mr. More, en su Historia de la guerra separatista, dice que "nuestro siglo no ha presenciado una sola guerra en que los usos de los pueblos civilizados y las leyes más vulgares de la humanidad hayan sido violadas tan por completo y con mas frecuencia que en la que desoló parte de la gran República."

pendencia, siempre que éstos depusieran su actitud hostil y que se dejase de oír aquel continuo insulto, aquel grito de ¡mueran los españoles! Que estaba autorizado para establecer las bases de una convención cuyos detalles se arreglarían oportunamente, siendo estas las proposiciones cardinales:

1ª Los insurrectos depondrán las armas.

2ª España concederá simultáneamente una amnistía absoluta y completa.

3ª El pueblo de Cuba votará por sufragio universal sobre la cuestión de su independencia.

4ª Si la mayoría opta por la independencia, España la concederá prévio el consentimiento de las Cortes.

Cuba pagará un equivalente satisfactorio garantizado por los Estados Unidos.

Refiriéndose el representante americano el 20 de Agosto de aquel año (69) á un telegrama de su gobierno, en el que se le encarecía la urgente decisión sobre los preliminares de este convenio, manifestó á Mr. Fish, que había celebrado otra entrevista con Prim, en la cual, después de enterarse éste de la opinión de Washington respecto de las proposiciones 1ª y 3ª, en las que se estipulaba que los cubanos depondrían las armas para declarar luego por medio del voto quienes eran adeptos á la separación, confirmó que estaba dispuesto á acordar las bases de un arreglo para la independencia de Cuba, (1) pero que no podía dar por sí la sanción de un tratado á aquel arreglo ni someterlo á la aprobación de las Cortes, mientras los insurrectos permaneciesen con las armás en la mano.

La enérgica actitud del pueblo español, que rechazó unánime tales arreglos, cuando se hubieron publicado, obligó á los Estados Unidos á suspender por entonces las negociaciones para realizar su antiguo sueño de oro.

III

Seguía entre tanto la guerra más encarnizada cada vez. Los batallones de voluntarios enviados de la Península continuaban llegando, en tanto que los insurrectos obtenían ayuda de la junta de Nueva York por algunas pequeñas expediciones filibusteras.

---

(1) Los historiadores españoles pretenden que estos arreglos se debían solamente á Prim, y que ni el Ministerio ni la Regencia participaban de sus opiniones. El entonces Capitán gueneral de Cuba, D. Antonio Caballero de Rodas, afirmó después en Madrid en los salones del "Centro Hispano Ultra-marino," que él poseía una carta del general Prim, que le diriguió al entablarse las negociaciones de Sickles, relativa á la venta ó cesión de la Isla á los Estados Unidos y en la cual le pedía su ayuda para preparar allí las cosas de un modo conveniente. Caballero rechazó la propuesta con indignación.

Las protestas del Ministro español en Washington obligaron al Gobierno á detener y á hacer prisioneros á los que flotaban embarcaciones con elementos de guerra; pero al mismo tiempo dió entonces una prueba más de su parcialidad en la cuestión cubana.

Con destino á la vigilancia de las costas de Cuba, España había mandado construir en Nueva York treinta barcas cañoneras, que el gobierno americano mandó secuestrar, aparentando creer que se destinaban á la guerra con el Perú y en cumplimiento, se decía, de las leyes de neutralidad; lo cual no fué sino resultado de las intrigas de los laborantes americanos, puesto que las barcas iban con efecto á Cuba y no al Perú, contra la cual nación no existía guerra; además era inconcuso que no irían al Perú desde el momento que su construcción no les permitía á esas embarcaciones que pudiesen doblar el cabo de Hornos.

La misma prensa americana condenó este proceder. Entre otros periódicos, el *World* se expresó en estos términos:

«El Perú es una potencia que se halla en paz. Cuba no es una potencia en el sentido literal de la palabra. Si el Presidente Grant tiene pruebas de que las cañoneras van á ser empleadas contra el Perú, ha hecho bien al embargarlas; pero si no las tiene, y se ha puesto en conivencia para secuestrar los buques que estaban destinados á las costas de Cuba, so pretesto de la violación de las leyes de neutralidad, su conducta es deshonrosa y viola la primera obligación de los neutrales.»

Atacaron los insurrectos algunas poblaciones de Manzanillo, sin éxito, entre ellas las Tunas, en cuyo asalto tomaron parte el 16 de Agosto las Amazonas cubanas.

Céspedes, contestando á las medidas de la autoridad, ordenó el incendio de todos los plantíos de caña. Fueron incendiadas, además, Banao, Guaimaro y Cascorro.

D. Antonio Fernández Caballero de Rodas que desde Julio había sucedido al general Dulce en el mando de Cuba, seguía luchando contra la revolución ayudado por los batallones de voluntarios así de la Isla como peninsulares. El número de soldados en Octubre de 69 era de 80,000, los cuales á pesar de las críticas circunstancias porque atravesaba la Península, no dejaron de aumentarse constantemente. Sólo de España habían desembarcado 26 batallones y 25 escuadrones, que sumaban 34,500 plazas. Se habían recibido también 14 buques, 20 cañones Krupp, 25,000 fusiles de distintas marcas y 5,000 kilógramos de pólvora, á lo cual hay que añadir las treinta barcas cañoneras construidas en Nueva York, que al fin fueron devueltas.

Habiendo las autoridades prorrogado el término para que se acogieran al decreto de amnistía los insurectos, se presenta-

ban de cuando en cuando pequeñas partidas. No obstante, tardó todavía ocho años cuatro meses en pacificarse la Isla, á pesar de las medidas dictadas por la autoridad y de los abundantes refuerzos que se recibían sin interrupción.

Incontables fueron en este tiempo las escenas de sangre horror y desolación que á diario tenían lugar en el campo de la guerra. Villas, ingenios y caseríos incendiados, pacíficos habitantes asesinados con crueldad, mujeres y niños atropellados y vejados, multitudes vagando por los bosques, desnudas, hambrientas, siguiendo á los rebeldes ó bien huyendo de ellos, fusilamientos de prisioneros, sin interrupción, por uno y otro bando y olvido de todo sentimiento humanitario.

Las pasiones llegaban á su más alto grado de excitación, y tanto es así, que el historiador imparcial se halla perplejo ante las notas contradictorias y falsas que en sus partes oficiales publicaban uno y otro partido.

Sumando por ejemplo el número de bajas que durante la guerra afirman los partes españoles haber hecho á los rebeldes, resulta una cifra monstruosamente inexacta, mayor á la de los habitantes de la isla, capaces de pelear; en otros términos, de ser exactos esos partes tendría que haberse terminado con la población toda de Cuba. Tenemos á la vista un parte oficial correspondiente á la segunda quincena del mes de Diciembre de 71, época en que se aseguraba que la revolución se había casi extinguido. El parte á que aludimos dice: «resultado de las acciones habidas en la quincena: muertos al enemigo, 164, —prisioneros 6052, presentados 556.» Lo cual es absurdo.

Por su parte los insurrectos eran también amigos de las mayores exajeraciones. En la comunicación que Céspedes dirigió al presidente Grant, le aseguraba que su ejército era de 60000 hombres bien disciplinados, que una escasa minoría no participaba ds sus ideas, que estaba su gobierno establecido formalmente con sus Cámaras legislativas, sus Miuisterios etc, lo cual no era sino empírico.

Esta circunstancia, así como la de ser extraña al plan de este libro la narración circunstanciada de los sucesos de la guerra disidente, nos excusan de describirla punto por punto.

Los jefes principales fueron siendo ejecutados á medida que caían en manos de sus perseguidores: Goicouria, Céspedes, Agramonte, Donato Mármol, Covadas, Castillo Mola, Betancourt, Agüeros, Salomé Hernandez, Marcano, Rosas y otros, no existían ya el año de 74 al tomar posesión del gobierno de la Isla por tercera vez D. José de la Concha.

En el mensaje que el Presidente Grant dirigió al Congreso americano en 1875 se quejaba de la continuación de aquella guerra, la cual con las circunstancias que la acompañaban era —decía—una ofensa á las leyes de la humanidad. También

se hacía saber en dicho mensaje que España había pagado á los Estados Unidos 80.000 pesos de indemnización á las familias de los tripulantes del *Virginius*.

En los años de 76 y 77 se presentaron muchos insurrectos deponiendo las armas; algunos de ellos iban acompañados de sus familias. En los partes que rendían las tropas españolas se hacía mención de gran número de mujeres y niños, entre los presentados.

Empezaba pues la pacificación.

El general D. Arsenio Martínez Campos, ayudado del general Jovellar, fué quien tuvo la fortuna de llevar á cabo los arreglos para terminar con la guerra de rebelión. (1)

El expresado gobernante hizo proposiciones á los jefes rebeldes para que se ajustara un tratado de paz y se suspendieran las hostilidades.

Conferenció personalmente con Máximo Gómez, jefe entonces de la insurrección, y logró después de varias entrevistas que se firmara un tratado cuyas bases eran:

Primera.—La isla de Cuba recibirá la misma organización política y administrativa que tiene Puerto Rico.

Segunda.—Amplio perdón para todos los delitos políticos desde 1868 y libertad para los que estén sufriendo sentencia y para los prisioneros políticos y perdón general para los desertores de las filas españolas.

Tercera.—Se dará libertad á los negros y chinos que estén en el campo insurgente.

Cuarta.—Ninguna persona que reconozca al gobierno español en virtud de este tratado, podrá ser obligada á hacer la guerra á no ser que se establezca la paz en todo el territorio.

Quinta.—A todas las personas que desean salir de la isla se les darán medios para hacerlo, sin entrar en poblado, si así lo desean.

Sexta.—Se hará la capitulación de cada fuerza en lugares despoblados donde se depositarán las armas.

Séptima.—El General en jefe español, con objeto de facilitar la adhesión de otros departamentos á estas condiciones, dará libre paso para todas las vías terrestres y marítimas.

Octava.—Las bases anteriores se consideran generales para todos los departamentos de esta Isla que acepten las proposiciones.»

Este tratado se firmó el día 10 de Febrero de 1878 y se dió orden de que las hostilidades fuesen suspendidas en toda la isla.

---

(1) El secreto para haber alcanzado el éxito en la pacificación de la Isla, que no habían podido obtener sus predecesores, fué, según aseguran los historiadores españoles, que Martínez Campos donó gruesas sumas á los jefes insurrectos porque depusieran las armas.

El tratado se firmó en el punto llamado el Zanjón, por lo cual es conocido con este nombre.

No todos los jefes insurrectos estuvieron conformes en las bases que Gómez aprobó, propuestas por Martínez Campos. Por las dificultades que los rebeldes tenían para reunirse, así como por la gran extensión que éstos dominaban, no fué posible comunicarles la noticia de la celebración de los tratados de paz, sino hasta muchos días después.

Algunos de los jefes á quienes no se les había consultado su parecer para firmar el tratado, se dieron por ofendidos y no quisieron observar sus bases. Entre ellos el más notable quizás fué Antonio Maceo, á quien veremos figurar en primer término durante la segunda insurrección.

Este valiente jefe tuvo algunas entrevistas, si no conferencias, con el General Martínez Campos; pero no quiso tratar del asunto de la pacificación de la Isla.

En 1878 que fué entrevistado por un reporter del *World*, manifestó su grande entereza para seguir combatiendo, á pesar de que se hallaba, en los momentos de la entrevista, herido en veintidos distintas partes del cuerpo, á consecuencia de los combates empeñados últimamente con los voluntarios. De estas lesiones dieciseis eran de bala, y las demás de machete.

Las decantadas reformas, prometidas desde tantos años antes, no se llevaron á cabo, ó mejor dicho, no se trató de ponerlas en práctica sino hasta diez y siete años después, que la guerra separatista hizo explosión de nuevo, según lo veremos en el capítulo que sigue.

La insurrección que terminó en 78 costó á España mucho dinero y muchas vidas. De 200,000 voluntarios enviados en el transcurso de 68 á 78 sólo quedaban al fin de la guerra 120,000; es decir, había desaparecido más de la tercera parte.

IV

Además de las expediciones que hemos citado ya detalladamente, en la imposibilidad de publicar una nota completa mencionando cada una, haremos constar sólo algunas de las principales fletadas en las costas americanas, durante la primera insurrección.

Sabido es que estas expediciones eran por lo general despachadas furtivamente, apelando á mistificaciones y engaños para evitar fuesen estorbadas á su salida ó al desembarcar en Cuba.

A muchos de los vapores que las conducían se les cambiaba el nombre ó la bandera, ó ambas cosas; la mayor parte eran

destinadas á un supuesto consignatario, con la manifestación de dirigirse á un lugar lejano de Cuba; trasbordaban su cargamento en alta mar á otro buque prevenido de antemano, el que lo conducía á su verdadero destino.

Por tal razón no dejaban huella de su salida ni su desembarco, porque éste se verificaba en un lugar despoblado de la costa cubana. Gran parte iban en goletas ó barcas sin nombre, ó lo ocultaban cuidadosamente sus fletadores.

Los escritores españoles que describen el principio de aquella guerra dicen, como D. Emilio Sonlére, que «diariamente salían expediciones,» lo cual, prescindiendo del sentido hiperbólico de la frase, da una idea de la mucha frecuencia con que se repetían. Por este y otros fundamentos no es aventurado afirmar que los datos que publicamos en seguida sólo comprenden una pequeña parte del total de expediciones habidas en los cuatro primeros años de dicha guerra.

Para que se vea el valor de los servicios que á los insurrectos hacían los simpatizadores americanos, hay que notar que algunas de estas expediciones costaban millones de pesos, y los artículos de guerra se remitían en cantidades fabulosas. La expedición del «Arago,» por ejemplo, que está muy lejos de ser la más importante, llevaba 6.000,000 de cartuchos metálicos, 10,000 fusiles, doce cañones de á 6 y á 12, 2,000 arneses completos y varios proyectiles sólidos y huecos para los cañones.

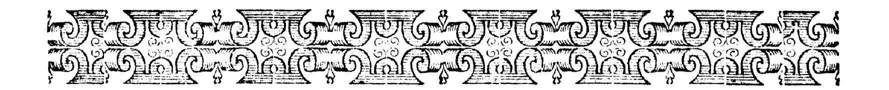
No creemos ocioso hacer constar estos apuntes que revelan lo que en el curso de este libro se halla patentizado: los enemigos de España encontraron desde un principio grande apoyo en los Estados Unidos.



Algunas de las principales expediciones que se enviaron de E. Unidos á Cuba

DURANTE LA PRIMERA INSURRECCION

AÑOS	LUGAR DE SALIDA	NOMBRE DEL BUQUE	TERMINO DE LA EXPEDICION
1868	Long Island	Hornet	Desembarcó su cargamento sin novedad.
1869	East Port, Maine	Mary Lawell	Apresada antes de desembarcar.
	Nueva York	Uruguay	Desembarcó.
,,	,, ,,	Vapor Arago	Desembarcó.
,,	,, ,,	,, Perrit	,,
,,	Long Islang	,, Hornet 2ª vez,	Apresada al desembarcar.
,,	Nassau	Goleta Galvánic	,, ,, ,,
	Cayo Hueso	Uruguay 2ª vez	Desembarcó.
,,	Boston	Vapor Catharine Whiting	Apresada antes de desembarcar.
,,	Filadelfia	Goleta sin nombre	Desembarcó.
,,	Boston	,, ,, ,,	,,
Abril 29 de 69	Cayo Hueso	Octavia (Uruguay 2ª vez, cambiado el nombre)	Apresada en Baitquiri,
Mayo 10 ,, 69	Nueva Orleans	Vapor Othon	,,
	,,	,, Virginius	,, después del desembarco.
,,	Nueva York	,, Salvador	Desembarcó.
1870	,, ,,	Florida	Apresada antes de salir.
,,	,, ,,	Guanhani	,, al desembarcar.
	,, ,,	Hornet 3ª vez	Apresada en Haití después del desembarco.
,,	,, ,,	Virginia	Desembarcó.
,,	,, ,,	Bolivar	,,
,,	New—London	Edgar Stewart	Tuvo que regresar sin haber desembarcado.
,,	Cayo Hueso	Ocean Queen	Desembarcó.
	Nueva York	Vapor Fannile	Apresada al desembarcar.



CAPITULO IV.

Martínez Campos, pacificador de la Isla.—Segunda insurrección cubana.—Jefes revolucionarios.—Actitud de España ante el movimiento.—Segundo mando del General Martínez Campos.—Primo de Rivera y Weyler.—El Presidente y el Senado americano desaprueban la conducta del General Weyler en Cuba.—Estado de la guerra de insurrección el año de 1897.

I

Con grandes muestras de alegría fué recibida la noticia de la terminación de la guerra por todos los habitantes de la Isla.

Aquel pueblo tras nueve años de constante lucha, sentíase ya exangüe, ávido de recobrar su tranquilidad y de volver al camino de la paz benéfica que le rehabilitara en sus inmensas pérdidas, causadas por la tea incendiaria y por la devastación que tras sí habían dejado las hordas de foragidos, mezclados, para confundirse, con los patriotas.

Aquellas familias huérfanas, aquellos hogares desiertos, aquellas tribus acéfalas, clamaban piedad, de uno á otro confín de la Antilla, y pedían en un tono más conmovedor que el que pudieran haber empleado todos los oradores del mundo, el término de tanta crueldad y desolación.

El general Martínez Campos fué el afortunado gobernante á quien cupo la suerte de realizar en pocos meses lo que sus antecesores no habían logrado en varios años.

Uniendo la severidad á los halagos fué poco á poco domeñando á aquellas huestes rahacias á todo lo que significara cejar un punto en sus propósitos, hasta conseguir que acudieran dóciles á su llamado, para firmar las bases de un convenio amistoso.

El pueblo le aclamó entonces llamándole el héroe de la paz. Fué objeto de múltiples manifestaciones de gratitud por haber puesto fin á aquella guerra que amenazaba acabar con los habitantes de la comarca.

Para celebrar este plausible acontecimiento se organizaron festejos públicos.

Desgraciadamente aquella paz no fué tan duradera como habría sido de desearse. Los jefes insurgentes que no quisieron adherirse al tratado del Zajón, emigraron de la Isla para continuar paulatinamente sus trabajos separatistas, en las juntas revolucionarias de Estados Unidos.

Algunos escritores españoles así lo comprendieron y encarecían al gobierno la necesidad de implantar en Cuba las soñadas reformas, ya que no la autonomía. El escritor J. Sedano dijo: «la guerra de Cuba está aniquilada, está vencida, pero no está muerta y no lo está por culpa del gobierno, ni lo estará mientras no se cambie de conducta.» [1]

Desde poco tiempo después de firmada la capitulación por Máximo Gómez, se reorganizó la Junta cubana de Nueva York y se empezaron á reunir fondos para el envío de expediciones filibusteras cuando llegase la ocasión propicia para reanudar la guerra.

Esta Junta tenía ya entonces delegados en nuestro país, en Colombia, Brazil, Venezuela, Perú y casi todas las repúblicas sud-americanas.

No cesaron por completo las tentativas de invadir á Cuba y resucitar la revolución. Durante los dieciseis años que transcurrieron de una á otra guerra, hubo pequeños levantamientos sin importancia, excepto uno verificado en 1884, que llegó á tomar serias proporciones, pero fué extinguido al cabo.

Cuando el tratado del Zanjón cumplía exactamente dieciseis años de terminado, estalló con más fuerza la revolución cubana.

Las primeras noticias que se publicaron á este respecto, afirmaban que una partida de bandoleros había aparecido en la Isla y que su única misión eran el robo y el pillaje; poco después se supo que no una, sino varias gavillas merodeaban en los caminos cometiendo toda clase de depredaciones é infundiendo la alarma entre los pacíficos habitantes.

Que no era esta la verdad de lo ocurrido en Cuba lo demostraban claramente dos hechos muy significativos. El uno era la inusitada festinación con que se discutían y aprobaban en las Córtes las reformas para la Antilla, siendo inmediatamente aprobadas y puestas en práctica, á la sazón que circulaban los rumores sobre tales desórdenes. El otro hecho correlativo fué el nombramiento del general Martínez Campos para Capitán general de la Isla.

---

(1) Emilio Soulére. "Historia de las insurrecciones de Cuba." Tomo II, pág. 480.

En efecto, se trataba de reprimir no ya las correrías de unos cuantos foragidos sino el renacimiento de la insurrección, y con este motivo, á la vez que se planteaban las reformas pedidas hacía tanto tiempo, que quitarían el pretexto de la revolución, se enviaba al Mariscal Martínez Campos, único que había podido extinguir en poco tiempo la pasada guerra, y cuyos buenos servicios tenía muy presentes el gobierno español.

II

Era en realidad el peligro más serio de lo que al principio se supuso: los jefes rebeldes Bartolomé Massó, Antonio López, Amador Guerra, Santos Pérez Colona, Manrara, Miró, Rabí, Dr. Juan Gualberto Gómez, Martí y otros habían dado el grito insurrecto en el pequeño pueblo de Baire, secundados por muchos de sus partidarios.

El movimiento principió con gran fuerza. A fines del mes de Febrero había sobre las armas 6.000 rebeldes con municiones suficientes de boca y de guerra, y se afiliaban por centenares los descontentos. De la Junta de Nueva York se habían recibido provisiones y armamento americano y continuábase ayudando por todos los caminos al movimiento.

El 16 de Abril de aquel año llegó á la Isla el general Martínez Campos, nombrado para dirigir las operaciones, y pocos días después contaba con 40,000 voluntarios enviados de España. También el general Primo de Rivera tomaba posesión de su mando.

Máximo Gómez que había permanecido fuera de la Isla desembarcó el mismo mes, procedente de Santo Domingo, trayendo algunas tropas y provisiones.

Volvieron pues á desarrollarse escenas idénticas á las de la insurrección pasada. Se inició la más ruda campaña contra los rebeldes á quienes se trataba como bandidos; ellos por su parte no queriendo desmentir este dictado, se hubieron de entregar á toda clase de excesos y depredaciones, incendiando las sementeras y hostilizando á todo el que no se alistaba en sus filas.

El general Martínez Campos publicó desde luego una proclama excitando á la sumisión á la autoridad é imponiendo severas penas á los que contribuyeran directa ó indirectamente á la continuación de la guerra, y después de dictadas estas medidas emprendió la campaña personalmente, con mucha actividad.

Sus esperanzas fueron tales al principio, que en una comunicación oficial aseguró al gobierno de España que la pacifica-

ción era obra de pocos meses, pues había destruido los principales focos del desorden.

Casi al mismo tiempo el jefe rebelde Guerra enviaba el siguiente mensaje á su corresponsal en Cayo Hueso:

«Diga al *Herald* prevenga á nuestros numeros amigos en los Estados Unidos que no crean todos los cuentos sobre derrotas de revolucionarios, inventados diariamente por las autoridades españolas, pues son absolutamente falsas. Nuestra situación es muy satisfactoria y para á mediados de Junio tendremos en compañía 20,000 hombres.»

El periódico referido envió poco después á dos representantes suyos á España, con objeto de que inquiriesen el verdadero estado de la opinión de los hombres prominentes, sobre la cuestión de Cuba. Los enviados especiales del *Herald* pudieron comprobar que existían en España dos sentimientos que dominaban á todos los demás, á saber: un deseo general de cultivar las más amistosas relaciones con los Estados Unidos y una decidida y únanime resolución de que España no se deshiciera de la isla de Cuba por ningún motivo.

Tal fué el resultado de la consultas hechas á Cánovas del Castillo, Sagasta, Moret, Castelar y á los jefes de la oposición.

III.

A fines del año de 95 el ministro español en Washington Sr. Dupuy de Lome, describiendo el carácter político de la guerra de Cuba, la posibilidad de extinguirse y la influencia americana, se expresaba en estos términos:

«La insurrección cubana es un fracaso. Mas suponiendo que mañana triunfara y se realizase la absoluta independencia de Cuba, el resultado sería la división de la Isla en dos gobiernos: el de Oriente que formaría una república negra, y el de Occidente, con una república blanca. El alzamiento es pura y simplemente una insurrección negra, aunque no he de negar que haya blancos identificados con el movimiento, porque siempre habrá visionarios, criminales y vagos dispuestos á tomar parte en cualquiera reyerta.

«Cuanto más adelanta el movimiento, más claro se va viendo que sus jefes son criminales y que su obra se dirije principalmente contra la propiedad particular. La gran mayoría de la población cubana no simpatiza con ellos. Casi todos los cabecillas de más importancia son negros; el único blanco de cuantía en las filas insurrectas es Máximo Gómez. y estoy persuadido de que ha recibido $ 45.000 por sus servicios. No es la primera vez que se ha vendido, y el general Martínez Campos puede probarlo.

«Los insurrectos se proponen ahora enviar á Cuba á Calixto García, porque comprenden la necesidad de tener más jefes blancos, por el efecto que esto ha producido en el exterior.

«García debe la vida á España, su hijo fué cuidado por nuestro Gobierno, y después de todo no ha titubeado en faltar á su palabra de honor. García es un monumento viviente de la clemencia española.

«Hay muy poco peligro de que los Estados Unidos reconozcan como beligerantes á los rebeldes, que no son otra cosa sino merodeadores dedicados á destruir sin consideración ninguna más las propiedades de americanos y cubanos, que las de españoles. La razón por la cual los rebeldes quieren que este país los reconozca, es porque de este modo esperan fomentar un espíritu de malquerencia, y, finalmente, la guerra entre España y los Estados Unidos, para que los soldados americanos vayan á pelear por ellos.

«Estos conspiradores contra la paz de las dos naciones saben muy bien que las fuerzas españolas se encuentran y marchan sobre el enemigo, éste se fracciona en pequeñas partidas que huyen. Si los Estados Unidos reconocieran el estado de beligerancia á la insurrección, España adquiriría el derecho de visita en alta mar. En virtud del mismo, el de registrar, y registraríamos á los buques sospechosos que se dirigieran á Cuba.

. . . .

« . . . Las pretensiones de los insurrectos no se inspiran en la buena fé, no siendo otra cosa que esfuerzos, apenas disfrazados, para enredar en graves dificultades á los dos gobiernos. . .

. . . .

«Muchas personas preguntan: ¿en qué consiste que el General Martínez Campos no concentra sus tropas, marcha contra las guerrillas y acaba con la insurrección? Tanto valdría que yo preguntara por qué el Jefe de policía de Nueva York no se pone á la cabeza de numerosas fuerzas de policía uniformada y marcha contra los criminales que infestan la ciudad, acabando de una vez contra las trangresiones de la ley? Cada vez que las fuerzas españolas se concentran y marchan sobre el enemigo, esté se fracciona en pequeñas partidas que huyen y se ocultan en los montes. Nuestras tropas no pueden estar á la vez en todas partes.

«Las partidas ó guerrillas se presentan subrepticiamente en tal ó cual lugar, robando y quemando á su paso y cuando se envía una columna á castigarlos, se desvanecen. Es cosa difícil el coger á las guerrillas y bien claro lo ha visto el Gobierno americano en sus luchas con los indios. No quiero decir que entre los insurrectos no haya hombres valientes, ni que no peleen de vez en cuando; pero sus operaciones no constituyen

verdadera guerra. Los rebeldes y sus jefes negros no se dedican á pelear contra los soldados de España, sino más bien á perjudicar la propiedad particular.

. . . .

«España ha enviado á Cuba 190,000 hombres de tropa y el mes entrante se enviarán 7,000 más, en adición á un regimiento de artillería montada y á un batallón de señales.

«España tiene toda clase de elementos para sofocar la insurrección; los rebeldes no tienen la menor probabilidad de éxito, y es cuestión de tiempo el que, agotados sus recursos, se entreguen. La masa general de las partidas podrá hacerlo sin temor, pero los cabecillas, responsables de los crímenes cometidos, serán castigados severamente.

«Comprendo muy bien los sentimientos que han impulsado á muchos ciudadanos de este país á hablar en favor de lo que creían una lucha por la libertad. Pero el verdadero carácter de la rebelión no se puede ocultar y se va comprendiendo. El Gobierno de los Estados Unidos ha manifestado honrosas disposiciones á cumplir las obligaciones que le imponen sus tratados con España; más sin que pretenda formular censuras enemistosas, parece que las leyes del país son bastante elásticas para permitir que personas que un día se denominan cubanas y al día siguiente ciudadanos americanos, tengan establecido en Nueva York un centro desde el cual llevan adelante de la manera más pública, operaciones dirigidas á perturbar el sosiego del territorio de una nación que está en paz con los Estados Unidos.

«España ha traido á Cuba á un estado de gran prosperidad, Recuérdese lo que era Santo Domingo bajo España y mírese el estado en que se halla hoy.

«Lo mismo digo de los paises de la América del Sur, hablande desde luego con el respeto debido á esos jóvenes gobiernos

«La mayor desgracia que podría sobrevenirle á Cuba sería perder la protección de España. Así lo comprende la mayoría del pueblo cubano, y por eso no simpatiza con los rebeldes.»

A fines de Enero fué removido de su puesto el general Martínez Campos quien al ser entrevistado por un *reporter*, dijo: «Ya no soy Capitán General. Ahora soy un particular, y puedo decir á U: que *mi remoción no dara los resultados que se van buscando.*»

IV.

Fué nombrado interinamente el general Marín y a principios de Febrero de 96 se nombró al general D. Valeriano Weyler para que prosiguiese la campaña.

Cuando desembarcó en la Isla se expresó en estos términos á cerca de su misión:

«La situación es muy grave: con el enemigo á sólo nueve millas de la capital; con el espíritu de las tropas españolas bajando más cada día; con el ejército inútilmente subdividido en pequeños destacamentos, no es posible que haya un peor estado de cosas.»

No repetiremos aquí las proverbiales medidas extremas á que apeló el General Weyler, sólo diremos que al ser publicado el bando en que las anunciaba, obtuvo como contestación otra proclama de Máximo Gómez, en que le hacía saber que si fusilaba á todos los prisioneros de guerra, él, (Gómez) en justa represalía, haría fusilar también á todos los españoles que vinieran á sus manos.

Se expidió por Weyler el memorable bando que disponía la concentración en las ciudades, de todos los campesinos y en general de cuantas personas residiesen en el campo, las cuales deberían refugiarse dentro de las líneas españolas, para ser protegidas. Todos los pasaportes y salvoconductos fueron declarados nulos, y conforme á una segunda disposición, todo el que desease viajar por el interior, tendría que solicitar pasaporte, dando garantías de su persona, objeto de su viaje, papeles etc. Y por fin expidió un tercer bando por el cual delegaba poderes y facultades extraordinarias en el ramo judicial, á los diversos Generales y jefes del ejército, con objeto de juzgar sumariamente á los reos políticos.

Al día siguiente se leía en los periódicos este cablegrama de la Prensa Asociada:

«El Presidente Cleveland está muy indignado contra los bandos publicados por el General Weyler en Cuba. Los considera bárbaros y contrarios á todas las reglas de un estado de hostilidades entre naciones civilizadas.

«La medida que todos los habitantes de los campos abandonen sus propiedades y se pongan al abrigo de las líneas españolas, y que de no hacerlo así serán considerados como rebeldes y tratados como tales, la considera como altamente atentatoria, sobre todo en el caso de ciudadanos americanos, que poseen valiosas propiedades en los campos»

En 21 de Febrero comunicaba lo siguiente, con motivo de los debates en las Cámaras, para la adopción de las «resoluciones,» el representante de la Prensa Asociada:

«Las probabilidades de una guerra con España, como resultado de la adopción por el Senado de la «resolución» reconociendo la biligerancia de los revolucionarios cubanos, han conmovido ayer á todo el país desde Alaska hasta la Florida; y el discurso del senador Morgan ha sido el tema obligado de todas las conversaciones.

«En general no es una sorpresa para el país el que se llegue á reconocer la beligerancia de los revolucionarios, porque tal reconocimiento es el deseo claramente expresado hace mucho tiempo de todo el pueblo americano.

«En cuanto á los temores de que sobrevenga una guerra con España, con motivo de tal reconocimiento, el senador Lodge dijo ayer que es el deber de los Estados Unidos obrar firmemente sin vacilaciones y de una manera efectiva y agregó «las pasadas relaciones entre los Estados Unidos y España no presentan lazo alguno de gratitud, de consideración, ni mucho menos de intimidad ó de sangre, para hacernos vacilar en lo que debemos hacer.»

«Entre los asertos del senador Morgan figura el de que España, al fin y al cabo, agradecerá á los Estados Unidos el que le ofrezca una oportunidad de declararle la guerra, «porque de esa manera se desembarazará de Cuba con cierto decoro.»

«La idea de una guerra con España, dijo Mr. Morgan, no debe hacer vacilar al Congreso en adoptar la resolución, que reconoce la beligerancia de los cubanos hacia los cuales hay la obligación, de parte de los Estados Unidos de ayudarlos á salir de la insoportable tiranía que, justamente, quieren sacudir»

«Mr. Pratt preguntó qué efecto tendría la aprobación de la resolución sobre beligerancia, si el presidente Cleveland le niega la suya.

«Mr. Morgan contestó que la cuestión es muy delicada y que merece ser estudiada.

«Mr. Hale dijo: «yo creo que la guerra con España tiene que ser el resultado de una resolución que, en este sentido, tomemos».

«Mr. Morgan continuó diciendo que «es evidente que el orgullo de España está en juego en la pérdida de la isla de Cuba; pero que también lo es que preferirá perderla en una guerra con los Estados Unidos y nó porque los cubanos se la arrebaten.»

«El mismo senador cuando continúo su discurso se quejó de la condición de los cubanos en aquella guerra, llevada á cabo contra ellos por el general Weyler con toda clase de actos de exterminio, hasta convertir la isla en un oceano de sangre.

Los diarios de Madrid y de la Habana contestaron á las frases de Morgan en un tono áspero y vehemente.

El Imparcial de Madrid acusó al Sr. Cánovas del Castillo de tener un exceso de paciencia con «*esos yankes.*»

El mes siguiente se observaba ya en toda España un movimiento antiamericano.

En San Sebastián se había abierto una suscripción para la compra de buques.

En Toledo, Málaga, Cádiz y Salamanca, hubo manifestaciones anti-americanas muy vehementes.

Estas demostraciones desordenadas aumentaron desde que el 6 de Abril siguiente se aprobó por la Cámara de representantes americanos el reconocimiento de la beligerancia cubana.

Poco después de esa fecha se abrió en Estados Unidos una suscripción á un empréstito de 2.000,000 de pesos sobre bonos de la República Cubana, con gran éxito.

Desde California á Maine hubo demanda por ellos y se pudieron colocar á 62½ centavos en cada peso, por término medio, y en muy poco tiempo.

Las alarmantes noticias propaladas por los periódicos americanos en Abril de 96 contribuyeron no poco á aumentar la tirantez de las relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos, así como también, el haber sido expulsados el mes siguiente por el General Weyler los periodistas corresponsales del *World* y el *Journal*, de Nueva York.

Citaremos dos despachos de la Agencia «Panamerican News Bureau» fechados el 29 de Abril, que refieren dos estupendas historias, sin otro resultado que el que acabamos de indicar:

«Nueva York, Abril 29.—La legación española en Washington y el Cónsul General de España en este puerto acaban de descubrir un plan fraguado por cubanos para volar un buque de guerra español y al mismo tiempo interceptar uno de los vapores trasatlánticos españoles y apoderarse de una fuerte suma de oro que el gobierno español envía para pagar á sus tropas.

«Tratábase además de apoderarse del puerto de Nuevitas haciendo ciertos movimientos en la parte oriental de la Isla á fin de provocar la concentración de tropas en aquel rumbo para debilitar la vigilancia de la trocha.»

A la vez se cruzaba el otro mensaje, no menos alarmante, fechado en la Habana. Su contenido era este:

«Ayer á las 11 y 30 de la mañana ocurrió una explosión que se cree fué de dinaminta ó de algún poderoso explosivo en el palacio del Capitán General.

«Las averiguaciones practicadas revelan que la explosión ocurrió en una covacha en la parte baja. Una parte del edificio quedó convertida en un montón de escombros; las paredes que no cayeron están cuarteadas.

«Un cajista de la imprenta de la capitanía general fué herido.

«Al principio se creyó que había hecho explosión una de las calderas de vapor; pero á poco no cupo duda alguna que la explosión había sido causada por cierta cantidad de dinamita. Ignórase todo pormenor.»

Reproducidos ambos telegramas por muchos periódicos de Estados Unidos y de otros países causaron gran sensación, y más cuando ocho días después, aún no se publicaba la completa rectificación de tales falsedades.

Otro incidente notable fué la captura de la expedición filibustera que conducía el vapor americano «Competitor,» por las circunstancias que la acompañaron. Sus tripulantes eran casi todos americanos y al ser capturados se hizo fuego sobre ellos, dando muerte á seis. Los demás fueron puestos en la prisión del Morro y juzgados por un consejo de guerra.

Llamó entonces la atención que al mismo tiempo que el ministro americano en la Habana, pedía ciertas explicaciones al gobierno de la Isla sobre el caso del «Competidor,» recibiera orden la escuadra del Norte Atlántico para reunirse en Tompkinsville.

V.

Entre tanto la guerra continuaba en Cuba con más encarnizamiento por una y otra parte.

Los siguientes datos de origen español, revelan que la actividad de la campaña en aquella segunda revolución había aumentado en 1896. Estos datos, confrontados con los de otras fuentes, resultan acordes. Del 24 de Febrero que empezó la guerra á Diciembre 31 de 1895 las bajas del ejército revolucionario eran:

Muertos: 26 jefes y oficiales y 1190 soldados.

Heridos: 358. Prisioneros: 4 jefes y oficiales y 330 hombres.

Hasta el día último de Abril, en los cuatro meses transcurridos del año de 96, tuvieron además estas bajas:

Muertos: 37 jefes y oficiales y 3085 hombres.

Heridos: 12 jefes y oficiales y 1618 hombres.

Prisioneros: 12 jefes y oficiales y 350 hombres. Además de 13 jefes y oficiales y 670 hombres que se rindieron.

En cuatro meses de 96 tuvieron pues los rebeldes 3122 muertos; en tanto que en poco más de los diez meses anteriores solo habían tenido 1216, ó sea siete veses ménos, proximamente.

El total de bajas habidas en los catorce meses, en las filas insurrectas, es de 4338.

En cuanto á las de los españoles, según los mismos datos oficiales, de fuente española, habían sido, desde el 24 de Febrero de 95 en que estalló la guerra, hasta el día último de Marzo de 96, las siguientes.

Muertos por efectos del clima y de accidentes de la guerra: 3 generales, 29 jefes, 272 oficiales y 4892 hombres; total, 5199.

Estas cifras dan una idea no sólo del cruento sacrificio que á España costaba la guerra; sino también de la actividad con que eran dirigidas las operaciones por el general Weyler, según hemos dicho.

Con todo, no fué este el período álgido de la lucha, como se verá en seguida.

Este militar cuya extremada rigidez se ha querido traducir en crueldad, no fué á hacer la guerra, según sus mismas expresiones, «con caramelillos,» esto es, las medidas severas no escasearon en todo el tiempo que la campaña estuvo dirijida por él. Tenía órdenes del gobierno español para *acabar* con la insurrección, y cumplía con ellas fielmente.

Hoy que el éxito de la guerra no ha sido de España, se oyen entre sus mismos compatriotas, muy duras recriminaciones á su proceder.

Pero ¿son fundados los cargos que se le hacen?

Una de las cuestiones más viejas en el mundo es, sin duda, la de, hasta qué punto permiten los usos de la guerra emplear los actos de crueldad. El que dispone de la fuerza puede transgredir los usos y costumbres, ya que no se puede decir las leyes de la guerra hasta el límite que marque su voluntad. Y como no se crea que esto es una mera teoría, recordaremos el hecho de haber disparado la artillería alemana contra las ambulancias de la Cruz Roja, en la guerra franco-prusiana. Recordarémos los hechos que hemos narrado en la guerra de los Estados Unidos, que se ahorcaban en las plazas públicas, después de confiscar sus bienes, á los partidarios de la abolición de la esclavitud, ó los abolicionistas ahorcaban á sus enemigos.

En nuestro país, ¿no tenemos una multitud de hechos análogos al de la ejecución de los jovencitos practicantes de medicina, de los mártires de Tacubaya, que en el largo período desgraciadamente fecundo en guerras, que acabamos de pasar, se desarrollaron?

No creemos asista pues ningún derecho de reclamar una conducta humanitaria á los que se lanzan á la guerra. La guerra es en sí misma el trastorno, la anarquía de todos los derechos. El juez de ella es únicamente, lo ha sido y lo será, la fuerza.

Por estas mismas consideraciones no creemos haya asistido ningún derecho á los Estados Unidos para inmiscuirse en la cuestión de Cuba, so pretexto de las crueldades cometidas por Weyler.

Los actos de clueldad no faltan en ninguna guerra, más cuando esta es de larga duración.

Weyler redobló sus esfuerzos para extinguir la insurrección á fines de 96. Después de haber establecido la línea de defensa llamada la Trocha, que dividió las provincias sublevadas de la

parte pacífica, inmediata la Habana, llevó á término rápidamente la reconcentración de los campesinos en las ciudades protegidas por la guarnición española.

Estableció en la Habana el centro de sus operaciones y comunicaba por telégrafo sus órdenes á los jefes españoles enviados á distintos rumbos para combatir á los insurrectos.

Con estas medidas, así como con la deportación á Fernando Poo de algunos presos políticos y miembros de la prensa de la Habana, se creyó que la revolución estaba próxima á terminar.

Las expedicionas filibusteras continuaban con pequeños intervalos. El «Three Friends,» el «Laureada» y el «Bermuda» habían desembarcado grandes cargamentos y dieron margen á las reclamaciones del ministro español Sr. Dupuy de Lome dirijidas al gobierno americano, y como consecuencia de éstas, el primero de dichos vapores fue decomisado en Jacksonville, por orden del Ministerio de Hacienda.

En Noviembre del año á que venimos haciendo referencia presentaron al Ministerio de Relaciones de Estados Unidos varias reclamaciones los ciudadanos americanos residentes en Pinar del Río, lugar en que se había localizado la guerra.

Pedían se les indemnizara de las pérdidas que la revolución les había ocasionado.

El presidente Cleveland viéndose cohibido por numerosas peticiones de la Unión americana, pidiéndole fuese reconocida la beligerancia de los cubanos ó la intervención en la guerra de Cuba, no quiso tomar ninguna determinación. En vista de lo manifestado por Weyler al gobierno español, en cuanto á la terminación de la guerra en la Navidad, optó por esperar el resultado de la lucha.

El gobierno español ante aquella actitud de los Estados Unidos, recomendó al general Weyler que redoblara sus esfuerzos para acabar con la insurrección cuanto antes. Y así lo hizo en cumplimiento de las órdenes recibidas.

El jefe insurrecto que mayor resistencia había hecho á las fuerzas españolas, distinguiéndose por sus actos de valor en los combates librados contra las huestes que mandaba, era entonces José Antonio Maceo, que no había querido someterse al tratado del Zanjón cuando terminó la guerra pasada en 78.

Maceo era hermano de otros seis jefes que por aquellos días, habían ya sucumbido todos, peleando en las filas de la insurrección. Iba siempre á la cabeza de sus soldados y contaba ya con 15.000 hombres que lo seguían.

Logró sorprender la vigilancia española y trasponer el cerco llamado la Trocha, y fué el primer jefe rebelde que lo hacía hasta entonces.

Weyler ordenó la persecusión de este caudillo, personalmente, y en los primeros días de Diciembre pudo ser muerto en una emboscada á donde lo condujo con falsedad un Dr. Zertuche, que era su médico de confianza.

Muerto este jefe, así como lo habían sido ya antes Martí, Delgado, López Coloma, Serafin Sánchez y otros, se esperó más aún en la completa pacificación de la Isla.

El día 10 de Diciembre se presentó al Senado americano la siguiente proposición, subscrita por un senador de apellido Cullon: «Resuelto:

Por el Senado y la Cámara de Diputados que la extinción del derecho español y la terminación de la dominación española en las islas que forman la entrada al golfo de México son necesarias para el bienestar de aquellas islas y el bienestar de los Estados Unidos.

«En la guerra actual que ha durado 21 meses, España ha desperdiciado 100.000,000 de pesos, y llevado al campo de batalla á 200,000 hombres y niños, y como he dicho antes, yo creo que es deber de los Estados Unidos hacer uso de su gran poder para declarar y sostener como una prerrogativa de derecho que pertenece al republicanismo en general y á esta República en particular, que no debe continuar esa masa de ruinas en las aguas de las Indias Occidentales, [cuyas olas tocan en nuestros puertos] por más tiempo que el necesario para acabar la guerra.

. . . .

«Y si eso no dá resultado podríamos considerar la conveniencia de comprar la Isla pagándola bien. Ya de eso se trató durante la administración pasada. Y no es que queramos el territorio, lo que queremos es que el mal tenga un justo arreglo y termine. Hagamos que esto tenga fin pronto. Que cese el derramamiento de sangre y que se glorifiquen la libertad y la humanidad.»

VI.

Al principiar el año de 97 las probabilidades de pacificar la isla de Cuba se multiplicaban á juicio del Gabinete español.

A raíz de los triunfos obtenidos por el ejército sobre los rebeldes, se preparaba el envío de nuevos refuerzos para el ejército voluntario, que aumentaría en diez ó quince mil hombres más, con lo cual, dada la situación de las tropas revolucionarias que iban perdiendo terreno cada día y agotándose sus recursos, no era un simple deseo alentado por el optimismo patriótico de España el suponer que antes de llegar la estación de las lluvias se habría logrado la terminación de la guerra, sin duda.

No contaba España para obtener estos resultados, con la ingerencia de los Estados Unidos, que, aunque era solamente moral entonces, hacía en la práctica muy embarazosa la conducta que debiera seguir con los insurrectos.

Por una parte la creencia arraigada con firmeza así en el gobierno como en el pueblo, de que el abandono de la isla implicaba la deshonra de la nación, no le permitía ceder un punto en el ejercicio de sus derechos sobre la colonia. Por otra, la persistencia en su manera de obrar respecto á los asuntos de Cuba le traería irremisiblemente un conflicto con los Estados Unidos, que habían manifestado por medio de su presidente y muchos diputados y senadores, que si el fin de la campaña contra la insurrección no estaba próximo, intervendrían francamente, lo cual era imposible que lo tolerase España sin declararles la guerra.

En este estado, continuaba la gestación laborante no ya en Nueva York, Cayo Hueso, Nueva Orleans, Boston y las ciudades donde tenía juntas el partido revolucionario, sino hasta en los lugares más apartados.

Hombres políticos de todas clases discutían públicamente los asuntos de la isla de Cuba, se adherían á la causa de los revolucionarios y condenaban la conducta de España, porque había tardado en extinguir aquella guerra.

Uno de los diarios americanos «El New York Journal» tuvo ocasión de recoger, en diversas entrevistas con los gobernadores de los Estados de la República, sus opiniones respecto de la guerra de independencia de la Isla.

Hé aquí sus repuestas:

El Gobernador Mathews, de Indianópolis: Favorezco resueltamente la idea del inmediato reconocimiento de Cuba. No creo que sería necesario tomar ningunas medidas en el sentido de positiva intervención, pues si nuestro Gobierno llega á reconocer la independencia de la Isla, millares de hombres y millares de *dollars* serían puestos á disposición de la causa de esa independencia.

El Gobernador Pingrie, de Michigan: Yo por mi parte favorezco la idea de la compra de Cuba por los Estados unidos si no se puede terminar la guerra de otro manera; esto, probablemente nos costará menos que emprender una guerra.

El gobernador Budd, de California: Si las atrocidades de que hemos tenido noticia son ciertas, el congreso debería proceder prontamente á reconocer los derechos de beligerancia de los libertadores de Cuba. Jamás habrá paz en Cuba hasta que sean reconocidos sus derechos de independencia.

El Gobernador Evans, de la Carolina del Sur: Favorezco la idea del reconocimiento de los cubanos como beligerantes.

Cuando hagamos este reconocimiento, les prestaremos también ayuda material y no veo que cosa más pudiéramos hacer por ellos.

El Gobernador Mitchel, de la Florida: Favorezco de todo corazón todo aquello que pueda ayudar á la independencia de Cuba.

El Gobernador Renfren, de Oklahoma: Creo que este país debería reconocer los derechos de la beligerancia de los cubanos.

El Gobernador Altgeld, de Illinois: Favorezco la idea del reconocimiento de los insurrectos cubanos por los Estados Unidos. Tengo fé ciega en toda la América y en el pueblo de Illinois, que con gusto luchará por la causa de la humanidad.

El Gobernador Hastings, de Pensylvania. Si la noticia referente á la cobarde manera como fué muerto Maceo es cierta, opino por la intervención de este país, tanto reconociendo la beligerancia, como prestando ayuda material á Cuba para que logre su independencia.

El Gobernador Holcomb, de Nebraska: Nuestro Gobierno debería reconocer los derechos de beligerancia de los revolucionarios cubanos. Su valiente lucha, por tanto tiempo sostenida para libertarse del yugo de la opresión europea, les concede el derecho á las simpatías de todo americano.

Gobernador de Missouri: Favorezco la idea de ayudar materialmente á la beligerancio de los cubanos, para ayudarles á la guerra en su independencia.

Gobernador Franklin, de Arizona: Favorezco la idea de la independencia de Cuba, pero no favorezco la de la intervención del Gobierno de los Estados Unidos.

Gobernador Richards, de Montana: Según mi opinión, los cubanos deberían ser reconocidos como beligerantes, abrigo la esperanza de que obtengan su independencia.

Gobernador Morrill, de Kansas: Mis simpatías están enteramente del lado de los cubanos en la lucha por su independencia.

El gobierno de los Estados Unidos debería prestarles cuanta ayuda pudiera y que fuera compatible con nuestros tratados con España y con el derecho internacional.

Contestaciones parecidas á las anteriores fueron enviadas por los Gobernadores de Wisconsin New. Hampshire, Wyoming, Virginia, New México, Colorado, Virginia occidental, Nevada, Virginia, Washington é Idaho.»

Cuando fueron publicadas, estas opiniones por el periódico de referencia, no causaron en el pueblo español ninguna sorpresa, como era de suponerse, en razón á que ya poco antes se había dado otro paso más directamente encaminado á la usurpación de los derechos de la soberanía de España.

El senador Cameron había presentado á la comisión de Relaciones Exteriores en Washington una proposición referente á la independencia de Cuba, que fué aprobada y se encierra en estos dos puntos:

«Que los Estados Unidos de América reconocen la independencia de la República de Cuba.

«Que los Estados Unidos harán cesar la guerra actual entre España y Cuba »

En contraposición á estos precedentes del conflicto internacional, aparecía la cordura de Mr. Cleveland, que no quiso echar sobre sí la responsabilidad de haber sancionado la independencia de Cuba. Todavía más, hizo comprender á los partidarios de la causa cubana que las negociaciones en aquel sentido, no avanzarían un punto mientras él fuese Presidente de los Estados Unidos, y alejó por entonces los temores de guerra, conjurando el peligro hasta concluir su período en Marzo, que desgraciadamente se aproximaba.

El Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Gabinete español, seguía una línea de conducta no menos razonada y juiciosa, oponiéndose por todos medios á las pretensiones de las masas populares que pedían ya desde entonces un rompimiento con los Estados Unidos.

«Mientras yo sea primer ministro, dijo en aquella ocasión, no provocaré ningún conflicto con los Estados Unidos, para defender siempre la dignidad y la soberanía española. Estoy firmemente resuelto á seguir esta línea de conducta, siendo esta mi última palabra.»

Pero las instituciones republicanas por una parte, y la fatalidad por otra, arrebataron de sus respectivos puestos en poco tiempo á aquellos dos hombres, cuya permanencia en el poder hubiera hallado quizás la solución al poblama, que no hallaron sus sucesores.

No intentamos afirmar que Sagasta y McKinley hayan empujado á la lucha á sus respectivas naciones; no abarca el plan de este libro la explosión de nuestros propios juicios y mucho menos sobre una teoría que no podrá sentarse jamás sólidamente y con la que estaría muy enlazada tal juicio. Porque equivaldría á resolver esta cuestión: si Cleveland y Cánovas hubiesen continuado en el poder, ¿habría habido guerra? Nadie lo podría decidir con certeza. Se podrá conjeturar con más ó menos aproximación un resultado, pero no con exactitud, dado el sinnúmero de circunstancias desconocidas que podrían sobrevenir después, influyendo cada una aisladamente ó en conjunto para determinar soluciones distintas al problema.

Las mismas multitudes que obligaron á McKinley y á Sagasta á declarar la guerra, habían quizás hecho otro tanto con

Cleveland y Cánovas. Según hemos visto en las anteriores páginas no eran realmente los gobiernos los provocadores de la guerra entre ambos países, sino la ceguedad inconsciente de las clases numerosas, que amontonaba ofensas tras ofensas, enardeciendo las pasiones y exaltando los ánimos. Por el contrario, ellos redoblaron sus esfuerzos para oponerse al desbordamiento del odio y el deseo de venganza que sentían crecer en su derredor, permaneciendo impasibles, esperando tranquilos la soñada solución del conflicto, que no se presentó nunca.

Uniforme se levantaba el clamor público en uno y otro país gritando: guerra! guerra!

Solamente una que otra voz, débiles, aisladas, se atrevían apenas á indicar soluciones que evitasen la guerra.

El Sr. Pi y Margall fué uno de los poquísimos españoles que, madurando sus opiniones á la luz de la fría razón, aconsejaron al Gobierno *no ir á la guerra.*

El diario *El Liberal* de Madrid indicó también entonces la conveniencia de pagar inmediatamente las indemnizaciones reclamadas por el gobierno americano en obvio de dificultades.

Pero la obsecación de los que formaban el mayor número, en lugar de oir estos sabios consejos, llenó de improperios á aquellos que tuvieron el valor civil de sugerirlos, oponiéndose á la avalancha popular.

Llegó el mes de Marzo de 97 y William McKinley ocupó la silla presidencial de los Estados Unidos, llamado por la elección que acababa de verificarse tres meses antes.

La guerra de Cuba parecía por entonces tocar á su término,

El Gobierno español, esperando en la inmediata pacificación aprobó y trató de implantar una parte de las reformas proyectadas nuevamente, en la convicción de que esta medida completaría la sumisión de aquellas provincias agitadas todavía por los revoltosos.

No habían cesado aún por completo las escaramuzas en Santiago de Cuba y en Pinar del Río, sobre todo. Una de las primeras providencias del Gobierno de McKinley fué la de atender á los americanos necesitados residentes en Cuba. En su mensaje de Marzo recomendó al Congreso la aprobación de un crédito de 50,000 pesos con este objeto. En el mismo mensaje declaró que no abrigaba el más mínimo temor de que las buenas relaciones existentes entre España y América del Norte llegasen á alterarse por entonces.

Poco después, cuando fué aprobada por el Senado americano la resolución que reconocía la beligerancia de los cubanos, pudo verse más claro la cuerda conducta del Presidente, que no quiso sancionar todavía aquella resolución, que había sido iniciada por el senador Morgan.

El día anterior al en que fué aprobada la famosa resolución, h bía anunciado el general Weyler en Cuba oficialmente, la pacificación de la mayor parte de la Isla.

El Presidente McKinley deseando obtener informes exactos de la situación de la isla de Cuba y el estado de su revolución, había enviado á Mr. Calhoun, con el encargo de tomar informes detallados y rendirlos en breve al Gobierno. El emisario no hizo más que avivar los odios existentes entre americanos y peninsulares, por sus imprudentes gestiones, denunciando al Gobierno español como encubridor de la verdadera situación en Cuba, que según él, era desastrosa y muy lejana de la pacificación, que había asegurado Weyler.

Ocioso será agregar que los insurrectos cobraron nuevos bríos con la presencia del enviado americano, al conocer su inclinación á la causa de la independencia. El día 4 de Junio regresó á Nueva York Mr. Calhoun, llevando el resultado de sus informes acerca de Cuba. En ellos ponderaba la triste condición á que estaban reducidos los americanos en la Isla, y la necesidad de que los Estados Unidos intervinieran en la terminación de aquella guerra, á toda costa.

Una reclamación más fué presentada por el gobierno de Washington, por la muerte del Doctor Ricardo Ruiz acaecida en Cuba.

El 25 del mismo mes de Junio de 97, fueron absueltos en Estados Unidos los filibusteros que conducían municiones y armas para Cuba en el vapor *Dauntless*, apresado por el crucero «Wilmington» antes de desembarcar.

El juez declaró que no había pruebas suficientes para confirmar su culpabilidad.

El día 8 de Agosto fué asesinado el primer ministro del Gabinete español Sr. Cánovas del Castillo, por un anarquista llamado Miguel Angel Golli. Le sucedió en su puesto el General Azcárraga, interinamente.

En Septiembre manifestaba el Cónsul general de Estados Unidos en la Habana, Mr. Fitzhug Lee, á su llegada á Nueva York: «Nada anunciaba el fin próximo de la guerra en Cuba cuando abandoné la Habana. Los negocios están paralizados y no hay ni la menor esperanza de que mejore la situación.»

Apoyándose sin duda en los datos comunicados por el Cónsul, el gobierno de Washington decidió enviar una nota al de España declarando que la prolongación de la guerra en Cuba perjudicaba notablemente el comercio y la industria de los Estados Unidos é insistiendo en que se debería remediar cuanto antes tan desastrosa situación.

Esta nota fué presentada á fines de Septiembre por el Ministro americano Woodford, al Duque de Tetuán, Ministro de Relaciones en Madrid.

En seguida se presentó de nuevo la reclamación de 75000, pesos para indemnizar á la viuda del Dr. Ruiz.

La actividad de las negociaciones diplomáticas con los Estados Unidos se calmó un poco á fines de Septiembre, por la renuncia del Gabinete español presidido por Azcárraga. El 5 de Octubre se reintegró aquel cuerpo, presidiéndolo como primer Ministro D. Práxedes Mateo Sagasta, que inmediatamente dispuso el relevo del general Weyler en Cuba por el general D. Ramón Blanco.

Hasta á fines de ese mes pudo ser contestada la nota del gobierno americano, por el de Madrid.

En esta contestación se ennumeraban los sacrificios hechos por España para concluir la guerra en Cuba y se describían las reformas que se iban á implantar á la llegada de Blanco; concluía con esta frase: «España no admite ni admitirá que una nación extranjera intervenga en sus asuntos.»

Cuando aun no habían transcurrido cuatro días de la llegada del general Blanco, ya había enviado este militar un mensaje al Gabinete español en el que manifestaba que se había formado una favorable opinión de las facilidades para sofocar la guerra completamente. Entre tanto los periódicos españoles aseguraban que la pacificación de Cuba era imposible, mientras los Estados Unidos ayudasen á la insurrección por medio del filibusterismo.

El general Blanco exponiendo la táctica que seguiría en la campaña contra la revolución, dijo en la Habana el 3 de Noviembre en la noche, ante numeros amigos suyos: «La conducta militar que observaré es bajo todo punto diferente á la que usó el general Weyler. Haré guerra á muerte al enemigo, pero jamás verteré sangre de mujeres y niños.»

Y efectivamente inició una política de conciliación, opuesta en todo á la de Weyler.

Después de haber publicado un decreto de amnistía para los presos políticos, hizo suspender los efectos del bando de la concentración; ordenó asimismo se procediese á la replantación inmediata de los campos y abrió subscripciones públicas para socorrer al sinnúmero de necesitados que había en la Isla.

A continuación se decretó la libertad de los prisioneros del «Competitor» así como otros muchos americanos detenidos en las prisiones de la Habana. Estos acontecimientos, así como el decreto de autonomía de Cuba, que publicó en breve el Gobierno peninsular, causaron muy buena impresión en los Estados Unidos.

La prensa madrileña atacó rudamente al gabinete Sagasta por la aprobación del decreto de autonomía, asegurando que era autorizar la desorganización de la Patria.

En el primer mensaje anual, el Presidente McKinley manifestaba á principios de Diciembre que debería el pueblo americano abandonar por entonces la idea de intervención en Cuba ante la conducta humanitaria del general Blanco y la libertad de los americanos presos en la Isla. Tampoco aceptó el reconocimiento de la beligerancia, creyéndolo peligroso para el país. El mensaje concluía con estas palabras:

«Si más tarde nos vemos obligados á intervenir en nombre de la civilización y de la humanidad, será preciso que esto sea sin provocación de nuestra parte. Es necesario, en una palabra, que observemos una conducta neutra, con la seguridad de que nos aprobará el mundo entero.»

Los insurrectos se negaron entretanto á aceptar la autonomía concedida por España y continuaron oponiéndose á la dominación.

La noticia de haber sido aprobado por el Gobierno español el decreto concediendo la autonomía, no produjo pues el efecto deseado.

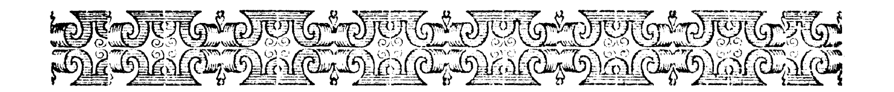
Al principiar el año de 1898 la guerra de insurrección, que unos dos meses antes parecía haberse extinguido, volvió á hacerse sentir en algunas provincias.

Los trastornos consiguientes, ocasionados así á los nativos como á los extranjeros que residían en Cuba, dieron lugar á nuevas quejas de los ciudadanos americanos, las cuales obraron de tal suerte en el ánimo del Gobierno, que se resolvió adoptar de nuevo la política de intervención, si los atentados continuaban.

Esta actitud del Gobierno americano fué conocida por los habitantes de la Antilla poco después, causando un desastroso efecto en el ánimo de los españoles, á la vez que alentaba á los rebeldes en la prosecución de la guerra.

Por eso cuando á fines de Febrero hubo en la Habana una explosión de un buque americano, no faltó quien calumniara á los españoles llamándoles autores de tamaña desgracia.





CAPITULO V.



Destrucción del acorazado "Maine" en la Habana.—¿Cual fué la causa del accidente?—Opinión del teniente-coronel J. T. Bucknill sobre el dictamen de la comisión investigadora americana.—Los Estados Unidos juzgan llegado un "casus belli".—Injusticia de su proceder.

I



las nueve y treinta y cinco minutos de la noche del 15 de Febrero de 1898, el acorazado «Maine» de la armada norte-americana, hizo explosión en la bahía de la Habana, perdiéndose totalmente y causando numerosas víctimas.

Las primeras noticias oficiales enviadas á Washington al Secretario Long por el comandante Sigsbee, capitán del buque, dicen: el «Maine» casi sumergido; no se encuentran á Jhenkins ni á Merrit; hay pocas esperanzas de encontrarlos: se sabe que veinticuatro oficiales se han salvado; de los tripulantes, díez y ocho se encuentran heridos á bordo.

«En el vapor «City of Washington» de la línea Ward, en el hospital y en los hoteles, se encuentran cincuenta y nueve, por lo que hasta ahora se sabe. Los restantes perecieron á bordo ó cerca del «Maine».

«Se calcula el número de los que sucumbieron en 253; los daños fueron en los compartimientos de los tripulantes.

«Pienso mandar á todos los heridos al hospital de la Habana.—firmado Sigsbee.»

A las once y cuarenta de la mañana del mismo día 16 de Febrero, el sub secretario de Estado, recibió en Washington el siguiente despacho de la Habana: «Las autoridades lamentan el accidente.—Nadie conoce el origen de la explosión.»

El mismo día 16 por la tarde y por el citado conducto de la Prensa Asociada, se recibieron en Washington los siguientes cablegramas: «El vice-cónsul Springer, asegura que los oficiales se salvaron. El capitán Sigsbee se encontraba á bordo, cuan-

do ocurrió la explosión y esto aconteció en la proa del buque. *No tengo sospechas*, dijo, *y he hablado con varios oficiales lo mismo que con marineros.*»

Otro despacho, fechado el mismo día, dice:

«El crucero español Alfonso XIII que se encontraba anclado cerca del «Maine» echó sus botes y salvó á treinta y siete tripulantes del buque americano.

«Se cree que el origen fué la explosión del caldero del dinamo de la máquina. El capitán Sigsbee se niega á hacer una declaración sobre el desastre hasta que no se hagan las investigaciones necesarias.

«El gran número de muertos, obedece á que la mayor parte de los marineros, estaban durmiendo al estallar la explosión.»

Un cablegrama de Madrid recibido en México, el mismo día 16, dice:

«La noticia sobre el desastre del «Maine» causó honda impresión en esta ciudad, y se ha sentido mucho este incidente. Se publicó una nota semi-oficial á este respecto y el gobierno expresó su pesar por la catástrofe al Ministro Woodford.»

Pocos días después, el Ministro americano en México, Mr. Powel Clayton, interrogado por un reporter, de un diario muy poco simpático á la causa española, refiriéndose al deplorable accidente, dijo:

«Ni por un momento supongo que los españoles tengan algo que ver con lo ocurrido. Los dos países conservan una paz mútua, y semejante acción habría sido muy impolítica.

Si el puerto de la Habana está defendido con torpedos, indudablemente el *Maine* fué guiado á alguna porción salvadora. Esto parece comprobar el heeho de que el buque de guerra español «Alfonso XIII» estaba anclado muy cerca del *Maine*. Solamente en tiempo de guerra los torpederos son dirijidos á los puertos y en semejante condición, no pueden ser tocados por un navío. *Igualmente no es creible que un torpedo fuera enviado del puerto, porque esto implicaría que los españoles tenían en su poder todas las baterías de los puertos.*

«Algunas cabezas calenturientas, pueden haber salido en un bote y colocado un torpedo; *pero esto sería muy difícil hacerlo sin ser cogidos, porque indudablemente los vigilantes del Maine, estaban cumpliendo su tarea.*

Interrogado sobre el mismo asunto el Sr. Marqués de Bendaña, ministro de España en México, dijo que «de ninguna manera se inclinaba á creer en la teoría del torpedo; pues entre otras razones expuso la de que el «Alfonso XIII» buque de guerra español, se encontraba anclado estrechamente al «Maine», y lo más probable era que también el buque español hubiese sufrido averías á ser un torpedo la causa de la explosión.»

Y para confirmar las palabras del Sr. Ministro de España, re-

producimos el siguiente mensaje fecha 16 de Febrero y del mismo origen que los anteriores, es decir, de la Prensa Asociada:

«Corrió gravísimo peligro el crucero *Alfonso XIII* debido á lo muy cerca que estaba el *Maine*, sin embargo maniobró con tanta habilidad, que anclado junto al *Maine*, soltó sus botes, y tomó activo participio en el empeño de rescatar á los tripulantes, ayudado por los botes de los demás vapores españoles.»

La prensa toda de la Península á su vez, comentando el suceso pone de relieve los altos sentimientos de la nación española, como se verá por las siguientes líneas de «El Liberal» fecha 17 de Febrero:

«Una catástrofe de esa naturaleza, reclama los derechos de la humanidad, y los rencores de la política deben callar ante ella. Tales calamidades, interesan á los dos países, aunque estén divididos y sean rivales, pues ellas hieren á la gran familia humana.

«Nuestra noble nación haciendo un paréntesis á todo otro sentimiento, no puede menos que lamentar este accidente.»

Honda impresion causó en Madrid la noticia del desastre, especialmente en los círculos diplomáticos. De ello se podrá juzgar por el siguiente cablegrama, de origen americano, así como los que citaremos, fechados en aquella capital el 18 de Febrero:

«Todos los miembros del Gabinete y el cuerpo diplomático, dejaron sus tarjetas en la legación americana, expresando su condolencia por el desastre del *Maine* y por las pérdidas de vidas.»

El Presidente McKinley con fecha 19, envió el siguiente despacho á su ministro en Madrid: «Washington—D. C. Woodford Ministro, Madrid.

Sírvase manifestar á Su Majestad, mis agradecimientos por los mensajes de condolencia y simpatía que manifiesta en un telegrama que se acaba de recibir.—Firmado, *McKinley*.»

También de la Habana el Capitán Generel Blanco, envió un mensaje al encargado de negocios de España en Washington, en nombre del gobierno colonial solicitando que se sirviese manifestar la condolencia del Gabinete, por el desastre.

El mismo Capitán General aseguró que según los informes por él obtenidos, «la causa de la primera explosión, fué originada por seiscientas libras de pólvora de algodón y la otra por las bombas y cartuchos.»

En 21 de Febrero, el comandante Naval de la Habana declaró que «existen pruebas de que ningún pescado muerto vino á la superficie después de la explosión que hundió el *Maine*, y al ocurrir el desastre, no hubo el menor levantamiento de agua, que hubiese seguido indudablemente si ésta hubiera sido causada por una explosión submarina.»

A mayor abundamiento, un notable marino norte-americano el vice-almirante Erben, declara, según se lee en un telegrama fechado ese día en Nueva York, que «el *Maine* voló por explosión originada en sus propios almacenes y que esas cosas ya han sucedido antes.»

En la misma fecha el capitán Sigsbee, comandante del *Maine*, telegrafió al Departamento de Marina, «que diariamente recibio nuevas muestras de simpatía y ofrecimientos de ayuda de parte de las autoridades españolas.»

En 22 de Febrero que se tuvo ya en Madrid un informe parcial de los buzos, el Sr. Sagasta declaró que «por el examen que han hecho del casco y del interior del buque, el desastre reconoce por causa algún accidente dentro del mismo buque.»

El propio día 22, se publicó el siguiente despacho: «dos cajas de díez pulgadas con municiones se encontraron, una era de las que hicierón explosión y la otra estaba llena de pólvora »

Le Temps, periódico francés de reconocida imparcialidad, dice en su número correspondiente al 22 de Febrero:

«No dudamos por un solo instante que el gobierno español sea inocente en esta catástrofe que tanto se ha lamentado, y no encontramos palabas para condenar á aquellos, que por intereses mezquinos, intentan manchar la honra de una nación, noble por excelencia, arrojándole á la cara la comisión de un crimen tan atentatorio como el que dá lugar á este artículo. Dejemos que las cosas tomen su verdadero curso, y al fin veremos que la causa sólo fué un accidente imprevisto.»

Con fecha 23 de Febrero, el corresponsal de la *Prensa Asociada* en Washington, telegrafió lo siguiente al Bureau Central en Nashville:

«Un diplomático que goza de la entera confianza del Ministerio, y que interpreta la actititud del Gobierno, me dijo esta mañana que *tanto el Presidente McKinley, como todos los miembros de su Gabinete, tienen amplias pruebas de que la explosión del Maine no fué causada por un acto, en el cual haya tenido ingerencia el Gobierno español.*»

II

La excitación popular en Estados Unidos, obligó á ambos gobiernos á nombrar comisiones investigadoras para descubrir el verdadero origen de la catástrofe.

El 24 del mismo mes de Febrero llegó á la Habana el remolcador «Right Arm,» para dar principio á los trabajos de la Corte Naval Investigadora americana, que duraron hasta el 16 de Marzo. Antes de entrar en conjeturas, bueno es citar un úl-

timo telegrama relativo al asunto, y fechado el 21 de Marzo en Cleveland, Ohío, dice así:

«Mr. Frank H. Morris, cuarto auditor del Ministerio de Hacienda y amigo íntimo del Presidente McKinley, hablando sobre el desastre del *Maine* dijo que: «cualquiera que haya sido la causa de la catástrofe, el Presidente y los ministros están seguros de que el gobierno español no ha tenido la menor ingerencia en el asunto.»

Por todos los despachos citados, de origen americano, se verá que no hubo absolutamente nadie que no estuviese conforme en que, fuera del incendio antes ó después de la explosión, todo partió del propio buque; una de las conjeturas es que la explosión fué de los tropedos que llevaba consigo el buque, lo que no deja de ser bastante verosímil, pues lo más probable es que el *Maine* no tuviera torpedos Whiteheads ni Howell, por lo que, con los que se iba á maniobrar debían ser los fijos, que los americanos cargan con dinamita, con lo que, y más si hubo antes una explosión de calderas, que diera el choque inicial, no hay que buscar otro causa á la catástrofe.

Otra conjetura es la de haberse inflamado el combustible líquido que para pruebas tenía á bordo, lo que cabe en lo posible, sobre todo si era como experimento y no tenía todavía las instalaciones que son necesarias para un huesped tan peligroso.

No es tampoco despreciable la conjetura de que la explosión de la caldera fuese de una de las que haya tenido con fuegos retirados, si el buque estaba con ciertas precauciones, fuegos retirados que son siempre del mayor peligro.

Queda por último otra conjetura, que mas que ninguna puede estar cerca de la verdad, y es que el buque se conservara en son de combate, con municiones repartidas por las cubiertas, lo que en momentos de combate es tan sólo de relativo peligro, porque todo el mundo está en su puesto; pero si este sistema se convierte en constante, y además se quiere aparentar que se vive vida normal, hay forsozamente descuido de las precauciones y entonces el peligro es inminente.

Es indudable que la tempestad de odio que se desarrolló en los Estados Unidos al conocer el dictamen de la comisión investigadora, dió ocasión al partido bélico, para reunir en torno de su bandera á todo el país y obligó al Gobierno á declarar una guerra, que hasta para los mismos americanos es difícil de explicar por otras razones.

Con tal motivo y después de leer detenidamente, cuanto sobre la explosión del «Maine» se ha escrito, no hemos dudado ni un momento en reproducir aquí la parte mas interesante del extenso y concienzudo artículo que sobre el asunto escribió el teniente-coronel J. T. Bucknill, y que fué reproducido por casi todos los diarios franceses y por algunos norte-americanos.

«El fallo de la Comisión investigadora, dice, es de tal importancia, que sus individuos deberán oir con paciencia el siguiente exámen ó crítica de su trabajo emprendido con un espíritu amistoso, por uno que desea únicamente cooperar en el esclarecimiento de la verdad del desastre del *Maine*. Con que únicamente consigamos refutar la certeza del fallo de la Comisión americana, habremos realizado una obra meritoria, que tiende á hacer desaparecer la profunda aversión á España, que hoy prevalece en los Estados Unidos.

«El Comité de Investigación trabajó durante veintitres días, y su informe ocupa 281 páginas de pequeños caracteres, constituidas en su mayor parte por un registro de las pruebas testificales realizadas. Antes de entrar en el examen de este registro, que en su perfección abraza multitud de opiniones y de experiencias, y que por consiguiente, es á menudo confuso y en ocasiones contradictorio, bueno será referir ligeramente algunos hechos anteriores á la catástrofe.

«Durante algunos años, la rebelión de los cubanos contra España, había recibido auxilio de los agitadores americanos, auxilio que el gobierno de Washinton no había podido impedir.

«En los comienzos del presente año existía ya cierta hostilidad, entre las dos naciones, cuado el 24 de Enero, recibió Mr. Lee, cónsul general de los Estados Unidos en la Habana, el siguiente telegrama del Departamento de Estado de Washington: «Este gobierno tiene el propósito de reanudar las amistosas visitas navales á los puertos de Cuba. Con este objeto, el *Maine* irá á la Habana, dentro de uno ó dos días. Ruego á V. prepare un amistoso cambio de cortesía con las autoridades.—Firmado—Day.»

«El consul Lee, contestó lo siguiente: «Aconsejo se retrase la vista, seis ó seite días para dar lugar á que la última excitación desaparezca. Veré á la autoridades y comunicaré impresiones. El Gobernador General está fuera y no volverá hasta dentro de dos semanas, necesito saber el día y la hora de la visita.—Firmado.—*Lee*.

«El General Lee, fué á palació por la noche y leyó el telegrama á las autoridades. Al otro día, telegrafió en cifra lo siguiente:

«Habana, Enero 25—En una entrevista entienden autoridades que los Estados Unidos se proponen fines ulteriores al enviar el buque. Dicen que entorpecerá autonomía, que producirá excitación y probablemente manifestaciones. Piden que no se realice hasta que puedan tener instrucciones de Madrid y añaden que si la visita es con fines amistosos el retrazo no tendrá importancia.—*Lee*.»

Y después añadió, el mismo día: «Barco llegó sin novedad á las once de la maña de hoy; hasta ahora no ha habido manifestación.»

«Estos incidentes, parecerá que no tienen nada que ver con nuestro estudio; pero demostraré á mis lectores, que tuvieron señalada influencia en el hallazgo principal del Comité americano, de que el *Maine* fué destruido por «la explosión de una mina submarina, situada bajo la quilla del barca, explosión que levantó el casco 30 pies sobre su posición normal» casi al nivel del bastidor número 18. Esa mina ha debido ser muy grande y esta dedución implica necesariamente:

1º Que la mina fué colocada antes del 24 de Enero.

2º O que la mina fué colocada secretamente junto á la boya nº 4 en a noche del 24 de Enero.

3º O que se realizó esa operación después de anclado el buque.

Respecto al primer punto, si el puerto estaba minado antes del 24 ¿porqué se realizó esta operación y porque razón habría de practicarse.

«El puerto de la Habana es pequeño. La extensión que presenta hasta tres brazas de profundidad, no tiene más que una milla de anchura, y además un banco de arena, que partiendo del S—E, la hace aún más pequeña. La embocadura del N—O no tiene en su mayor parte, en una extención de ocho cables, más que una anchura de un cable. Y ahora preguntó: ¿Qué minero submarino que esté en su juicio, vá á minar la parte interior de un puerto de esa naturaleza ó vá á colocar una mina cerca de la boya nº 4? Sería lo mismo que colocar una mina, frente al muelle nº 1 de los docks de Portmouth, y aunque muchos y muy hábiles ingenieros, han estudiado los medios de defender este puerto, estoy seguro que ninguno, ni aún es sus momentos más angustiosos, propuso minar las aguas interiores, fronterizas á los muelles.

«Si las autoridades de la Habana, querían defender el puerto, mientras pudieran resistir, era lo más fácil hacer minar la estrecha y larga entrada. Todo trabajo posterior de esta clase, se haría evidentemente minando las aguas frente á la ciudad que se extiende estrechándose en algún espacio á uno y otro lado de la entrada del puerto.

«En una palabra, es casi inconcebible que el puerto de la Habana estuviese minado con algún fin cerca de la boya núm. 4, antes de la recepción del primer telegrama del Gral. Lee el 24 de Enero último. Si fuera preciso decir algo mas sobre esto, añadiría que el puerto no hubiera podido minarse de esa manera, sin que la ciudad entera tuviese conocimiento de ello; y era evidente después del desastre que ni las personas callejeras, ni el mismo cónsul Lee, sabrían nada de tales trabajos.

«Por consiguiente, sería completamente pretensioso suponer que el interior del puerto estuviese minado, cuando se anunció repentina é inesperadamente á las autoridades españolas, el envió del *Maine* dieciocho horas antes de su llegada.

«La misma palabra *inesperadamente*, que emplea el Gral, Lee, atestigua de sobra esto. El Gobernador General estaba ausente, y el mismo Consul Lee, no fué consultado de antemano.

«Esto nos lleva á examinar el segundo punto: ¿es, cuando menos, probable que se tuviera preparada de antemano una poderosa mina, para colocarse en un momento dado en un determinado punto del puerto? De ser esto cierto, ¿con qué objeto habría de haberse hecho este preparativo? Semejante idea exije un gran esfuerzo de imaginación y es difícil creer que las autoridades españolas, en ausencia del Capitán General, preparasen rápidamente un plán y llevasen á cabo el nefasto propósito de destruir un buque enviado para realizar una visita amistosa, por una nación con la cual, el gobierno de la Metrópoli, deseaba á toda costa evitar un conflicto.

«Pero si la mina no hubiera estado lista, la operación de cargarla, cebarla y disponer los cables, habría exigido cierto tiempo, además de que su embarque en una lancha de vapor ú otro cualquier barco á propósito y su colocación en las cercanías de la boya nº 4 hubiese necesitado el concurso de numerosos operarios; la operación de emplazar habría habido que realizarla á 300 yardas de los muelles á 400 del buque alemán *Guisenau* y á 250 del crucero español Alfonso XIII.

«De seguro hubiera sido imposible conservar secreta esta operación, y sobre todo durante algún tiempo.

«Respecto al punto tercero, las anteriores deducciones conducen sólo á esta conclución: que si el dictamen de la Comisión es exacto, la mina debió colocarse bajo el buque, después de la llegada de éste á la boya.

«Sólo con examinar la prueba testifical, se adquiere la convicción de que se observaba á bordo una extremada vigilancia especialmente de noche, habiéndose establecido dobles guardias y patrullas para estar prevenidos á la menor alarma y puestos en servicio todos los botes próximos al buque.

«Nada resulta en dicha prueba más claro, que la persuación existente en los tripulantes del *Maine*, desde el Comandante hasta el último grumete, de que el puesto era de peligro, tomandóse las oportunas precauciones, aun cuando ignoro si se lanzaron las redes contra torpedos.

«El capitán Sigsbee, después de detallar las precauciones que había adoptado, concluía diciendo:

«*El sentido de todas mis órdenes, tenía por objeto el que considerásemos el Maine en una situación que exijía extremada vigilancia.*»

«Había centinelas en la proa y en la popa, un contramaestre y un grumete en el puente, otro grumete en la popa, un cabo encargado de vigilar especialmente el costado del buque que miraba al puerto, un oficial en el puente, y un contramaestre con orden de vigilar el costado del buque que daba al mar; una guardia vigilaba constantemente por la noche; los centinelas tenían las armas cargadas etc. etc; precauciones contra los que traían fardos, suponiendo que podrían emplear dinamita ú otros explosivos.

«Entre los supervivientes que prestaron declaración, algunos pensaban que el barco había sido volado por un torpedo, otros que había sido cañoneado por una artillería gruesa, demostrando que oficiales y soldados estaban persuadidos de los supuestos peligros de su situación.

«En estas circunstancias es muy improbable que haya podido colocarse una mina poderosa después de la llegada del *Maine* á 60 ó 70 pies de la boya cuarta, junto á la cual estaba anclado el buque por la cadena de estribor. Estando la boya sujeta sin duda como es costumbre, con dos anclas, con objeto de mantenerla en la misma posición, hubiera sido preciso colocar la mina bajo las narices de los centinelas de popa y de proa, y debe recordarse que las fases de la luna fueron las siguientes: primer cuarto, 29 Enero; luna llena, 6 Febrero, y último cuarto, 14 Febrero.

«Con todas estas circunstancias es muy difícil creer que pudiera haberse colocado una mina tan cerca del barco sin que se supiese.

«En un *meeting* celebrado recientemente en el «National Civic Club,» de Brooklyn, mi amigo el Capitán Zalinski, que daba aquel día una conferencia, describió la mina que pudo colocarse fácilmente y hacer explosión bajo el *Maine*. La descripción no acompañaba al folleto de esta conferencia y después de leerla, quise darme cuenta de la mina que pudo producir la catástrofe, según la comisión, y que pudo ser colocada fácilmente, según el Capitán Zalinski. Una mina poderosa exije una carga de pólvora de gran fuerza, pero no un alto explosivo; debía ser una mina de gran tamaño. Ahora bien suponiendo que no fué colocada de ninguna manera, ya he demostrado las dificultades que se oponen á ello, ¿pudo ser lanzada?

«Seguramente que nó. La distancia entre los fondos del buque y el lodo no ha podido ser mayor de 14 piés, distancia que apenas parecerá bastante para ser responsable de un levantamiento de 30 pies en la quilla. Por lo tanto una mina, de haber sido lanzada, no debió hacerse á una profundidad que la hicieran embarrancar en el lodo. Su submersión se fijaría en algo próximo al calado del barco, y su resultado sería una

gruesa ola y no una quilla doblada. La idea de una mina flotante es, en mi entender, insostenible en lo referente al *Maine.*

"Para reasumir nuestro examen diremos: 1º Que es una locura suponer que pudo colocarse una mina cerca de la boya número 4, formando parte de un sistema de defensas submarinas, ó que este sistema pudo colocarse sin que nadie lo supiera, aún sin conocer sus detalles.

"2º Que es inconcebible que se colccase en aquel sitio una mina en la noche del 24 de Enero.

"3º Que es absurdo suponer que se colocase una mina después del 24, á 60 pies de un buque cuidadosamente vigilado y

"4º Que la suposición de una gran mina flotante es también intolerable.»

Después de leer el concienzudo artículo del teniente coronel Bucknill, ¿aún habra insensatos que crean que el *Maine* fué volado por una mina submarina?

III.

Así es que, según las declaraciones del Coronel Bucknill, del vice-almirante Erben, del corresponsal de la Prensa Asociada, y del mismo capitán general, la explosión no pudo reconocer como causa un agente externo. Todavía más, se señala ese agente: uno de los peligrosos explosivos que llevaba á bordo el buque.

Pero supongamos por un momento que la catástrofe hubiese provenido de una causa exterior, ¿bastaría este sólo hecho para hacer responsable á España?

Restaría probar que la causa exterior obedeció á un acto inteligente, que este acto inteligente fué de un español, y que habiendo sido de un español, la responsabilidad es de toda la nación ibéra.

Los Estados Unidos han declarado oficialmente que la causa de la destrucción del Maine fué externa, y de una manera tácita han inferido que la responsabilidad toca á España, al considerarlo como el punto principal de las resoluciones del Senado Americano, que dieron lugar al *ultimatum.* También se infiere esta responsabilidad del hecho significativo de haber mandado grabar en las galletas con que se proveyó después á los soldados que marchaban á la guerra, estas palabras: «Acordaos del Maine» *remember the Maine.* Cuyo sentido implícito é intencional es este: "Acordaos que 266 marinos hermanos, han sido muertos en la destrucción del Maine por un agente extraño; y ahora, *que vais á pelear contra España,* es tiempo de vengar su muerte.

Siempre que llevéis este alimento á vuestra boca tened presente este suceso: que él sirva para aumentar vuestro valor y para no tener piedad de quienes os han ultrajado tan cobardemente."

Indica pues este hecho que había la convicción oficial de que España había sido causa de la destrucción del acorazado ó al menos que de ella era la responsabilidad. De otra manera no se explicaría el sentido de la frase *Remember the Maine*, cuando los americanos marchaban á la guerra dos meses después.

Concediendo que este agente hubiese sido un acto de un español, se obra con gran injusticia al pedirle cuentas de ello á toda la nación. Acaso ha declarado Francia la guerra á Italia al saber que Caserio Santo, asesino de su inolvidable presidente Sadi Carnot, era italiano? El daño, la ofensa moral, es muy comparable.

¿Acaso declaró España la guerra á esa misma nación porque Cánovas haya sido muerto á manos de un bandido italiano?

La Austria ¿declarará por ventura la guerra á la misma infortunada Italia, por el alevoso y cobarde asesinato recientemente cometido en la persona de la emperatriz Elizabeth?

Demostrado que el gobierno americano tenía la convicción de que España era responsable del sentido accidente, hay que suponer en aquel gobierno mucha malevolencia ó falta de criterio para conceptuar á España, es decir á sus mandatarios, capaces de cometer un crimen tan cobarde y nefando.

Se creerá por ventura que el general Blanco, ó que Sagasta ó la Reina Regente ordenaron la destrucción del *Maine*?





CAPITULO VI.



Influencia de la destrucción del "Maine" en la guerra hispano-americana.—Mensaje del Presidente McKinley al Congreso americano.—Resoluciones del Senado.—Excitación popular.—El ultimatum—Retiro de los Ministros.—Nuevas demostraciones anti-americanas.

I.

Hemos visto en los capítulos anteriores á qué grado de excitación habían llegado los ánimos en las clases numerosas de una y otra nación, con motivo de las demostraciones hostiles que se habían hecho mutuamente, así como por los incidentes de las discusiones en las cámaras americanas.

La nunca bastante lamentada catástrofe del Maine, vino pues á comunicar este depósito de explosivos con la corriente eléctrica, y los fatales resultados no se hicieron esperar.

El congreso americano á quien el populacho, poseido de indignación, compulsaba, exigió, por decirlo así, del presidente McKinley la comunicación del inolvidable mensaje de 11 de Abril, en el que declarase la ingente necesidad de intervenir cuanto antes en la guerra que se libraba en Cuba entre españoles é insurrectos, para ponerla fin y garantir los intereses de los ciudadanos de los Estados Unidos. Bastante fueron discutidas y condenadas á la luz de la lógica y del derecho de gentes, las especiosas razones que alegara Mr. McKinley para defender tan injusta intervención y disculpar un verdadero atentado contra la soberanía de España. Por lo mismo no insistiremos en protestar y nos contraeremos á narrar los hechos, con el laconismo conducente á nuestro propósito.

Hé aquí el contenido del mensaje:

«Obedeciendo al precepto de la Constitución, que ordena al Presidente dar informes al Congreso, de tiempo en tiempo, sobre el estado de la situación y recomendar la consideración de algunas medidas, que juzgue necesarias, es de mi deber hoy

día dirijirme á ese poder, con motivo de la grave crísis que se ha suscitado entre los Estados Unidos y España, sobrevenida por la insurrección que data desde hace tres años en la Isla de Cuba.

«Procedo de esta manera, por las relaciones íntimas que nos ligan con la cuestión cubana, y es necesario que nuestro gobierno adopte una política que esté de acuerdo con los preceptos impuestos por los fundadores de la República, y religiosamente observados por las administraciones anteriores, hasta la fecha.

«La actual revolución no es más que la sucesión de otras insurrecciones semejantes, que se han llevado á cabo en Cuba contra el dominio español, desde medio siglo ha, las cuales le han ocasionado á los Estados Unidos muchos gastos para hacer respetar las leyes de la neutralidad.

«Estas mismas le han causado al comercio americano grandes pérdidas, trayendo por consecuencia la indignación entre los ciudadanos; agregada á esto la manera cruel, bárbara y salvaje de conducir la guerra, ha herido los corazones y ofendido las simpatías humanitarias de nuestro pueblo.

«Desde que comenzó la presente revolución, esta nación ha visto desaparecer las riquezas de esa isla á impulsos de una guerra sin igual en los anales de la historia de Cuba, y sin semejanza entre las guerras contemporáneas de los pueblos que luchan por su libertad.

«Nuestro pueblo ha presenciado descender desde la opulencia hasta el grado más ínfimo de miseria á los habitantes; su comercio lucrativo arruinado, y al pueblo perecer por millares, de hambre y de miseria.

«Nosotros mismos nos hemos visto obligados á observar aquella estricta neutralidad que nuestras propias leyes ordenan, para evitar cualquier acto que podría calificarse como una ayuda á los cubanos.

«Nuestro comercio ha sufrido, el capital invertido por nuestros conciudadanos en Cuba se ha perdido casi, pero el temple y paciencia de nuestro pueblo ha sido puesto á prueba tan penosamente, hasta producir peligrosa inquietud entre nuestros propios ciudadanos, que han encontrado de modo inevitable su expresión en la representación nacional; de modo que se incorpora en el conjunto de nuestro sér político, acrecenta la atención y queda firme en el camino de esa franca devoción al adelanto interior, que se convierte en propio interés por la riqueza nacional, cuya máxima primera ha sido evitar todo conflicto con las potencias extranjeras.

«Todo esto debe necesariamente haber despertado nuestra ansiedad, y por lo tanto, ha provocado el mayor interés de par-

te de este gobierno, lo mismo que del de mi predecesor, en este sentido.

"En Abril de 1896 los males que resentía nuestro país por la guerra de Cuba, se hicieron tan onerosos, que el Presidente Cleveland hizo un esfuerzo para conseguir la paz por medio de la intervención de este gobierno, que tendiera á un honorable arreglo de la contienda entre España y su colonia rebelde, sobre las bases de un programa efectivo de gobierno propio para Cuba, bajo la bandera de la soberanía de España.

"Fracasó ante la repulsa del gobierno español, que estaba entonces en el poder, que no quiso tomar en cuenta ninguna forma de mediación, ni siquiera un plan cualquiera de arreglo que no se basara en la sumisión completa de los insurrectos, y solamente entonces sobre tales bases podría España conceder algún arreglo.

"La guerra continuaba sin abatirse.

"La resistencia de los insurrectos no disminuía de ningún modo.

"Los esfuerzos de España se aumentaron con el despacho de nuevos contingentes á Cuba, y con la adición á los horrores de la lucha, de una nueva é inhumana fase sin precedentes en la historia moderna de la civilización, en los pueblos cristianos.

"La política de desvastación y reconcentración inaugurada por el bando del Capitán General publicado el 21 de Octubre de 1896 en la Provincia de Pinar del Río, se extendió después á toda la isla, á donde alcanzaba el poder de las armas españolas por medio de ocupaciones militares.

"Todos los habitantes del campo, inclusive los que se dedicaban francamente á los trabajos de agricultura, fueron recibidos en el interior de las ciudades guarnecidas ó en plazas aisladas defendidas por las tropas.

"El tráfico y cambio de provisiones de todas clases, quedó prohibido.

"La llama del incendio se extendió por todas partes; los molinos y los ingenios fueron destruidos, y en poco tiempo todo lo que pudiera conducir á la desolación y á la ruina y destruir lo útil para la vida del hombre, ó para su alimentación, fué ejecutado por una y otra parte de los dos contendientes que tenían poder á su disposición.

"Cuando hace un año la actual administración se hizo cargo de la cosa pública, la llamada concentración se había hecho efectiva en la mejor parte de las cuatro provincias occidentales: Santa Clara, Matanzas, Habana y Pinar del Río.

"La población agrícola estimada en 300,000 ó más habitantes, fué encerrada en las ciudades ó en sus inmediatas cercanías, privada de los medios de subsistencia, destituida de los

modos de vivir, abandonada enteramente y expuesta á las más espantosas condiciones.

«Como se extendió la escasez de alimentos con la devastación de los campos de producción, la pobreza y la necesidad llegaron hasta la miseria y el hambre.

«Un mes, después de otro mes, la cifra de muertos iba aumentando. En Marzo de 1897, según las cifras más prudentes tomadas de fuentes oficiales españolas, la mortalidad entre los reconcentrados por el hambre y sus consecuencias, excedió del cincuenta por ciento.

«Ningún auxilio práctico se acordó para aliviar á los desgraciados.

«Las ciudades atestadas sufriendo ya la gran carestía no pudieron darles ayuda. Las llamadas zonas de cultivo quedando en el área de los centros militares, cerca de las ciudades y fortificaciones fueron un remedio ilusorio para los pacientes.

«Siendo los infortunados en su mayor parte, mujeres, niños y viejos desesperados, debilitados por las enfermedades y el hambre, no podían haber cultivado el suelo sin herramienta ó útiles para su sostén.

«Entre tanto, la situacion militar en la isla había adquirido un notable cambio.

«La extraordinaria actividad que caracterizó el segundo año de la guerra, cuando los insurrectos invadieron aún los hasta ahora indefensos campos de Pinar del Río, y llegaron en son de ruina y destrucción hasta los muros de la misma ciudad de la Habana, ha degenerado en una lucha vulgar en las provincias del centro y oriente de la Isla.

«Las armas españolas recobraron en cierto punto Pinar del Río y parte de la Habana, pero bajo las condiciones existentes de la población rural, sin inmediata mejoría de la situación productiva.

«Aun parcialmente restringidos así, los revolucionarios sostuvieron su propia conquista y sumisión, adelantada por España como la esencial y única base de paz, que parecía tan lejos del principio.

«En este estado de cosas, mi administración se encontró frente al grave problema de su deber.

En mi mensaje de último Diciembre, revisé la situación y señalé los pasos dados para evitar el choque, que habría el camino para alguna forma de honrosos arreglos.

«El asesinato del Sr. Cánovas del Castillo produjo un cambio completo en el gobierno español. Esta nueva administración que llevó al poder al partido liberal, trató de implantar una nueva política de reforma en Cuba y Puerto Rico, concediendo la autonomía.

«Las insinuaciones del Gobierno hechas por medio de nuestro Enviado, con el fin de mejorar inmediata y positivamente la situación en la Isla, aunque no aceptadas en todo, se admitió una cierta forma de mediación, y fueron contestadas alegando que se daría á Cuba un gobierno autonómico, sin esperar que la guerra terminase, y que la guerra sería conducida de una manera más humana.

«A fines de Noviembre ya no había ningún ciudadano americano en las prisiones españolas.

«Mientras las negociaciones se llevaban á cabo aumentó el desamparo de los desgraciados reconcentrados, y el estado de estos llamó seriamente la atención. Esta medida de socorro puesta en práctica por el Cónsul General, fué recibida con gratitud. Los esfuerzos hechos por el Comité Central, fueron de benéficos resultados. Se hicieron los arreglos necesarios para el transporte de las provisiones á Cuba.

«El Presidente de la Cruz Roja americana y representantes de otras sociedades, visitaron generosamente la Isla y obraron de conformidad con los cónsules.

«La guerra en Cuba es de tal naturaleza, que parece impracticable la subyugación y el abatimiento de uno de los dos partidos contendientes, por medio de un triunfo militar. Alternativamente prevalece el agotamiento físico de una ó de otra parte, ó quizás de las dos. Tan espantosos resultados de la presente lucha tienen que ser debidamente considerados con equidad por todo el mundo civilizado, y más que todo, por los Estados Unidos afectados y lastimados, como lo están hondamente, en su íntima existencia.»

Con tales ideas, dijo el Presidente, que había sometido el 27 de Marzo, proposiciones finales al gobierno español relativas á un armisticio, hasta el 10 de Octubre, para las negociaciones de paz, mediante sus buenos oficios.

«La respuesta del Gabinete español, recibida el 31 del pasado—continuó—ofrece como medios de paz en Cuba, confiar su establecimiento al departamento del Gobierno insular en cuanto fuera necesaria la concurrencia de este cuerpo para alcanzar los resultados finales, aparte de las facultades reservadas por la Constitución al Gobieno Central, no menguadas ni disminuidas.

«Como el Parlamento Cubano no se reune hasta el día 4 de Mayo próximo, el Gobierno español no quisiera oponerse por su parte á la aceptación definitiva de la suspensión de hostilidades, si fuera pedida por los insurrectos ó por el General en jefe á quienes obedecen, y á quien tocaría, en tal caso, determinar la duración y condiciones del armisticio.

«Con esta última resolución en el camino directo de la paz y su acuerdo recibido por el Ejecutivo español, se pensó haber terminado todo esfuerzo.

«En mi mensaje anual de Diciembre último, dije: «De las expresadas medidas emana el reconocimiento de los insurrectos como beligerantes, la recomendación de la independencia de Cuba, la intervención neutral para terminar la guerra, imponiendo racionales compromisos entre los contendientes, ó la intervención en favor de uno ó de otro partido.

«No hablo de anexión forzosa, porque eso no puede tomarse en cuenta. Según nuestro código de moralidad, sería una criminal agresión.

«En tal virtud, considero estas proposisiones á la luz de las palabras correctas del Presidente Grant, pronunciadas en 1875, cuando después de varios años de sanguinaria destrucción y bárbaras crueldades en Cuba, llegó á la conclusión de que el reconocimiento de la independencia de la Isla era impracticable é indefendible, y que el reconocimiento de la beligerancia no estaba garantizado por los hechos, conforme á los textos de las leyes internacionales.

«Comenté especialmente el último aspecto de la cuestión, señalando la inconveniencia y los peligros positivos del reconocimiento de la beligerancia, que al añadir á los ya pesados cargos de la neutralidad en nuestra propia jurisdicción, no podía de ningún modo extenderse nuestra influencia á oficios efectivos en el campo de las hostilidades.

«Desde entonces nada ha ocurrido que haya hecho variar mis opiniones á este respecto. Reconozco ahora plenamente que la promulgación de una proclama de neutralidad que podría titularse el reconocimiento de la beligerancia, no conduciría á ningún fin, pues nosotros trabajamos para la pacificación de Cuba, y para que la miseria que aflige á los habitantes de la Isla, cese.»

Volviendo sobre el reconocimiento de la independencia del presente gobierno insurrecto, el Presidente tomó como precedente el mensaje de Jackson, dirigido al Congreso el 21 de Diciembre en 1836 sobre el reconocimiento de la independencia de Texas.

Continuó Mr. McKinley: «En la contienda entre España y las colonias sublevadas nos mantuvimos alejados, y no solamente esperamos hasta que los nuevos Estados estuviesen en la posibilidad de protejerse ellos mismos, sino que hasta que el peligro pasó.

«Entonces fueron reconocidos. Este fué también el curso de nuestra política para México. Si es cierto que con respecto á Texas la autoridad civil de México fué expulsada, el ejército invasor derrotado, el jefe de la República capturado y todo su poder aniquilado por el gobierno organizado en Texas, por otra parte, existía en apariencia una inmensa desigualdad en las fuerzas físicas contra Texas.

«La República Mexicana, bajo un nuevo jefe, trató de invadir nuevamente para recuperar su antiguo dominio.

«Una nueva invasión de Texas fué organizada, y nuestro reconocimiento de independencia en una crisis semejante, pudo apenas considerarse como concordante con aquella prudente reserva con la que nosotros hemos tratado siempre semejantes cuestiones.

«El decreto de España para la suspensión de hostilidades: fué sometido al Congreso para que lo tomase en consideración, anotando que si esta medida es de benéficos resultados, se habrían logrado las aspiraciones de paz que quiere nuestro pueblo. Si fracasa, habrá otra justificación para afianzar aún más nuestra acción manifiesta.»

El incidente del «Maine» figura notablemente en el mensaje.

Argulle el Presidente que la destrucción del buque en el puerto de la Habana, muestra á España incapaz de garantizar la seguridad de los barcos extranjeros.

«España ha negado toda relación con aquel desastre, y ha ofrecido someter á arbitraje todas las diferencias que pudieran surgir de aquel asunto.

E' Presidente dijo que bajo ningún concepto piensa que fuese sabio ó prudente reconocer la indepencia de la llamada republica cubana.

Tal reconocimiento era innecesario y no incapacitaba á los Estados Unidos para intervenir y pacificar la isla.

Sobre este particular, el Presidente dijo: »Sujetar hoy á este país al reconocimiento de cualquier Gobierno particular en Cuba, podía comprometernos á interrumpir las condiciones internacionales, obligándonos con una organización casi desconocida

«En caso de intervención, nuestra conducta estaría sujeta á aprobar ó desaprobar tal gobierno; quedaríamos sometidos á su direcicón y á asumir su simple relación de amistosa alianza.

«Cuando aparezca, sin embargo, que hay en la Isla un gobierno será pronto y rápidamente reconocido.»

El Presidente dijo que quedaban en la alternativa de la intervención para terminar la guerra; ó como imparcial para imponer un compromiso racional entre los contendientes, ó como aliados activos de una ú otra parte.

«La forzosa intervención de los Estados Unidos como neutrales para contener la guerra, de acuerdo con los amplios dictados de la humanidad, y siguiendo muchos precedentes históricos, en que muchos Estados vecinos han intervenido para reprimir desesperados sacrificios de vida, en conflctos entre sus convecinos, es justificable en el terreno internaeional.

«El campo de semejante intervención puede resumirse como sigue:

PRIMERO:

«Por la causa de la humanidad y para poner fin á las barbaries, derramamientos de sangre, escaseces y horribles miserias que hoy existen allí y que las partes en el conflicto son incapaces ó no quieren detener ó mitigar.

«Es sobre todo nuestro deber, porque la razón llama á nuestras puertas.

SEGUNDO:

«Debemos á nuestros ciudadanos en Cuba auxilio y protección, y la indemnización por la vida y la propiedad que ningún gobierno puede ahí darles ó concederles, y con este objeto acabar con las condiciones que les privan de toda protección.

TERCERO:

«El derecho de intervenir puede justificarse por los muy serios perjuicios al comercio, al tráfico, y á los intereses de nuestro pueblo, y por la destrucción de la propiedad y desolación de la Isla.

CUARTO:

«Lo que es de mayor importancia: la actual condición de los asuntos en Cuba, es una constante amenaza á nuestra paz interior, y ocasiona á este gobierno enormes gastos.

Estos elementos de peligro y de desorden ya citados y conocidos por trágicos acontecimientos, han movido profunda y justificadamente al pueblo americano. Ya transmití al Congreso el informe de la Corte Naval investigadora sobre el desastre del «Maine» ocurrido en el puerto de la Habana, en la noche del 15 de Febrero.

«La destrucción de aquel hermoso buque causó pésima impresión é indecible horor, y aun mayor, al dar su fallo la Comisión investigadora de que la explosión fué externa, ocasionada por una mina submarina.

«No se señalan aun las responsabilidades: éstas se fijarán más tarde.

«No cabe la menor duda que el desastre del «Maine» obedece á una causa exterior. Esta circunstancia demuestra que el Gobierno español no puede garantizar la seguridad de los buques de la marina americana en el puerto de la Habana, que se dirijan con una misión de paz. España ha pedido á este Gobierno que la cuestión del «Maine» se someta al arbitraje, pero se declaró que no había tenido respuesta á este mensaje.

. . . .

. . . .

«La larga experiencia ha probado que el objeto de España para terminar la guerra, no puede alcanzarse. La llamarada de la insurrección podrá encenderse ó apagarse con las distintas estaciones; pero no ha sido apagada y ardiendo plenamente, no puede extingirse por los actuales sistemas.

«La única esperanza de auxilio y de reposo de una condición que no puede prolongarse, es la pacificación de Cuba. En nombre de la humanidad, en nombre de la civilización, en nombre de los intereses americanos que peligran, tenemos el derecho y el deber de hablar y hacer que la guerra cese en Cuba.

«En vista de estos hechos y de estas consideraciones, pido al Congreso autorice y faculte al Presidente, para que adopte medidas y asegure la completa terminación de las hostilidades entre el gobierno español y el pueblo cubano, así como para que se establezca un gobierno permanente, capaz de conservar el orden y observar sus obligaciones internacionales, asegurando la paz y la tranquilidad, dando las garantías individuales, las mismas que nosotros gozamos, y para que utilice las fuerzas navales y militares de los Estados Unidos, si es necesario, con tal fin. Por interés humanitario, y para conservar las vidas de los necesitados en la Isla, recomiendo que la distribución de los socorros continúe y que se vote una resolución, para que el Tesoro público socorra á esos ciudadanos.

«La resolución está ahora en manos del Congreso. Es una solemne responsabilidad para vosotros.

«He agotado todos los esfuerzos para mejorar la terrible condición de los asuntos que están pendientes. Preparado á cumplir todas las obligaciones que me impone la Constitución y las leyes, espero vuestra resolución.

«Ayer, y al estar preparado ya el anterior mensaje y oficial información, fué recibido por mí el último decreto de la Reina Regente de España, dirigido al Gral. Blanco, para preparar y facilitar la paz, proclamando la suspensión de hostilidades; detalles que todavía no se me han comunicado.

«Esta circunstancia, con otras consideraciones conducentes, estoy seguro que recibirán de vosotros escrupulosa atención en las augustas deliberaciones en que vais á entrar.

«Si esta medida obtiene buenos resultados, entonces se habrán realizado nuestras aspiraciones, como pueblo cristiano amante de la paz. Si fracasan, solamente significarán otra justificación para nuestra actitud futura.

«Palacio del Ejecutivo, Abril 11 de 1898. (Firmado) *William McKinley.*»

Como resultado del mensaje del Presidente de la Unión, el Senado Americano votó las resoluciones siguientes, con fecha 16 de Abril del corriente año, y por una mayoría de cincuenta y un votos contra treinta y siete.

«En virtud de las espantosas condiciones que han existido por más de tres años en la Isla de Cuba, tan cerca de nuestras propias fronteras, que han conmovido el sentido moral del pueblo americano y han sido para la civilización una desgracia, evidenciada en la destrucción de un acorazado americano, con 266 de sus oficiales y tripulantes, al estar haciendo una visita amistosa en el puerto de la Habana; en virtud de que tal estado no puede prolongarse por más tiempo, según se ha asentado en el mensaje que el Presidente de los Estados Unidos envió al Congreso el 11 de Abril de 1898, sobre el cual se ha basado la actitud de las Cámaras; por lo tanto, se resuelve:

Primero —Que el pueblo de la Isla de Cuba tiene derecho y debe ser libre é independiente y que el Gobierno de los Estados Unidos reconoce, por consiguiente, á la República de Cuba como el verdadero y legal gobierno de aquella isla.

Segundo.—Que es un deber de los Estados Unidos pedir, y el Gobierno de la Unión, debe, por lo tanto, pedir que el Gobierno de España abandone de una vez su autoridad y su gobierno en la Isla de Cuba. y retire sus fuerzas de tierra y mar, de Cuba y de las aguas cubanas.

Tercero.—Que el Presidente de los Estados Unidos sea y quede directamente facultado para usar todas las fuerzas navales y militares de los Estados Unidos y llamar al actual servicio de la Unión americana á las milicias de algunos Estados hasta donde sea necesario para llevar á cabo estas resoluciones.

Cuarto.—Que por consiguiente, los Estados Unidos desechan toda disposición ó intención de ejercer soberanía, jurisdicción ó dirección sobre dicha Isla, excepto para la pacificación de ella y aseguran su determinación cuando ésta sea complicada, se deje el Gobierno y dirección de la isla á su propio pueblo.»

Las anteriores resoluciones enviadas á la Cámara de diputados para su examen y sanción, fueron aprobadas por gran mayoría y devueltas al senado el 19 del mismo Abril, para que firmadas, pasasen al Presidente para su promulgación.

Entre tanto, en España reinaba un furioso enardecimiento contra los americanos, habiendo ocurrido graves motines en diversos puntos de la Península, entre estos el más grave fué uno que sobrevino en Málaga y que dió por resultado la muerte de un negro servidor del Consulado Americano, á manos de los amotinados.

En la misma fecha el Cónsul General de España en Nueva York , D. Arturo Baldasano y Topete, anunció en el periódico las «Novedades» que los españoles que desearan salir para la Habana podrían hacerlo al día siguiente en el vapor Panamá, en la inteligencia de que el Gobierno pagaría el pasaje á los que careciesen de recursos.

El día 20 se verificó la solemne apertura de la Cortes españolas en Madrid La ceremonia revistió un brillo y una suntuosidad verdaderamente indescriptibles. La Reina Regente de España Doña María Cristina, y su augusto hijo el niño rey Don Alfonso XIII fueron frenéticamente vitoreados por la distinguidísima concurrencia que llenaba el recinto de la Representación Nacional.

La Soberana leyó su discurso desde el trono; á su derecha estaba el Rey. El Sr. Sagasta se encontraba junto al Rey. Anunció que el Gobierno ha convocado á las Cortes para defender los derechos de España y se refirió á los esfuerzos del Papa y las potencias para lograr el sostenimiento de la paz.

Hizo una reseña del curso de las relaciones entre España y los Estados Unidos, demostrando que España no ha omitido esfuerzo alguno compatible con sus derechos, para pacificar sus colonias y mantener relaciones amistosas con los Estados Unidos, mientras que esta nación insistió en encontrar un pretexto para intervenir en las relaciones entre España y sus colonias, y esta insistencia se acentuó más desde el advenimiento del Presidente McKinley á la presidencia americana, pues con amenazas y notas diplomáticas procuró intervenir en el arreglo de la cuestión cubana. Tanta ha sido esta insistencia, que los Estados Unidos han puesto obstáculos á España, cuando ha estado próxima á lograr la pacificación de Cuba.

El discurso, además, hizo presentes todas las concesiones hechas á los Estados Unidos, y agregó que España hubiera ido más adelante si los Estados Unidos hubieran respetado su soberanía en Cuba; asimismo hizo notar el hecho que América ha demostrado marcada hostilidad á España, desde la promulgación del armisticio, y concluyó exhortando á todos los partidos para que, unidos todos al rededor del trono hicieran frente al enemigo que amenazaba herir el honor de la patria.

Gran entusiasmo reinó en las Cámaras después que la Reina terminó la lectura de su mensaje.

Durante su lectura fué interrumpida varias veces por prolongados vivas á España y al Rey.

Promulgadas las resoluciones del Congreso Americano, se formuló el *ultimatum* para ser dirigido al Gobierno de Madrid. El texto del documento dado á la publicidad por la Secretaría de Relaciones, el día 21 es como sigue:

«Ayer, 20 de Abril de 1898, á las 11 a. m., el Ministerio de Relaciones notificó los propósitos de este Gobierno entregando al Ministro de España una copia de las instrucciones enviadas al Ministro Woodford, en Madrid, y copia de las resoluciones aprobadas por el Congreso de los Estados Unidos el día 19 del corriente mes.

Después de recibir estos documentos, el Ministro español solicitó de este departamento sus pasaportes, de que fué provisto ayer tarde. El Ministro Woodford en Madrid recibió al mismo tiempo instrucciones para hacer idéntica notificación al Gobierno español.

Hé aquí el texto del mensaje dirijido al Ministro: «Abril 20 de 1898. Woodford, Ministro, Madrid—Se ha proporcionado á usted el texto de las resoluciones aprobadas por el Congreso de los Estados Unidos el 19 del actual en relación con la pacificación de la isla de Cuba. Obedeciendo ese acto, el Presidente ordena que inmediatamente c munique dichas resoluciones al Gobierno de Madrid, acompañando un aviso de este Gobierno al Gobierno de España para que renuncie á su gobierno y autoridad en Cuba y retire sus fuerzas militares y navales. Al dar este paso, el Gobierno de los Estados Unidos protesta que no tiene intenciones ó disposición de ejercer soberanía, jurisdicción ó dominio en la Isla, excepto para pacificarla y afirmar su determinación: que cuando logre su objeto abandonará la Isla y ayudará á sus habitantes bajo la clase de gobierno libre é independiente que deseen establecer. Si al dar la hora del medio día del sábado próximo, el día 23 de Abril, no se ha comunicado á este Gobierno una respuesta satisfactoria á esta demanda y resoluciones, por las cuales se obtenga la pacificación de Cuba, el Presidente procederá en el acto y sin más aviso, haciendo uso de las facultades que le otorga el Congreso en dichas resoluciones á llevarlas á efecto.—(Firmado) *Sherman.*»

II

El Embajador de Francia, Mr. Cambon, y el Ministro de Austria, Mr. Henegemuller, se encontraban en la Legación de España cuando el Sr. Polo Bernabé recibió la copia del ultimatum, inmediatamente se hicieron arreglos para conducir los muebles y enseres de la Legación de España á la de Austria; estos incluían los archivos y la bandera española. El Embajador de Francia y el Ministro austriaco obraron juntamente en el manejo de los asuntos de España entretanto.

El Sr. Polo Bernabé, á pesar de que había perdido toda esperanza de evitar la guerra, mantuvo la más discreta reserva.

En el exterior de ia Legación, encontrábanse un teniente y un oficial de policía, de guardia.

A las diez y media, hora en que se presentaron los Ministros de Francia, Austria y Bélgica, aún no se tenía noticia de si ya se habían firmado las resoluciones. A las 11. 20 a. m. un men-

sajero (un negro) del Ministerio de Relaciones se presentó en la Legación y de una manera inconveniente, dijo que tenía un mensaje del Ministerio para el Ministro de España; el Sr. Polo Bernabé pidió permiso al Embajador francés, con quien en esos momentos estaba ocupado y recibió al mensajero en el comodor; vió la cubierta, y notando que era el ultimatum, dijo al mensajero que esperase la respuesta. Esta ya estaba preparada. No fué una contestación al ultimatum, sino una solicitud de sus pasaportes. Hé aquí el texto de la solicitud:

«Legación de España», Washington, Abril 20 de 1898.—Sr Secretario: Las resoluciones adoptadas por el Congreso de los Estados Unidos de América y aprobadas hoy por el Presidente son de tal naturaleza, que mi permanencia en Washington se hace imposible y me obliga á suplicar á usted me extienda mis pasaportes. La protección de los intereses de España se han encomendado al Embajador de Francia y al Ministro de Austria-Ungría. Con esta ocasión, por cierto bastante penosa para mí, tengo el honor de reiterar á usted las muestras de mi mayor consideración.—*Luis Polo Bernabé.*—Al Hon. John Sherman, Secretario de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos.»

La carta fué enviada al Ministerio de Relaciones, por el Ministro, y volvió á reunirse con sus amigos, esperando recibir sus pasaportes. Inmediatamente cesó la calma en la legación y se hicieron los preparativos para la partida y el envío de exestensos cables á Madrid. Todos los efectos oficiales y personales, ya desde tiempo empacados, fueron sellados y lacrados.

Se hicieron arreglos con el ferrocarril y estaban listos para partir el Ministro Polo y Bernabé, el primer Secretario. Sr. Juan Duboc, los segundos secretarios Sres. Pablo Soler y Acqueroni, el tercer secretario Sr. Balarza, los attahcés, Sres. Pla y Almeida, el attaché militar, Capitán de la Casa, el attaché naval, teniente de Carrasta.

Después de abandonar Washington el Ministro Polo, hizo pública su partida. Estas personas se dirigían, sin pérdida de tiempo, á España. Además de la nota, solicitando sus pasaportes, el Ministro español acusó recibido del últimatum.

La exitación en la ciudad hizo al edificio de la legación ser el centro de curiosidad de gran número de gente.

La solicitud del Ministro español para obtener sus pasaportes, se proveyó á las 12. 45 entregándoselos al Sr. Polo un mensajero [un negro] del sub-Secretario Day.

Los pasaportes iban acompañados de una nota del Secretario Sherman, en que le expresaba su profundo sentimiento por haber sido conducido á dar este paso.

En la misma noche el gobierno americano trasmitió á su Ministro en Madrid el General Stward L. Woodford, para que

lo presentase al de España, el texto del ultimatum. Mr. Woodford contestó con el siguiente despacho:

«Momentos antes de presentar al gobierno español el *ultimatum* de los Estados Unidos, fuí notificado que las relaciones diplomáticas entre las dos naciones quedaban rotas; he recibido mis pasaportes, entregado la Legación al Embajador de Inglaterra y salgo para París.»

Efectivamente, el Ministro Americano se puso en camino y el siguiente día 22, llegó á la frontera. El tren que lo conducía fué atacado varias veces á pedradas, siendo necesario que lo protegiese la guardia civil con los marrazos desenvainados.

La excitación aumentó considerablemente, á causa de que en Valladolid pretendió aprehender la policía á un miembro de la Legación americana apellidado Moreno, á lo cual se opuso resueltamente el General Woodford.

En varias estaciones ocurrieron incidentes más ó menos graves. Los estudiantes del colegio militar de Segovia subieron á la plataforma del tren gritando ¡viva España! Desde Tolosa á S. Sebastián un fuerte destacamento de policía custodiaba el tren.

En los momentos de entrar en territorio francés, estando el tren detenido, se agrupó numerosa multitud y empezó á pedir que hablara Mr. Woodford y á preguntarle si tenía algo que decir. Este hizo, una significativa señal de asentimiento, y habiéndose establecido el silencio, salió á la plataforma se descubrió cortesmente y dijo:—¡Adios!





CAPITULO VII.



La salida de la Habana del Cónsul Lee.—Rompimiento de las hostilidades.—Captura de la barca española Buenaventura.—Salida de la escuadra americana. --El bloqueo de Cuba.--Declaraciones del Gobierno español y del General Blanco.—Las potencias se declaran neutrales.—Nueva proclama de McKinley.

I.

No sólo los Ministros de las dos naciones enemistadas tuvieron que soportar las destemplanzas de la plebe al abandonar sus respectivas cancillerías, según hemos visto; los Cónsules generales se encontraron en la misma penosa situación, y aun, muchos particulares que los acompañaron al retirarse.

Pero ninguno de aquellos personajes se vió tan groseramente denostado como Mr. Fitzhugh Lee, Cónsul americano en la Habana, sin duda por la activa participación que había tenido en la cuestión cubana, cuyo desagradable epílogo se iba á presentar. Cuando se dirigió de su residencia al vapor que debía conducirlo á los Estados Unidos, así como á sus compatriotas que se embarcaban con él, fueron todos silbados y apedreados por el camino. De la multitud salían gritos de «fuera de aquí, yankees cochinos,» y otros parecidos.

Este incidente contribuyó no poco á que, cuando el Cónsul General de la Habana fué recibido en audiencia privada por el Presidente McKinley, diese muchos exagerados informes de la situación, inspirados en el deseo de concitar las iras del pueblo americano contra los españoles, por el efecto de indignación y el deseo de venganza que en su ánimo habían producido aquellos actos.

Antes que la solución pacífica del conflicto internacional se hubiese hecho imposible, comenzaron los preparativos de guerra en los Estados Unidos. Desde el año anterior, y bajo la disculpa de que sus buques eran recientemente comprados y debía

ensayarse la puntería de sus cañones, se practicaban verdaderos simulacros de combate en los ejercicios de tiro al blanco. En España por el contrario, se hacían, sin precipitación, composturas y reparaciones, cuando la guerra estaba en vísperas de declararse y aún, muchos de sus navíos concurrieron á la lucha con serias averías en sus máquinas, según tendremos ocasión de verlo después.

Esta nación compró algunos, á última hora, obligada á hacerlo, más bien por los donativos que liberalmente ponían á su disposición con este objeto las colonias de la America latina, que por haber premediado la guerra naval.

Debemos mencionar las fuertes sumas enviadas por las suscripciones de la colonia argentina, y la mexicana especialmente, que en distintas partidas y ocasiones llegó á remitir un millón de pesos, y habría continuado la colecta para contribuir á la compra de buques de guerra, si ésta no se hubiese declarado, y la actitud neutral del gobierno de nuestro país no lo hubiese impedido.

Las dimensiones de este libro no nos permiten, como deseáramos, reproducir aquí la distribución que se hizo de tan valiosos donativos, muchos de los cuales, fueron no solo para comprar buques de guerra, sino también para aliviar la horrorosa miseria que había en las clases menesterosas de Cuba. Baste decir que además de metálico, se enviaron muchas remesas de víveres consistentes en harina, semillas de todas clases, etc.

Los Estados Unidos compraron en Abril los buques «Paris» «St. Louis» «St. Paul» y «Nitchroy.»

El día 22 se declararon las hostilidades oficialmente entre uno y otro país.

El primer acontecimiento de la guerra fué la captura, verificada por el cañonero americano Nashville, de la barca española «Buenaventura» que con un cargamento de duelas se dirigía á Veracruz.

Era la «Buenaventura» una embarcación de cien toneladas, y tripulada por veinte marineros. El cañonero americano comenzó á dispararle granadas, apenas le dió vista, muy cerca de Cayo-Hueso, por lo cual hubo aquella de rendirse siendo conducida al puerto por su aprehensor.

Esta presa que se reputó injustamente consumada, por no conocerse aun la declaración de guerra, dió origen á las protestas de los dueños de la «Buenaventura» sin que nada hubieran obtenido, á pesar de lo justificado de la reclamación. Por lo demás, vino á influir en las gentes supersticiosas, quienes no auguraron nada bueno para los españoles, de una guerra que comenzaba con la pérdida de una barca cuyo nombre era tan significativo.

En el mismo día se comenzó á hacerse á la mar la escuadra americana del Norte Atlántico, zarpando á las 5. 45 a. m. con rumbo al estrecho de la Florida, que es el punto por donde se cruza menor extensión de mar entre Cayo Hueso y la Habana.

Estaba compuesta la escuadra del buque almirante acorazado «Nueva York» el «Iowa» y el «Indiana» los cruceros «Marblehead» «Detroit» y «Nashville,» los cañoneros «Puritan,» «Helena,» «Willmington» «Cristine» «Machias» y «New-Port,» el monitor «Anphitrite,» el «Mangrove» el «May flower» y los torpederos «Cussing» «Dupont» «Porter» y «Footering.»

Fué también firmada en igual fecha por el Presidente Mc-Kinley la proclama en que notificaba á las naciones el bloqueo del Puerto de la Habana por la escuadra americana.

El documento dice á la letra:

«El Presidente de los Estados Unidos de América proclama, que facultado por las resoluciones del Congreso aprobadas el día 20 de Abril de 1898, se dirijió al Gobierno de España demandando á dicho Gobierno que renuncie su autoridad y gobierno en la isla de Cuba y retire sus fuerzas militares y navales de Cuba y sus aguas; y que habiendo sido facultado para hacer uso de las fuerzas navales y militares de los Estados Unidos, y en caso necesario, hacer uso de las guardias nacionales de los Estados, para llevar á efecto esta proclama, el Presidente considera necesario iniciar y sostener el bloqueo de la costa Norte de la isla de Cuba, incluyendo todos los puertos de dicha costa entre Cárdenas y Bahía Honda, y el puerto de Cienfuegos en la costa sur de la isla de Cuba, por lo tanto yo William McKinley, Presidente Constitucional de los Estados Unidos, con el fin de llevar á efecto las resoluciones mencionadas, por este acto declaro y proclamo que los Estados Unidos de América han instituido y mantendrán el bloqueo de la costa Norte de la isla de Cuba, incluyendo los puertos en dicha costa entre Cárdenas y Bahía Honda, y el puerto de Cienfuegos en la costa de Cuba. Cumpliendo con las leyes de los Estados Unidos y la ley de las naciones aplicable á este caso, una fuerza suficiente se colocará para evitar la entrada y salida de buques á dichos puertos. Cualquier buque neutral que se acerque ó que intente salir de un puerto sin prévio aviso ó conocimiento del establecimiento del bloqueo, será oportunamente advertido por el Comandante de la escuadra bloqueadora y registrará en sus libros el hecho y fecha de la advertencia, y si este mismo buque intentara entrar en alguno de los puertos bloqueados será capturado y enviado al puerto más cercano para instruirle causa contra el casco y gargamento como presa, si es que así se estima conveniente. Buques neutrales que se encuentren en dichos puertos tendrán un plazo de 30 días para salir, contados desde el establecimiento del bloqueo.

Y para su constancia y fines consiguientes, firmo la presente proclama y ordeno sea sellada con el sello del Gobierno de los Estados Unidos.

Dado en el Palacio del Poder Ejecutivo de la ciudad de Washington, este día 22 de Abril de 1898, A. D. y 122 de la Independencia de los Estados Unidos.

[Firmado.] *Wm. Mc.Kinly.*»

II

Por su parte, el Gobierno colonial publicó un manifiesto en Cuba, protestando contra la intervención de los Estados Unidos la cual se efectuaba precisamente en los momentos de inaugurar el nuevo régimen que garantía ampliamente la libertad política de la Isla, y cuando se iba á elegir el primer parlamento colonial que reemplazaba la soberanía de España por medio de la autonomía.

El manifiesto después de agregar que los americanos no tenían otro propósito que la anexión de Cuba concluía con estas palabras:

«Es deber de todos los habitantes rechazar la invasión. Recordad la conducta de los defensores de la Habana contra la invasión inglesa de Abermasle.»

El Capitán General Blanco publicó también un decreto derogando el que concedía perdón á los insurrectos y sujetando á la ley marcial á todos los culpables de traición, crímenes contra la paz ó contra la nación, revueltas, sediciones etc.

Los aprestos para la defensa de la Habana se hacían con gran actividad, las baterías se alistaban y los ayudantes de órdenes carrían en todas direcciones llamando al ejército á las armas. La artillería de las fortificaciones fué minuciosamente revistada y los artilleros recibieron consigna de hacer guardia sobre los cañones toda la noche. El General Blanco salió para Santa Clara que se encontraba revuelta, y el Gobernador Militar, General Arolas, asumió el mando de la Habana.

Los insurectos continuaban haciendo oposición al régimen autonómico implantado por España, alegando que faltaba el verdadero gobierno independiente; y que aquel sistema representaba la continuación del dominio colonial. Así es que tan luego como fueron derogados por el general Blanco los decretos de amnistía y perdón por los delitos políticos, volvieron á asumir su carácter intransigente los revolucionarios y se manifestaron abiertamente aliados de los americanos, preyectando por entonces un ataque sobre la Habana, que esperaban sería secundado por la escuadra bloqueadora, para obrar en combinación.

La Gaceta Oficial del Gobierno de Madrid, publicó el siguiente decreto, con fecha 24 Abril:

«Las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos están rotas y el estado de guerra ha comenzado entre ambas naciones.

Se han suscitado numerosas cuestiones sobre la ley internacional, las cuales tienen que ser definidas con precisión, principalmente porque la injusticia y la provocación proviene de nuestros adversarios, y ellos son los que por su conducta detestable han originado este grave conflicto.»

El mismo día la escuadra americana apostada frente á la Habana, se puso en línea de combate, encabezada por el crucero almirante «Nueva York» y dió gran presión al vapor de sus máquinas á eso de las cuatro de la tarde.

El motivo de aquel movimiento fué el haberse avistado un buque entre la Habana y Matanzas que parecía caminar con rumbo al Este. Bien pronto los buques americanos se pusieron á la caza dejando atrás á todos el «Nueva York» que marchaba con mayor velocidad. Los artilleros de éste recibieron orden de cargar y estar alerta. Después de algunos nudos recorridos, se distinguió perfectamente la bandera española que flotaba sobre el buque perseguido, el cual á todo vapor pretendía alcanzar agua de poco fondo.

Cuando se encontraba ya á tres millas de la costa, y á una del Nueva York, empezó á disparar sobre el barco español, que era el «Pedro de Bilbao.» Este se paró y fué apresado por los americanos.

Fueron también apresados los buques «Jover» y «Remus» en las mimas aguas. El primero, español, fué conducido con el «Pedro» á Cayo Hueso, El segundo, alemán, despues de haber justificado que ingnoraba la declaración de guerra, fué puesto en libertad.

La escuadra española apostada en Cabo Verde, esperaba órdenes para marchar, y el Almirante Cervera mostraba gran impaciencia por entrar en acción.

El Capitán General de Cuba, Señor Blanco, telegrafió á su gobierno que los buques españoles podían ser útilizados en cualquiera otra parte fuera de la Habana, porque este puerto se bastaba para su defensa.

La cuestión de subsistencias se iban volviendo difícil á consecuencia del bloqueo. Los víveres todos encarecían notablemente, y la carne era un artículo verdaderamente difícil para su adquisición.

Con fecha 26 la *Gaceta Oficial* del Gobierno británico publico una proclama de neutralidad definiendo la actitud de las autoridades inglesas con respecto á los súbditos ingleses durante la guerra entre España y los Estados Unidos.

El Gobierno español envió también á las potencias una cir-

cular expresando su sentimiento por la dura necesidad de verse obligada á apelar á la fuerza para repeler la escandalosa agresión de los Estados Unidos, y defender la integridad nacional y la dignldad histórica del patrio suelo.

La circular continúa así: «La historia ofrece pocos ejemplos en que la razón sea tan evidente de una parte, y el ultraje tan marcado de la otra.

España tiene de su parte la razón, el proceder correcto y la prudencia, mientras que los Estados Unidos no tienen de la suya más que deslealtad é impulsos de desmedidas ambiciones.»

Después de referirse á la execrable conducta del General Fitzhugh Lee, la nota reproduce el texto de las resoluciones del Congreso marcando las últimas palabras «como tratando de libertar á los cubanos.»

Se predice también que Cuba no se declarará pacificada hasta que esté lista para manejarse por sí misma.

La nota dá detalles de la ruptura de las negociaciones entre España y los Estados Unidos, terminando con la siguiente declaración:

«El pueblo español espera el ataque con tranquila serenidad, decidido á vender caras sus vidas y á defender con energía sus derechos de permanecer en América. Confía que en esta obra, tendrá el apoyo de los cubanos que han permanecido fieles, como de los mismos españoles.»

III.

En el Ministerio de Guerra y Marina de Estados Unidos se desplegaba la mayor actividad. A la vez que había sido publicada la proclama del presidente McKinley llamando á las armas á los voluntarios, se había dirigido un mensaje al Comodoro Dewey, que se hallaba entonces en el mar de la China, para que alistase su escuadra y se dirigiese sin pérdida de tiempo á atacar á los buques españoles surtos en la bahía de Manila del Archipiélago Filipino, y tomara posesión—si el éxito no le era desfavorable—de la capital de aquellas islas.

Al mismo tiempo se preparaba la expedición invasora de Cuba que había de desembarcar en un puerto de la costa oriental, provista de gran cantidad de municiones de boca y de guerra, y se hacían arreglos para que las fuerzas de los insurrectos apoyasen el desembarco.

El Ministerio de Relaciones había entrado también en un período de gran actividad, con motivo del aviso á las naciones así del rompimiento de las hostilidades, como del bloqueo de Cuba.

La declaración de guerra fué comunicada por la siguiente nota:

«Ministerio de Relaciones. Abril 25.—El Congreso aprobó el día 20 de Abril una resolución referente á la intervención para la pacificación é independencia de la Isla de Cuba. El Gobierno español con fecha 21 de Abril informó al Ministro americano en Madrid que consideraba esta resolución equivalente á una declaración de guerra, y que por tanto, retiraba su Ministro en Washington, terminando así todas las relaciones diplomáticas.

«Por esta razón el Congreso aprobó hoy una resolución declarando que un estado de guerra existe entre ambas naciones, incluso el día 21 de Abril.

«Informad al Gobierno ante el cual estais acreditado que asegure la neutralidad en la presente guerra. (Firmado) Sherman.»

El siguiente día se publicó en Washington una nueva proclama del Presidente de la Unión Mr. McKinley, cuyo texto damos á conocer:

«Proclama del Presidente de los Estados Unidos: En virtud de un acto del Congreso aprobado el 25 de Abril de 1898, en que se declara que la guerra existe y que la guerra ha existido desde el 21 de Abril A. D. 1898 incluso el mismo día, entre los Estados Unidos y el Reino de España y en virtud de que se desea que esta guerra sea conducida basada en los principios de armonía con la presente opinión de las naciones, y sancionados por el último sistema ya anunciado de que la política de este gobierno será la de no recurrir al corso, sino sujetarse á las condiciones del Tratado de París, por lo tanto, yo Wm. Mc Kinley, Presidente Constitucional de los Estados Unidos de América, en virtud de las facultades que me conceden la Constitución y las leyes, por lo tanto, declaro y proclamo:

«*Primero*. La bandera neutral ampara las mercancías enemigas, con excepción del contrabando de guerra.

«*Segundo*. Las mercancías neutrales que no sean contrabando de guerra, no pueden ser confiscadas aunque estén bajo la bandera enemiga.

«*Tercero*. Los bloqueos para que sean obligatorios, deben ser efectivos.

«*Cuarto*. Los buques mercantes españoles, en cualquiera de los puertos ó aguas dentro de los Estados Unidos, se les permitirá hasta el 21 de Mayo inclusive, descargar y zarpar de dichos puertos ó aguas; y si estos buques son encontrados en alta mar por cualquiera de los buques de los Estados Unidos, se les permitirá continuar el viaje, si después de visitados aparece que sus cargamentos fueron tomados á bordo antes de la expiración del plazo indicado, siempre que ninguna de las cláusulas anteriores pueda aplicarse á barcos españoles, teniendo á su bordo

oficiales en el servicio militar ó naval del enemigo, ni carbón, excepto aquel que sea necesario para el viaje ú otro artículo prohibido ó contrabando de guerra ó que lleven algún despacho del ó para el gobierno español.

«*Quinto.* Cualquier buque mercante español que haya zarpado antes del 21 de Abril de 1898 de cualquier puerto extranjero para los puertos ó aguas americanas, se le permitirá entrar á estos puertos ó aguas, descargar y salir sin ser molestado; si algunos de estos buques son encontrados en alta mar por los buques americanos se les permitirá continuar su viaje á cualquier puerto que no esté bloqueado.

«*Sexto.* Se ejercitará el derecho de vista con estricta sujeción á los derechos de los neutrales y los viajes de los vapores correos no serán interrumpidos, salvo que existiesen sospechas de que violan las leyes con respecto al contrabando ó bloqueo.

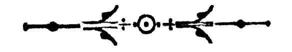
(Firmado) *Wm. McKinley.*

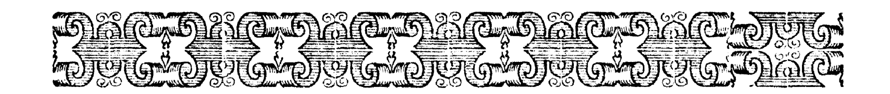
«Dado en el Palacio del Poder Ejecutivo en Washington á los veintiseis días de Abril de 1898.»

Las declaraciones de neutralidad de Francia, Austria, Portugal, Japón, México y algunos paises sud-americanos se fueron haciendo sucesivamente en los días inmediatos. Alemania manifestó que reservaba sus derechos para adoptar una decisión, y no fué sino algún tiempo después cuando se declaró también por la completa neutralidad.

Mientras estos sucesos se desarrollaban en América, preparábanse otros más sensacionales en las posesiones españolas de Asia.

El Comodoro americano Jorge Dewey al mando de una poderosa escuadra se acercaba á Filipinas. El Almirante español Montojo, cuyo heroismo había de dar carácter á la página más épica de esta historia nefasta, se preparaba para salir á su encuentro comandando una flotilla de barcos de madera, tripulados por hombres que habían hecho préviamente el sacrificio de su vida en aras del amor á la patria y del honor español.





CAPITULO VIII.



Principia la guerra.—Breve reseña histórica de las Islas Filipinas.—El primer combate naval.—Cómo eran los buques españoles y cómo los americanos que combatieron.—Descripción de la batalla de Cavite.—Valerosa conducta de los españoles.—Muerte del capitán Cadarso Rey.—Buques echados á pique.—Partes oficiales de la batalla.—Opinión de un escritor francés, testigo presencial.

I

El estado de guerra existía ya de hecho entre España y América. En los dos continentes se creía que el primer cañonazo iba á resonar de un momento á otro.

Se supuso que los buques americanos próximos á la Isla hubiesen roto el fuego sobre uno de sus puertos y que el primer combate tendría lugar en la costa cubana, en el golfo de México ó en tierra de la misma Antilla ó, en todo caso, en algún punto del Atlántico. Así es que la noticia de que la primera batalla se había verificado el 1º de Mayo en Manila, se recibió con verdadera sorpresa.

Los sucesos posteriores desarrollados en el Archipiélago filipino le han dado gran significación en la política internacional; por lo tanto creemos oportuno, antes de hacer la descripción de la memorable batalla, decir dos palabras acerca de su geografía histórica y política.

Las islas Filipinas se hallan situadas en la parte septentrional del Archipiélago asiático. Las rodea por el Norte y Oeste el mar de la China; por el Este el Oceano Pacífico y por el Sur el mar de Célebes. La tierra más próxima al Norte es la isla Formosa, al Este, las islas Palaos; al Sur, las islas Célebes al Oeste el Borneo y al Oeste la Cochinchina.—En cuanto á la distancia con España, la más corta para la navegación es de 16.580 kilómetros á través del Canal de Suez y de 25.000 por el Cabo de Buena Esperanza.—Las 1,400 islas que forman el

Archipiélago filipino, se dividen en cinco grupos: Luzón, (la más importante), Bisayas, Paragua, Joló y Mindanao. Alguna vez se han visto obligadas las autoridades militares de estas dos últimas provincias, á reprimir enérgicamente los desmanes y fechorías cometidas por ciertas hordas levantiscas y rapaces, pertenecientes casi en su totalidad á la raza musulmana, por que la gran mayoría de la población isleña se compone de malayos, cuyo carácter dócil y sumiso se ha hecho siempre notable, dando por lo tanto muy poco que hacer á las autoridades de la Colonia. En estos últimos años ha habido algunas rebeliones de los naturales, instigados por las tenebrosas maquinaciones de las sociedades secretas que tanto abundan en la Isla.

El gobierno peninsular recuerda ahora el pérfido proceder del Dr. Rizo, así como el del célebre revolucionario Emilio Aguinaldo. Este, habiéndose obligado á no hacer armas contra España, recibió, según convenio, gruesas sumas de manos del ex-Capitán general Primo de Rivera, juró y dió su palabra de honor entonces, de que no volvería á tomar parte en la revolución, para acaudillar después á los insurrectos en el movimiento sedicioso que estalló no hace mucho. No es este el único caso de perfidia que se registra en la historia de las revoluciones coloniales. El ex-Capitán general Martinez Campos pagó también bastante cara la conducta traidora de los jefes insurrectos cubanos en 78, (1) sin obtener mejores resultados.

Las Islas Filipinas fueron descubiertas en 1521 por los insignes navegantes Magallanes y Elcano, durante el reinado de Felipe II cuyo nombre llevan en honor de este monarca.

D. Luis de Velasco, segundo virrey de la Nueva España, fué quien organizó la expedición que había de conquistarlas, y nombró jefe de ella á D. Miguel López de Legazpi. El día 21 de Noviembre de 1563 salió dicha expedición del puerto de Navidad y después de tres meses de navegación llegó á Filipinas el 13 de Febrero del siguiente año, procediendo desde luego á la conquista, que debido á su habilidad, pudo llevarse á cabo sin tropiezos y el día 15 de Marzo de 1571 tomó posesión de ellas á nombre del rey de España.

Las Filipinas tienen una extensión territorial de 398.772 kilómetros cuadrados; en la actualidad su población es aproximadamente, de unos 7.000.000 de habitantes, los que pertenecen en su gran mayoría, como antes dijimos, á la raza malaya. El elemento peninsular, no predomina aquí como sucede en Cuba. El país es sumamente fértil y rico; la agricultura es la fuente principal de esta riqueza; las producciones de café, cacao, tabaco, vainilla etc. y muy particularmente sus maderas

(1) A este respecto puede verse lo publico por el Señor Dupuy de Lome, Ministro de España en Washington, exponiendo su juicio sobre la insurrección cubana. Aparece insertado en la página 48 de este libro.

preciosas, frutas tropicales y plantas textiles, son exportadas en grandes cantidades á los mercados de Europa y Norte América.

A raíz del levantamiento iniciado en Baire (isla de Cuba) hace tres años, llevóse á cabo otro semejante en esta apartada región de Oriente, siendo en poco tiempo sofocado por las aguerridas huestes del general D. Camilo Polavieja. Después han vuelto los belicosos isleños, capitaneados siempre por el cabecilla Aguinaldo, á hacer armas contra España. Ultimamente tomó la insurrección mayores proporciones debido á la intervención armada de los Estados Unidos.

No es esta tampoco la primera vez que las islas Filipinas se ven atacadas por invasores extranjeros. El año de 1,762 arribó al Archipiélago una escuadra inglesa, al mando del almirante Jorge Cornish y del brigadier Drapier, quienes intimaron la rendición de Manila, bombardeándola al ver su resistencia. La pusilanimidad é ineptitud de su Gobernador General, el arzobispo Rojo, hicieron que el Consejo de administración y gobierno, unido á las principales autoridades militares y civiles, nombraran entonces Gobernador y Capitán General interino á D. Simon Anda y Salazar quien supo mantener en las Filipinas el prestigio y dominio de España. Debido á su valor y patriotismo, á pesar de hallarse Manila en poder de los invasores ingleses, el nuevo Capitán General logró organizar un pequeño ejército voluntario, con el que pudo encerrar al enemigo y derrotarlo completamente, subsanando así el error y las debilidades del arzobispo Rojo, que ya había susbscripto el acta de cesión de la capital del archipiélago filipino á la gran Bretaña.

Hecha poco después la paz con Inglaterra, D. Simón Anda y Salazar entró en Manila al frente de sus tropas, cuyo contingente se componía de 5. 800. hombres sin disciplina, pero animados por el más leal y ardiente patriotismo.

II.

Declarada á España la guerra por la República de Norte-América, parece que se había meditado con anticipación, muy á la sordina, dar un golpe seguro sobre las posesiones españolas en la Oceanía, que nadie se hubiera esperado jamás, puesto que el motivo que tuvo esa nación para emprender la guerra, fué *darle la libertad á Cuba.*

El gobierno de Washington libró sus ordenes al Comandante de la escuadra americana en el mar asiático, previniéndole que á la mayor brevedad se dirigiese con sus naves rumbo al Archipiélago filipino, de cuyas costas no se encontraban entonces muv distante.

Cumplidas estas órdenes, se avistaron poco tiempo después en aguas filipinas los buques de guerra americanos, al mando del Comodoro Dewey, cuyas fuerzas navales eran las siguientes: el «Olympia» buque almirante, crucero protegido de primera, de 5. 880 toneladas, 21 nudos de velocidad; 4 cañones de 8 pulgadas; 10 cañones de tiro rápido de 5 pulgadas; 4 cañones de 6 libras, 6 de una libra y 4 ametralladoras. «Baltimore,» crucero de segunda clase, con 4.600 toneladas, 20, 6 nudos de velocidad, 4 cañones de 8 pulgadas, 6 id, de á 6 pulgadas, 4 cañones de 6 libras de tiro rápido; 3 cañones de 3 libras, 2 cañones de 1 libra, 8 pulgadas y 2 ametralladoras. «Boston,» cruce ro de segunda, con 3. 189 toneladas; velocidad 25 nudos; 2 cañones de á 8 pulgadas, 6 cañones de á 6, 4 cañones de á 6 libras de tiro rápido, 2 de á 3 libras, 2 de una libra, 1 de 8, 3 de 1. pulgada, y 2 ametralladoras. «Raleigh» de segunda clase, velocidad 19 nudos, un cañon de 6 pulgadas, 10 cañones de 5 pulgadas de tiro rápido, 8 cañones de 6 libras, 4 de 1 libra y 4 ametralladoras. «Concord,» de tercera clase, con 1. 700 toneladas, 17 nudos de velocidad, 6 cañones de 6 pulgadas, 2 cañones de 6 libras de tiro rápido, 3 de 3 libras, un cañón de 1 libra y 6 ametralladoras. «Petrel,» de cuarta clase, con 890 toneladas; 13 nudos de velocidad, 4 cañones de 6 pulgadas, 2 cañones de 6 libras de tiro rápido y 4 ametralladoras. Acompañaban á estos buques de combate los transportes armados, «Helene,» «Zaphir.» «Nashani,» el guarda costas «Mc Cullongh» el carbonero «Sahn» y el buque de provisiones «Seafarer.» Estos dos últimos, así como el «Zaphir» y «Nashani» no tomaron participación en la contienda, permaneciendo á alguna distancia fuera de la línea de combate

A fin de que se pueda juzgar con toda conciencia é imparcialidad del sangriento drama desarrollado en Cavite en las primeras horas de la mañana del día 1º de Mayo, damos á continuación un pormenor del número y calidad de buques españoles que hicieron frente al poderoso enemigo. Fueron estos barcos: el «Reina María Cristina,» buque almirante, de 3 450 toneladas, botado al agua en 1881; con una velocidad de 12 nudos; 6 cañones Hontoria de 6.2 pulgadas, 2 cañones de 2.7 pulgadas, 3 de 2. 3 pulgadas de tiro rápido, 6 cañones de 1. 4 pulgadas y dos ametralladoras. »Castilla,» crucero de segunda clase, construido en el año de 1881, de 3.342 toneladas, 3 cañones Krupp de 5.9 pulgadas, 2 cañones de 4. 7 pulgadas, 3 cañones de 3.3 pulgadas, 2 cañones de tiro rápido y dos ametralladoras. «Velasco,» cañonero que se hallaban en la ensenada de Bacoor, reparándose, el 1.512 toneladas, 3 cañones Hontoria de 5.9 pulgadas, 2 cañones Armstrong de 7 pulgadas y dos ametralladoras. «Don Antonio de Ulloa,» de 1.130 toneladas, 10 nudos

de velocidad, con 4 cañones Hontoria, de 7 pulgadas, 3 cañones de 2 pulgadas y dos ametralladoras.

«Don Juan de Austria,» de 1130 toneladas, 11 nudos de velocidad, 4 cañones Hontoria, de 7 pulgadas, 2 cañones de tiro rápido de 2 pulgadas, 1 cañón de 15 pulgadas y 2 ametralladoras. «General Lazo,» cañonero de 524 toneladas, 10.5 nudos de velocidad, 2 cañones Hontoria de 4.7 pulgadas, 1 de 3.5 pulgadas, 2 cañones pequeños de tiro rápido y 1 ametralladora. «Elcano,» de 520 toneladas y 10 nudos de velocidad, 3 cañones de 4.7 pulgadas, 1 de 3.5 pulgadas 2 cañones pequeños de tiro rápido y 1 ametralladora. «Marqués del Duero,» aviso de 400 toneladas, 9.6 nudos de velocidad, con 1 cañón de 6.2 pulgadas, 2 cañones de 4 7 pulgadas y 1 ametralladora. «Isla de Cuba,» crucero de 3ª clase de 1.400 toneladas, 10.5 nudos de velocidad, 4 cañones Hontoria de 4.7 pulgadas, 2 cañones pequeños y 2 ametralladoras. «Isla de Luzón,» de 1.030 toneladas, 9.6 nudos de velocidad, 3 cañones Hontoria de 4 7 pulgadas 2 cañones de 3.5 pulgadas y 2 ametralladoras. «Isla de Mindanao,» vapor-correo de la Compañía Trasatlántica, que no tomó ningún participio en el combate, lo mismo que el trasporte «Manila,» los cuales permanecieron fondeados en la ensenada de Bacoor durante la contienda. Todos estos barcos, excepción hecha de los cruceros «Reina Maria Cristina» «D. Antonio de Ulloa» y «D. Juan de Austria» eran de madera y carecían del blindaje de protección. Algunos de ellos se encontraban en muy mal estado, resultando casi inútiles para el servicio.

En cuanto á su armamento, debemos hacer constar que muy pocos fueron los que llevaban cañones de tiro rápido. Sólo el buque «Reina María Cristina» poseía los cañones de 14 centímetros, que era lo que más valía del artillado de la flota española. Adolecía ésta también de la falta de un cuerpo práctico é idóneo de maquinistas, pues en la premura con que se procedió á su organización hubo necesidad de echar mano de hombres que nunca habían sido marinos de guerra. Los cuerpos de condestables y artilleros también fueron muy deficientes, y algunos reclutados á última hora; el desastre tenía pues que resultar no solamente probable, sin ó ineludible para España.

En resumen, cinco fueron las naves españolas, que representaron algún valor efectivo en esta hecatombe, las que en conjunto sumaban 11.290 caballos de fuerza, 13.371 toneladas, 76 cañones, 1.875 tripulantes y 12 millas de velocidad el de mayor andar.

La escuadra norteamericana se componía en su mayor parte, de cruceros protegidos y modernos, con una velocidad media de algo más de 17 millas, y de cañoneros de primera, con un total de 21,410 toneladas, 49.290 caballos de fuerza, 163 bocas

de fuego (la mayor parte de tiro rápido) 1,750 plazas á bordo, montando el «Olympia» 4 formidables cañones de 20 centímetros; los cañones fueron gobernados por artilleros ingleses contratados antes de zarpar del puerto de Hong-Kong la escuadra norteamericana, por el Cónsul de esta nación, Mr. Wildam, quien ofreció á las *blue jackets* británicos 500 *dollars* mensuales en pago de sus servicios. Debemos hacer constar también que dichos marinos ingleses eran en su mayoría desertores de la escuadra de la Gran Bretaña. Tal es la versión de un súbdito francés que se encontraba en el lugar de los acontecimientos, y que á continuación transcribimos.

El día 25 de Abril, á media noche salió el Contralmirante de la escuadra española D. Patricio Montojo de la había de Manila para el puerto de Subic, acompañado de los cruceros «Reina María Cristina,» «D. Juan de Austria,» «Isla de Cuba,» «Isla de Luzón,» aviso «Marqués del Duero» y el «Castilla.»

Este último viejo navío, se hallaba en malísimas condiciones á causa del deterioro completo de casco, que le impedía casi todo movimiento; sólo pudo ser utilizable, á medias, como una ineficaz batería flotante.

El día 26 celebró en Subic el Contralmirante una conferencia con el Capitán de navío, Sr. del Río, sobre el estado en que se encontraban las obras de defensa de ese puerto, por donde se vino en conocimiento de la deplorable situación en que se hallaban. Se procedió inmediatamente á reparar el mal en lo que fuese posible, puesto que se acercaba la hora de presentarse la armada enemiga en las aguas del Archipiélago. Como se comprenderá, estas improvisadas defensas resultaron insuficientes en virtud de la violencia con que se llevaron á cabo.

Era tan lamentable la situación que guardaba el crucero «Castilla,» que á consecuencia de la corta travesía verificada para llegar á Subic, hacía mucha agua cuando arribó á este puerto, al grado de que fué necesario taparle las hendeduras que presentaba, con cemento, operación que tardó algunos días lográndose al fin que quedara el buque casi estanco, pero materialmente imposibilitado para utilizar su máquina.

En las primeras horas de la mañana del día 27 los barcos referidos se dirigieron á la parte Suroeste del puerto precitado á fin de cubrir su boca que era donde se hacía más indispensable la resistencia. El «Castilla» se retiró sobre el extremo Noroeste de la isla Grande para defender con sus fuegos la entrada del Oeste. La del Este quedaba cerrada con los cascos de algunos barcos mercantes echados á pique con tal propósito.

Con profundo desagrado notó el Contralmirante Montojo que no habían sido montados, como lo esperaba, los cañones en la

Isla, y mucho más aún aumentó su disgusto al manifestársele que tardarían más de mes y medio en estar emplazados dichos cañones.

La defensa de torpederos fué nula porque se dudaba de su eficacia para proteger la rada. No defendida ésta bajo tal medio, ni por las baterías de tierra, tenía que resistir la escuadra con sus escasos elementos el formidable ataque de la flota norteamericana, en un reducidísimo círculo.

III.

Abrigaba aun la esperanza Montojo de que el enemigo no se dirigiría al puerto de Subic, dándole de esta manera tiempo para prepararse algo mejor y poderle hacer frente en condiciones menos desfavorables; pero estas esperanzas se desvanecieron bien pronto. Al día siguiente recibió del Cónsul español en Hong-Kong un telegrama que, textualmente, decía: «Escuadra enemiga salió á las dos de la tarde de la bahía de Mirs, y según confidencias, se dirige á Subic para destruir nuestra escuadra y después marchará sobre Manila.»

El telegrama demostraba que el enemigo conocía perfectamente los movimientos de la escuadra española, así como también sabía que carecía de medio de defensa el fondeadero ó puerto de Subic. En efecto, estos pormenores le fueron comunicados al Comodoro Dewey, jefe de las fuerzas navales americanas, por varios agentes y espías chinos, japoneses y británicos.

El día 28 de Abril el Contralmirante Montojo convocó á junta extraordinaria de comandantes, y todos, á excepción del jefe del arsenal de Subic, Señor del Río, opinaron que la situación era insostenible, y que debían trasladarse á la batería de Manila, para aceptar allí el combate en condiciones más favorables. Esta resolución contrarió muchísimo al comante del arsenal expresado, y no comprendemos que motivos hubo de tener por apoyar su opinión puesto que realmente la bahía de Manila ofrecía mayores ventajas á la escuadra, que las que pudiese tener el puerto de Subic.

Como se había convenido y resuelto el día 29 abandonó la flota el puerto de Subic, y se dirigió á Manila, desechándose la idea de apostar los buques cerca de esta última ciudad, porque lejos de defenderla, provocaría el bombardeo de la plaza, que hubiera sido desastroso. Se optó pues, unánimemente, por tomar posiciones en el fondo de Cañacao, con el menor calado posible á fin de poder combinar los fuegos de la escuadra con los de las baterías de punta Sangley y del «Ulloa.»

Dió luego el Contalmirante Montojo orden al comandante Sr. del Rio de que concentrara todas sus fuerzas en el punto

más conveniente y estratégico del arsenal de su mando, así como para quemar, si era necesario, las existencias de carbón almacenadas en el depósito, antes de que cayese éste en poder del enemigo. Fué despachado para manila el «Don Juan de Austria» con objeto de que se reuniera el mayor número de chalanas, cargadas de arena, para que sirviesen de defensa á la linea de flotación del «Castilla» que como antes dijimos carecía de movimiento, y protegerlo en lo que fuese posible contra los torpederos y granadas enemigas.

En la tarde del citado día 29 fondeó la escuadrilla hispana en el seno de Cañacao, y el siguiente, 30 de Abril, quedaron establecidos en linea de combate el «María Cristina.» «Castilla» «Don Juan de Austria,» »Don Antonio de Ulloa,» «Isla de Luzon», «Isla de Cuba y «Marqués del Duero,» mientras que el transporte «Manila» iba á reunirse en el fondo de la ensenada de Bacoor con los cañoneros «Velasco» y «Lazo,» que como ya referimos primero, se hallaban en reparaciones.

A las siete de la tarde fué trasmitido de Subic un telagrama anunciando que la flota enemiga había entrado en el puerto á las tres, y no encontrando allí á Montojo y su escuadra como esperaba, había ordenado el Comandante Mr. Jorge De wey, salir inmediatamente para la bahía de la capital filipina.

Llegaba á la bahía el transatlántico «Isla del Mindanao» á cuyo capitán aconsejó Montojo salvara su navío partiendo en el acto rumbo al puerto de Singapore; pero la falta de la autorización respectiva de la compañía Transatlántica, no decidió de pronto al capitán, y al fin se refugió con su buque en las inmediaciones de Baoor.

A eso de lá media noche oyéronse cañonazos hacia la isla del Corregidor, y á las dos de la madrugada del día 1º de Mayo, recibió Montojo aviso telegráfico del arribo de la escuadra americana á dicha isla. Ayudada por sus potentes proyectores, dirigió sus fuegos á las baterías del Corregidor. Inmediatamente dió aviso el Jefe de la armada, Sr. Montojo, al comandante del arsenal, capitán Sostoa, y al gobernador de la plaza de Cavite, general Don Tomás García Peña, á fin de que se procediese sin pérdida de tiempo á cargar la artillería y que todos los oficiales, soldados y marineros estuviesen en sus puestos. Prevenida la escuadra para el combate con los fuegos avivados, sólo se esperaba ya por instantes la llegada de la flota enemiga. Los barcos comandados por el Contralmirante D. Patricio Montojo, habían sido pintados antes, de un color gris obscuro, y se les despojó de toda obra muerta, masteleros y botes, con objeto de evitar, en cuanto fuese dable, el efecto de los proyectiles y astillazos del invasor norteamericano Este apareció al fin, frente á Cavite, á las tres de la madrugada.

Una hora después se hizo la señal de zafarrancho de combate. Pocos momentos antes de la cinco distinguió el «Don. Juan de Austria» la escuadra enemiga, y pasados algunos instantes se avistó desde á bordo, algo confusa, pero dispuesta ya en línea de batalla como á cinco mil metros distante de la española.

Formaba en primer lugar el buque insignia «Olympia,» seguían el «Baltimore,» «Boston,» «Concord,» «Helene,» «Petrel» y «Mac Cullough», permanecieron fuera de la línea los transportes «Zaphir» y «Nashani.» A las cinco y cuarto de la mañana rompió el fuego la batería de la Punta Sangley, y cuyos primeros proyectiles no alcanzaron al enemigo; sus cañones eran dos de quince centrímetros, sistema Ordoñez, y de los cuales nada más uno tenía su boca de fuego en dirección á la flota de Dewey. Pocos momentos después abrío tambien el fuego una de las baterias de Manila, y antes de las seis, una vez ya hecha la señal, lo verificó la escuadra española, respondiendo inmediatamente la enemiga.

El combate fué entablado. El fuego de los norte americanos era rapidísimo; se veía la flota española materialmente envuelta en un diluvio de proyectiles, muy particularmente el «Cristina,» que fué en el que concentraron sus fuegos los contrarios. No había transcurrido mucho tiempo cuando una granada americana hizo explosión en el castillo del «Reina Cristina,» matando ó hiriendo á casi todos los individuos que prestaban sus servicios en los cuatros principales cañones del buque; hizo también grandes averías en el palo trinquete, y los fragmentos del maderamen destrozaron parte de los timoneles que gobernaban el puente, por lo cual tuvo necesidad de tomar la rueda el teniente de navío D. José Nuñez que con gran serenidad permaneció en su puesto, gobernando hábilmente el timón, hasta que terminó la sangrienta refriega. Estalló otra granada en el soyado del «Cristina», y originó el incendio de los masteleros de la marinería, no causando grandes daños por haber sido pronto sofocado.

La escuadra americana avanzó hacia la contraria, y afinando su puntería, disparó sobre esta una verdadera lluvia de metrallas con sus magníficos cañones de tiro rápido; causó muchas bajas y no pocos desperfectos á los infortundos navíos españoles.

El «Cristina,» tambien recibió una granada formidable que le destrozó por completo el servo-motor quedando sin gobierno por algunos momentos, mientras se procuraba engranar su ruede mano, y al llevarse á cabo esta operación explotó otra granada en la popa de la nave, que dejó fuera de combate á nueve marineros, y muy mal herido á un segundo teniente. Otra más hizo astillas el pico del palo mesana, arrastrando la bandera y la insignia del contra almirante Montojo, las cuales fueron re-

puestas inmediatamente. Nuevas granadas reventaron en distintas partes del buque, y algunas de pequeño calibre atravesaron sus chimeneas, á la vez que eran perforados las guarda-colores por otra de las granadas, que dejó fuera de combate á un condestable y quince hombres sirvientes de la artillería.

El cañón de proa de estribor quedó inutilizado por un grueso proyectil. Otra granada atravesó el costado reventando en el soyado y causó un espantoso incendio á bordo mientras seguía la tempestad de granadas y bombas de todos calibres, descargadas sobre el buque almirante. Por último una bomba explosiva reventó en la cámara de oficiales, convertida en hospital de sangre provisionalmente. El estrago que produjo fué horroroso: los infelices herido· que allí se curaban fueron muertos unos y mutilados otros, sembrando el pánico y terror consiguientes. Por todas partes se oían ayes lastimeros de dolor lanzados por las débiles voces de los heridos que se mezclaban con las más terribles denostaciones de los que se retorcían horriblemente mutilados, en los charcos de su propia sangre. Es impotente la pluma para transcribir al papel el cuadrode horror que se desarrollaba en aquellos momentos supremos. La sangre humana corría aún tibia y humeante á ıaudales sobre la cubierta del navío-insignia español y los fragmentos de los cuerpos destrozados de sus defensores se veían por todas partes, muchos de ellos palpitantes todavía. Un infeliz marinero, fué alcanzado por un casco de granada que le desgarró el vientre por completo echándole fuera los intestinos; el héroe con pasmosa y aterradora serenidad se recogía éstos con una mano, mientras que con la otra apoyaba su fusil en un montón de cadáveres descargándolo furioso sobre el enemigo . . . . ; . .

Episodios semejantes, llenos de valor y de entereza, abundaron en esta memorable jornada, mas á pesar de tanto heroismo derrochado y de tanta sangre generosamente derramada, todo al fin resultó inútil.

Hablemos de la catástrofe del «María Cristina.» Decíamos que este barco había sido presa de las llamas, y para agravar más su precaria situación, el único cabo de cañón fué al fin aniquilado por un proyectil que le originó gravísima herida, dejándolo fuera de combate. No quedó ni un solo hombre ileso á bordo del buque almirante español, porque hasta el Jefe de la flota Don Patricio Montojo, resultó con una seria contusión en la pierna izquierda.

En semejantes circunstancias resolvió abandonar al «Cristina,» después de recoger su insignia y bandera, que materialmente se encontraban ya acribilladas á cañonazos; sus costados, chimeneas y arboladuras, envueltos por las llamas, y fuera de combate casi toda su dotación, así como la mayor parte de la oficialidad.

El contralmirante Montojo hizo señales al mismo tiempo al «Isla de Cuba» y al «Luzón» para que acudiesen á recoger los restos de la tripulación, y una vez llevada esta maniobra á cabo por los botes del «Cuba,» «Luzón» y «Marqués del Duero,» el «María Cristina,» fué echado á pique por sus denonados defensores, á fin de que nada pudiese aprovechar de él el enemigo. El Contralmirante Don Patricio Montojo arboló inmediatamente su insignia en el crucero «Isla de Cuba» El heroico comandante del «Reina Cristina» Don Luis Cadarso y Rey fué herido por una granada mientras dirigía las maniobras de salvamento á bordo del navío.

Fué uno de los jefes de la armada que más se distinguieron durante el combate.

Cuando había perdido toda esperanza de salvar su buque, no quiso salvarse tampoco. Aceptó voluntariamente la muerte y se hundió con él, en compañía de sus marinos muertos y heridos, bajo las profundidades del oceano.

El «Don Antonio de Ulloa» se defendió no menos heroicamente: con dos únicas piezas de que pudo disponer y con quince hombres para los servicios indispensables de tan escasa artillería, hizo frente á los gruesos proyectiles del «Olympia» y del «Concord,» que no tardaron en causarle rumbos en su linea de flotación y en echarlo á pique pocos momentos después. Fué muerto su bravo comandante, lo mismo que aquellos denodados marinos.

«El Castilla» luchó con te·ón, pero su artillería fué pronto inutilizada por las metrallas enemigas y sólo del cañón de popa pudo servirse hasta el fin. Corrió este buque la misma suerte que los otros; incendiado por las granadas americanas fué cehado á pique por su comandante D. Alonso Morgado, que lo abandonó á tiempo, salvando al resto de la triplación de una manera ordenada.

Sus bajas fueron de 32 muertos y 90 heridos.

El «Don Juan de Austria,» con bastantes averías y muchas bajas, y teniendo las carboneras incendiadas, acudió en auxilio del «Castilla,» pero poco, mejor dicho, nada podía hacer en favor de este navío, por las condiciones lamentables en que sc encontraba.

El «Isla de Luzón» tenía también tres cañones demontados, y serias averías en su casco y arboladura, y por último el «Marqués del Duero» quedó con sus máquinas inservibles, lo mismo que uno de sus reductos y el cañón de proa.

A las ocho de la mañana suspendió el fuego la escuadra enemiga, dando entonces orden Montojo que los buques que aun quedaban, fuesen á tomar posiciones en la ensenada de Bacoor, y resistiesen allí hasta el último extremo al enemigo.

IV.

Tres horas después se reanudó el combate, la escuadra americana formó un estrecho círculo con el objeto de acabar con los restos de la flota española, lo cual consiguió después de unos cuantos disparos, por la escasa resistencia que pudo presentar con los pocos cañones que aun conservaba montados. Había llegado el fin del desastre, el epílogo del sangriento drama: no era posible sotener por más tiempo tan triste situación Todo se había perdido en Filipinas para España, menos su honor y su dignidad. Sus bravos y nobles hijos fueron vencidos, es cierto, pero jamás por cobardía ó falta de patriotismo: tenían obligación de luchar hasta morir, pero nunca se les podría exigir qne alcanzasen la victoria. Heroismo fué el haber preferido hundirse con sus buques antes que dejarlos en peligro de caer en manos del enemigo.

Las bajas españolas, según los datos oficiales que hemos tenido á la vista, ascendieron á 618 hombres entre jefes y oficiales. [1]

La pcblación de Cavite también sufrió no poco á causa del bombardeo de que fué víctima.

De los buques españoles que tomaron parte en la refriega no pudo salvarse uno solo.

Veamos ahora el parte oficial comunicado por el Comodoro Dewey al Ministerio de Guerra y Marina de los Estados Unidos.

El primer mensaje enviado á Washiton, dice:

«Manila, Mayo 1º—Escuadra llegó á Manila al amanecer hoy. Inmediatamente trabó combate con enemigo y destruyó los siguientes buques españoles: «María Cristina,» «Castilla,» «Ulloa» «Isla de Cuba,» «General Lazo,» «Duero,» «Correo,» «Velasco,» «Mindanao,» un trasporte y batería flotante en Cavite. Escuadra americana ilesa, sólo unos cuantos marinos ligera-

(1) En cnanto al número de bajas que hubo en la batalla de Cavite los siguientes partes oficiales, como se ve, estan desacordes. Debemos desechar el del Comodoro Dewey que afirma que estas fueron 150 las españolas; y debemos desecharlo porque es lógico suponer en él ignorancia de lo que ocurría en los buques enemigos, que no estuvieron bajo sus órdenes.

La cifra fijada por el Gobernador General de Filipinas, que hace subir el número de bajas á 618, nos parece la más verosímil. Según el mismo mensaje regresaron de Cavite á Manila 1000 marinos de la escuadra destruida; lo cual indica que de 1875, total de plazas á bordo de los navíos españoles, debemos restar 1000 que regresaron á Manila, quedando en consecuencia 875, de los que no habla el mensaje, así es que solamente 257, número que no es exajerado, resulta que quedarían en Cavite por otros distintos motivos, y 618 serían las bajas en resumen.

Además, los datos que hemos adquirido posteriormente, confirman la exactitud del mensaje del Gobernador de Filipinas.

Por lo que hace á las bajas americanas no hemos encontrado hasta hora nada que contradiga la versión de que estas se redujeron á seis marinos heridos.

mente herldos. Unico medio comunicación es telegrafiar á Cónsul americano en Hong-Kong. Comunicaréme con él [firmado] Dewey.»

El día 7 de Mayo se recibió dicho mensaje, y á continuación este otro:

«Cavite, Mayo 4.—Long Ministro Marina.—He tomado posesión de estación naval de Cavite, Islas Filipinas y destruido sus fortificaciones. He destruido sus fortificaciones á la entrada de la bahía que la protegen. Tengo dominada la bahía, puedo tomar la ciudad en cualquier momento. La escuadra bien, marinos en excelente salud y espíritu. Las pérdidas españolas son considerables, aunque no se saben todas. 150 muertos, entre éstos el Capitán del «María Cristina.» Estoy ayudando á proteger á los enfermos y heridos españoles que se encuentran en los hospitales dentro de nuestras líneas. Gran excitación reina en Manila. Protegeré á los extranjeros.—*Dewey.*»

El Gobernador General de Filipinas telegrafió de Manila, el mismo día 7, á Madrid lo siguiente.

«El enemigo ha tomado á Cavite en el Arsenal estableciendo un completo bloqueo. Se dice que á pedimento de los cónsules extranjeros, los americanos no bombardearán la capital (Manila) á condición de que ya no haga fuego sobre los buques americanos, que se encuentran fuera de tiro. Un mil marinos de nuestra escuadra destruida llegaron ayer. Las pérdidas de nuestra escuadra ascienden á seiscientos dieciocho.»

La Embajada de Francia recibió en Washington otro despacho referente á la batalla, concebido en estos términos:

«Seis cruceros y cañoneros españoles tomaron parte en el combate. El primer ataque dió principio entre 8 y 9 de la mañana del 1o de Mayo.

Los buques americanos avanzaron en línea de combate formando una V algo abierta, encontrando á la escuadra española que formaba línea de combate en figura de Y invertida, el crucero Almirante «María Cristina» del Almirante Montojo, encontrándose en el ápice. Este buque fué el centro del fuego que quedó acribillado y se fué á pique, por los cañones del «Concord.» Se dice que recibió 100 proyectiles de cañones de tiro rápido de 5 y 6 pulgadas en dos minutos, á una distancia de 1,000 yardas.

Después de que se notó que el buque almirante estaba fuera de combate y que el almirante Montojo lo abandonaba en un bote, el fuego se concentró sobre el crucero «Don Juan de Austria,» que fué destrozado; su capitán, primer oficial y más de una tercera parte de su tripulación, perecieron. Al buque de madera «Castilla» el fuego convergente del enemigo, pronto lo incendió y echó á pique.

La táctica adoptada por el Comodoro Dewey, parece que fué el método que se considera como el mejor por las autoridades navales en Europa, y que consiste en elegir un buque y concentrar todo el fuego sobre él.

La formación de la línea de combate adoptada por los españoles, en la táctica antigua, mientras que la del Comodoro Dewey permite que cada buque en la línea de combate, concentre su fuego según se le ordene.

Se desprende de la pérdida de los tres buques españoles más grandes, que Dewey escogió á éstos, uno tras otro, descargando sobre ellos una lluvia de metrallas, que en poco tiempo los puso fuera de combate.

El primer encuentro, agrega el mensaje, duró 40 minutos después del primer disparo; parte de este tiempo se ocupó en tomar posiciones para el mejor éxito del plan de atacar á uno después de otro de los buques más importantes. Parece que el segundo encuentro se ocasionó por la aparición de algunos buques españoles, que sin duda se encontraban cruzando fuera de la bahía y que entraban en el puerto en esos momentos.»

Las siguentes palabras del contralmirante Montojo, después de la batalla, revelan el magnífico comportamiento de sus marinos y la imposibilidad de haber siquiera resistido con éxito: «Todos los jefes, oficiales, maquinistas contramaestres, condestables, marinos y soldados, decía el Almirante español, han rivalizado en sostener con honor el buen nombre de la marina en esta triste jornada. La insuficiencia de los buques que componían mi pequeña escuadra, la falta de personal de todas clases, especialmente de condestables y artilleros de mar, la escasa idoneidad de algunos maquinistas improvisados, la casi carencia de cañones de tiro rápido, las triplicadas fuerzas del enemigo y la ninguna protección de la mayor parte nuestros buques; todo contribuyó á hacer más cruento el sacrificio que hicimos en aras de la Patria y para alejar la eventualidad de los horrores de un bombardeo á la casi inerme ciudad de Manila, con el convencimiento de que al medir nuestras escasas fuerzas con las muy superiores del enemigo, íbamos á una muerte casi segura, y por de contado á perder todos nuestros buques como desgraciadamente ha sucedido.»

V

A fin de rendir homenaje á la justicia, y al verdadero mérito, transcribimos en seguida un notable trabajo de que es autor el distinguido oficial de la armada francesa que se oculta bajo el modesto pseudónimo de «El teniente X.» y que ha dresenciado los sucesos y conoció perfectamente á las personas

que en ellos figuran. Dicha labor literaria fué publicada el 15 de Agosto de 98, con el título de «La guerra en Filipinas,» y apareció en la acreditada publicación francesa «La Revue de Paris,»

El articulista no siente la menor inclinación hacia España—según el mismo afirma con entera franqueza— y no pocos de sus juicios respecto de esa nación aparecen demasiado duros. Por esto precisamente no es sospechoso su testimonio cuando reconoce que el valor y las cualidades militares de los españoles fueron puestas á prueba en aquella memorable jornada. Este trabajo del referido escritor francés contiene implícitos, cargos muy severos contra el gobierno español que nada hizo de su parte para salvar á la nación de la deshonra.

He aquí algunos fragmentos:

«Miércoles, Mayo 11.—Los españoles pretenden que harán una resistencia desesperada y no cederán hasta el último momento. Manila tiene quizás, mas recursos de los que se creía. La ciudad, amurallada, se transforma en ciudadela y servirá de reducto á la defensa. Los oficiales de marina salvados del desastre de Cavite, pasan á servir con las tropas de tierra. No parecen tener apego á la vida. Entretanto, basta ver las miradas que dirije á estos valientes un inglés ó un americano, para comprender que los desprecian. Es el desprecio del rico por el pobre, del bien vestido por el andrajoso. Verdad es que el español devuelve el desprecio al sajón, pero no deja de comprender que éste es inconcebible y que el aspecto le favorece. El inglés produce, ciertamente, el efecto de un hombre rico, fuerte, inteligente y mejor apercibido para vivir, asi como, al fin de cuentas, el que hace más honor á la vida, Pero el español, aún en el momento en que le condeno, suscita la idea del hombre heróico.

«Nó, no permitiré que en mi presencia se calumnie á España Nada tengo de común con este pueblo: mi razón le rechaza, mis sentimientos le tienen repugnancia, mi espíritu no le tiene piedad, y hasta estoy persuadido de que sus desdichas son un justo castigo; pero nadie se burle del aspectivo furioso que sienten los españoles por la muerte. T dos los pueblos tienen sus turbas que convierten en vicios ridículos las más hermosas virtudes nacionales. Nosotros tenemos los patrioteros de dublé y los trágicos saltimbanquis; los ingleses tienen sus tenderos hipócritas y sus usureros políticos; no es, pues, extraño que los españoles tengan sus falsos caballeros. Pero sería menester no tener corazón de hombre para no honrarlos como á nobles vencidos. Estos hombres aman su patria y su espada infinitamente más que la vida. Irán á la muerte con gran júbilo y no la sentirán siquiera. Expiran acribillados de heridas sin proferiru na

palabra, sin hacer un gesto, sin implorar esa gota de agua que hace soñar con el paraíso á los agonizantes . . . . . . »

«Jueves 12 de Mayo. Les he visto maniobrar, y he conocido *yankees* de todas calañas. No hay que esperar de ellos ni justicia, ni reserva, ni la menor moderación, ni la menor generosidad. Hasta hoy respondían á todo:» *¡Tenemos el dollar!* sin sospechar qué repugnancia produce esta contestación á los espíritus grandes y á las almas nobles. Ahora añadirán: «*¡Tenemos cañones!*» Con estos dos argumentos convertirán en derechos todas sus concupicencias. Los *yankees*, son alemanes nerviosos. Los alemanes tienen siempre á mano un texto para legitimar la violencia que les convenga. Los *yankees* tendrán siempre una máquina: sea el pueblo, al que los Presidentes lamentarán verse forzados á obedecer, sea el Dios del Capitolio, que sólo conoce á su gente. Las Repúblicas de América, después de su antigua Metrópoli, serán las primeras en experimentarlo. A Europa le llegará su vez, por haber abdicado, manteniéndose apartada de la guerra, y sobre todo si deja á los *yankees* poner pié en las Filipinas. El asunto de Cavite fué un violento combate de artillería en que uno de los beligerantes tenía todos los cañones y el otro le servía de blanco. Los americanos prodigaron, según consta, los proyectiles disparando 3.000 cañonazos. Después les faltaron las municiones. Esto se llama proceder mas que á la ligera. Han tenido mas suerte que destreza. Es cierto que un cañoneo intensísimo, como aquel, es de un efecto abrumador cuando el enemigo es débil y no tiene los elementos para responder, pero en cualesquiera otras circunstancias es una táctica absurda.»

«Antes de zarpar de Hong-Kong los americanos, embarcaron artilleros ingleses, desertores de la armada británica. Así es explica la seguridad del tiro americano en el combate de Cavite; sus piezas estaban dirigidas por *blue jackets;* á cada desertor se le sedujo mediante un sueldo de quinientos *dollars* al mes, como si fuera un almirante. Me resisto aún á creerlo: la insolencia de estos procederes sajones es demasiada. Pero la historia no rechaza lo inverosímil. Los ingleses y americanos, entre sí, son como los bávaros y los prusianos: se odian, pero son de la misma familia y se entienden contra los demás. Los americanos, el día mismo que hicieron la paz con Inglaterra, hace más de un siglo, estaban dispuestos á ayudarles para orrojar á los franceses de Canadá, si lo hubieran necesitado los ingleses. Es preciso cerciorarse de si el hecho es cierto. Inglaterra no protestará, puesto que han sido los Estados Unidos los que llevaron esos marineros.

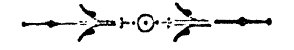
«Se dirá que la oficina de Relaciones Exteriores no es responsable de que se deserten marineros. ¡Solemne burla! Si un sólo artillero inglés hubiese pretendido, por ejemplo, pasarse al ser-

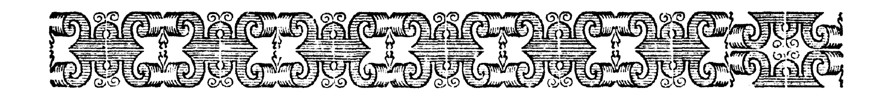
vicio de España, ni siquiera hubiera logrado salir del puerto de Hong-Kong: se le hubiera ahorcado allí mismo. A mi juicio, el Cónsul Wildam ha manejado los hilos principales de la empresa americana en el mar de la China. El es quien la dirige, quien merece estatuas, y teniéndolas, se honrará en él á la marina, pues el Cónsul Wildam es un antiguo oficial de la escuadra norteamericana. Con tres docenas de hombres de este temple distribuidos hábilmente en todos los paises, la nación que los nombre se hallará por doquier en su casa. El Cónsul Wildam, siendo como es americano puro, es el prototipo de ese instrumento peligroso y admirable que se llama el Cónsul de Inglaterra, ó si se prefiere, del republicano de Roma »

Hace notar también el entendido escritor que hubiese sido preferible para España no tener escuadra en las Filipinas, á tenerla en tales condiciones, porque los barcos de madera sólo sirven para incendiarse. Tambien señala el "Teniente X» como un error gravísimo é imperdonable, el envío de los buques de Cervera á Cuba, que debieron haber sido mandados al Archipiélago magallánico, según los más rudimentales principios de la ciencia militar.» (1)

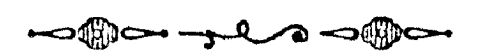
---

(1) Véase al fin de este libro los juicios emitidos por uno de nuestroe compañeros de labores, distinguido miembro de la colonia española, á quien debemos la narración del anterior capitulo, y cuya firma aparece al calce de dichos juicios, en el artículo "Conclusión" Por no interrumpir el orden cronólogico del libro, no aparece publicados en este lugar, como hubiéramos deseado.





CAPITULO IX.



Versión americana sobre la batalla de Cavite.—El comandante del "Don Antonio de Ulloa," sucumbe heróicamente.—Los buques que tomaron parte en el combate.—Los insurrectos ofrecen ayudar á los americanos en su ataque sobre Cuba.—Sucesos de la Habana.—Actitud de las naciones europeas.—Nuevas presas de guerra.—Disturbios en España.—Ataque rechazado en Cárdenas.—Los americanos son rechazados en San Juan de Puerto Rico.—Discurso de Mr. Chamberlain.

I.

La obligación que tiene el historiador de citar á cada paso las fuentes de donde toma los datos que apoyan su narración, aparece más clara tratándose de hechos muy recientes, como son los que referimos, y más aún, cuando el origen de los documentos que consultamos es español ó americano, generalmente. Equivale á decir, que por ahora es difícil establecer la verdad, absoluta hasta en sus últimos detalles, de los sucesos de la guerra hispano-americana, cuando las versiones que se refieren á ellos son españolas ó americanas, de cuya imparcialidad dudamos, con fundamento.

No es tiempo todavía de que sea ahogada la influencia de las pasiones exaltadas por la lucha.

En la imposibilidad de disponer de otro testimonio que no sea el de los mismos antagonistas, transcribiremos las relaciones de uno y otro, al ocuparnos de los diversos hechos de armas que tuvieron lugar.

La narración de los sucesos de Cavite que aparece en el capítulo anterior es, con excepción de los partes cablegráficos, de origen español. Veamos ahora la versión americana comunicada al gobierno, y á uno de los principales diarios:

«Hong-Kong, Mayo 8:

Debido á que el cable entre este puerto y las Filipinas se encuentra cortado á considerable distancia de la capital filipina, ha

habido dilaciones para recibir una naración detallada del combate, y hasta ayer que llegó el bote despacho: «McCullough» pudieron conocerse los detalles completos, pero debido á acumulación de mensajes en la oficina del cable, no fué posible transmitir más que una breve relación de los sucesos.

Al fin del combate, el Comodoro Dewey ancló su escuadra frente á Manila y envió un mensaje al Gobernador General Agustín, anunciándole el bloqueo del puerto y agregando que si se disparaba un solo cañonazo sobre sus buques atacaría todas las baterías al rededor de Manila.

Se confirma el informe de que ni un solo hombre á bordo de la escuadra americana fué muerto, ningún buque salió averiado de impotencia y solamente seis marinos resultaron heridos á bordo del crucero «Baltimore.»

Cuando la escuadra americana salió de este puerto, el primer punto que tocó fué el cabo Bolinao. El Comodoro Dewey deseaba que los jefes insurrectos que iban á bordo desembarcaran para cerciorarse de las fuerzas de los rebeldes, de sus posiciones y de sus intenciones respecto al cambio de gobierno.

El Comodoro se opuso seriamente á que los insurrectos cometieran excesos de ninguna especie. Los jefes insurrectos se negaron á desembarcar, y los buques americanos costearon largo tiempo sin poder encontrar á los insurrectos en la playa. El Comodoro Dewey llegó frente á Subic, distante 38 millas al Norte de la bahía de Manila, el sábado 30 de Abril y envió á los cruceros «Baltimore» y «Concord» para reconocer el campo enemigo. No encontraron buques españoles fuera de la bahía de Manila y el Comodoro resolvió arriesgar el paso sobre las minas de la entrada y entrar á la bahía esa misma noche, protegido por la obscuridad de ésta.

El plan de combate adoptado por el Almirante Montojo era el de mantener á sus buques más pequeños dentro de la bahía, protegidos por un rompe-olas y las fortificaciones de Cavite; los buques más grandes cruzaban frente á Manila y Cavite. La escuadra americana entró á la bahía el sábado por la noche, No había patrulla establecida ni tampoco había proyectadores. Una chispa que salió por la chimenea del «Mc Cullough» denunció la presencia de la escuadra enemiga. En las primeras horas de la mañana, descubierta la posición de la escuadra americana, el crucero «María Cristina» rompió el fuego y los demás buques y baterías de la costa siguieron su ejemplo. Cuando la escuadra americana comenzó sus evoluciones, frente al curso que seguía el crucero «Olympia» se levantó una manga de agua que se supone haya sido el efecto producido por la explosión de una mina submarina ó un torpedo.

La entrada de la escuadra americana á la bahía se efectuó de la manera siguiente: el crucero «Olympia» abría la marcha se-

guido por los cruceros «Baltimore,» »Raleigh,» «Boston» y «Concord,» el cañonero «Petrel,» el bote despacho «Hugh Mc Cullough» y los transportes «Nashani» y «Zaphire,» que cerraban la marcha. En columna sencilla marcharon hasta ponerse frente á Manila, dando el frente á los buques españoles. La escuadra española rompió el fuego á 6.000 yardas de distancia, pero el Comodoro Dewey no dió orden de hacer fuego sino hasta encontrarse á 4,000 yardas de su adversario, que fué cuando dió principio la batalla. El crucero almirante «María Cristina» acompañado de «D. Juan de Austria,» «Don Antonio de Ulloa,» «Isla de Luzón» y «Mindanao,» se encontraban formados en línea de combate fuera de Cavite, mientras en el interior de la bahía se encontraban cuatro cañoneros y un torpedero. Entonces los buques americanos hicieron varias evoluciones pasando seis veces frente á los buques españoles sobre los que descargaron una verdadera lluvia de metrallas. El crucero «María Cristina,» quedó acribillado, una de sus chimeneas fué volada y principió el incendio á bordo. Poco después el «Castilla» comenzó á arder quedando totalmente destruido hasta su línea de flotación. «Don Antonio de Ulloa» fué el buque español que dió más que hacer á los americanos y dió muestra de un valor desesperado. Su comandante al ver que su buque estaba desastrosamente despedazado por las metrallas americanas, viendo la imposibilidad de mantenerlo á flote, clavó su bandera en el palo mayor y se hundió con toda su tripulación, peleando como héroes hasta el fin. Su casco fué, acribillado por las balas americanas y su cubierta fué barrida por completo; pero sin embargo de esto, los españoles, aunque su buque se hundía á sus piés, continuaron disparando sus cañones bajo cubierta hasta que el buque se sumergió en las aguas de la bahía, arrastrando consigo á un grupo de héroes de su patria y defensores de su honor.

Durante el combate, un torpedero español cruzaba las aguas de la playa, intentando acercarse á los buques americanos; pero pronto fué descubierto y materialmente fué despedazado por los cañones americanos. El «Mindanao,» en este inter, se encaminó hacia la playa, y se varó para evitar irse á pique, pues estaba haciendo agua, y los demás buques pequeños buscaron refugio tras del rompe-olas.

El combate que principió á las 6.30 se suspendió á las 8.30, para continuarse al medio día.

A las 2 p. m., los cruceros «Concord» y «Baltimore,» hicieron callar las baterías de Cavite, dejándolas convertidas en un montón de escombros con la bandera blanca flotando sobre ellos.

El arsenal ardía, y una explosión aumentó la terrible mortandad entre los defensores de España en tierra. Sobre las aguas

veíanse los cascos de los buques españoles incendiados ó destruidos, mientras el «Baltimore,» había sufrido pocas averías.

Una granada española hizo explosión á su bordo causando la explosión de sus municiones qne tenía sobre la cubierta é hirió á seis de sus marinos. Varias balas españolas pasaron á una peligrosa proximidad del Comodoro Dewey, pero estas poco ó ningún daño causaron al «Olympia.» Por otra parte, cerca de 150 hombres perecieron á bordo de los buques españoles.

El Almirante Montojo trasladó su bandera al crucero «Isla de Cuba» cuando el «María Cristina» comenzó á arder, pero también el «Isla de Cuba» fué destruido. El «María Cristina» perdió á su capitán, primer oficial, al capellán y contramaestre, debido á una metralla que derrumbó el puente. A bordo del «Castilla» se registraron cerca de cien muertos y más de sesenta salieron heridos. Algunos oficiales americanos estiman el número de marinos españoles heridos durante el combate, en más de mil.

El «Olympia» fué tocado cinco veces en su parte superior.

Aunque los cañones Krupp, situados en la esplanada de Manila, sostuvieron un fuego nutrido sobre los buques americanos, el Comodoro Dewey no contestó á él y poco después esas baterías enarbolaron la bandera blanca en señal de rendición.

Los fuertes á la entrada de la bahía fueron desarmados el miércoles, después de capitular.

Después de terminado el combate, el Comodoro Dewey envió un ultimatum á las baterías de tierra, diciendo que ó cesaban de hacer fuego ó las bombardeaba.

Después propuso á las autoridades españolas que continuaran en el poder bajo la bandera americana, mientras se terminaba la guerra; pero las autoridades españolas retardaron su contestación y estuvieron telegrafiando á Madrid. Los americanos solicitaron, hacer uso del cable y como esto se les negara, lo cortaron, dejando así á Manila sin comunicación.

Durante la batalla, el vapor inglés «Esmeralda» se presentó á la entrada de la bahía y un crucero americano salió á su encuentro creyendo que fuera algún buque español; pero al descubrir la bandera inglesa se le amonestó para que se retirase. El «Esmeralda» se retiró 10 ó 15 millas al Norte de la bahía.»

Del mismo origen es la descripción de las escuadras, que insertamos en seguida.

LAS ESCUADRAS QUE COMBATIERON EN MANILA

ESPAÑA

NOMBRES	MATERIAL.	TIPO.	TONELAJE.	CAÑONES.	TUBOS TORPEDEROS.	VELOCIDAD.	TRIPULACION.
Reina Cristina,	Acero.	Crucero.	3,520.	6-6. 2 pulgds.—2-2 7	5	17.5 nudos	370
Castill ,	Madera	,,	3,342.	4-6; 2-4.7. 2-3.3	2	14 ,,	300
Velasco,	Hierro	,,	1,152.	4-3; 3-6; 2-3 3		14.3 ,,	173
D. Ant. de Ulloa,	,,	,,	1,130.	4-4. 7; 2-2.7	2	14 ,,	130
D. J. de Austria,	,,	,,	1,130.	4-4 7; 2-2.7;	3	14 ,,	130
Isla de Cuba,	Acero	Crucero protejido	1.030.	4-4 7	3	16 ,,	160
Isla de Luzón,	,,	,,	1.030.	4-4. 7	3	16 ,,	160
Quirós.	,,	Cañonero.	315.	4 pequeños		11.5 ,,	
Villalobos	,,	,,	315.	4 ,,		11 5 ,,	

Otros ocho cañoneros semejantes al Quirós y otros diez más pequeños

ESTADOS UNIDOS

NOMBRES	MATERIAL.	TIPO.	TONELAJE.	CAÑONES.	TUBOS TORPEDEROS.	VELOCIDAD.	TRIPULACION.
Olympia,	Acero.	Crucero protejido	5,870.	4 8 pulgds.—10 5 pulgds.	6	21.6 nudos	400
Baltimore	,,	,,	4.400.	4-8 ,, 6-6 ,,	5	20-6 ,,	400
Boston,		Parcialmente protejido.	3,200.	2-8 ,, 6-6 ,,		15 ,,	350
Raleigh,	,,	Crucero protejido.	3,200.	1-6 ,, 10-5 ,,	6	19 ,,	850
Concord,	,,	Cañonero	1,700.	6-6 ,,	2	17 ,,	250
Petrel;	,,	,,	890.	4 6 ,,		13.7 ,,	150
Mc Cullough,	,,	Aviso aduanero.	1,500	4-4 ,,		14 ,,	

II.

Por lo que hace á los acontecimientos de Cuba podemos asegurar que la guerra había empezado, casi al mismo tiempo que en Manila, aunque no hubiese tenido lugar un encuentro de la importancia de aquel.

Desde el día 26 de Abril el General Blanco telegrafió á Madrid, que un cañonero americano, que intentaba hacer un desembarco cerca de Mariel, fué rechazado por las fuerzas españolas.

El cañonero, que trataba de hacer un reconocimiento en la costa, fué bruscamente atacado por las baterías de tierra, escapando por milagro.

Los insurrectos comunicaron al gobierno de Washington su decisión de cooperar con el ejército americano que debía invadir á Cuba. Los jefes Calixto García y Máximo Gómez, por medio de emisarios, hicieron saber su resolución y enviaron además muchos informes, descripciones del terreno y mapas de la costa cubana, señalando los lugares más á propósito para que las fuerzas americanas penetrasen á la Isla. Se convino en que el desembarco se verificaría en la segunda semana de Mayo y los insurrectos lo apoyarían desde la costa, impidiendo el ataque de las fuerzas españolas que pudieran presentarse. También esperaban á la expedición algunos guías, conocedores del terreno; la expedición misma traía otros á bordo.

En la Habana todos los habitantes sospechosos por sus opiniones así cubanos como peninsulares, fueron obligados á uniformarse, declarando el Capitán General que aquellos que se resistiesen á usar el informe militar español, serían considerados como partidarios del ejército invasor. Muchos cubanos habían ofrecido ya, desde antes de ser publicado este bando, que prestarían sus servicios para rechazar la invasión americana, unidos á los españoles. De esta manera el puerto de la Habana parecía estar defendido por un numeroso ejército, que algunos emigrados hacían subir á 150 000 hombres, al hablar de las defensas de la capital de Cuba.

El 30 de Abril un navío americano fué atacado por las baterías de la costa de Mariel, durante un reconocimiento que hacía; se le obligó á retirarse después de haber contestado debilmente. Otro buque de guerra fué igualmente rechazado en la bahía; de Cienfuegos cuya entrada trató de franquear. En el mismo lugar se efectuó al día siguiente la captura del vapor español «Argonauta,» que conducía municiones de guerra. A pesar de su resistencia desesperada, fueron hechos prisioneros sus tripulantes y llevados al fuerte McPherson.

Algunos tiroteos de poca importancia se repitieron en los días siguientes, sin que ninguno de ellos presentara el carácter de un encuentro formal.

Autorizadas opiniones navales creyeron que eran probables dos capturas importantes: la del «Alfonso XII» que se hallaba entonces en las Barbadas, de paso para Cuba, con un cargamento de víveres, y 500, 000 pesos; y la del «Oregón,» que pudo haber sido apresado por la escuadra española de Cabo Verde, según se le llamaba.

Este buque en compañía del cañonero «Marietta» conducían al «Nitchroy» recientemente comprado al Brazil, hácia las costas americanas. Sin embargo ni una ni otra captura fué intentada.

Notable fué por aquellos días la actitud resueltamente hostil á España y favorable á los Estados Unidos que Inglaterra asumió. Los discursos pronunciados por Lord Salysbury y Mr. Chamberlain aplaudiendo de una manera indirecta la intervención de los Estados Unidos en Cuba é impugnando la conducta de España, causaron gran sensación en toda Europa.

Mas no sólo Inglaterra volvió las espaldas á España después del desastre de Manila. Fué de observarse cómo el cambio se operó bruscamente en otras naciones que antes le habían manifestado sus simpatías.

En cuanto á lo demás, la actitud de la Europa puede verse en las siguientes frases tomadas de los principales periódicos.

Con la única excepción de Austria, á España se le censuró por el desgraciado éxito del combate de Manila.

El *Viena Fremblatt* dijo: los americanos no han ganado glorias en la victoria de Manila, pues todas las ventajas estaban en su favor y nada en contra de ellos. El mismo diario agrega que los españoles lucharon como héroes y en realidad fué una derrota.

La *Freipresse:* las potencias serán responsables en lo futuro si no median y evitan la matanza de un pueblo ya gastado en las guerras civiles é impotente para entrar en una contienda con una gran nación.

Le *Figaro* dijo: el gobierno francés no puede apoyar á una nación que por sí sola no puede defenderse.

Le *Soir:* los americanos han juzgado á Francia con premura al creer que el pueblo francés está dispuesto á tomar la parte de España.

Le Soleil: con otro combate acabarán las ilusiones de España, y las dificultades con los Estados Unidos se arreglarán entonces amigablemente.

La Prensa de Rusia unánimemente elogió á los marinos americanos y dijo que el resultado de la batalla de Manila fué tal

como se esperaba. Favoreció la ocupación permanente de Filipinas por los americanos.

Il Popolo Romano, de Roma, dijo que la derrota de Manila fué el principio del fin de la guerra entre España y Estados Unidos. Ha enseñado á los españoles lo que antes no sabían, y es: que los americanos son guerreros y marinos. Además, ha demostrado á Europa y al mundo entero que los Estados Unidos están mejor preparados que España, para la guerra, que ésta última ha forzado.

La prensa inglesa rebozaba de alegría. Es posible que no estuvieran mas satisfechos, si ellos hubieran ganado la batalla.

El *Manchester Guardián* dijo que esa victoria es digna de la raza anglo-sajona, y enseñará á las naciones á respetar á los americanos. Agregó que Inglaterra es la única nación europea que comprende á los americanos, puesto que por sus venas circula la misma sangre y tienen las mismas aspiraciones.

El *Daily Graphic* publicó un extenso editorial exhortando al Gobierno para que hiciese lo posible por la formación de una alianza con los Estados Unidos.

La *Pall Mall Gazette* preveía en la victoria americana en las Filipinas una nueva potencia alzarse en el horizonte europeo. América, dijo la *Gazette*, tendrá que contarse con ella en los movimientos europeos del porvenir.

La misma prensa madrileña no se resignaba ante los sucesos de Filipinas. Algunos periódicos echaban el peso de la responsabilidad sobre el gobierno, otros le increpaban duramente, en tanto que los carlistas promovían algunos disturbios en las provincias.

El día 7 de Mayo tuvo lugar una escena violenta en la Cámara de Diputados. Un diputado de apellido Mella tomó la palabra y echó en cara al gobierno de la Regencia el desastre sufrido, en frases tan duras, que tocaban aun á las augustas personalidades de la Reina y su hijo.

El Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Sagasta, apoyado por la mayoría de la Cámara, protestó en medio de la mayor confusión. Los republicanos tomaron la parte de los carlistas. El Presidente de la Cámara pidió al Sr. Mella que retirara sus palabras, á lo que el Diputado se negó redondamente.

El Presidente llamó al orden al Sr. Mella tres veces, diciendo que su negativa al retirar las palabras que acababa de proferir, era ofensiva á la actual dinastía. Entonces pidió á la Cámara la expulsión del miembro que ofendía á la dinastía. Se puso á votación en medio de la mayor excitación y resultó la expulsión del Sr. Mella por 199 votos contra 19; los carlistas y republicanos votaron juntos. Al anunciarse el resultado de la votación, los carlistas y republicanos salieron de la Cámara

Los carlistas declararon que no volverían á la Cámara hasta que se permitiera el regreso á ella al Sr. Mella.

Como se repitiesen los disturbios, en algunas de las provincias fué declarada la ley marcial.

III.

La escuadra bloqueadora verificó tres capturas más: el bergantín «Lorenzo» apresado por el «Montgomery,» cerca de la Habana; venía del Río de la Plata con un cargamento de carne seca. «El Espartero» balandra pescadora aprehendida por el «Morrill» á tres millas de Mariel, y la tercera fué la goleta «Madre de Dios» cargada de pescado, la aprisionó el «New-Port.»

El primer combate formal en aguas de Cuba se efectuó el día 11, en la bahía de Cárdenas y en Cienfuegos, que intentaron los insurrectos descargar ocho botes grandes fletados con municiones.

Ayudados por los buques americanos que disparaban sus cañones de contínuo sobre Cienfuegos, se acercaron á la costa con el fin de lograr su objeto, pero varios batallones de infantería hicieron fuego sobre los botes, los que se retiraron inmediatamente. Al mismo tiempo las baterías de los fuertes y otras á lo largo de la costa hicieron fuego sobre los americanos, que se retiraron, pero intentaron nuevamente desembarcar á orillas del río Tremao, volviendo á ser rechazados.

El despacho en que describe el General Blanco el combate de Cienfuegos, dice:

«Los americanos arrojaron como una seiscientas granadas al intentar efectuar un desembarco con grandes botes remalcados por lanchas de vapor.

«Algunos de los botes desembarcaron á sus hombres, pero los últimos fueron enérgica y victoriosamente rechazados, todos á lo largo de la línea.

«Viéronse obligados los americanos á embarcarse de nuevo á toda prisa, y tuvieron pérdidas considerables en las cinco horas que duró la pelea. Se retiraron en dirección del Oeste.

«Se dió la embestida de acuerdo con las bandas de insurrectos á quienes se puso en fuga.

«Las pérdidas españolas consistieron en dos muertos y catorce heridos.»

Poco después penetraron al interior del puerto de Cárdenas los cañoneros «Wilmington,» «Hudson» y el torpedero «Winslow.» Entraron al puerto con el propósito de acometer á ciertos cañoneros españoles de que se tenía noticia que andaban por allí.

No los descubrieron los americanos sino cuando los españoles rompieron el fuego. Las baterías de la costa de Cárdenas sostuvieron el tiroteo de los cañoneros.

Comenzó la pelea á la una y cincuenta minutos p. m. y duró como por espacio de una hora.

Resultaron heridos: R. E. Cox, artillero; D. Mc Keon, Cuartel maestre, el Mayor Patterson, el fogonero F. Gray y el teniente J. B. Bernandou. Todos ellos están heridos levemente, excepto Patterson, cuyo estado es grave.

Terrible fué la lucha mientras duró. El «Wilmington» y el «Hudson» rompieron el fuego sobre los barcos españoles que estaban en los diques. Se inició el tiroteo á una distancia de.... 3,500 yardas.

Algunos minutos después llegó el «Winslow» y tomó parte en la refriega. En unos instantes se reconcentró en él toda la atención de los cañoneros españoles y baterías de la playa; por donde quiera llovían sobre el torpedero balas y granadas.

Sostuvieron aun el fuego el «Wilmington» y el «Hudson,» pero no pudieron evitar los tremendos estragos del tiroteo, que privó de la existencia á algunos de los tripulantes del torpedero.

A las 2 y 25 minutos p. m. estalló una bomba en el «Winslow» y le hizó pedazos la caldera, á los pocos instantes empezó el barco á dar vueltas. Hubo algunos momentos de fatídica suspensión; se dejaron oír gritos de triunfo de los españoles que estaban en los cañoneros y en las baterías, y se desató de nuevo el huracán sobre el indefenso barco.

El cañonero «Hudson» que estaba á poca distancia, voló á socorrer al «Winslow,» se le acercó á toda prisa y probó á salvar á la amenazada tripulación.

Hasta este momento, si se exceptúa el disparo que hizo pedazos la caldera del «Winslow,» el fuego de los españoles había sido inútil; pero como el «Winslow» estaba dando vueltas en el agua, se puso más al alcance de los tiros y descargaron sobre él otra lluvia de proyectiles.

En los momentos en que el cañonero había arrojado un cable para salvar á la tripulación del «Winslow» cayó una granada sobre cubierta matando á W. Bagley teniente abanderado y cuatro marinos más.

La ciudad y los cañoneros españoles sufrieron pequeñas averías.

También dice el despacho del General Blanco que á la vez que estaban atacando el puerto de Cienfuegos, atacaban igualmente el de Cárdenas y continua:

«Uno de sus buques mayores ancló como á una milla de los muelles, y en seguida intentó el enemigo desembarcar tropas, pero nuestras fuerzas, conpuestas de voluntarios y de dos compañías de infantería lo obligaron á desistir de su propósito,

«Nuestros cañoneros inutilizaron uno de los destructores del enemigo y forzaron á los buques restantes de la escuadra á abandonar la bahía.

«La guarnición tuvo cinco heridos, y comdiezo lo fueron á bordo de los barcos.

«Fué poco el daño causado á la ciudad, no obstante que cayó una granada en el consulado inglés.

«El ataque se había proyectado en cooperación con las tropas insurrectas que fueron derrotadas recientemente en San Miguel.

«He dado la enhorabuena, tanto á las tropas como á los habitantes de la ciudad, por la prueba inequívoca que han proporcionado de su lealtad á España.

«Muchos fueron los americanos que, al intentar el desembarque, cayeron bajo el fuego español.

«En Cárdenas perdieron la vida dos de los habitantes, heridos por los preyectiles del enemigo.»

Al día siguiente al en que se recibieron noticias de Manila de que el Comodoro Dewey había tomado la plaza, los súbditos alemanes recidentes en esta ciudad, enviaron urgente demanda al gobierno alemán pidiendo protección contra el bombardeo y peligros que corrían de ser saqueados por los indígenas.

La respuesta fué inmediata. El cónsul alemán recibió instrucciones para oponerse enérgicamente á toda devastación inútil que no estuviera conforme á los actos de guerra, y que se opusiera al desembarque de tropas americanas si é tas no eran suficientes para mantener el orden; que protejiese las vidas é intereses de los alemanes y que fijase el total de los perjuicios sufridos por Alemania.

En el interín tres Embajadores, sin incluir á Sir. Julian Pauncefote, hicieron representaciones amistosas al Ministro de Relaciones Mr. Day, recordándole que conforme al mensaje del Presidente McKinley, la libertad de Cuba era el único objeto de la actual guerra, y que por lo tanto, el bombardeo de los puertos cubanos solamente aumentaría las miserias del pueblo, y sería contrario á los sentimientos expresados por los Estados Unidos. Se le recordó que los derechos de los residentes europeos debían ser respetados. El Presidente McKinley se impresionó con este argumento y entonces fué cuando se dió orden de levantar parcialmente el bloqueo de Cuba y se proyectó el ataque de la escuadra española.

El ejército invasor al mando del general Miles recibió las últimas órdenes para embarcarse rumbo á Cuba, y á pesar de las protestas contra los bombardeos, se dió orden al Almirante Sampson de atacar á Puerto Rico.

Esta orden fué cumplida el día 13 en las primeras horas de la mañana.

A las tres se tocó llamada general á bordo del «Iowa» y se dió principio á las maniobras de alistarse para el combate. Los tripulantes estaban ansiosos por entrar en él. A esa hora no se veían señales de defensa en las fortificaciones.

El combate principió á las 5.15 a. m. y terminó á las 8.15. Las baterías del enemigo no cesaron de hacer fuego ni fueron calladas.

A las cinco y minutos, el «Iowa» se encaminó á la costa. Súbitamente viró y presentando un costado á las fortificaciones, les descargó simultaneamente todos sus cañones. Durante 14 minutos no cesó de hacer fuego, entre tanto el «New York» y el «Indiana» y otros buques dispararon sobre los fuertes. El «Iowa» se volvió hasta donde estaba situado el «Wampatuck.» Pocos momentos después regresó hácia la costa.

Los fuertes concentraban sus fuegos sobre el «Terror» que se encontraba á 700 yardas de la costa. Todos los buques de línea pasaron frente á las baterías sin hacer caso á los disparos de los fuertes.

A los heridos se les auxilió en el acto.

A las 7.40 el Almirante Sampson hizo señal de suspender el fuego y retirarse.

El «Iowa» encabezó la retirada, el «Terror» fué el último en alinearse, pues no vió la señal y continuó el fuego durante media hora.

Los buques que tomaron parte en el combate fueron: «Iowa» «Indiana,» «New York,» «Terror,» «Amphitrite,» «Montgomery,» «Vampatuck,» y «Porter.»

El fuego de los españoles fué nutrido á la vez que terrible; pero casi todos sus disparos estuvieron fuera de blanco y los únicos buques tocados por las balas españolas fueron el «New York» y el «Iowa.» Estos se acercaron á los fuertes hasta ponerse bajo sus cañones.

Los españoles pelearon como valientes. Una de las torres del «Amphitrite» se descompuso durante el combate, pero fué reparada en el acto.

Las metrallas pasaban á torrentes sobre los buques.

El castillo del Morro, al Este de la entrada de la bahía, fué el punto objetivo de los artilleros americanos. El Almirante Sampson y el capitán Evans se escaparon de sufrir heridas graves por las astillas que volaban, pues estaban sobre el puente del «Iowa.»

El mar estaba algo agitado, lo que hacía un poco difícil apuntar con certeza.

Nubes de polvo indicaban dondo caían las balas americanas. Las balas silbaban sobre las cabezas de los españoles; pero éstos continuaban al pié de sus cañones.

Las bajas de los americanos consistieron en dos muertos y siete heridos.

El anterior relato del bombardeo fué comunicado por el representante de la Prensa Asociada á bordo del «Iowa.»

En aquellos días fueron conocidas las frases del orador Chamberlain, Ministro de las Colonias inglesas, causando una profunda impresión en todos los círculos diplomáticos.

He aquí algunas de ellas contenidas en el famoso discurso elogiando la política de Lord Salisbury:

«Allende los mares existe una nación potente y generosa, que habla nuestra propia lengua y nació de nuestra raza, que tiene intereses idénticos á los nuestros.

Puedo aventurarme á decir que, terrible como es la guerra, y por terrible que sea con las modernas máquinas de destrucción y muerte, aun á costa de una guerra, tendría cuenta y por una grande y noble causa la bandera de las franjas y estrellas ondeará lado á lado de la bandera inglesa sobre una alianza anglo-americana.»

El discurso produjo gran entusiasmo y aplausos ensordecedores interrumpían constantemente á Mr. Chamberlain.

«La gran Bretaña, declaró, no debe rechazar la alianza con una nación, cuyas simpatías é intereses están con ella.»

Este nuevo desengaño de la tan decantada justicia de los ingleses, impresionó hondamente al gabinete español, que empezó á comprender, aunque tarde, que España se hallaba sola, frente á un enemigo poderoso, sin más apoyo en toda la Europa, que el platonismo de la Austria, perdida la esperanza que le hubiera inspirado la conducta ambígua de Alemania, al descubrir que el motivo de su misterioso silencio era el interés comercial de sus fabricantes de cañones.





CAPITULO X.



Movimiento de las escuadas.—Fracaso de la primera expedición para invadir á Cuba—La situación en Manila.—Crisis en el Gabinete español—Nuevo ministerio.—Refuerzos para Dewey.—Actitud de los insurrectos filipinos.—Nueva proclama de McKinley.—Llegada de Cervera con su escuadra á Santiago de Cuba.—Tentativas de desembarcos americanos.

I

TAN luego como se tuvieron noticias en Madrid del bombardeo de San Juan de Puerto Rico, el Almirante Bermejo, Ministro de Marina, comunicó por telégrafo instrucciones al Comandante de la escuadra española de Cabo Verde á fin de que se pusiera en camino para las Antillas.

Por su parte el secretario de Marina de los Estados Unidos ordenó retardar la salida del ejército de invasión hasta que el Almirante Cervera hubiese entrado en algún puerto de Cuba ó Puerto Rico, tratando de evitar un encuentro con su escuadra.

La noticia del triunfo español en Cárdenas causó gran entusiasmo en Madrid, así como el rumor, que corría muy válido, de que la escuadra de Cervera no solamente iba á batir á la de Sampson, sino que también bombardearía los puertos de Estados Unidos en el Atlántico, imitando la conducta de los marinos americanos que atacaron inopinadamente á Puerto Rico.

La falta de aviso, que precediera al ataque de San Juan, indignó á los habitantes pacíficos de la ciudad. En las Cortes de Madrid hubo enérgicas protestas contra aquel acto, en pugna con los usos de guerra observados entre naciones cultas. El Ministro de Guerra, General Correa, manifestó en plena sesión que «la conducta de los americanos era la de unos bandidos, y que el gobierno español pondría el hecho en conocimiento de las potencias.»

Gran actividad se desplegó en los ministerios de Guerra y Marina de una y otra nación en los días subsecuentes al bombardeo de Puerto Rico. Después de haberse comunicado órdenes á

Cervera para que se dirijiese á Cuba ó á la costa america, segun que fuese ó nó descubierto por las escuadras enemigas, se principió á alistar con toda diligencia la escuadra de Cadiz al mando del Almirante Cámara, que debía ir á Manila á desalojar á Dewey.

Esta formidable escuadra se debía componer de los buques «Pelayo» «Carlos» V.» «Victoria» «Alfonso XII.» «Patriota» y «Rápido.» Estos dos últimoss de la línea *Hamburg American et Columbia*, anteriormente.

Por lo que toca al Almirante Cervera cumplia fielmente el programa que se le había señalado, y era de notarse que debido á su prudente conducta las maniobras permanecieron en el más grande secreto á pesar de las noticias frecuentes de los periódicos. A tal punto llegó á ignorarse la ruta de la escuadra y era tal el misterio que envolvía sus movimientos que se le llamó por algunos la *escuadra fantasma*, en razón á las contradictoras versiones que circulaban respecto á su paradero.

El Ministerio americano pudo averiguar después de muchos días y con gran trabajo, que la mencionada escuadra se dirigía á las costas de Terranova y que en seguida iría directamente á Portland, Boston, Newport ú otro puerto de Norte América. Fué contrariada esta noticia por otros despachos que anunciaron sucesivamente el paso de la escuadra por el Oeste de la Martinica, por frente á las costas de Venezuela y luego por las del Brazil, así como que se dirigía á Cuba.

Inmediatamente recibió aviso la escuadra que se llamó *volante*, al mando del Comodoro Schley, de que debería hacerse á la mar para salir al encuentro de Cervera.

He aquí el mensaje de la Prensa Asociada que anunció la salida, con fecha 14 de Mayo:

«La escuadra volante, el mando del Comodoro Schley, se hizo hoy á la mar á las 3 y 45 en punto, llevando órdenes secretas.

«La escuadra se compone de los siguientes buques: de primera clase: «Brooklyn» y «Massachuetts» de segunda clase; el «Texas,» yatch protegido, «Scorpion» «Collier» y «Sterling.»

«El Comodoro Schley recibió las órdenes de Washington esta mañaña á las diez.

«Se negó á divulgar el destino de la escuadra.

«La combinación de los acorazados y cruceros se considera como muy formidable, y el calibre y número de los cañones se considera superior á los de cualquiera otra escuadra semejante del mundo.

«Se cree que el «New Orleans» y el «Minneapolis» partirán más tarde para incorporarse á la escuadra volante.»

Los americanos habían logrado cortar dos de los tres cables que llegan á Cienfuegos, el día anterior. La operación les cos-

tó bastante cara, porque algunos soldados españoles que se habían ocultado en la costa los atacaron rudamente y á pesar del fuego de los cañones americanos no cedieron en su ataque; murieron seis americanos y más de doce resultaron gravemente heridos.

Un mensaje de la Habana dió cuenta el mismo día 14 de haber sido rechazados nuevamente los americanos, dice así:

«Desde el amanecer de hoy, cinco de los buques del enemigo han intentado protejer el desembarque de americanos, pero éstos han sido rechazados y obligados á reembarcar. Como no tenemos buques disponibles, las tropas en las costas seguían los movimientos de los americanos y evitaron su desembarque. Dos americanos cayeron prisioneros, un oficial español fué muerto y varios soldados.»

Este mensaje se refería evidente al fracaso de la expedición Dorst, que en otro despacho americano hallamos relatada de esta manera:

«Cayo Hueso, Mayo 15.—El vapor «Gussie» que salió de Tampa el 10 del corriente con dos compañías del 1º de Infantería escoltando 7,000 rifles y 200,000 cartuchos para uso de los insurrectos en la provincia de Pinar del Río, se estuvo á la capa frente á las costas de Cuba, el jueves, viernes y sábado, acompañado del cañonero auxiliar «Manning» procurando efectuar un desembarque, pero todos sus intentos fueron vanos.

«El capitán J. H. Dorst, del Estado Mayor del General Miles y ex-Attaché militar de la Embajada americana en Viena, tenía bajo sus órdenes esta expedición, que regresó esta mañana. Su comandante que se encuentra en extremo mortificado por su fracaso en cumplir con la misión que se le encomendara, rehusó hablar sobre el asunto y sólo admitió su fracaso; diciendo que el «Gussie» regresará á Tampa.

«Antes de abandonar las aguas cubanas, la expedición Dorst tuvo una escaramuza con la caballería española, cerca de Cabañas, á 15 millas al Oeste de la Habana, donde se hizo un intento para desembarcar parte del cargamento.

«El viernes por la mañana, el Capitán Dorst abandonó el proyecto de desembarcar en ese punto y se hizo á la mar rumbo al Este, para Matanzas, donde se hizo otro intento de desembarcar la carga en Punta Maya, una milla distante de la entrada de la bahía; pero también este intento fué en vano.

«El «Gussie» y su acompañante se encaminaron hacia la costa, y cuando estaban á dos millas de la playa, una terrible descarga de fusilería les anunció que allí se encontraban las tropas españolas dispuestas á darles cordial bienvenida, si se atrevían á desembarcar.

«Parece que los españoles recibieron aviso del proyectado desembarque en esos puntos.

«Después de estos dos fracasos, el Capitán Dorss resolvió abandonar la idea, y regresó á este puerto, como ya se ha dicho.

«Difícil sería encontrar un grupo de soldados que mostraran tanta contrariedad como los que venían á bordo del «Gussie.» Tenía órdenes y no hablar una sola palabra sobre el fracaso de la expedición, y cuando el bote de la Prensa Asociada se acercó al «Gussie» los soldados contestaban con silencio á las preguntas que se les hacían.

«Poco después de su llegada el capitán Dorst saltó á tierra y por telégrafo comunicó al Ministro de la Guerra, el fracaso de la expedición.»

Las fuerzas españolas tenían prévio conocimiento de los puntos de desembarque convenidos entre los insurrectos y los americanos, y á esto se atribuye el gran número de hombres destinados á la defensa de los mismos.

Díez días antes de la salida de la expedición á Cayó Hueso, el General Delgado, de las fuerzas insurrectas de la provincia de Pinar del Rio, había convenido con los americanos que ésta debería desembarcar en la costa cerca de Matanzas, y que de ahí los insurrectos conducirían las armas y municiones al campamento de Máximo Gomez, lo cual, debido á la actividad de los españoles, no se pudo llevar á cabo.

Las escuadras continuaban los aprestos para entrar en acción muy pronto. El 15 de Mayo zarparon de Curaçao el «Infanta María Teresa» y el «Vizcaya» para alcanzar á la fiota de Cervera que se dirigía á Cuba.

Al mismo tiempo el «Oregon» había salido de Bahía, Brazil, para acompañarse del «Marietta» y del «Nitchroy» con órdenes de incorporarse todos á la escuadra de Sampson.

II

Por más que los últimos despachos del Comodoro Dewey aseguraban que él podía tomar la ciudad de Manila en un momento dado, no hubo ninguna otra acción naval ó en tierra, con este objeto, más aún, los mismos mensajes concluían afirmando que la situación era insostenible si no se le enviaban pronto refuerzos.

El General Augustin, notificó al Gobierno español que podría resistir por algún tiempo á los buques americanos.

Quizás este informe del Capitán General de Filipinas haya servido para escusar la negligencia del Gabinete español en el envío de refuerzos para recobrar aquella colonia; la anunciada alida del Almirante Cámara con su escuadra no llegó á realiarse, por más que el gobierno americano no hacía ningún miserio del próximo envío de grandes refuerzos á Dewey.

La expedición llevaría gran cantidad de municiones y 14, 000 hombres, 9000 voluntarios y 5000 regulares. El jefe de la expedición sería el general Merrit. El primer convoy debía hacerse á la vela el 25, en los vapores «City of Pekin» «City of Sydney» y «Australia,» Esta debía ser la primera de las tres proyectadas expediciones.

Los frecuentes cambios que había tenido el Gabinete español ó como se les llama —las crísis— motivaron tan punible é inexplicable conducta. En cada formación de un nuevo gabinete se resentía profundamente la marcha de los negocios públicos: el entrante, no quería hacerse solidario de los actos del gabinete que salía, empezaba por desaprobar lo hecho y proyectaba nuevas reformas para Cuba y Filipinas etc. Sólo de esta manera se comprende la série de torpezas cometidas por el Gobierno español en el proceso de esta guerra.

El 17 de Mayo el Gabinete había sido reorganizado bajo la presidencia de Sagasta, por los siguientes personajes:

Ministro de Relaciones, Señor Romero Girón.
Ministro de Guerra, General Correa.
Ministro de Marina, Señor Auñón.
Ministro de las Colonias, Señor Gamazo.
Ministro de Obras Públicas, Duque de Almodóvar.
Ministro de Hacienda, Señor López Puigcerver.
Ministro del Interior Señor Capdepon.

El nuevo gabinete desplegó una gran actividad en la defensa de los puertos españoles. Se ordenó fuesen colocadas minas en casi todos y en algunos de ellos se hicieron instalar torpederos.

El envío de la escuadra á Filipinas seguía discutiéndose.

Entretanto la expedición americana se hizo á la vela del puerto de San Francisco, como se había anunciado.

El despacho referente á la salida decía así:

«San Francisco, Mayo 25.—Hoy en la tarde salió de este puerto el primer ejército americano con rumbo á playas extranjeras. A las 4 p m. el General de Brigada Anderson hizo señales desde el puente del «Australia» al «City of Pekin» y al «City of Sydney,» para que se pusiesen en movimiento.

«La señal fué obedecida y pocos momentos después se encontraban en camino para Manila.»

Ei 1er. Batallón de voluntarios de California, se embarcó en el vapor «City of Pekin», en el «Ciy of Syddney» el 1 er. Batallón de voluntarios de Oregon, el 14 de Infantería regular y una compañía de artilleros.

El jefe insurrecto Aguinaldo expuso al Comodoro Dewey su deseo de obrar en combinación con él para atacar á Manila, desde poco tiempo después del combate de Cavite. El jefe emericano no aceptó por de pronto la oferta de Aguinaldo, pa-

ro tampoco quiso obrar en desacuerdo con él. La actitud del Comodoro alentó á los revolucionarios, quienes, creyéndose apoyados moralmente por la nación americana, redoblaron sus ataques contra las autoridades de la colonia, originándose muchos atentados y represalías contra los españoles de aquellas islas.

El Capitán General Augustín comunicó al gobierno de España que los elementos de que disponía eran insuficientes para contener á los insurrectos y demandó el pronto envío de refuerzos. No ha llegado á nuestras noticias qué hizo el gabinete de Sagasta en obsequio de aquella razonada indicación de su gobernante filipino.

III.

Una nueva proclama del Presidente McKinley fué expedida llamando 75,000 voluntarios más á las armas.

El día 19 de Mayo recibió el Ministro de Marina en Madrid, Señor Auñón, el siguiente despacho del Almirante de la escuadra española, fechado en Santiago de Cuba, anunciando su arribo:

«Esta mañana, sin incidente alguno, llegué á éste puerto acompañado de mi escuadra.»

La Reina Regente envió sus felicitaciones á Cervera por el término de su viaje y su entrada en Santiago.

El gobierno americano continuó recibiendo de sus agentes noticias contradictorias en cuanto al paradero de la flota española, y no fué sino hasta cinco días después, cuando se ratificó la noticia de estar en la Bahia de Santiago todos los buques de Cervera.

En el tiempo que había transcurrido desde el bombardeo de San Juan no cesaron los ataques á las costas de Cuba de parte de los americanos, con el objeto de efectuar desembarcos.

El punto de la costa cubana elegido para penetrar á la Isla fué la bahía de Guantánamo, inmediata á Santiago de Cuba.

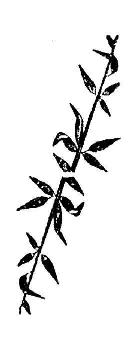
Una de las más formales de estas tentativas, fué la que tuvo lugar el 19 de Mayo en el mismo punto de Guantánamo. Dos buques americanos trataron de apoyar otro desembarco, sin éxito. Un batallón de infantería que vigilaba la playa, en combinación con el cañonero español «Bandera,» rechazó á los invasores causándoles no pocas bajas. La tentativa fué repetida obteniendo idéntico resultado.

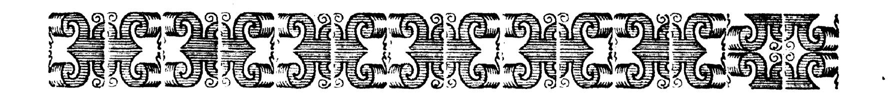
Por entonces se dió la orden á la escuadra de Sampson para que bloqueara el puerto de Santiago de Cuba. La situación de Cervera, considerada como muy peligrosa por las autoridades

navales, parecía á muchas personas una prudente medida del Almirante, que replegado á los fuertes de tierra se había hecho muy difícil de ser vencido y que entre tanto obligaba á la poderosa escuadra enemiga á vigilarlo día y noche por mucho tiempo, á lo menos mientras se pudiera haber hecho efectivo el bloqueo de Santiago, lo cual habría sido una cosa difícil.

En los últimos días del mes de Mayo, llegaron á Washington procedentes de Cuba, dos oficiales del Estado Mayor del General insurrecto Calixto García, con ciertos despachos privados de este jefe y facultades para conferenciar á nombre del ejército revolucionario con el gobierno americano. La conferencia se verificó con el secretario Alger y en ella expusieron los jefes cubanos que contaban con cerca de 25.000 hombres bien equipados los cuales cooperarían con las fuerzas americanas de invasión. También se trató de la ayuda que los cubanos darían á los americanos en el desembarque que iba á tener lugar en seguida, poniéndose de acuerdo en cuanto á la hora y el lugar de la playa en que deberían reunirse los dos ejércitos.

El Teniente Coronel Cortijo, cuñado del General Weyler y el Sr. García Julien que habían sido capturados á bordo del «Argonauta» fueron canjeados por los corresponsales americanos Thrall y Johues, después de varios días de gestionar el cange las autoridades americanas.





CAPITULO XI.



Ataque á Santiago de Cuba por los buques americanos.—Rumores de paz.—Hundimiento del "Merrimac"—Primer desembarco de tropas americanas en Cuba.—Cooperación de los insurrectos.—Santiago de Cuba bombardeado nuevamente.—Ataque á Caimenera.

I.



Un rudo ataque de metralla tuvo lugar el día 31 de Mayo á las dos de la tarde por la escuadra del Comodoro Schley contra los buques del almirante Cervera, estacionados en el puerto de Santiago.

El Ministro de Marina americano afirmó después del combate que sólo había sido un reconocimiento para descubrir el número y situación de las baterías de tierra, para madurar el plán de penetrar á la bahía la flota del Comodoro. Sin embargo, fué un ataque formalmente contestado por las baterías y los buques españoles y que ocasionó pérdidas materiales por una y otra parte, según lo refieren los mensajes que á continuación transcribimos:

«Nueva York, Junio 2.—Frente á Santiago, Junio 10—(vía Kingston).—La primera batalla en la cual la escuadra americana midió sus fuerzas contra los buques españoles apoyados por baterías modernas, ha tenido verificativo y los honores están de parte de los americanos.

Los tres mejores buques de la escuadra americana,—el «Iowa,» «Massachusetts» y «New Orleans»—fueron los elegidos para el combate.

Durante cincuenta y cinco minutos, esta tarde estuvieron combatiendo contra el «Cristóbal Colón,» buque Insignia del Almirante Cervera, y las fortificaciones poderosas de la entrada angosta de la bahía de Santiago de Cuba. Tres de las cuatro baterías fueron apagadas con cerca de cincuenta disparos.

«Más tarde el Comodoro Sehley resolvió cerciorarse definitivamente si todos los buques de la escuadra del Almirante Cervera se encontraban dentro la bahía, y dió órdenes al crucero «Marblehead.» para que se acercara lo más posible al canal y viera cuantos buques se encontraban dentro.

«Tan proto como el «Marblehead» descubrió la colocación de los buques españoles, salió á la mar para dar parte al Comodoro Schley.

«La escuadra española constaba de los cruceros de primera «Cristóbal Colón,» el buque insignia del «Almirante Cervera. «Almirante Oquendo. «Vizcaya» é «Infanta María Teresa» y los destroyers «Plutón» y «Furor.» Los buques americanos «Brooklyn» y «Texas» estaban anclados como á dos millas al Este, tomando carbón. El «Haward,» «Marblehead,» «Cristine» y «Eagle» se encontraban más distantes.

«A la boca de la entrada del puerto se encontraba el «Cristóbal Colón.»

«Cuando el «Massachusetts,» caminando á razón de 16 nudos por hora, se encontraba como á 4,000 yardaas de la entrada del puerto, una nube de humo se levantó sobre la proa del buque insignia, y uno de los cañones de 8 pulgadas hizo el primer disparo que dió principio al combate. Antes de que pudiera seguirse la trayectoria de la granada y antes de que los españoles pudieran contestar, uno de los cañones de 21 pulgadas de la proa del acorazado «Massachusetts» fué disparado. El proyectil cayó cerca de la popa del «Cristóbal Colón.» Ya á esta hora los españoles estaban listos para combatir.

«Las tres baterías del lado Este y otra en la isla en el centro, rompieron el fuego. Los cañones del «Cristóbal Colón» hicieron fuego nutrido. El «New Orleans» con sus cañones de 6 pulgadas, cargados con pólvora sin humo, hizo varios disparos.

«El «Iowa» les siguió: el capitán Evans esperó hasta ponerse frente al «Cristóbal Colón» para disparar con éxito sus cañones de 12 pulgadas, de proa.

«Los tres buques comenzaron después á disparar juntos.

«Las baterias españolas mejoraron su punteria durante el segundo paso de los buques americanos. Varias metrayas cayeron cerca del «Iowa,» y «New Orleans» y una en peligrosa proximidad del «Massachusetts.» Estas metrallas fueron disparadas por las baterías del lado Oeste del canal.

«Una de las metrallas del «Iowa» cayó sobre el «Cristóbal Colón.» Por algunos momentos pareció que el buque estaba incendiándose; pero las llamas fueron sofocadas inmediatamente.

«Después de 35 minutos de contínuo disparos, las dos baterías, al lado derecho de la entrada de la bahía, fueron apagadas.

Cinco minutos después se apagó la batería en la isla del centro.

«La batalla duró cincuenta y cinco minutos. No hubieron bajas del lado de los americanos. Los buques americanos resultaron sin averías.»

«A bordo del bote despacho de la Prensa Asociada «Dandy,» frente á Puerto Antonio, Junio 10, [dilatado en transmisión]-- Ayer en la tarde, la escuadra mandada por Schley, atacó las baterías de Santiago, combatiendo también con la escuadra de Cervera, que se encuentra en el puerto.

«El buque almirante español «Cristóbal Colón,» fué tocado dos veces por los proyectiles del «Massachusetts »

«Las baterías españolas fueron destrozadas por el fuego del crucero «Nueva Orleans.»

«Los españoles dispararon cerca de 300 proyectiles, y los americanos como una cuarta parte menos de ese número.

«Durante una hora el «Massachusetts,» «Iowa,» «New Orleans» y «Vixen» buques pertenecientes á la escuadra del Comodoro Schley, midieron sus fuerzas con la escuadra del Almirante Cervera y con las baterías de tierra que protejen la entrada de la bahía de Santiago de Cuba, lugar donde se encuentra el Almirante español. Este es el primer encuentro de las fuerzas navales que ha ocurrido y no ha sido más que un preludio de serios acontecimientos para fines de la semana.

«Poco antes de las diez de la mañana el Comodoro Schley se pasó del «Brooklyn» á bordo del acorazado «Massachustts» donde permaneció durante el combate, enarbolando la bandera de almirante.

«A la una de la tarde se hizo la señal desde el «Massachusetts» para formar en línea de combate y el «Iowa,» «New Orleans» y «Vixen» tomaron sus posesiones. El «Massachusetts» caminaba á media máquina hasta encontrarse á unas quince millas distante de la entrada del puerto; entonces viró y se dirigió hacia la bahía. El «New Orleans» seguía muy de cerca al abanderado, y el «Iowa» venía como á media milla detrás.

«El abanderado aumentó su velocidad y pronto caminaba á razón de diez nudos por hora.

«Más y más se acercaba á las baterías, y á los ansiosos vigías á bordo de los demás buques americanos les parecía que nunca haría fuego. De repente, y cuando se encontraba como á 500 yardas de la entrada de la bahía, se levantó una enorme nube de humo blanco y amarillo sobre la proa del abanderado y sus cañones de trece pulgadas dispararon dos metrallas, que, pasando por encima de las colinas, una de las metrallas tocó al crucero español «Cristóbal Colón,» que se encontraba anclado en la entrada.

«En seguida se dispararon los cañones de las torrecillas de proa y las metrallas caían cerca del «Colón.»

«Las baterías de tierra comenzaron á hacer fuego sobre el «Massachussetts,» pero el buque estaba fuera del alcance de sus cañones y entonces dirigieron su fuego sobre el crucero «New-Orleans.» Este crucero tenía órdenes de empeñar combate contra las baterías y atraerse el fuego de éstas lo más que fuera posible. Sus instrucciones se llevaron al pié de la letra. Su primer disparo descubrió á una batería situada sobre una loma más allá del castillo del Morro.

«Dos disparos más hicieron volar pedazos de los muros del Morro. En seguida el «New Orleans» dirigió sus fuegos sobre las baterías. Cada disparo que hacía causaba daño á los españoles.

«El «Iowa» siguió á estos buques y dedicó su atención á los buques dentro de la bahía. Sus metrallas de doce pulgadas caían cerca de los buques españoles. El «Cristóbal Colón» no salió averiado y sostuvo su fuego hasta mucho después de que los buques americanos se encontraban fuera de su alcance.

«El «Iowa» al mando del Capitán Ewans, el «Massachussetts» mandado por el capitán Higginson, el «Texas» dirigido por el capitán Philipps, y el «New Orleans» por el capitán W. Folger, sostuvieron terrible fuego sobre el castillo del Morro, Socapita y Punta Gorda, durante dos horas, y sus proyectiles de enorme calibre causaron terribles estragos á las defensas de la entrada del puerto. Los muros de Socapita y el Morro quedaron convertidos en polvo, y los artilleros y tropas de Infantería de los españoles podían verse refugiados detrás de las lomas cercanas. El crucero auxiliar que se unió á la escuadra del Comodoro Schley antes de que comenzara la batalla, fué tocado por las bombas españolas, y está seriamente averiado. Fué el «St. Paul.»

«Los buques españoles desde el interior de la bahía, después de ajustar su línea de proyección, dispararon sobre los buques americanos sus proyectiles pasando por encima de las lomas.»

Véamos ahora los siguientes partes del combate; de fuente española:

«Habana, Julio 10—El siguiente es el parte español que con relación al anunciado combate en Santiago de Cuba, se publicó en esta ciudad:

«La escuadra americana compuesta de los siguientes buques: «Iowa,» «Massachussets,» «Texas,» «Broklyn,» «New Orleans,» «Marblehead,» «Mineápolis,» y otros cruceros, además de varios buques pequeños, tomaron posiciones el día 31 de Mayo al Oeste de la boca del canal de Santiago. Los cinco primeros buques mencionados rompieron el fuego. El crucero español «Cristóbal Colón,» que estaba anclado cerca de Punta Gorda,

podía verse desde el mar. El fuego de los americanos fué contestado por el castillo del Morro, la Socapita, Punta Gorda, las baterías de tierra y el crucero «Cristóbal Colón.» La escuadra americana hizo 70 disparos con proyectiles de calibre 32, sin causar el menor daño. El bombardeo duró noventa minutos.

«La escuadra americana se retiró llevándose un trasatlántico armado de crucero auxiliar, con graves averías. Tres bombas hicieron explosión sobre la popa del acorazado «Iowa.»

«Otro de los buques está incendiándose. Varios proyectiles americanos cayeron dentro de la bahía cerca de los cruceros españoles.

«Gran entusiasmo reina en Santiago.»

«Habana, Junio 10—La escuadra volante americana al mando del Comodoro Schley, compuesto de acorazados y cruceros, atacó las fortificaciones de Santiago de Cuba. Nuestro acorazado «Cristóbal Colón» guardaba la boca del canal, protegido por el fuego de las fortificaciones. El enemigo fué rechazado con graves averías. (firmado) MANTEROLA.»

El Almirante Manterola era el comandante de las fuerzas navales de España en aguas cubanas.

Se vé pues por los anteriores despachos que no se trató de un simple reconocimiento según Schley aseguró en su parte oficial al Ministerio de Marina, sino de un combate formal, siendo la victoria española.

El mismo parte de Schley concluía con estas palabras: «estoy cerciorado de que la escuadra de Cervera está en Santiago.»

Según hemos dicho ya en otro lugar, sólo se esperaba saber á punto fijo el paradero de la escuadra española para movilizar el ejército americano de invasión. Así fué que al recibirse esta noticia se hicieron los preparativos para el violento envío de las tropas á Cuba.

II

Se empezaba á sentir la influencia de un partido deseoso de la paz en España, en vista de las inmensas probabilidades que había para la victoria por parte de los americanos, y de la conviccion de que prolongar la guerra sería acrecer la indemnización que se cobrara. A los oficios amistosos del Vaticano, Francia, Austria y casi todas las naciones europeas correspondió España manifestando que ella estaba dispuesta á aceptar la paz siempre que sus condiciones no fueran incompatibles con el honor nacional. La actitud de los americanos, por el contrario, quitaba toda esperanza de paz. En Washington se afirmaba que cualesquiera negociaciones de paz eran todavía prematuras,

El día 3 de Junio fué hundido el buque carbonero americano «Merrimac» por el teniente constructor naval T. Hobson, joven de 24 años, y seis tripulantes, á la entrada de la bahía de Santiago en un lugar del canal donde la profundidad es de unas cuantas brazas y la anchura de 300 yardas. El Almirante Sampson que ordenó la operación de echar el buque á pique, intentó impedir el paso de la escuadra de Cervera con el obstáculo que á la navegación presentaría el casco sumergido. La operación fué felizmente ejecutada: Hobson por medio de una explosión de torpedo hundió el barco en el lugar escogido, salvándose milagrosamente. El y sus compañeros fueron recogidos por el Almirante Cervera y hechos prisioneros de guerra.

La acción de Hobson fué muy celebrada en Estados Unidos por el arrojo grande que significaba, y no se habló de otra cosa durante muchos días. Su celebridad ha venido á opacarse un poco desde que Cervera, sin haber removido el «Merrimac» salió sin ninguna dificultad de la bahía cuando lo intentó, como luego veremos.

La vanguardia de la expedición á Cuba se encomendó á un cuerpo de ingenieros que debía desembarcar en Aguadores, al Este del Morro cerca de Santiago de Cuba. La expedición que se compondría de 15000 hombres más, debía desembarcar poco después.

Con el objeto de apoyar el desembarque se hizo un nuevo ataque sobre Santiago, más formidable que el anterior.

El combate principió el día 6 á las 7 y 45 de la mañana y duró hasta las 11.

En esas tres horas, los americanos sostuvieron nutrido y eficaz fuego contra las f rtificaciones del Morro, Socapa, Punta Gorda y Cinco Reales, además de bombardear á los buques del Almirante Cervera que se encontraban dentro de la bahía.

Cerca de mil seiscientos proyectiles fueron lanzados por los cañones de la escuadra americana durante las tres horas que duró el bombardeo.

El castillo del Morro y las fortificaciones de Socapa y Punta Gorda quedaron muy deteriorados.

La escuadra española se acercó á la boca interior del canal que conduce á la bahía, y los americanos concentraron su fuego sobre los buques, resultando que el crucero «Infanta María Teresa» fué tocado.

Los americanos principiaron su ataque en Aguadores, lugar donde se efectuó el desembarque de las tropas.

Las tropas insurrectas atacaron por tierra á la ciudad, al mismo tiempo que la flota americana atacaba por mar.

Debido al ataque simultáneo de la escuadra, se logró desembarcar en Aguadores á ochocientos expedicionarios. Los insurrectos al mando de Calixto García apoyaron también á los in-

vasores. Así es que las fuerzas españolas se veían atacadas por tres enemigos á la vez: la escuadra, los insurrectos y los soldados americanos.

El combate fué encarnizado y sangriento. He aquí los partes oficiales, en extracto:

«Habana, Junio 6.—Detalles de fuente española recibidos hoy en esta ciudad relativos al bombardeo de Santiago de Cuba por la escuadra americana ocurrido esta mañana, dicen que los americanos dispararon cerca de 1,600 proyectiles de todas clases. El fuego fué contestado por el Castillo del Morro y las otras baterías. Al medio día se inició otro bombardeo sobre Aguadores al Este de Santiago. Los españoles afirman haber repetido ambos ataques.

«Admiten que el Castillo del Morro resultó algo averiado y que el crucero, «Reina Mercedes» tuvo averías de poca importancia.

«El comandante Militar de Santiago al rendir su parte dice que el fuego de los amerlcanos no desmontó una sola pieza de artillería y agrega que nueve de los buques americanos desaparecleron á la vista antes de obscurecer.

«Según el parte oficial, las pérdidas del ejército español ascienden á un soldado muerto, un Jefe, cuatro oficiales y veintidos soldados heridos. Las pérdidas en las fuerzas navales ascendieron á un Comandante, un oficial y cinco marineros muertos.

«Madrid Junio 7.—El Almirante Cervera telegrafía que seis buques americanos bombardearon á Santiago y las fortificaciones de las costas. Tres oficiales fueron muertos. Un oficial y siete soldados salieron heridos entre las tropas. Las averías causadas al castillo del Morro y las fortificaciones de la Socapa fueron insignificantes.

«Cabo Haitiano, Junio 7.—Las últimas noticias que acaban de llegar, demuestran que el Coronel Ordóñez, Capitán Sánchez y los Tenientes Irizar, Pérez y García, resultaron heridos durante el combate de Santiago. Los españoles alegan que únicamente un soldado fué muerto, pero las bajas á sus fuerzas navales son tal cual se dijo antes.»

Sigüiendo nuestro sistema de transcribir las narraciones de uno y otro combatiente, copiamos en seguida la americana:

«A bordo del bote-despacho «Dandy» de la Prensa Asociada frente á Santiago de Cuba, lunes [al medio día] vía Kingston, Jamaica, Junio 7 [el martes al medio día.]—La escuadra americana sostuvo hoy en la mañana un combate con las baterías españolas que defendían la entrada del puerto de Santiago de Cuba y después de tres horas de bombardeo acallaron casi todos los fuertes y destruyeron varias baterías de tierra, rindiendo

á las baterías «Estrella» y «Catalina,» dos de los principales fuertes.

«La escuadra formada en doble línea de combate á una distancia de seis millas frente al Morro y á las seis de la mañana, se dirigió hasta colocarse á una distancia de tres mil yardas de la costa. Al «Brooklyn» le seguían el «Marblehead,» «Texas,» «Massachusetts» dirigiéndose hacia el Oeste. La segunda línea estaba formada por el «New York» seguido por el «New Orleans,» «Iowa» y «Oregón» dirigiéndose hacia el Oeste. El «Vixen» y «Swance» se encontraban á alguna distancia á la izquierda. El «Dolphin» y «Porter» hacían iguales movimientos en el flanco derecho.

«La línea encabezada por el «New York,» atacó las nuevas baterías de tierra cerca del Castillo del Morro.

«La línea formada por el «Brooklyn,» se situó frente á las baterías Estrella y Catalina, y á las nuevas baterías de tierra, á lo largo de la costa.

«Las baterías españolas permanecieron calladas. Es dudoso saber si á los españoles les fué posible determinar el carácter del movimiento debido á la densa neblina y pesada niebla que reinaba en la mañana.

«Repentinamente se lanzó una bomba de doce pulgadas que cayó frente á la batería Estrella, destruyéndola, instantáneamente comenzó el fuego de parte de ambas escuadras, la del vice-Almirante Sampson y Comodoro Schley y un torrente de bombas caían sobre las baterías españolas.

«Los españoles contestaron inmediatamente, pero su artillería era muy débil.

«El humo cubría con densas nubes á los buques.

«No hubo maniobras de parte de la escuadra, los buques permanecieron en sus lugares primitivos haciendo fuego continuo.

«Los buques se encontraban cerca de la costa, y por esto se les dificultaba á los artilleros americanos llegar hasta las baterías situadas en la colina.

«Antes del bombardeo se dió orden para evitar el fuego sobre el castillo del Morro, pues el Almirante americano había sido informado de que el teniente Hobson y los otros prisioneros del «Merrimac» se hallaban allí.

«A pesar de esto, el castillo del Morro sufrió algunas averías. La línea del Comodoro Schley se movía cerca de la costa y haciendo fuego á corta distancia. El «Brooklyn» y «Texas» causaron grandes daños á las baterías españolas, acallándolas pronto.

«Mientras los buques sostenían el fuego con las fuertes baterías, el «Swance» y «Vixen» sostenían combate con las pequeñas baterías frente á ellas, logrando en poco tiempo silenciarlas.

«El «Brooklyn» se acercó á ochocientas yardas y entonces la destrucción causada por sus cañones y los del «Marblehead» y

«Texas» fué verdaderamente terrible. En pocos minutos las obras de madera de la Estrella se incendiaron y la batería acalló sus fuegos. Al Este el «New York» y «New Orleans» silenciaron la batería Cayo Smith y en seguida las otras baterías. La puntería no resultó tan certera debido á la elevación de los cañones, muchas bombas cayeron y los artilleros españoles se retiraron.

«Poco después de las nueve cesó el fuego y los buques se retiraron en perfecto orden, para evitar el uso de las baterías del puerto. Entonces el fuego se asemejaba á la prolongada reverberación del trueno del rayo, y las metrallas tocaban las baterías españolas con terrible efecto. El incendio estalló en los fuertes de Catalina, acallándose los cañones españoles. El fuego de la escuadra continuó hasta las diez de la mañana, hora en que los disparos españoles cesaron por completo, y el Almirante Sampson dió la señal «cese el combate.»

«En general, los tiros de la escuadra fueron muy destructores.

«Muchas de las baterías han sido reducidas á silencio y las fortificaciones «Estrella» y «Catalina» han salido tan averiadas, que es dudoso si éstas podrán ser reparadas para que vuelvan á prestar servicios efectivos durante la guerra.

«Después que la escuadra se retiró, los españoles regresaron á algunos de los cañones y dispararon doce bombas sobre la escuadra, sin causarle daños. Una de las bombas cayó cerca de un buque carbonero.

«Durante el combate ningún buque salió averiado, ni ninguna desgracia ha habido que lamentar.»

El primer desembarco de tropas americanas de invasión que permaneció en la costa sin reembarcarse no se verificó sino hasta el día 12. El teniente coronel Huntington, al mando de 800 hombres de infantería de Marina que desde el día 7 habían salido de Cayo Hueso en el vapor «Panther» hicieron algunas tentativas apoyados por la escuadra, pero no fué sino hasta aquel día cuando lograron saltar á tierra y tomar posesión de un campamento español donde encontraron tres obuses, varias armas y municiones y el pabellón español izado, así como una bandera del tercer regimiento del Príncipe.

El punto escogido, al Este de la rada de Guantánamo, es un punto estratégico seguro y á propósito para fondear, dista cuarenta millas de Santiago y estaba defendido por unos cuantos soldados españoles, que aun cuando de pronto se retiraron, volvieron luego á atacar rudamente á los recién llegados.

Tan luego como se recibió la noticia de haber desembarcado las tropas de avanzada, se puso en marcha el resto del ejército de invasión compuesto de 15 regimientos de Infantería de línea 3 de voluntarios del Estado de Nueva York y uno de Massachusetts: total infantería 561 oficiales, y 10,7000 de tropa.

Seis regimientos de Infantería de línea y un regimiento de voluntarios: total de caballería 168 oficiales, y 3, 155 de tropa.

Ingenieros, dos compañías, 9 oficiales y 250 de tropa.

Cuerpo de señales: 2 oficiales y 50 hombres.

Artillería, cuatro baterías de campaña con 14 oficiales y 323 hombres.

Dos baterías de sitio con 4 oficiales y 132 hombres.

Estado Mayor Especial: 15 jefes y oficiales.

Servicio de sanidad y ambulancia.

Total general: 773 oficiales y 14,610 individuos de tropa.

Estas tropas fueron conducidas por treinta y cinco transportes resguardados por doce buques de guerra.

La expedición salió de Tampa, Florida, el día 14 á las nueve de la mañana.

En cuanto á las demás tentativas de los buques americanos para hacer penetrar soldados en la Isla, podemos asegurar que en la semana que precedió al desembarco en Aguadores, diariamente se hacían esfuerzos infructuosos y algunos de ellos costaron á los buques caros.

III

Una semana después de haber salido la expedición para Filipinas se hizo á la vela la segunda. El jefe de toda la expedición, General Merrit, acompañó á los transportes que salieron de California.

Era indudable que al recibirse estos refuerzos en Manila se intentaría luego la toma de la ciudad. Pero un incidente imprevisto dificultó las operaciones del ejército americano y embarazó mucho la conducta del gobierno. Este incidente fué la oposición que Alemania manifestó á cualquiera medida violenta que se intentara en Manila por Dewey ó las fuerzas de tierra que iban en camino. La intervención de Alemania fué acentuada por la concentración paulatina de su flota en la bahía de Manila. El día 10 de Junio se hallaban fondeados los siguientes cruceros de primera clase alemanes: «Augusta,» «Irene,» «Gefion» y «Cormoran.»

El «Kaisser» acorazado de primera, iba en camino.

Conviene recordar que Alemania hasta entonces no había hecho sino declaraciones verbales, por medio de sus representantes, sobre la neutralidad que observaría en la guerra Esto dió origen á serios temores de que una nueva complicación surgiera con dicha potencia.

En cuanto á la escuadra española de Cámara, desde los primeros días del mes se hizo á la mar llevando órdenes selladas; dero una semana más tarde se supo con sorpresa que había re-

gresado sin novedad, y que su programa requería ir á practicar una serie de maniobras, las cuales dió por terminadas con sus regreso.

Por lo demás los movimientos de esta escuadra eran tan misteriosos como los de la de Cervera, aunque algunas autoridades navales opinaron que en vista de los desperfectos de los buques de Cámara, no era un misterio la causa de su inmovilización, puesto que antes de emprender una larga travesía necesitaba repararlos.

Efectivamente, la escuadra de Cámara cuyos barcos principales adolecían de descomposturas, estaba, á mediados de Junio, reparándose en el puerto de Cadiz para emprender su viaje á Cuba, según las órdenes del gobierno, de las cuales parecía en espera.

Por lo que hace á la capaña en Cuba, la activa cooperación de los insurrectos fué descubierta por los españoles de Santiago y Guantánamo desde el día 8. Un despecho del corresponsal de la Prensa Asociada frente á Santiago de Cuba, fechado el 10 de Junio dice lo siguiente:

«En estos últimos días la actividad de los españoles ha sido particularmente notable. Valiéndose de bueyes han estado transportando artillería á las fortificaciones, en las que los soldados trabajan en colocarla, y ha habido otras señales manifiestas de que los españoles están preparando una resistencia desesperada. Fácil es que trasladen á los fuertes algunos de los cañones de los buques que están al mando de Cevera.

«Los insurrectos, en número de 5,000, se han apostado en una montaña situada hacia el Occidente; pero 2,000 de ellos carecen de armas.

«El General Máximo Gómez, que se haya ahora como á 150 millas en lo interior de la ista, está actualmente en camino para la costa.

«El Almirante Sampson está cooperando activamente con los insurrectos. Ayer estuvieron á bordo del «New York» el cabecilla Miniet, de las fuerzas rebeldes y su Estado Mayor, y tuvieron una larga conferencia. Los oficiales navales han estado emprendiendo expediciones, sobresalientes por su audacia, para mantener la comunicación con los insurrectos y desembarcarles armas. Han sido los barcos «Swance» y «Vixen» los que principalmente se han dedicado á esta tarea. El teniente Sharp, del «Vixen» y el sub-comandante Delhanty, del «Suwance,» han tenido que desempeñar diariamente importantes comisiones, y las han llenado todas con feliz éxito.

«Ha consistido principalmente la tarea en llevar y traer mensajes; pero el «Swance» ha estado ocupado en asuntos de mayor importancia. Este barquito cañonero ha desembarcado 300 bultos de armas pequeñas y municiones, 300 rifles de Spring-

field, 100 carabinas, 2,000 machetes, con equipo y provisiones.

«Fueron entregados estos objetos ayer miércoles, como á 15 millas al Oeste de Santiago á 800 insurrectos que bajaron á la playa dejando en la montaña el grueso de la fuerza.

«Fué penoso el desembarco pero se verificó sin ninguna interrupción.

«Refirieron los insurrectos que diariamente hay encuentros entre ellos y los españoles.

«Se ha recibido absoluta confirmación del anunciado desembarque de tropas americanas en Aguadores. Las fuerzas militares españolas hicieron un supremo esfuerzo para evitar el desembarque, pero fueron rechazadas, experimentando pérdidas de consideración, por las tropas americanas ayudadas por las fuerzas insurrectas. Se sabe que los americanos se unieron el lunes con el General García y en la actualidad se encuentran atrincheradas cerca de la ciudad. Los españoles están completamente encerrados y su rendición no es sino cuestión de tiempo. No cabe la menor duda que los daños causados á los españoles en el bombardeo de Santiago por la escuadra, fué mayor de lo que se supuso al principio.»

Al Ministerio de Marina americano se había comunicado con fecha 10 el parte oficial del desembarco cerca de Guantánamo y se agregaba en el mismo mensaje que los americanos incendiaron un pequeño pueblo que hallaron primero á su encuentro.

El último cable que unía á Santiago de Cuba con el resto del mundo fué cortado, realizándose la operación de manera de entablar facilmente la comunicación en un momento dado.

Los americanos, con inmensos trabajos, lograron posesionarse de Caimanera en la costa inmediata á Guantánamo auxiliados por los disparos de «Dolphin.» Sin embargo tardaron tres días de combate continuo para que su posesión se hiciera indisputable. Los españoles dueños del campamento que á su llegada encontraron los marineros abandonado, no tardaron en retroceder emprendiendo un vivo ataque contra los invasores, que sostuvieron el fuego con trabajo.

Una relación del corresponsal de la Prensa Asociada dice así:

«Campamento de marinos de los Estados Unidos junto al puerto de Guantánamo, lunes 13 de Junio á medio día. Mensaje del «Wanda,» barco de la Prensa Asociada, vía Kingston Junio 14, á las 7 a. m.—Después de dos noches de reñido combate, flota aun la bandera americana en territorio cubano, sobre el campamento del batallón de marineros, quienes aseguran que lo conservarán allí hasta que llegen las tropas. Así pues, ha tocado á los marineros lo más dificil de la pelea, la situación es grave, están ya desfallecidos á fuerza de repeler ataques casi incesantes. Muy pocas probabilidades tienen de descansar ó de dormir, y no se sabe á punto fijo cuando llegará el

auxilio. Si no fuera por los cañones protectores de la escuadra, el reducido grupo de marineros habría sido ya exterminado por las fuerzas españolas de Santiago de Cuba, cuyo número es incomparablemente superior.

«Puede ser que logren conservar su posición, pero les es imposible ir adelante mientras no les llegue el refuerzo. Las tiendas de campaña de los soldados hacían pensar al principio en un día de fiesta; pero hoy se ha convertido la ilusión en realidad horrenda. El menor movimiento en el campamento es como una señal para que hagan ejercicio al blanco los españoles cuyos fusiles estriados, tienen un alcance mayor que los nuestros.

«Es imposible estimar con exactitud el número de la fuerza enemiga, sólo puede decirse que es crecido. Como dos terceras partes de esas fuerzas, rodean el campo noche por noche con un círculo de muerte, y el tiroteo de los Maüssers es vigorosísimo.

«Por la noche pelean los sitiadores, pelean al estilo de los indios: cada yarda de chaparral es una emboscada.

«Después del primer ataque el sábado en la noche, el coronel Huntington decidió que se hiciera una nueva tentativa el domingo por la noche y ordenó que se formasen trincheras por todos los lados del campamento, y en ellas esperó la mayor parte del batallón la embestida la última noche.

«Verificóse ésta poco después del obscurecer y desde ese momento hasta la venida del nuevo día hubo un fuego continuado y á veces nutridísimo.

«Los americanos por su parte, tuvieron dos muertos y cuatro heridos. Los muertos fueron el Sargento Enrique Goode, de los soldados de marinos, atravesado de un balazo en el lado derecho del pecho; el soldado raso Tauman, que tan pronto como fué herido cayó por tierra y murió instantáneamente.

«Los heridos son: el soldado raso Wallace, que rodó de la altura y se rompió una pierna; el de igual clase, Martín que recibió un balazo en una pierna; el de la misma graduación, Raibury, herido con bala en un brazo, y el de empleo de igual categoría, Burk, herido también de un brazo.

«La primera acometida de los españoles fué á las 3 p. m., y el último tiro disparado por ellos á las 3 a. m. En el transcurso de la noche arremetieron los españoles contra el campamento de los marineros que estaban en la costa, y el «Marblehead,» creyendo que los americanos habían sido desalojados, lanzó varias bombas al lugar; sin embargo, fué repelido el empuje por el escaso destacamento de marinos que se hallaban en el campamento. Las bombas del «Marblehaed» hicieron explosión entre los soldados navales.

«La refriega fué la primera de la guerra en que los cubanos tomaron parte en ayuda de los americanos, y su cooperación

no fué muy brillante que digamos. En momentos en que, por la tarde, estaban los marineros haciendo fuego sobre una partida reducida de españoles que apareció á corta distancia del campamento, los cubanos se pusieron á disparar en desorden y mandaron una descarga que precisamente iba á causar estragos entre los americanos. Casos hubo de gravísimo peligro, y, sin embargo, nadie resulto herido.»

Parte oficial español de la acción de Caimanera.

«Caimanera Junio 13

«Al comandante General de la División Militar de Santiago de Cuba.

«Al amanecer del sábado, siete buques aparecieron en el puerto de Caimanera y dispararon sus ametralladoras y toda clase de proyectiles sobre la playa del Este y Cayo Toro, hasta que incendiaron el fuerte en la plaza del Este y las casas de pilotos fueron ocupadas después por destacamentos de marinos americanos.

«El cañoneo continuó con más ó menos intensidad hasta las cinco de la tarde, pues la playa del Este estaba solamente defendida por dos cañones antiguos y trincheras de arena, así que el destacamento nada podía hacer contra los buques, que hacían fuego sobre ellos por todas partes. Por último se retiraron á Managua y Cuzco, sin que dejaran de hacer descargas.

«Desde ese momento los soldados ocuparon Punta Caracotes, observando los movimientos de los buques que ocupan todo el exterior del puerto, con una verdadera flota de buques, unos armados y otros auxiliares. También he tomado el paso del Enano.

«Permaneceré en Caimanera y solamente abandonaré ese puerto cuando lo estime necesario.

«No he podido resistir á los americanos con solo el fuego de fusilería.

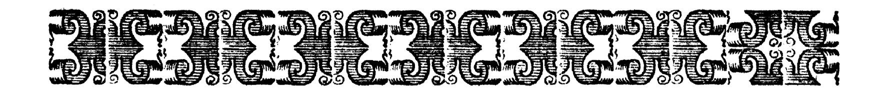
«Los fuertes Sandoval y Cayo Toro han disparado sus cañones, pero sin efecto; pues los buques enemigos se pusieron fuera de su alcance tomando posiciones en el canal del centro. Tengo noticias de que los insurrectos, en Baracoa, por señales que les hacen los buques americanos, se han acercado á la bahía. Desde el sábado los americanos han cortado los cables y no he podido repararlos.

«Los bomberos gozan de buena salud y mantienen magnífico espíritu. Continúo dando solamente medias raciones y de este modo tendré suficiente para un mes más. No tengo harina ni modo de conseguirla, pues como he dicho anteriormente, hace mucho tiempo no hay granos. También estamos escasos de quinina, pero me he posesionado de una botica y tendré suficien-

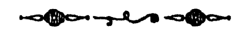
te provisión de esta droga para un mes. La ciudad está sufriendo grandes privaciones. Hoy se encuentra en el puerto un gran buque acorazado el «Oregon» acompañado de otros siete buques y un transporte el «Saint Paul.»

«Me regreso á la Caimanera después de despachar al portador con este parte. El mensajero es de mi entera confianza, pues siempre ha prestado buenos servicios. Encarecidamente lo recomiendo á su Excelencia en caso de que llegue sin novedad. (Firmado) Felix Paranjau, Comandante de la segunda Brigada de la división de Oriente del Ejército Español en Cuba.





CAPITULO XII.



Continúan los combates en Guantánamo.—Difícil situación en Manila.—Salida de la escuadra española de reserva.—Desembarco en Cuba de las fuerzas de invasión al mando del General Shafter.—Se prepara un ataque combinado á la ciudad de Santiago.—Las defensas españolas.—Primeros combates con el grueso del ejército americano.

I.

A la vez que zarpaba para Manila la segunda expedición del puerto de San Francisco, se organizaba rápidamente la que había de invadir á Puerto Rico.

El General Shafter, jefe del ejército invasor de Cuba, era esperado con ansia por los marinos americanos que se habían posesionado de una pequeña porción de terreno en Guantánamo; seguían resistiendo, con grandes pérdidas, el incesante ataque de las tropas españolas, y entre ellos existía el temor de que si el ejército de ocupación tardaba mucho tiempo, quizás no encontrase vivo á uno solo, á pesar de la cooperación de los insurrectos, ó tendrían que replegarse á los buques.

Hasta la tercera noche, los americanos pudieron descansar un poco tras de una refriega interrumpida apenas, durante los tres días últimos.

El 14 por la tarde los marinos americanos con la cooperación de los insurrectos cubanos atacaron al campamenta español, situado como á cinco millas de las trincheras americanas. Las tropas españolas constaban de 400 hombres de tropas regulares; los americanos destruyeron el campamento y cegaron el pozo que les surtía de agua. Un americano y varios cubanos resultaron heridos. Dos cubanos fueron muertos.

Al día siguiente á las cinco de la mañana el enemigo hizo un ataque inesperado sobre la retaguardia y flanco izquierdo de las tropas americanas. Cuando las avanzadas vinieron en su auxilio, las guerrillas españolas se deslizaron por dentro de ellos

y se pusieron como á cien yardas de distancia, á tiempo que en las trincheras americanas se disparó accidentalmente un rifle que los hizo creer que habian sido descubiertos y rompieron un terrible tiroteo que no causó daño alguno. Entonces los americanos tomaron sus posiciones de defensa é hicieron frente á las guerrillas.

Además, las piezas de artillería ligera montadas en distintos ángulos sobre las trincheras y las ametralladoras, enviaron una verdadera lluvia de balas dentro de los chaparrales donde estaban apostados los españoles, quienes se dispersaron en todas direcciones. Algunos de los españoles mantuvieron sus posiciones por el flanco izquierdo. El auxiliar «Panther» hizo varios disparos sobre el enemigo mientras los marinos se ocupaban en rechazar el ataque por la retaguardia.

Los cubanos, que tan valientemente se batieron la noche anterior, con dificultad fueron obligados á tomar parte en la escaramuza de la mañana. Varios de éstos se negaban á entrar en combate y sus oficiales á puros cintarazos les forzaron á combatir.

En número de tropas insurrrectas, según Calixto García manifestó en una comunicación al general Miles, enviada con su representante Hernández, ascendía á 9,000, los cuales puso á sus órdenes anticipadamente para atacar á las fuerzas españolas.

Antes del viernes 17 de Junio, que era el día designado para la llegada de las tropas de Shafter, fueron reforzados los marinos por 1,000 cubanos más al mando del jefe Rabí, pudiendo así resistir mejor al ataque de los españoles.

El día 16 la escuadra del vice-Almirante Sampson bombardeó por tercera vez las barerías de Santiago de Cuba. Durante algunas horas acribilló las baterías á derecha é izquierda, y solamente dejó en paz el castillo del Morro, donde estaban presos el teniente Hobson y sus compañeros.

Por lo que hace á la situación en Manila empeoraba cada día. Teniendo Dewey sitiada la ciudad por agua y los insurrectos por tierra, se había establecido un bloqueo cuyos desastrosos resultados se hicieron sentir primero que el de Cuba. En Filipinas, así por la distancia tan grande de España, como por estar aislado el Archipiélago de centros importantes de comercio, no fué posible burlar la vigilancia de la escuadra—como en el bloqueo de Cuba sucedió tantas veces—ni proporcionarse víveres, desde principios de Mayo. No debemos omitir la publicación del siguiente relato, de cuya exactitud estamos convencidos, y que pinta muy bien la horrorosa situación de la ciudad.

"Manila, Junio 5. Vía Hong-Kong, Junio 17.—Hoy se declaró aquí oficialmente que la falta de provisiones ha llegado á ser asunto serio.

"Los voluntarios, protegidos por algunos cañoneros que se enviaron á la laguna en busca de alimentos para la ciudad, regresaron hoy, dando cuenta del fracaso de su misión.

"Se concede también oficialmente que las tropas españolas han estado sin alimento durante las últimos treinta y seis horas.

"Se admite también oficialmente que las tropas en número de 36.000 carecen en absoluto de víveres.

"Los rebeldes ganan terreno continuamente.

"La flotilla española no pudo efectuar el desembarque á pesar del prolongado fuego de los cañones. Sin embargo, ninguno de los que resistieron el desembarque fué muerto. Esto desvanece la última esperanza de provisionar la capital de las Filipinas.

"Durante el curso de la semana pasada, todas las guarniciones fueron atacadas simultaneamente.

"Los insurrectos se han unido en la sección al Norte de Pasig y en la orilla del río de Pasig, desde donde han rechazado á los cañoneros españoles hasta Deya.

"La zona de hostilidades de los insurrectos es en extremo defensiva pues está cubierta de densos bosques, teniendo innumerables emboscadas naturales, así como trincheras. Las tropas españolas son valerosas y heróicas hasta la desesperación; pero se encuentran en una condición desoladora debido á la falta de alimentos.

"Todas las compañías españolas no han tenido que comer durante dos días, y algunas de ellas literalmente están pereciendo. Es un cuadro desastroso.

"Los campesinos asisten por caridad á los soldados que perecen y algunos soldados ingleses convidaron ayer á los soldados que custodiaban á la ciudad; compraron por algunos chelines todo lo que tenía un fondista y lo repartieron á los soldados que dijeron era el primer alimento que tomaban desde hacía algunos días.

"Una persona hizo notar que hay gentes que merecen ser linchadas por permitir este estado de cosas.

"Se vé á los oficiales pasear diariamente por los cafés y boulevars, y charlar con los ingleses mientras que los hombres que tienen á su cargo están pereciendo de hambre.

"Ayer los insurrectos atravesaron el río Zapote y descendieron también de la laguna para atacar á los españoles por el flanco y les tomaron algunos cañones.

"Los españoles hicieron una buena resistencia hasta que se ordenó retirada, probablemente por no ser suficientes sus municiones.

«Es imposible comprender cómo pueden abandonarse sin combate tan magníficas posiciones.

«Los rebeldes tomaron hoy las Pinas, Prague, Tugalo, Maiday y Prineda, todas en la línea de la costa.

«Los españoles perdieron diez y nueve hombres entre muertos y heridos y 7 000 volvieron aquí sin daños.

«En Calocán, estancia del ferrocaril de los suburbios, hay todavía algunas tropas muy mal atrincheradas.

«La aldea está llena de rebeldes, y la linea del ferrocarril se ha roto y desprendido por los insurrectos, que han prometido volverla á colocar cuando termine la guerra.

«Muchas tropas de nativos no ocultan sus intenciones de desertar.

«Hay una disputa furiosa por refugiar detrás de los viejos muros y en la ciudadela, por órdenes del Gobernador, á toda la población de la ciudad.

«El Capitán General formó un consejo de guerra en el cual se propuso la rendición, porque la resistencia es enteramente inútil; y un deplorable derramamiento de sangre y los esfuerzos heróicos no servirían de nada por la falta de provisiones y la pequeñez de la fuerza.

«Los insurrectos no esperan más que la orden para avanzar sobre Manila.

«La familia del General Agustín fué capturada por los rebeldes.»

Hasta entonces, que se recibieron estas noticias y otras semejantes en Madrid, se acordó el envío de la escuadra de reserva á Manila.

La tarde del 17 de Junio zarparon de Cadiz los siguientes buques: «Carlos V,» «Pelayo,» «Rápido,» «Patriota,» «Audaz,» «Osado,» «Prosperina,» «Giralda,« «Prelado,» que conducía á su bordo al Ministro de la Marina Capitán Auñón, «Alfonso XIII,» «Covadonga,» «Antonio López,» «Isla de Pinos,» «Buenos Aires» y «San Francisco.»

Los últimos tres transportes iban cargados con tropas. Los primeros pasaron frente al Peñón con rumbo á Cartagena. Estos buques formaban la escuadra de reserva de España, al mando del Almirante Cámara.

Los despachos que á continuación copiamos, bosquejan el estado de la opinión pública en España.

«Madrid, Junio 17.—Gran entusiasmo se manifiesta en toda la ciudad con motivo de la salida de la escuadra de Cádiz. Un sentimiento optimista se expresa en el pórtico y corrillos del palacio de las Córtes.

«En esta ciudad se dice que la escuadra del Almirante Cámara se compone de más de 20 buques, incluyendo cruceros auxiliares y se agrega que lleva una inmensa cantidad de material

de guerra, inclusive un misterioso explosivo. También se susurra que la escuadra se dividirá cuando se encuentre en alta mar y se dirigirá á rumbos distintos.

«Un nuevo contingente de tropas se está alistando bajo las banderas y se demuestra mucha actividad en los Ministerios de Guerra y Marina.

«Los trabajos en las fortificaciones se activan día y noche, y se afirma que se está formando una tercera escuadra, compuesta del «Lepanto,» Cardenal Cisneros, «Alfonso XII» y otros cruceros auxiliares.

«Cádiz será el rendezvous de esa escuadra y corre la impresión general que una guerra defensiva será la del porvenir. Se anuncia semi-oficialmente que el gobierno no cuenta ya con el apoyo de las Potencias, ni aun Alemania, á pesar de sus inmensos intereses en las Filipinas, podrá hacer algo en favor de España.»

A la salida de Cámara se publicó este mensaje en la capital americana:

«Washington, Junio 17.—Tan pronto como la escuadra que se encuentra en Santiago sea destruida ó capturada, se ordenará al Comodoro Schley, que vuelva á Hampson Roads con el objeto de reorganizar la escuadra evolucionaria.

«Se asegura que se trata de encomendar á Schley la tarea más importante referente á la guerra, la de atravesar el Atlántico con una grande y formidable escuadra de buques de guerra para ir atacar en sus propias aguas á la escuadra española de reserva.

«Semejante flota no tendría igual en la guerra moderna, y según los oficiales, se pondrá al cuidado de Schley.

«Esta medida no se pondria en práctica si la reserva española no mostrase intenciones de seguir á Cervera.

II.

El bloqueo de la Habana, que iba á cumplir dos meses de establecido, no era tan absoluto como se creía. Algunas embarcaciones españolas lo habían burlado y á eso se debe que después de tanto tiempo no se hubieran agotado los medios de subsistir de los habitantes de la ciudad.

La carne se vendía á cincuenta centavos la libra, la manteca de puerco al mismo precio, el arroz á veinte centavos, los cuales precios indicaban que había escaséz de estos artículos, pero no carencia absoluta de ellos.

Otro tanto podía decirse del bloqueo de Santiago de Cuba. En aquella fecha (18 de Junio) el vapor español «Purísima

Concepción» burlando la vigilancia de los buques americanos desembarcó en las Tunas un gran cargamento de provisiones, habiendo zarpado de Kingston.

Esta noticia que llegó á oídos del Jefe de la escuadra bloqueadora, hizo que la vigilancia se redoblara en todos los buques.

Gran empeño manifestaban las autoridades americanas por el canje del teniente Hobson y sus arrojados compañeros presos en el castillo del Morro. El General Blanco no quiso acceder luego á las reiteradas peticiones americanas en este sentido, hasta no recibir órdenes de Madrid. El extraordinario interés manifestando por su rescate, hacía á las autoridades españolas suponer que se pudiera sacar gran partido de este canje y maduraban la manera de obtener de él todo el provecho posible. Esta fué la razón de haberse rechazado al principio las propuestas de libertad para Hobson.

El día 21 comenzó en la playa de Baiquirí, inmediata á Santiago, el desembarco de las tropas del General Shafter. Puestos de acuerdo los dos jefes americanos decidieron simular un violento ataque al puerto de Cárdenas, con el objeto de atraer á los españoles hacía aquel punto. Mientras se efectuaba esta operación los transportes esperaban, sin presentarse en Santiago. Al fin el día 20 en la noche fueron avistados, y el día siguiente principiaron las maniobras del desembarco continuando el 22.

El Secretario Alger recibió el siguiente mensaje:

«Playa del Este, Junio 2.—Al Ministro de la Guerra, Washington. De Baiquirí, Cuba 22. Desembarco en Baiquirí esta mañana con éxito.

Muy poco ó ninguna resistencia [firmado] «Shafter.»

El Ministro Long recibió un mensaje más extenso de Sampson á las 6. 50 p. m.

«Antes de desembarcar hicieron algunos disparos sobre el vecindario el «Nueva Orleans,» el «Detroit,» el «Cristine,» el «Wasp» y el «Swance.» Se hizo una demostración sobre Cabañas para llamar la atención del enemigo. El «Texas» atacó la batería del Oeste. Tuvo un muerto.

Las minas submarinas se han sacado del canal de Guantánamo, donde se ha establecido la comunicación telegráfica.—Firmando).—Sampson.»

Otro mensaje á la prensa decía:

«Baiquirí [Cuba], Junio 22, vía Kingston.—Las tropas americanas están desembarcando en Baiquirí, á 17 millas de Santiago. 3,000 hombres han saltado ya á tierra, protegidos por el fuego de la escuadra que al mismo tiempo está bombardeando á Aguadores.»

Antes de principiar el desembarque se notó una numerosa fuerza de tropas españolas, cerca de la costa, en las inmediaciones de Aguadores, Obrando de acuerdo con las instrucciones del General Shafter, los cubanos atacaron á los españoles por la retaguardia. Los buques americanos bombardearon la costa al mismo tiempo. Las tropas americanas atacaron entonces á los españoles, y desembarcaron, cogiéndolos entre dos fuegos.

El Almirante Cervera obedeciendo á una disposición del capitán General Blanco ordenó que una fuerza compuesta de marinos de su escuadra se dirigiera á tierra por ayudar á las fuerzas españolas á rechazar al enemigo.

Los americanos, que no habían encontrado resistencia debido al bombardeo de la escuadra sobre Siboney y Guantánamo, se vieron atacados bruscamente por una fuerza española con la cual se trabó un recio combate hasta que llegó la noche. Habían desembarcado ya 3,000 soldados. Cuando las tropas americanas continuaron desembarcando, los españoles se batieron en retirada, ordenadamente, teniendo que abandonar algunos puntos estratégicos á los invasores.

Entre tanto la escuadra de Cámara continuaba su ruta hacía el Oriente. El día 20 se encontraba en Cartagena y continuó luego su marcha hacía el Canal de Suez.

El 24 se publicó este mensaje:

«Washington, Junio 24.—Ya no se duda aquí de que la escuadra española de Cádiz se dirije con rapidez al Oriente.

«En las costas del Mediterráneo, los agentes de confianza del Gobierno están observando el movimiento de buques y aprovechándose de toda información fidedigna.

«Así es que cuando llegó hoy la noticia por conducto de estos agentes, de que se avistó anteayer la escuadra en Pantelaria, los oficiales se inclinaron á aceptar la afirmación como indudable.

«Según las cuentas de los oficiales de marina, la escuadra se encontraría ya cerca de Candía, al Sur de Grecia.

«Avanzando la escuadra llegaría á Puerto Said á la entrada del canal de Suez próximamente el lunes ó martes.

«Desde este punto, no se cree que la escuadra española avance más, porque se expresa confidencialmente que todo movimiento español no es más que aparente, para satisfacer las más exigentes demandas del pueblo español, y especialmente del partido clerical que algo haría por salvar á las Filipinas á España.

«Hay duda de que las autoridades del canal permitan que buques españoles se arriesguen á pasarlo, aunque Cámara esté deseando exponerse á atravesarlo.»

Desgraciadamente las ideas contenidas en la última parte de este despacho, relativas á los movimientos de la escuadra de Cámara, hubieron de realizarse exactamente, según tendremos ocasión de verlo en seguida.

En esa misma fecha, y debido á la sobrexitación popular se determinó la disolución de las Cortes españolas, y firmó la Reina regente el decreto relativo. El discurso del diputado Canalejas, pronunciado en la Cámara dos días antes, contribuyó á que esta medida se llevase á cabo con festinación. Manifestó en su discurso que la guerra ha sido un fracaso y una vergüenza para España, la que cada día se vé más humillada debido á la incompetencia del Gobierno. El lustre de las armas españolas, dijo, que por tres siglos se ha mantenido brillante, se está opacando, y alegó que el Gobierno procuraba ahora salvarse de la actual situación, clausurando las Cortes.

Canalejas exhortó apasionadamente á las Cortes á que no suspendieran las sesiones y dejaran el honor de la nación en manos de traidores.

En la misma sesión del 24 de Junio, el debate de la Cámara recayó sobre la cuestión filipina y por el apasionamiento que caracterizó á las discusiones, tuvo que acabar desordenadamente.

Romero Robledo, el orador conservador, precipitó los desórdenes atacando viciosamente al General Polavieja, ex-Ministro de la Guerra y ex-Capitán General de las Filipinas, por haber tratado la paz con el jefe insurrecto Aguinaldo. Alegó que ese pacto corrompido se formuló cuando España esperaba que los que entonces estaban á su servicio sofocarían la rebelión por la fuerza de las armas.

Si el General hubiera permanecido fiel á las tradiciones del ejército, Aguinaldo no viviría hoy para ayudar á la degradación de España. Robledo fué interrumpido en esta parte de su discurso con gritos de «no es cierto.»

Una escena de confusión siguió á la sesión que hubo de suspenderse temporalmente y cuando se reanudó, Robledo preguntó al gobierno si deseaba la paz ó la guerra. Si era la guerra, demandó que contestara el gobierno qué garantías podía ofrecer al país de que sería capaz de continuar la guerra, que hasta la fecha no había resultado más que en pérdidas de vidas y agotamiento del tesoro, ruinosos compromisos y humillaciones.

Si el gobierno desea la paz, añadió, ¿por qué no lo dice clara y terminantemente? Robledo aconsejó al gobierno que si deseaba la paz sería prudente tratarla directamente con los Estados Unidos, pues las potencias le pedirían una comisión por su mediación.»

III.

El día 27 de Junio zarparon de San Francisco California á las 2. 30 P. M. los transportes «City of Para,» «Ohio,» «Morgan City» é «Indiana,» buque insignia, rumbo á Manila, llevando á bordo 6,000 soldados para reforzar al Almirante Dewey.

El mismo día se recibió en Madrid la noticia de la llegada de la escuadra de Cámara á Puerto Said, Egipto.

Por lo que hace á las operaciones de desembarco en Cuba, continuaban con toda actividad. En Baiquirí sólo quedaron el 3º y el 9º de caballería custodiando el desembarque, mientras se dirigían violentamente hacía Santiago los demás regimientos. Tomaron el camino de Baiquirí á Jaraguay. Cuatro baterías de artillería y varias ametralladoras se pudieron nontar sobre las lomas que dominan la bahía de Santiago, y en general fuéronse ocupando poco á poco todas las eminencias que circundan la ciudad.

Entre tanto los buques de la escuadra volvieron á bombardear á Aguadores durante las primeras horas de la mañana.

Entre Siboney y Baiquirí estaba acampado el General español Rubín, con fuerzas de San Fernando, Talavera, Provisional de Puerto Rico y dos compañías movilizadas. Parte del batallón Provisional se había situado en la arqueta de Sevilla, por donde forzosamente tenían que pasar las tropas americanas en su avance. Desde los días 23 y 24 sostuvieron el fuego de los americanos valientemente á pesar de que el segundo día permanecieron sin tomar alimento á consecuencia del incesante ataque del enemigo. Al fin las tropas españolas tuvieron que retirarse á Santiago de Cuba á las cinco y media de la tarde, después de un combate casi no interrumpido de 48 horas.

El enemigo acampó en los altos de Sevilla, extendiendo sus avanzadas hasta el Pozo. Desde allí prepararon el ataque para el Caney y Santiago.

Para reconocer y estudiar el terreno y cerciorarse bien de la posición de las tropas españolas elevaron el día 31 un globo

cautivo. Iban en él dos americanos. El cable á que estaba sujeto el globo amarraba en el campamento.

Desde allí, asestando en todas direcciones largos anteojos, lo examinaban todo á su sabor.

Se hicieron al globo algunas descargas de fusilería, pero los proyectiles no le alcanzaban.

Continuaron estas operaciones hasta que comenzó el ataque al Caney, y simultáneamente á las posiciones de San Juan.

Ocupada la posición de Pozo Blanco, así como la de las Altos de Sevilla por las avanzadas de los americanos, una guerrilla de voluntarios que defendía esta última tuvo que huir al aproximarse el enemigo.

De entre los soldados heridos y convalecientes que se hayaban en el hospital de Pozo Blanco, fué necesario nombrar cuatro secciones para que acudiesen á oponerse á los movimientos de invasión.

Atrincherados lo mejor que pudieron se desplegaron ocupando los puntos más importantes.

Fueron tan certeras las primeras descargas, que los soldados americanos se detuvieron y hasta hubieron de retroceder un tanto. Pero esto duró apenas un instante ó hicieron funcionar algunas piezas de artillería y ya no hubo defensa posible.

Una granada derribó por completo un cobertizo en donde varios tiradores españoles estaban parapetados: cayeron confundidos entre los escombros y muchos quedaron allí muertos

Un guardia civil de segunda, joven decidido, se puso á la cabeza del puñado de compañeros que allí quedaba y se encargó del mando. Se llamaba Raimundo Braña Alonzo.

Pelearon aún todo lo posible, pero era tal la granizada de balas, que en breve quedaron desechos.

De los 38 que formaban la primera sección sólo quedaron cinco. Al retirarse, una descarga de los americanos dejó al bravo guardia acompañado únicamente por un soldado; ambos para no caer prisioneros corrieron al Portillo de Caney.

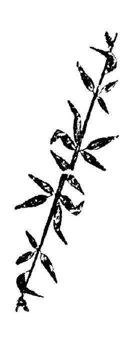
A Pozo Blanco llegó por la noche el batallón de Talavera, pero sus esfuerzos para hacer retroceder á los americanos fueron inútiles.

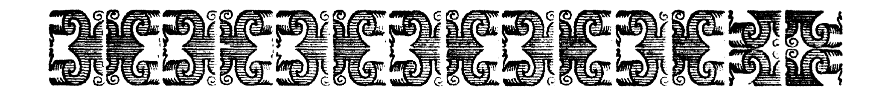
Las fuerzas insurrectas al mando de Calixto García habían seguido acudiendo á unirse al ejército de invasión. El siguiente despacho del corresponsal de la Prensa Asociada en el campamento americano describe así las operaciones de los insurrectos.

«Jaraguay, Junio 26 vía Kingston, Junio 28.—El General Calixto García al mando de 5,000 hombres que se encontraban

en las montañas de las cercanías de Santiago de Cuba fueron conducidos á este punto á bordo de los transportes americanos.

Más de 5,000 rebeldes, en la totalidad de las fuerzas revoluoionarias en la parte Sur de la Isla, provincia de Santiago de Cuba, se encuentran reconcentrados en ó cerca de Jaraguay. Tres cuartas partes de éstos están armados de rifles modernoss pero están casi desnudos. La mayor parte de los insurrectos es, tán familiarizados con los métodos de guerra seguidos por lo· españoles y conocen todos los caminos y veredas por las montañas. Con el objeto de protejer las avanzadas americanas sobre Santiago, se envió un descatamento hácia Guantánamo para dar la alarma en caso de que las tropas españolas intentasen dar sorpresa ó efectuar una unión de las tropas de Santiago con las tropas del General Escario.





CAPITULO XIII.



La escuadra de Cámara en Oriente.—Dificultades para continuar su ruta hacía Filipinas.—Los americanos en Santiago.—Su ataque á la ciudad.—Epica defensa de los españoles.—Batallas de Caney, San Juan y Canosa.—Relato de un testigo presencial.—Destrucción de la escuadra de Cervera.—Narración del capitán Evans de "Iovva."

I.

ablegrama fechados en Port Said, Egipto, el 30 de Junio comunicaron que la poderosa escuadra española enviada para socorrer á los esforzados defensores de Manila y mandada por el Almirante Cámara, se encontraba anclada en aquel puerto, en espera de proveerse de carbón y obtener el permiso necesario de la Compañía del Canal de Suez para atravesar este canal y navegar hácia el punto de su destino. Así era en efecto.

El Gobierno egipcio, sujeto al protectorado inglés, notificó al Almirante Cámara que la presencia de su escuadra en Port Said constituía una violación de las leyes sobre neutralidad, y que en consecuencia los buques deberían hacerse á la mar. Al mismo tiempo se ordenó al Gobernador de Port Said, que estorbase el aprovisionamiento de carbón que hacía la flota, y apremiase al Cónsul español para conseguir la salida de ésta.

Circuló otra versión, relativa á que la flota de España no se había podido proveer de carbón en Egipto, porque entre tanto se negociaba el permiso del Gobierno para verficarlo, el Cónsul americano en Port Said había comprado 22,000 toneladas del combustible que había en el puerto y constituían la total existencia del artículo. Se añadía que los Estados Unidos podrían aprovechar este carbón para remitirlo al Comodoro Dewey á Filipinas, lo mismo que para conservar una parte, en previsión de que lo necesitase la escuadra de Watson ó cualquiera buque americano.

Fuese cual fuera la causa, el Almirante español Cámara luchaba con inmensas dificultades en su travesía, y frente á Port Said llegó á resolver el abandono de sus torpederos, para que regresaran á Europa y continuar hácia Manila con su escuadra muy debilitada. La siguiente nota oficial trasmitida del Cairo el mismo día puede dar idea de lo crítico de la situación. Dice así:

«Los buques de guerra españoles que comprenden la escuadra del Almirante Cámara están transbordando el carbón traído por los transportes españoles. El Gobierno ha notificado que no puede permitir semejante operación y debe suspenderse inmediatamente. Al mismo tiempo ha notificado al Almirante que deberá abandonar Port Said, pues el límite de 24 horas ya se ha excedido considerablemente.

Por contestación á la notificación, los españoles dijeron que sus buques necesitaban repararse y comenzaron á descargar el carbón tomado á bordo con objeto de hacer las reparaciónes.»

El 1º de Julio los buques del Almirante Cámara se habían retirado del Puerto y entrado en el canal de San Francisco para recibir carbón de los barcos españoles «Colón» y «Covadonga,» entrados la víspera en el Canal de Suez. La operacion del transborde de combustible duró todo el día siguiente.

Entre tanto los acontecimientos en Cuba tomaban mayor importancia cada día, preparándose la primera acción que sería decisiva en el éxito de la guerra. Desde el 29 de Junio el General Shafter, Comandante de la poderosa expedición americana desembarcada en Santiago, avanzó al frente de una pequeña escolta hasta Caney, ciudad de poquísima importancia situada al Noroeste de Santiago. El cuartel general fué establecido en el campo no lejos de allí, y principiaron las disposiciones para el combate haciendo adelantar los cañones de sitio á la vanguardia. Bien pronto la línea americana quedó extendida desde frente á Caney hasta frente á Santiago.

El 1º de Julio, avanzaron sobre Santiago los americanos, aliados con los insurectos al mando de Calixto García. El General Kent dirigió el ataque sobre Aguadores, en tanto que los Generales Lawton y Wheeler, secundados por Calixto García y el resto de divisiones del ejército americano, se arrojaban sobre Santiago. El combate fué terrible particularmente en Sevilla punto cercano á Aguadores. Los españoles se batían como leones sin desanimarse por la superioridad en el número, en las armas, en las posiciones y aprovisionamientos que sobre ellos tenían los americanos. La lucha comenzó por un ataque sobre Caney punto de partida del camino carretero que va á Santiago.

El estrago causado sobre las fuerzas del General americano Kent, sobre los cuales concentraron su fuego los españoles, fué

enorme, siendo preciso que los reforzaran Lawton, Wheeler y García, para que aquellos se vieran obligados á ceder el terreno defendiéndolo paso á paso.

Las fuerzas de mar entre tanto, secundaban el ataque denonadamente. Mientras el contra Almirante Sampson arrasaba casi, con la superioridad de sus cañones y proyectiles colosales, las baterías que acababan de ser reconstruidas en el puerto, la flota del Almirante español Cervera lanzaba una lluvia de metralla sobre las tropas americanas. Al anochecer el Gobierno de Washington era informado de que los españoles cedían sus posiciones después de batallar el día entero reñidamente, sufriendo más de mil bajas el ejército americano. El «Vesubius» disparando con dinamita, produjo el pánico entre los habitantes de Santiago.

He aquí el parte oficial del General Shafter:

«He tenido recio combate hoy el que duró desde las 8 a. m. hasta el obscurecer.

Hemos ocupado las trincheras exteriores del enemigo. No hay más de tres cuartos de milla de distancia entre mis líneas y la ciudad.

La división del General Lawton y la Brigada del General Bates, han estado combatiendo todo el día y á las cuatro de la tarde tomaron Caney.

Durante la noche estarán en marcha y avanzarán sobre Santiago.

Al amanecer nuestras tropas serán atrincheradas allí y considerablemente reforzadas.

La batalla se continuará probablemente mañana al amanecer.

Las pérdidas americanas son considerables. Algunos la calculan en 1000 entre muertos y heridos» (firmado) Shafter.

Con diferencia de pormenores el Gobierno de Madrid fué informado de la batalla el mismo día, confirmando la fatal noticia de haber sido rechazados los defensores de la Isla. En cuanto al número de bajas sufridas por los españoles se hacía llegar á dos mil entre muertos y heridos, pero se aclaró después que esta cifra era exajerada en una tercera parte á lo menos.

El 2 de Jullio se reanudó el combate con mayor ardimiento, y continuó el dia entero. Todavía sin que se tuviera noticia en Washington del resultado, se recibió un mensaje del General Shafter pidiendo al gobierno con toda urgencia que enviase un gran refuerzo de médicos militares. Esta solicitud obsequiada inmediatamente con el envío del buque hospital que llevaba muchos cirujanos y aun tenía órdenes de recoger otros en Fuerte Monroe, despertó la mayor ansiedad en toda la Unión Americana, por calcularse el número de víctimas habidas en aquellos dos días de incesante batallar.

El ejército americano combatió con firmeza con el propósito de apoderarse de las posiciones españolas interiores.

La batería del Capitán Grimes bombardó durante una hora uno de los suburbios de la ciudad. La caballería de la división del General Summer y la división del General Kent, avanzaron sobre la batería de San Juan al medio día, posesionándose de ella antes de la puesta del sol. La división del General Lawton y la batería del Capitán Caprons desalojaron á los españoles de Caney.

Los regimientos 6o y 16° atacaron las trincheras del lado Este y después de reñida lucha, tuvieron que ceder los españoles, quienes se batieron en retirada hacia Santiago.

La batería del Capitán Panckhurst situada sobre una loma bombardeó la parte del Este de la ciudad de Santiago. Las líneas de defensa españolas por ese lado quedaron completamente destrozadas. Los españoles pelearon valientemente.

El parte del combate dirigido al Gobierno de Madrid, fué concebido en los términos siguientes:

«El ejército del General Shafter compuesto de 17,000 hombres de infantería y 82 cañones de sitio de varios calibres, atacó las posiciones españolas frente á Santiago, ayudado por 600 rebeldes al mando de Calixto García.

«Los españoles apenas contaban 6,000 hombres, la mayor parte voluntarios. Nuestros tropas pelearon con heróico valor. La retirada se hizo en perfecto orden. Nuestras pérdidas son considerables. Las del enemigo son enormes. La lista de nuestros heridos incluye al General Linares, Coronel Ordóñez y Mayores Azaraz y Onega.

«El ataque de los americanos sobre Caney fué severo. La posición estaba defendida por el General Vara del Rey con 500 hombres. Al principio fué rechazado el enemigo, pero renovó su ataque.»

Un despacho posterior dice: «Los americanos peleaban de continuo. Los españoles se defendieron heróicamente. Nuestros heridos son numerosos é incluyen al General Vara del Rey y al Mayor Domínguez.

La lucha se hace difícil, 2,000 españoles tienen que hacer frente á 25,000 hombres del enemigo.»

El triunfo de los americanos en Santiago no estaba aun asegurado, sin embargo. Su posición no era tan ventajosa como la de los españoles, y de haber continuado el sitio en estas condiciones, es probable que el ejército americano habría tenido que reembarcarse antes de que le llegaran refuerzos. Pero la fortuna que en todo le fué contraria á la noble España durante esta gue-

rra, preparó las cosas de otro modo, como veremos adelante. Por ahora reproducimos el siguiente informe del General Shafter que prueba la verdad de esta aseveración.

«Playa del Este Junio 3.—Al Ministro de la Guerra Washington.—Nuestras tropas rodean la ciudad de Santiago por el Norte y Este, aunque nuestra línea es débil. Al acercarnos á la ciudad hemos encontrado que las defensas son tan poderosas que me será imposible tomar la población por asalto con mis fuerzas actuales. Nuestras bajas hasta hoy pueden ascender á mil; pero aun no llegamos al fin. Poca enfermedad, fuera de insolación debido al extremado calor y las fatigas de la batalla, existe entre las tropas. El General Wheeler está gravemente enfermo y hoy será conducido al hospital. El General Young también se encuentra enfermo en cama. El General Hawkins está ligeramente herido en un pié. La conducta y espíritu de nuestras tropas son magníficos.—(Firmado) SHAFTER.»

II

Veamos ahora lo que pasaba en el campamento español.

Las trincheras americanas se habían construído durante los días 1º 2 y 3 de Julio en el punto llamado el Portillo de Caney; esta operación que para los españoles hubiera sido laboriosísima por encontrarse agotados por la falta de alimentos resultó fácil para los americanos que poseían unos aparatos, especie de arados, con los cuales rápida y cómodamente removían la tierra.

En los tres días se libraron combates aunque de corta duración.

El coronel español Aldea ocupaba con algunas fuerzas las trincheras más avanzadas.

El día 2 pidió el enemigo parlamento.

Los parlamentarios, dos ó tres oficiales, se avistaron primeramente con Aldea. Pedían que fuese enviado á Santiago de Cuba un oficial español conduciendo unos pliegos. Comenzó á gestionarse ya entonces, por lo visto, la capitulación. Los pliegos fueron enviados, pero como no obstante eso continuasen en el campamento americano los trabajos de fortificación y no cesase contra las tropas españolas un nutrido tiroteo, el teniente coronel de caballería Pascual Herrera Orzais, que defendía la segunda línea de defensas del Portillo, dió cuenta de tan incomprensible hecho al coronel Aldea.

Le ordenó éste que fuera sin pérdida de tiempo á conferenciar con el jefe de Estado Mayor de las tropas americanas. Así lo hizo el señor Herrera.

—Me sorprende y extraña—le dijo—que habiendo cesado el fuego en las lineas españolas en virtud del parlamento por vos pedido, continúen vuestras tropas no solo dedicándose á los trabajos de fortificación, lo cual es quebrantar cuanto las leyes militares ordenan, sino también haciendo fuego.

El jefe americano mandó se suspendiesen aquellos trabajos así como que cesasen los disparos.

Los referidos pliegos del ejército americano los recogió un oficial español y los llevó á su destino. Estaban dirigidos al General Toral, que ya entonces asumía el mando de general en jefe de la provincia.

El día 3 á las cuatro y media de la mañana, rompió el enemigo un nutrido fuego sobre las trincheras españolas en extensión considerable; contestaron aquellas tropas con igual energía. El Portillo fué valientemente defendido. La artillería de que disponían los españoles en el Portillo de Caney la formaban ocho cañones, dos de tiro rápido y seis antiguos de los llamados *de plaza*. En los tres días citados se hicieron con ellos más de 300 disparos.

Los jefes americanos pidieron de nuevo parlamento al General Toral y un nuevo pliego le fué enviado. Aunque la suspensión de las hostilidades duró hasta el día 10, los americanos continuaban haciendo fortificaciones y cuando terminó el armisticio ya habían colocado hasta 60 cañones.

El memorable combate de Caney tuvo lugar el mismo día que se verificó la batalla de Santiago.

Un testigo presencial español lo refiere de esta manera:

«Fué uno de los combates en que mayor heroismo demostraron nuestras tropas.

El día 1º de Julio á las 10 de la mañana comenzaron el ataque al pueblo las fuerzas yanquis. Consistían éstas en dos columnas perfectamente armadas y equipadas. Nuestras fuerzas, mandadas por el heróico General Vara del Rey, no pasaban de 453 hombres, que formaban 3 compañías del batallón de la Constitución y algunas guerrillas. Ni un sólo cañón había en el poblado.

Los yanquis en cambio tenían numerosas piezas de artillería y disponían también de caballería.

Roto el fuego con verdadero encarnizamiento por ambas partes, largo rato permaneció indeciso el resultado. Sufrimos dolorosas bajas pero los yanquis las tenían también considerables.

Era comandante militar de Caney el capitán de la guardia civil D. Manuel Romero Villegas.

El mismo día 1º comenzado ya el combate, se ofreció á ir desde Santiago á desempeñar dicho cargo.

—En buen momento llega usted,—le dijo Vara del Rey.

—Vengo voluntario, mi general—contestó.—Hay que estar á lo bueno y á lo malo.

Era Caney para el ejército yanqui posición inmportantísima, un punto avanzado que convenía ocupar, arrasar hacer desaparecer, á fin de poder avanzar sobre Santiago de Cuba.

De ahí los desesperados esfuerzos que para defenderlo hacían nuestras tropas y el empeño del enemigo en lanzarlas de allí.

El General Vara del Rey, jefe de las fuerzas, fué herido en las dos piernas mientras practicaba un reconocimiento en persona en nuestras filas.

Prosiguió la lucha en el Caney encarnizadísima.

Hubo rasgos de valor por parte de nuestros soldados, muy grandes. Sin embargo, hubo que ceder ante el peso abrumador de tantos miles y tan continuo y nutrido fuego.

A las 4 de la tade cuando los 453 hombres habían quedado tan mermados en número, que sólo una tercera parte existían, se dispuso la retirada.

Por el camino del Cristo se dirigieron unos cuantos supervivientes con dirección á Santiago de Cuba. Iba á su frente el coronel Puñet.

El resto de las destrozadas fuerzas marchó por el camino de Cuevitas.

Por allí iban también para Santiago los camilleros que conducían vivo aun entonces, pues sólo estaba herido en las piernas, al General Vara del Rey. Era una tristísima comitiva. Detrás de las camillas seguían unos 50 ó 60 soldados heridos, llenos de sudor y de polvo, manando sangre las heridas recién recibidas. Unos caminaban á pie, otros á caballo, en acémilas, ect., y muy pocos pudieron llegar á Santiago.

Los yanquis, al ver desfilar á aquellos infelices no se movieron á compasión, sino que lanzaron sobre ellos infinidad de proyectiles.

Muchos cayeron muertos y algunos pocos, que no recibieron lesión alguna en el terrible combate anterior, fueron heridos entonces.

El comandante militar de Caney señor Romero Villegas, se retiró el último cuando vió que ya no le quedaba qué hacer allí, montó á caballo y partió á galope para Santiago. Avanzó poco trecho; una bala de Maüsser le atravesó de lado á lado penetrándole por un homóplato. Dos balas mataron á su caballo y éste y su ginete rodaron por el suelo.

Acudieron algunos soldados norteamericanos y un oficial y el señor Romero fué reducido á prisión; le condujeron á un vivac del campamento de los yanquis y le curaron con la mayor solicitud y esmero dos médicos del ejército. Sólo le hicieron prisionero para poder curarlo.

En el mismo vivac á que fué llevado halló el señor Romero á 30 españoles heridos también en el recién terminado combate de Caney.

Figuraba entre ellos don Antonio Vara del Rey, hermano y ayudante del bravo general que acababa de fallecer. Pero él sobrevivió.

También estaba allí herido el encargado de la estación telegráfica del Caney señor Manzano, que se había batido con denuedo.

Fueron trasladados al siguiente día al Hospital de sangre que la Cruz Roja yanqui tenía establecido en la iglesia del Caney.

En la acción de este nombre fallecieron, además del General don Joaquín Vara del Rey, los comandantes don Rodrigo Agüero y don Rafael Aragón, el capitán don Antonio Vara del Rey y los tenientes don Eduardo Domínguez, también ayudante del general; don Alfredo Vara del Rey, sobrino de éste, don Pedro Fuentes, don Manuel Morales, don Antonio Rubio don Segundo Llanes, don José Maquínez y don Enrique Casadaval.

Por su haroismo merece especial recuerdo el factor del Caney señor Garay, que combatió en primera línea y murio heróicamente. Recibió tres balazos.

Resultaron heridos de más ó menos cuidado los capitanes Don Manuel Romero Villegas, Don Isidro Arias y Don Baldomero Vigo, y los segundos tenientes Don Inocencio Rojo, Don Antonio Martínez, Don Domingo Murillo, Don Manuel Estévez, Don Lorenzo Salinas y Don Domingo Muñoz, éste último de las guerrillas volantes.

El médico militar Don Angel Rodríguez fué también herido cuando se dedicaba á practicar la curación de un soldado en el mismo campo de batalla.

El testigo presencial citado prosigue así su narración:

«Los yanquis también tuvieron pérdidas importantes: confesaron ellos mismos haber tenido más de 1,500 bajas entre muertos y heridos.

Nuestras tropas gastaron en el combate del Caney, que como dejo dicho duró 10 horas, 80,000 cartuchos Maüsser y Remington.

En el hospital de sangre de la Cruz Roja, permanecieron los heridos españoles hasta el día 5 de Julio.

El enemigo había tenido muchas bajas en el Caney y el ataque á Santiago de Cuba, realizados ambos en un mismo día, y necesitaba de todos los médicos; resolvióse por esto á enviar nuestros heridos á Santiago de Cuba, para que allí fuesen cuidados, fué un acto de humanidad que mucho agradecieron los pobres enfermos.

El General yanqui envió un oficial á participar al General gobernador de Santiago si quería recogerlos, se le contestó afirmativamente y el traslado se verificó.

Fueron llevados los heridos á nuestro campo en carros facilitados por los yanquis; estos carros eran unas amplias, cómodas y excelentes ambulancias arrastradas por poderosos caballos percherones.

Entregados los heridos á las autoridades españolas los yanquis se retiraron.

No había en el Caney ni en las inmediaciones de Santiago alambradas para dificultar el paso. Se habían en un principio colocado contra los insurrecctos cubanos, pero se las hizo desaparecer por inútiles al desembarcar los yanquis, para poder construir trincheras.

Fué el combate del Caney uno de los más sañudos de la guerra.

Un detalle: defendió aquel punto el batallón de la Constitución, núm. 29, y fué tal su heroísmo que los soldados yanquis, terminado el ataque, disputábanse comprar los números de metal dorado, distintivo de dicho cuerpo que los individuos del mismo llevaban en las solapas de las blusas ó chaquetas de rayadillo.

—¡Oh, Constitución! ¡Oh, *Ganey*!—exclamaban—*esto ser recuerdo.*

Allí tuvieron los norteamericanos muchas bajas: hubo batallón que quedó reducido á 12 hombres y un oficial; las nuestras fueron también muy dolorosas.

El Caney estaba defendido por 400 hombres, la división yanqui que atacaba el poblado se componía de más de 12,000 hombres.

En cuanto á la muerte del General Vara del Rey nos dijeron que recorría con una pequeña columna el día 19 todas las avanzadas, cuando en un encuentro fué herido en las dos piernas. Se retiraba con sus tropas é iba en una camilla después de haber sido curado, cuando los yanquis recrudecieron el ataque con ímpetu. Mataron á los camilleros que lo conducían y á un sobrino del General que era ayudante suyo é hirieron también gravemente al capitán ayudante. hermano del General y llamado don Antonio.

El bravo Vara del Rey recibió un balazo más. El proyectil le penetró por un ojo.

Las fuerzas se retiraron como pudieron, y el cadáver, con otros muchos, quedó abandonado, lo recogieron los yanquis y le dieron sepultura en un camino.

Después, cuando supieron de quien se trataba, lo desenterraron y lo condujeron al Cementerio de Caney y le tributaron los honores de ordenanza.

Tuvieron los yanquis en el ataque á Caney, muchísimas bajas.

No pueden convencerse de que había allí defendiendo el poblado 400 hombres nada más; creían que eran algunos miles.»

Circuló la noticia, creida todavía mucho tiempo después de la guerra, de que el General Pando al frente de 6000 hombres acudía en auxilio del general Linares, á marchas forzadas. Esto era inexacto.

Los esperados refuerzos salieron el 22 de Junio de Manzanillo en medias brigadas, una mandada por el general Ruiz Rañoy y compuesta por los batallones de Puerto Rico y Alcántara, y la otra por Escario con el regimiento de Isabel la Catoli- y el batallón de Andalucía, alternando en ir á vanguardia y á retaguardia.

Al llegar á Bayamo se enteraron de que estaba ocupada por los insurrectos.

El General Rañoy se ofrecio á tomar la población y después de haberse nombrado veinte hombres de cada batallón con este objeto, apoyado por 400 caballos y otras fuerzas de reserva dió el asalto con buen éxito. Los insurrectos apenas presentaron resistencia.

Las fuerzas españolas continuaron su marcha tomando desde Figuaní hasta Palma Soriano todas las posiciones de los insurrectos.

Sin embargo, cuando se pucieron á las órdenes de Toral estos refuerzos, puede decirse que ya era tarde: las negociaciones para la capitulación estaban casi terminadas.

Las fuerzas que defendían á Santiago cuando el General Vara del Rey fué muerto, sólo eran 3,000 hombres.

Posteriormente llegó el coronel Aldea con 1,000 soldados; Escario con 5,000 y Ruiz Rañóy con 2,000,

Se reconcentraron además allí otros 2,000 y pico de soldados, que guarnecián los fuertes de los alrrededores.

Había un total de 11,000 hombres.

III

El relato de un testigo presencial que tomó parte en la batalla, en el ejército español, continúa de esta manera, hablando de los combates de San Juan y Canosa:

«Estos dos combates fueron verdaderamente terribles.

Sólo puede compararse la defensa heróica que de las trincheras situadas en las lomas de San Juan y Canosa hicieron un puñado de valientes, con la que del poblado de Caney llevaron á cabo con un coraje y un denuedo que asombraron al enemigo, otros cuantos valerosos soldados.

Como ya llevo dicho, ambos importantes combates, los principales que en la campaña hubo, ocurrieron en un mismo día.

Divididos los norte americanos en dos numerosas divisiones, atacaron simultáneamente, en compactas masas, con tropas de refresco y abundante artillería al Caney y á las trincheras de San Juan.

Estas dominaban á Santiago y constituían con las del fuerte de Canosa su principal ó mejor aún, su única defensa.

Roto el fuego á las seis de la mañana en Caney se corrio á San Juan.

A las diez de la mañana comenzó aquí el ataque.

Sólo había emplazadas en estas trincheras dos piezas de montaña, de tiro rápido

Estaban allí Ordóñez y el general Linares con su ayudante señor Arraiz y defendían las trincheras la tercera compañía de Puerto Rico, la segunda de Talavera y 18 caballos de este último cuerpo.

Comenzó el ataque.

Por una parte y por otra se hacía un fuego horroroso. Los yanquis avanzaban casi á paso ligero, baja la cabeza y con el fusil preparado, los que iban á vanguardia disparaban; los demás adelantaban sin soltar un tiro, apresuradamente, dando estentóreos ¡hurras!

Les hacen nuestros soldados la justicia de reconocer que se batieron entonces como unos valientes.

La defensa de la trinchera fué heróica. El fuego de fusilería era nutridísimo, incesante, pero no bastaba á contener la violenta é impetuosa arremetida de los norteamericanos; estuvieron éstos á raya sin embargo, sin poder avanzar un paso, revolviéndose inútilmente y sufriendo no pocas bajas merced á los certeros disparos que con las dos piezas de montaña se les hacían.

Dirigía personalmente el fuego en estas baterías el coronel Ordóñez.

Tenían los yanquis entonces admirablemente situadas, seis piezas rodadas de 12 y hacían con ellas mortífero fuego, su deseo era desmontar nuestros dos cañones, mas no lo consiguieron; mataron, sin embargo, al capitán y á los dos oficiales que allí estaban, quienes cayeron al pié de los cañones sin dejar de exitar á los soldados y de repetir aún en el estertor de la agonía:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Desgraciadamente los cañones callaron, las dificultades que los yanquis tenían para avanzar fueron menores. Se habían acabado las municiones de las dos bocas de fuego, que quedaron ya inútiles.

Ocurrió esto á las tres de la tarde.

Fácil es suponer la rabia, la desesperación de los soldados, sobre todo de los artilleros. Los yanquis cargaron furiosamente.

Comenzaba á evacuar la trinchera la compañía de Puerto Rico que estaba mermadísima; habían muerto el capitán y los dos oficiales que la mandaban, por lo cual dispuso que pasase á la segunda línea de fuego, ó sea á las trincheras del fuerte Caney, que estaban detrás de la de San Juan.

De un balazo fué muerto entonces el teniente de Talavera señor Valle.

Quería el enemigo apoderarse de los dos cañones, que ya no disparaban. Nuestros soldados se lanzaron sobre uno de los cañones, lo desmontaron presurosos y habriéndose paso escaparon con él, llevándose sobre sus hombros, no obstante estar rendidos de fatiga. El otro cañón quedó en poder de los norteamericanos.

Fué imposible hacer más.

Los yanquis ocuparon la trinchera medio destruida ya, y llena de cadáveres de uno y otro ejército, clavando sobre un muro una bandera.

Continuó luego el ataque en la segunda línea de fuego, en las trincheras de Canosa, donde murió el Coronel Bustamante y el comandante Manso, y salieron heridos Linares, su ayudante Arraiz y otros.

La trinchera de las lomas de Canosa era muy estensa. La defendían dos compañías de Talavera y hasta mucho tiempo después no se envió allí ningún refuerzo.

A la primera descarga murió el capitán señor Manso, de un balazo en un ojo, mandando dos oficiales y ochenta soldados.

Del hospital de Santiago se enviaron entonces á la trinchera 185 soldados, que apenas se hallaban convalecientes de sus heridas, y una guerrilla movilizada.

Cayeron heridos sucesivamente el comandante señor Busto y el teniente señor Bolivar.

Linares se paseaba examinando el campo desde una maseta de la trinchera y de pronto se acercó á unos oficiales, á pié, y les dijo:

—Estoy herido, pero no importa; vosotros seréis los defensores de la plaza.

Cuando estábamos quebrantados en absoluto y habíamos gastado dos grandes cajas de municiones, llegaron una compañía de Puerto Rico y una sección de marina desembarcada de la escuadra y mandada por el señor Bustamante.

Anocheció y se suspendió el fuego, que se hizo al siguiente día más horroroso. La sección de marinos se batió con verdadero coraje: de 600 hombres de que constaba sólo quedaron unos 30.

Había ordenado el jefe Bustamante al capitán González que llevase la fuerza de marina en ayuda de Talavera. Cuando González se acercó á él poco tiempo después y le decía. mi coronel está cumplida la orden, recibió Bustamante un balazo.

El coronel del batallón de Simancas, D. José Baquero Martínez, jefe de un sector de trinchera, desapareció entre los escombros al estallar allí una granada.

No ha vuelto á saberse de él.

La trinchera de Canosa no llegó á rendirse; se suspendió el fuego en virtud de órdenes del general Toral al hacerse la capitulación. Sólo entonces pudieron ocuparla los yanquis.

Por la noche antes de entregarla, quisieron tomarla sorprendiendo á sus defensores algunas fuerzas de caballería, y aunque lograron penetrar fueron rechazadas á bayonetazos.

Cuando toda lucha hubo terminado, los soldados yanquis se acercaban á los nuestros, á saludarles y felicitarles dándoles al propio tiempo ron, pan y otros víveres.»

IV.

Vamos á referir ahora el acontecimiento más desastroso de esta guerra, el que fué causa de la terminación de ella, porque dió fin se puede decir al poder naval de España, y el que como más inverosímil fué recibido por todos los que ansiaban el triunfo del derecho sobre la fuerza. Desde el lunes 4 de Julio comenzó á circular rápidamente en esta ciudad la infausta noticia de que la escuadra española, surta en la Bahía de Santiago al mando del Almirante Cervera, había sido destruida totalmente por los americanos, que se encontraban frente á ella, y á las órdenes del Contralmirante Sampson y el Comodoro Sheley. Tan magna, tan inesperada, tan irreparable era aquella catástrofe, que nadie quería creer en ella. ¿Cómo podía ser que Cervera tan hábil marino y tan valiente soldado, conociendo fielmente la situación de su flota y la superioridad del enemigo, se hubiese lanzado en una aventura tan descabellada, como era la de abandonar la bahía custodiada por acorazados poderosísimos y cuyos cañones lanzaban proyectiles de una potencia verdaderamente irresistible? Y sin embargo así fué. Violentado por superiores órdenes, que la disciplina le prohibia discutir (1) el bizarro Almirante español se lanzó á la mar en

(1) Hé aquí la correspondencia oficial cambiada antes de la salida de Cervera. En ella se vé que el Almirante tuvo que ceder ante lo inevitable, aunque su convicción era de que al abandonar el puerto de Santiago sería aniquilado con su escuadra.

"Habana, Junio 23.—Cervera, Santiago.—El Capitán General me informa que tanto la ciudad como su escuadra, están ya tan escasos de provisiones, que tendrá que limitar las raciones de los marinos á frijoles, y de los soldados á arroz: y que aún en este caso las provisiones no durarán mucho tiempo. Siendo la situación tan grave, puede resultar que por falta de provisiones la ciudad tendrá que

pleno día, con todas sus embarcaciones, sin otro anhelo que cumplir con su deber, sin otra espectativa que morir peleando.

El día 4 fué conocido aquí un boletín publicado en Washington el día anterior, conteniendo el siguiente parte oficial:

«La escuadra española intentó escapar de la bahía de Santiago á las 9.30 de la mañana de ayer. A las dos de la tarde el «Cristóbal Colón» encalló á sesenta millas al Oeste de Santiago, arrió su bandera y se rindió.

---

rendirse ó ser abandonada por la guarnición, marchando al Este, en cuyo caso con la escasez de provisiones en la escuadra, el puerto bloqueado y la ciudad en poder del enemigo, su situación sería en extremo grave; antes que esto suceda deseo que usted me informe detalladamente sobre la situación. He pedido al Comandante de la estación naval que rinda parte, y he sabido que el bloqueo aún en la noche, es tan estricto que no hay posibilidad de forzarlo: sin embargo, es necesario hacer algo. Procuraré enviar á usted tres ó cuatro buques Pero sería conveniente que usted se comunicara conmigo pues no deseo hacer nada sin consultar con usted. La situación tiene que ser más clara para usted que para mí, pues está en el sitio de los acontecimientos, y si usted vé manera alguna de mejorar la situación, le ruego que me informe lo más pronto que le sea posible.—"Manterola."

"Santiago, Junio 24.—Almirante Manterola, Apostadero, Habana.—Mi opinión es que sería imposible para los buques en el puerto, forzar el bloqueo. Las provisiones que tenemos á bordo alcanzarán para todo el mes de Julio; pero creo que para esa fecha el sitio habrá concluído; están sembrando torpedos Bustamante; pero hay todavía una entrada al Este del cabo Smith. Mis felicitaciones por el brillante combate del "Isabel II."—"Cervera."

"Habana, Junio 24 de 98.—General Linares.—Santiago.—Diga usted al Almirante Cervera que deseo conocer su opinión acerca de la situación y sus planes de campaña. Dígale también, que yo creo debo dejar ese punto tan pronto como pueda, é ir á donde le parezca más oportuno, porque su posición en ese puerto, á mi modo de pensar, es excesivamente peligrosa.

La noche pasada había sólo siete buques allí, mientras que en Cienfuegos había tres y aquí nueve, á pesar de lo cual el "Montevideo" y el "Santo Domingo," que salieron á las dos de la mañana, pudieron forzar el blaqueo con facilidad.—"Blanco."

"Madrid, Junio 24 de 98.—Capitán General Blanco.—Habana.—Estando reducida la escuadra bloqueadora á siete buques en Santiago, el gobierno piensa que es una excelente ocasión para que nuestra escuadra pueda huir.—Correa."

"Santiago, Junio 25 de 98 —Capitán General Blanco.—(Por intermedio del Almirante Manterola, Jefe del Apostadero) —Habana.—Desde el último despacho de usted, he recibido una carta del General Linares, trasmitiéndome un despacho de usted en el que me pide mi parecer acerca de la situación. En mi primera carta indicaba cual era, y en la presente ocasión entraré en detalles. No es cierto que la escuadra bloqueadora haya sido nunca reducida á solo siete buques; y aun cuando así fuera, los seis principales solamente, representan una fuerza tres veces mayor que la mía. La falta de cañones de gran alcance en las fortificaciones á la entrada del puerto, nos impide mantener los buques americanos á gran distancia. Por tal razón, sucede que están siempre á la boca del puerto y con sus poderosos focos de luz hacen para mí imposible escapar sin presentar batalla y derrotarlos: á mi juicio cualquiera tentativa para dejar este puerto, traería consigo de un modo seguro, la pérdida de la escuadra, la muerte de casi toda la tripulación, cosa que yo nunca tomaré bajo mi responsabilidad; pero si usted lo ordena, lo ejecutaré. A mi modo de pensar, la pérdida de la escuadra era segura desde que se me ordenó venir aquí, así es que la gravedad de la situación presente, no me causa sorpresa. Usted ordenará si debo ó no, ir á este sacrificio que yo creo será inútil.—"Cervera."

"Santiago, Junio 25 de 98.—Capitán General Blanco, Habana.—El Gobierno me ordena ponerme bajo sus órdenes conforme al decreto de Noviembre 13 de 1872, lo que hago con el mayor placer, pues tal es mi deber y daré á Ud. detalles acerca de las condiciones de la escuadra:

El «Infanta María Teresa» «Oquendo» y «Vizcaya» se vieron obligados á encallar, fueron incendiados, siendo después volados por los cañones de nuestros buques como á veinte millas distante de Santiago.

El «Furor» y el «Plutón» fueron destruidos á veinticuatro millas del puerto.

Nuestras bajas consisten en un muerto y dos heridos.

De tres mil proyectiles para los cañones Hontoria de catorce centímetros, solo seiscientos veinte están útiles. Los otros se encuentran absolutamente inútiles, no habiendo sido reemplazados por otros buenos, á causa de la falta de medios cuando salimos de España. Dos cañones Hontoria de catorce centímetros del "Oquendo" no están buenos y he ordenado que sean cambiados: un gran número de espoletas están fuera de servicio. Al "Colon" le falta su batería principal. El fondo del "Vizcaya" está sucio y ha perdido su velocidad. El "María Teresa" tiene pocos cañones útiles y los del "Vizcaya" y "Oquendo" casi no tienen parque. Además, tenemos muy poco carbón y provisiones para el mes de Julio. La escuadra del bloqueo es cuatro veces superior. Por tales motivos, nuestra tentativa para dejar este puerto, significaría nuestra inmediata, segura y absoluta destrucción. Una gran parte de mis marineros está en tierra reforzando la guarnición de la ciudad. El día 23 consideré como un deber mío enviar al Gobierno los informes contenidos en el siguiente telegrama: "El enemigo está en el mar, ha capturado Baiquirí. Hoy capturará seguramente Siboney á pesar de la brillante defensa que se sostendrá. Ayer cinco batallones salieron de Manzanillo, llegarán á tiempo para prolongar la agonía, porque dudo mucho que sean capaces de salvar la ciudad. Como es absolutamente imposible para la escuadra escapar bajo tales circunstancias, espero resistir con todas mis fuerzas, en caso de necesidad, y destruir los buques como último recurso." Esta es la expresión de mi parecer que está de acuerdo con el de los comandantes de todos mis buques. Espero instrucciones.—Cervera."

"Madrid, Junio 26 de 98.—Capitán General Blanco —Habana —El Gobierno cree que en la primera oportunidad todos los buques de la escuadra ó aquellos cuyas condiciones ofrezcan la esperanza de poder salvarse, dejen el puerto y que se dé al Almirante entera libertad para seguir la dirección que le parezca —Correa."

"Habana, Junio 26 de 98.—Almirante Cervera.—Santiago.—Recibí sus dos telegramas. Correspondo altamente á la satisfacción que expresa usted al ser puesto bajo mis órdenes, me considero muy honrado y deseo que me considere más como compañero que como jefe. Me parece que usted exagera un poco las dificultades para salir de Santiago. No hay necesidad de pelear. Todo lo que se le pide á usted es salir de la prisión en que la escuadra se encuentra, y no creo que esto sea imposible si usted se aprovecha de circunstancias oportunas, tales como una noche obscura, un tiempo tempestuoso, etc. Así podrá usted burlar la vigilancia del enemigo y tomar el camino que mejor estime. Además, en caso de que sea sorprendido, recuerde que la puntería es incierta en la noche y aunque los buques sufran algunas averías, estas no serán de importancia cuando se tiene en consideración la salvación de la escuadra. Usted me dice que la pérdida de Santiago es segura en cuyo caso usted destruiría á la escuadra, y esta es mayor razón para que usted intente salir puesto que es siempre preferible para un soldado sucumbir en la batalla, cuando tiene muchas probabilidades de éxito. Por otra parte, la destrucción de los buques no es de ningún modo segura, puesto que pudiera suceder, como pasó en la Habana el siglo pasado, cuando los ingleses impusieron como condición para la capitulación, la entrega de la escuadra que estaba encerrada en ese puerto. Por mi parte repito, pienso que sería muy difícil, aun admitiendo la superioridad de los buques enemigos, que saliendo en una noche obscura y aprovechando una buena oportunidad como la partida ó reducción temporal de la escuadra enemiga, nuestros buques sufrieran grandes daños. Una prueba de esto, es la salida de aquí de "El Montevideo" y del "Santo Domingo" á pesar de los nueve buques bloqueadores; la salida del "Purísima Concepción" y la llegada del "Reina Cristina" á Cienfuegos cuando había tres buques enemigos Si sus buques fueran capturados de algún modo en cualquier puerto cubano, el efecto en todo el mundo, sería desastroso y la guerra se consi-

Las bajas al enemigo se cuentan por cientos, y mil trescientos prisioneros que se encuentran á bordo de mis buques. Entre los prisioneros se encuentra el Almirante Cervera. (Firmado.) Sampson.»

Gran parte de la colonia española de México, y los numerosos simpatizadores con quien cuenta la causa de España, se negaban á dar crédito á la noticia, con tanta más razón, cuan-

---

deraría terminada en favor del enemigo. En estos momentos todas las naciones de la tierra tienen fija la mirada en la escuadra de usted; en ella está encerrado el honor de la nación como estoy seguro de que usted comprende. El Gobierno es de la misma opinión; la situación no me ofrece ninguna duda, porque yo tengo gran confianza en el éxito. Dejo completamente á la discreción de usted el curso que seguirá, aun cuando varios buques tengan que ser sacrificados. Como una señal favorable, debo decir á usted que el Capitán del crucero alemán 'Gier,'' ha expresado la opinión de que la escuadra puede efectuar la salida de Santiago sin exponerse á grandes peligros.—'Blanco.''

''Santiago, Junio 27 de 98.—Capitan General Blanco.—Habana —Su telegrama de ayer obra en mi poder. Muchas gracias por sus cariñosas frases. Debería yo inclinarme ante su opinión sin discutirla, habiéndole ya comunicado mi opinión, después de madura reflexión Siempre he creído que existen otros marinos más competentes que yo, y mucho siento que ninguno de ellos pueda venir para tomar el mando de esta escuadra, haciéndome su subordinado Considero su telegrama como una orden para salir de la rada, y en tal virtud solicitaré del General Linares que vuelvan á embarcarse las fuerzas que saltaron a tierra, de conformidad con las órdenes de usted.

Ruego á usted se sirva confirmar la orden de salida del puerto, porque no está asentada en términos explícitos, y mucho me apenaría el no interpretar sus órdenes correctamente.—''Cervera.''

Santiago, Junio 28 de 98.—Capitán General Blanco.—Habana.—Es imposible reembarcar las fuerzas de la escuadra del Almirante Cervera hasta que lleguen los refuerzos.—''Linares.''

Habana, Junio 28 de 98.—Almirante Cervera.—Santiago.—Deseo mejorar todo lo posible la situación de Santiago. Estoy haciendo todo lo humanamente posible para enviar á usted provisiones, y si puedo hacerlo le enviaré refuerzos, para de esta suerte prolongar la defensa y tal vez lograr que se levante el sitio de la plaza, que dará por último resultado el salvamento de la escuadra En caso de no poder enviarle los refuerzos, tendrá usted que abandonar el puerto á pesar de las dificultades que se presentan. Mi resolución es, que permanezca la escuadra en ese puerto hasta que lleguen las raciones, esperando una oportunidad propicia para abandonarlo, partiendo para donde usted crea más conveniente; pero en caso de que las cosas se compliquen, aún al punto de creer que la caída de Santiago es inminente, la escuadra deberá partir inmediatamente de la manera que sea posible, y su destino será determinado por usted y los dignos comandantes de los buques, que no dudo confirmarán con sus actos la reputación de que gozan.—''Blanco.''

''Santiago, Junio 28 de 98.—Capitán General Blanco —Habana.—Recibí su telegrama. Favor de repetirlo desde la palabra 'grave'' hasta el fin de la oración, pues no lo he comprendido bien respecto á ese punto Todas sus órdenes serán cumplidas como mejor sea posible, á pesar del hecho que la escasez de carbón lo hará difícil. Estos buques necesitan doce horas para calentarse, y si permanecen encendidos para permitirles aprovechar la primera oportunidad para salir del puerto, quemarán á razón de quince toneladas diarias de carbón cada uno. Sin embargo, creo haber interpretado la significación de sus órdenes, que es, si tengo una oportunidad favorable, la aproveche de la mejor manera posible y si no, á última hora habré de salir del puerto aún á pesar de que la pérdida de la escuadra será inevitable.—''Cervera.''

''Habana, Julio 1.° de 98.—Almirante Cervera.—Santiago.—He tenido noticia del avance del enemigo á pesar de los heróicos esfuerzos de defensa de las tropas en Santiago, y de acuerdo con las instrucciones del Gobierno, usted debe reembarcar á aquellos de sus tripulantes que desembarcaron, y aprovecharse de la primera oportunidad para salir del puerto con todos sus buques. Tomará usted

to que en algunos cablegramas de Europa se afirmaba que la escuadra de Cervera había logrado escapar de la bahía de Santiago, después de un combate furioso con los barcos americanos, dirigiéndose á todo vapor hacia el Oeste. En Madrid mismo prevalecío con tal insistencia esta noticia que hubo públicas manifestaciones de regocijo para celebrarla. Pero el siguiente cablegrama de la Prensa Asociada no dejó lugar á ninguna duda.

«Madrid, Julio 5.—El Presidente del Consejo de Ministros, Señor Sagasta, anuncia oficialmente que la escuadra del Almirante Cervera ha sido derrotada; que el «Almirante Oquendo» fué incendiado; el «Infanta María Teresa» echado á pique, y que el almirante Cervera es hoy prisionero de guerra de los americanos.»

He aquí los detalles del combate:

Cuando Cervera hubo recibido el día 2 de Julio la ratificación de la orden dada por el General Blanco para que saliera de la bahía, se dispuso á la fuga.

Hubiera emprendido la marcha por la noche, según él creyó más conveniente, pero el General Linares le ordenó que no saliera sino hasta el día siguiente á las nueve de la mañana, hora en que podría sorprender á los marinos americanos, quienes, por ser domingo, estarían entregados á los oficios divinos.

Así, pues, á la hora convenida y aprovechando la ausencia del Almirante Sampson que había abandonado momentáneamente la escuadra bloqueadora á bordo del «New York,» para ir á inspeccionar las operaciones militares en Santiago, se hizo

---

la ruta que usted crea más conveniente, y queda usted autorizado para dejar en el puerto aquellos buques, que por razón de su poco andar ú otras razones, no tendrían la posibilidad de escapar. Debo informar á usted que en Cienfuegos, solamente hay tres buques enemigos bloqueando el puerto, y frente á la Habana hay nueve, ninguno de ellos de importancia.—"Blanco."

"Santiago, Julio 1.° de 98.—Capitán General Blanco.—Habana.—Como continuación de mi telegrama de ayer, debo informar á usted que el General Linares me contesta que no puede devolverme mis marinos porque ocupan posiciones á lo largo de la linea de fuego y en las trincheras, y que si se retiran, los americanos podrían avanzar por los puntos vacados. Sin estos marinos la escuadra no podrá salir del puerto. Espero nuevas instrucciones de usted.—"Cervera."

"Santiago, Julio 1.° de 98.—Capitán General Blanco.—Habana.—Por conducto del General Toral tiene usted noticia del combate de hoy. El General Toral opina que si se retiraran mis marinos de los puntos que ocupan, resultaría la caída de Santiago; y sin ellos no puedo intentar escapar. Mi opinión es la misma que la del General Toral, y nuestra salida sería en ese caso una fuga. Mis Capitanes opinan de la misma manera. Envié las instrucciones que pedí.—"Cervera."

"Habana, Julio 2 de 98.—Almirante Cervera.—Santiago.—Embarque con toda prisa sus marinos y salga del puerto inmediatamente con la escuadra.—"Blanco."

(Con su puño y letra, el General Blanco agregó al despacho las siguientes palabras que escribió á la vuelta del telegrama: "Doce horas solamente son necesarias para que Cervera se aliste.)"

Madrid, Julio 3.—Capitán General Blanco.—Habana.

Las instrucciones dadas al Almirante Cervera se aprueban.—"Correa."

en el buque insignia la señal de ponerse en marcha, y á las nueve en punto la escuadra española abandonaba el puerto de Santiago donde había permanecido seis semanas.

Encabezaba el desfile de la flota el «María Teresa,» buque insignia; le seguían por orden el «Vizcaya,» el «Colón» y el «Oquendo» como á un cable distancia uno de otro, y los caza torpederos «Plutón» y «Furor.»

Pasó el «Tetesa» sin dificultad, lo mismo que el resto de la escuadra, el obstáculo que se había creído presentaría el «Merrimac,» hundido por el teniente Hobson, pocos días antes.

La posicion de la escuadra de Sampson era un semicírculo formado por el «Brooklyn,» «Texas,» «Iowa,» «Oregón,» «Indiana» y «Gloucester.» El «New York,» navío Almirante, formaba entre el «Brooklyn» y el «Texas,» pero á la hora del combate se hallaba ausente, según hemos dicho. Igualmente el «Massachusetts» y el «Marblehead» se hallaban en Guantánamo.

Cuando el Almirante Cervera se convenció de que había sido descubierto por los navíos enemigos, que aparecían al frente, formando un cerco de ocho millas, dió orden de que su buque rompiera el fuego. Todos los demás caminaban con toda la fuerza de sus máquinas, tratando, ante todo, de escapar.

Los navíos bloqueadores que habían descubierto á los buques enemigos desde su aparición en la boca del canal, se movían también á toda máquina para ponerse en línea de combate.

El Comodoro Schley, que tripulaba el «Brooklyn,» en ausencia del Almirante Sampson, asumió el mando, á la vez que el «Resolute» partía, con toda su velocidad, á dar parte al Almirante Sampson de que el enemigo pretendía alejarse.

Una vez fuera de la rada los buques españoles trataron de escapar, doblando por su derecha, á la izquierda de la escuadra bloqueadora.

En razón á su velocidad, pronto cambiaron de posición: el «Colón» y el «Vizcalla,» como más veloces, se pusieron á la vanguardia dejando frente á la flota al «Teresa» y al «Oquendo» que por lo mismo fueron las primeras víctimas.

Empezaron á atacar al «Teresa» el «Indiana» y el «Iowa» siendo éste el que acertó primeramente un disparo en el buque insignia español.

Los navíos americanos tuvieron que describir una curva para ir en persecusión de la escuadra fugitiva, porque trataban de evitar el efecto de las baterias de tierra, especialmente de la del Morro.

El «Oregon» y el «Texas» enviaban sus granadas contra el «Vizcaya» y el «Colón» si bien este último media hora después de su salida de la bahía, iba poniéndose fuera del alcance de sus perseguidores.

Entretanto el «María Teresa» que como hemos dicho, había recibido una granada del «Iowa», fué alcanzado por otra metralla del «Indiana» que produjo el incendio á bordo con suma rapidez.

A las díez y quince minutos el «Teresa» tenía la mayor parte de sus cañones desmontados y un violento incendio había invadido todos sus departamentos: empezaba á hundirse. Entonces el Almirante Cervera cediendo ante lo imposible, determinó embarrancar su buque y así lo verificó en las rocas de Nima-Nima, á seis millas de Santiago, arriando su bandera.

El Almirante abandonó el último el navío; salió á nado á la playa inmediata ayudado por un hijo suyo, oficial de su mismo buque; más viendo que el «Gloucester» envió sus botes para salvar á los naufragos, se rindió al teniente Morton y se hizo conducir prisionero al referido buque.

Al ser recibido en el portalón le estrechó la mano el comandante y le dijo: «Saludoos Señor. Habeis sostenido un combate como ninguno se vió en el mar.»

El «Oquendo» fué averiado tambien muy pronto por los proyectiles del «Brooklyn» «Oregon,» «Iowa» é «Indiana». Uno de ellos determinó la explosión de la santa bárbara y produjo el incendio rapidamente. Luego hicieron explosión sus propios torpedos.

A las 10 y 30 a. m. ó sea un cuarto de hora después del «Teresa», el «Oquendo», completamente destruido, arrió su bandera y enarboló la de rendición, embarrancando en el lugar de la costa llamado Juan González.

Fuera de combate estos dos buques, el fuego americano se concentró en el «Vizcaya» que en pos del «Colón» amenazaba escapara de sulcance.

El «Oregon» y el «Texas» lo perseguían mas de cerca; el estallido de las baterías indicaban que los proyectiles americanos hacían explosión en el interior del buque. El «Pluton» y el «Furor» pretenden entonces acercarse al «Vizcaya,» á tiempo que el «Iowa» reforzaba el ataque del «Oregon» y el «Texas,» y más tarde el «Gloucester.»

El «Vizcaya» continuaba haciendo fuego sobre sus enemigos con objeto de favorecer el avance de los torpederos; más fué imposible. El »Gloncester», á la vez que recibia una descarga de toda la segunda batería del «Vizcaya», se puso frente á los torpederos á fin de impedirles el paso. El «Oregon» el «Iowa» y

el «Texas» descargaron entonces una lluvia de metrallas y balas sobre ol «Vizcaya,» precisamente á tiempo que el Almirante Sapson, á bordo del New York llegaba al teatro de la guerra.

El «Vizcaya», bastante averiado ya, tuvo aun que hacer frente á un enemigo mas: el Indiana que llegó á reforzar el ataque, no sin haber antes dejado fuera de combate á los torpederos, conbinando sus fuegos con los del «Gloucester.»

Tanto el «Furor» como el «Pluton» fueron víctimas de explosiones en sus propios almacenes, determinados por los fuegos enemigos.

El resto de las tripulaciones [pues la mayor parte pereció] se echó al mar para ganar la playa á nado, mas fueron recogidos los naufragos por los botes del «Gloucester»

A las 11 y 15 a. m. el Vizcaya arrió la bandera que había defendido tan heroicamente y embarrancó en Aserraderos, á quince millas de Santiago. Su tripulación fué recogida por el «Iowa» el «Ericson» y el «Hist» que se apresuraron á socorrer á los náufragos.

Debido á la superioridad de su maquinaria el Colón continuaba su marcha y á esa hora aventajaba seis millas de distancia al «Brooklyn.» Este buque, el «Oregón,» el «Texas» y el «Iowa» daban caza al último de la escuadra española, que por su ligereza parecía iba á escapar; pero no fué así. La lentitud decreciente de sus disparos indicaba el terrible efecto de los del enemigo, hasta que al fin uno de los proyectiles del «Oregón» determinó una explosión que hizo asomar las llamae sobre cubierta. El capitan del «Colón», don Emilio Moren se vió pués obligado á virar hacia la playa, comprendiendo que todo había concluido. A la 1 y 20 p. m. se rindió encallando en Rio Torquino.

Su tripulación fué conducida á bordo del «New-York.»

Una narración americana dice asi, apropósito del «Colón» y el heroismo de Cervera:

«El «Cristobal Colón» era el navío almirante de la escuadra española y el único que, por su velocidad suprema, se esperaba que se salvaría. Por esta razón, deseando ligar al suyo el destino de los otros, el almirante Cervera transfirió su bandera al infanta «María» Teresa» á cuyo bordo esperaba sobrevivir ó perecer más claro: asociarse á la suerte deparada á los que mas riesgo iban corriendo en una tentativa circundada de peligros. Esta acción valerosa, ésta abnegación ejemplar, parecen ser caracteristicas en el caballeroso Almirante.

De su presencia de espíritu y de su intrepidez en la tentativa frustrada de su salida de la Rada de Santiago, solo se dirá que combatió contra elementos muy superiores y que su actitud en un combate tan desigual es un hecho distinguido en los anales de la historia naval.

Las dotaciones españolas se batieron con el heroismo tradicional, con el mismo denuedo de las de Manila. De los 2,110 hombres del Almirante Cervera, algo más de seiscientos perecieron al pié de las baterías, heridos unos por el fuego americano, víctimas otros de la explosión de santa bárbara abordo.

Los puentes de los cruceros españoles quedaron cubiertos de cadáveres. Tuvieron entre muertos y heridos 1300 bajas; de éste número 600 corresponde á los muertos y 1400 fueron hechos prisioneros. También sobre el mar se veían flotar numerosos restos humanos.

La humareda que desprendían los buques incendiados cubria un espacio de cuatro millas.

He aquí el parte oficial de Almirante Cervera:

«Playa del Este, Julio 4 de 98.—Capitán General Blanco, Habana.—Salí de Santiago de Cuba ayer por la mañana con toda la escuadra y después de combate desigual y contra fuerzas tres veces mayores que la mía, toda mi escuadra quedó destruida, habiéndoles dado orden de que encallaran sobre las rocas. El «María Teresa» el «Oquendo» y el «Vizcaya» hicieron explosión y el «Colón» según me informan los americanos, embarrancó y se volcó; los destoyers hicieron explosión Aun no sé el número de los quo hayan perecido, pero á no dudarlo pasarán de seiscientos los muertos y los heridos son muchos, aunque no en tan gran proporción. Nosotros los supervivientes somos prisioneros de los americanos Mi gente se portó con gran valor y se han conquistado las alabanzas del enemigo Al comandante del «Vizcaya» se le permitió retener su espada. Estoy altamente satisfecho de la generosidad cón que nos trata el enemigo. Villamil se cuenta entre los muertos y creo Lazaga también pereció. Entre los heridos se encuentra Eulate. Hemos perdido todo y necesito fondos.—*Cervera*

V.

He aquí la descripción que hace de la memorable batalla el capitán Evans, del «Iowa,» la cual es, sin duda, la más detallada:

«Cuando el primer buque del Almirante Cervera enseñó su proa á la entrada de la bahía de Santiago, un marino que en esos momentos se encontraba sentado en el puente del buque de guerra «Iowa» gritó: ¿qué es aquél punto negro que se destaca en la boca de la barra?

En un momento la tripulación del «Iowa» estaba en sus puestos respectivos, y la aproximación del buque enemigo era seña-

lada á la vez por una espesa nube de humo que anunciaba el primer cañonazo de alarma, á las nueve y treinta minutos de la mañana.

A la sazón yo me encontraba en mi camarote, y al oir el disparo precipitéme á la cubierta, y en el acto comenzó la maniobra de guerra; el timbre de señales ordenó al maquinista marchar á plena velocidad; cargué el timón á estribor y en breves instantes el «Iowa» cruzaba los límites de proa del «Infanta María Teresa,» el primer buque de la escuadra enemiga, que majestuosamente salía de la bahía de Santiago de Cuba. Luego que los movimientos del «Iowa» fueron conocidos del enemigo, el «María Teresa» rápidamente se escabuyó hacia el Oeste, más un tanto fuera de tiempo, pues una metralla de doce pulgadas, hábilmente lanzada del cañón frontero hacía su terrible explosión en la proa del elegante buque español.

¡Entablóse la lucha! y esta constituyó un verdadero espectáculo.

La salida de la hermosa, pero infortunada escuadra enemiga, en perfecta columna, equidistante, aumentando su velocidad á trece nudos, era soberbia.

El «Iowa,» desde ese momento no cesó de hacer fuego con sus cañones de grueso calibre; siempre adelante del «María Teresa,» obligándole á mantener su proa á estribor y procurando con mis cañones de proa, echar á pique uno de los buques que tomaban la descubierta. «el Oregón,» «el Indiana,» "el Brooklyn" y "el Texas," por su parte hacían excelente trabajo con sus cañones de grueso calibre.

En un corto espacio de tiempo, relativamente, todos los buques enemigos habían salido de la barra, y se hizo casi imposible para el "Iowa" poder destruir el primero ó segundo buque enemigo, dada la inferioridad de locomoción á los cruceros españoles.

A esa hora, después de la salida de la escuadra del Almirante Cervera, la columna enemiga se encontraba á diez mil yardas de nosotros, casi poniéndose fuera de tiro certero. No había tiempo que perder, y cargué el timón á estribor, virando rápidamente, para descargar sobre el «María Teresa» una completa andanada de los cañones de ese lado del «Iowa,» quien, volviendo á tomar su posición con suma presteza, dirigió su proa al segundo crucero que pasaba, el "Oquendo," y descargó sobre éste sus gruesos cañones del frente.

Las máquinas, durante estas maniobras, movían sus excentricas con una velocidad vertiginosa, imprimiendo á nuestros buques un avance de proa tan fuerte, que las turbulentas olas eran hendidas hasta llevar su espuma sobre el puente; en tan-

to que el "Oquendo" y el "María Teresa" disparaban sobre mi buque «Iowa» una verdadera granizada de bombas, cuyos estragos sólo fueron sentidos en las chimeneas y el palo mayor.

El "Cristóbal Colón," siendo de más rápido andar que el resto de la flota española, presto dejó á sus compañeros á retaguardia, haciendo poderosos esfuerzos para escaparse.

Este crucero al pasar frente á "Iowa" colocó dos metrallas de á seis pulgadas con magnífica puntería en nuestra proa por el lado del estribor; una de éstas atravesó de parte á parte nuestra caja impermeable, derribó la defensa y fué á reventar en el interior de los camarotes de proa, causando estragos de consideración; la otra pasó el casco á la altura de la línea de flotación y se fué á alojar cerca de la caja impermeable, donde aún permanece.

Una vez que era imposible para el "Iowa" la destrucción de alguno de los cruceros españoles, que habían avanzado mucho adelante del "Oquendo," determiné cortar el paso á éste y, para el efecto, cargué el timón á estribor y gané la paralela del buque enemigo; colocándose el "Iowa" á mil cien yardas de distancia y disparando toda la batería, inclusive los cañones de tiro rápido, hice suspender un tanto la marcha del «Oquendo.»

El resultado de esta descarga fué aterrador!

Muchas bombas de á doce y de á ocho pulgadas vimos que hicieron explosión dentro del casco del buque, y pronto las llamas y el humo comenzaron á envolverle.

Pasado que hubo el pánico las máquinas del «Oquendo» volvieron á funcionar, y listo alejóse del «Iowa» para, en mala hora pasar frente al «Oregón» y el «Texas», que á su turno descargaron sus baterías sobre el enemigo.

En esos momentos el grito de alarma de nuestro vigía anunciaba la aparición de dos torpederos destructores, un cuarto á estribor y á cuatro mil yardas de distancia.

Inmediatamente fué abierto el fuego sobre ellos, y una metralla de doce pulgadas destrozó completamente la popa de uno . . . . Al mismo tiempo que hacía explosión nuestra bomba en el bote enemigo, una, lanzada por ellos, pasaba á muy pocos piés sobre mi cabeza.

¡Bravo! exclemé..... ese parece saber mucho de artillería!...

En la horrible revuelta de los cruceros que en desorden avanzaban, se movía de uno á otro lado el pequeño «Gloucester», ora disparando sobre un crucero, ora sobre un torpedero, y causando estragos por todas partes donde había blanco sobre que hacer tiro. Fué una verdadera maravilla que no hubiese quedado destruido por el chaparrón de metrallas que en su derredor hacían explosión.

La sangrienta lucha tomaba incremento por instantes. El «Vizcaya» se defendía con desesperación y logró colocar algu-

nos proyectiles en la cubierta del «Iowa»; durante quince minutos el cañonéo, por ambas partes, llegó á su maximun de accion.

El «Vizcaya» con asombrosa rapidez disparaba sobre el «Iowa»; más sus proyectiles no causaban efecto alguno debido á su mala dirección; en cambio las bombas del buque americano visitaban con suma frecuencia los flancos del crucero español que al pasar frente al «Oregón» recibió de éste una completa granizada de bombas.

Los estragos del combate empezaron á ser palpables: el «Infanta María Teresa» y el «Almirante Oquendo» alejándose de la columna del enemigo, ponía su proa con rumbo á la playa, envuelto en espesos nubarrones de humo producido por el incendio.

El «Texas» el «Oregón» y el «Iowa» atacaban sin tregua á los buques españoles, los cuales en pocos momententos quedaron convertidos en informes masas de humo y fuego, arriando su bandera.

Presto el «María Teresa» desplegó su bandera blanca, á la vez que su tripulación en completo desorden, se precipitaba á la mar. Pocos minutos después la «santa bárbara» de este hermoso buque producía una formidable explosión. Esto pasaba veinte minutos despues que fué disparado el primer cañonazo de esa memorable acción naval.

En segundo término, y á una aparente larga distancia, el «Brooklyn» y el «Cristóbal Colón» ocupábanse con matemática precisión en cambiar metrallas mutuamente.

Cincuenta minutos después de haber disparado nuestro primer proyectil, había otro crucero fuera de combate: el «Vizcaya» lamido por las llamas dirigía su proa hacia la playa de Aserraderos, donde al fin encontró su último lecho de descanso.

Sabiendo que yo no podía dar alcance al «Cristóbal Colón.» y que el «Oregón» y el «Brooklyn» indudablemente podían, en compañía del «New York,» siendo éste el que más se acercaba á él, resolví acudir al llamamieto de la humanidad, y me allegué á aquel brillante y bravo cuerpo de marinos que habían rendido su bandera á la escuadra americana, al mando del Almirante Sampson. Así fué cómo la proa del «Iowa» se dirigió hacia el «Vizcaya» cuyo casco estaba envuelto en largas llamas. Mi buque avanzó hasta donde la profundidad lo permitía y en seguida se largaron todos los botes para socorrer á los vencidos que se estaban ahogando por docenas. Los que por sus horribles heridas, no habían podido echarse al mar, se retorcían desesperadamente sobre la cubierta del crucero español, presas del fuego que los asara, vivos aun. El número de valientes rendidos era grande.

Al mismo tiempo que me acercaba á impartir auxilios á los marinos españoles, descubrí que una partida de cubanos desde los arrecifes hacía fuego sobre aquellos desafortunados náufragos que luchaban cuerpo á cuerpo con la muerte, arrollados por las enormes olas que con furia reventaban en las rocas abruptas de la playa.

Esto no duró mucho tiempo, pues tres ó cuatro bonbas de grueso calibre se encargaron de calmar la furia de los que bien pudiéramos, por la barbárie que cabe en el acto, llamar salvajes. Lo qne á mi pesar no puede remediar, fué la mutilación de tanto hombıe cometida por la tremenda cantidad de enormes tiburones.

Estos seres inhumanos se encontraban en un alto grado de exitación producida por el espectáculo que ofrecía el mar tinto en sangre y los ayes supremos de dolor salidos de los moribundos valientes.

Mi tripulación activa, bien pronto había recogido algunos centenares de náutragos, y pude á la vez socorrer á los que se quemaban en la cubierta del crucero «Vizcaya» cuyos pequeños almacenes hacían explosión á cortos intervalos causando horrorosos estragos en el buque. Mis botes regresando con su carga humana formaban un largo cordón y presto se llenó la cubierta del «Iowa» con la fuerza española, siendo de notar que todos desde oficiales á marineros, estaban completamente desnudos. Las piernas de algunos de ellos estaban enteramente destrozadas por el contacto de las metrallas, y otros estaban mutilados de una manera inconcebible.

En el fondo de los botes había tres ó cuatro pulgadas de sangre; en muchos viajes llegaban algunos cadáveres sumergidos en aquel rojo imponente líquido. Estos bravos luchadores muer tos por la querida patria, fueron después sepultados con los honores militares debidos, por los tripulantes del «Iowa». Ejemplos de heroismo, ó mejor dicho de fanatismo por la disciplina, jamás habían sido llevados al terreno de la práctica tal cual se llevaron por los valientes marinos españoles. Uno de estos, con el brazo izquierdo completamente arrancado de su sitio, el hueso descarnado pendiendo solamente de pequeños fragmentos de piel, enteramente desnudo, bañado en sangre, con serenidad estóica, subić la escala y al pisar la cubierta del «Iowa», se cuadró y saludó á mi tripulación con tan hondo respeto que todos nos sentimos altamente conmovidos. Otro de estos valientes llegó, metido en una charca de sangre, con la pierna derecha únicamente; fué atado con un cable é izado á bordo sin proferir una sola queja.

Gradualmente se fué llenando la cubierta de españoles; el maderámen siempre blanco y limpio, se veía entonces, total-

mente rojo de sangre, y ya plenamente ocupado por los rendidos, era casi difícil reconocer en el «Iowa» un buque de guerra americano.

La sangre imperaba por doquiera, y después de algunas horas de fatigas nobles, doscientos setenta y dos hombres desnudos recibían agua y alimentos, de aquellos que pocos minutos antes, les habían enviado verdadera lluvia de metrallas que sembraban desolación y ruina.

Para terminar aquella faena llegó el último bote conduciendo al capitán del «Vizcaya,» señor Eulate, para quien se llevó una silla, pues evidentemente estaba herido. Todos sus oficiales y marineros al verlo llegar se apresuraron á darle la bienvenida, cuadrándose y presentaron armas luego que se desató la silla de la carrucha. El capitan Eulate, poco á poco se puso en pié me saludó con grave dignidad, desprendió su espada del cinto llevó su guarnición á la altura de sus labios, la besó reverentemente y con los ojos brotando lágrimas me le entregó!!!

Aquel hermoso acto quedará indeleble para siempre en mi memoria. Saludé al valiente español y no ecepté su espada. Un sonoro y prolongado ¡hurra! sulió de la tripulación del «Iowa.» Luego tomaron mis oficiales al capitán Eulate en silla de manos y lo condujeron á un camarote ya dispuesto, para que el médico le reconociera las heridas; ya que íbamos á bajar de la cubierta una formidable explosión, que hizo vibrar las capas del aire á varias millas en rededor, anunciaba el fin del "Vizcaya." El capitán Eulate volvió la cara y extendiendo los brazos hacia el lugar donde se produjera la detonación grito: "Adios «Vizcaya» . . . ya . . . » y los sollozos ahogaron sus palabras.

La guerra había entonces asumido otro aspecto: el pagador del "Iowa" ordenaba la distribución de uniformes entre aquella multitud de hombres desnudos y presto las provisiones reparaban los cuerpos fatigados del combate.

Como viera yo que la tripulación de los dos primeros buques echados á pique no había sido visitada por los nuestros, puse la proa hacia donde se hallaban. A poco andar encontré al "Gloucester" que regresaba trayendo al Almirante Cervera á sus oficiales y un gran número de heridos, muchos de estos enteramente mutilados. Varios prisioneros que ganaron la playa fueron muertos por las balas cubanas.

En seguida el "Haward" recogió la tripulación del "Almirante Oquendo" y del "Infanta María Teresa" y cerca ya de media noche, el primero de estos buques tenía á su bordo novecientos setenta y seis prisioneros de guerra estando heridos un considerable número de ellos.

Con respecto á valor y energía nada hay registrado en las páginas de la historia que pueda ser un símil con la acción del Almirante Cervera.

Salió, como él perfectamente lo sabía, con la plena convicción de que su flota quedaría destruida por la escuadra americana; mas tenía la esperanza de poder salvar al "Cristóbal Colón" debido á su gran velocidad. El espectáculo que ofrecían los dos torpederos destrucctores, meras cáscaras de papel, marchando á todo vapor bajo la granizada de bombas enemigas en pleno día, sólo se puede describir de esta manera: un acto español y ordenado por el General Blanco; la misma frase encaja perfectamente con respecto á todo movimiento de la escuadra española: heroísmo en su más alto grado.

En contraste con los candentes arranques de los españoles estaba el efecto del frío y deliberado trabajo yanquee.

La escuadra americana permanecía sorda á todo sentimiento humanitario; al parecer estaba allí para combatir y destruir, y así fué que al entrar en zafarrancho de combate, atacó sin piedad al enemigo; mas esta crueldad trocóse en generosa cortesía cuan presto arriaron su pabellón los españoles, y sin apasionamiento diré, que si en alguna memorable jornada cupo el sentimiento de humanidad, éste fué demostrado por los americanos.

El Almirante Cervera fué trasbordado á mi buque del «Gloucester» que lo había salvado de una muerte segura. Al saltar sobre cubierta fué recibido militarmente por un completo estado mayor del Camandante y los artilleros del «Iowa.» Con los rostros ennegrecidos por la pólvora, salieron casi desnudos á dar la bien venida al valiente marino, que en traje interior únicamente y con la cabeza descubierta gravemente pisaba el puente del buque vencedor.

La numerosa tripulación de «Iowa» en unión de la del «Gloucester» prorumpía en un grito de júbilo cuando el Almirante español respetuosamente saludó á los marinos americanos.

Aunque el valiente vencido sin insignia ninguna, ponía su desnudo pié en la cubierta del «Iowa» todo el mundo hubiera reconoido que cada molécula del cuerpo de Cervera, constituía por si sola, un almirante.

Su rendición á los rudos golpes de la guerra la efectuó con tan heróicos y nobles detalles, que por siempre lo colocarán á una altura envidiable.

El «Iowa» disparó treinta y una metrallas de doce pulgadas, cuarenta y ocho, de á ocho, doscientas setenta de á cuatro, mil sesenta proyectiles de á seis libras y ciento veinte de á una libra. Los oficiales del «Vizcaya» me dijeron que les había sido imposible sujetar á sus artilleros ante sus cañones respectivos, debido al nutridísimo fuego de los buques americanos.

El agua que arrojaban las mangueras, mezclado con la sangre que abundantemente manaba de las heridas de los españoles, daba á la cubierta de sus cruceros un aspecto imponente y desolador. Fragmentos de seres humanos yacían en confusión entre los cañones enemigos, y á cortos intervalos las metrallas sembraban el pánico.

Por las cavidades de uno de los costados del «Vizcaya» se escapaban enormes lenguas de fuego que enroscándose en la cubierta, tostaban los cuerpos de los moribundos que desesperadamente pedían socorro con lastimeros gritos.

Las explosiones de los buques encallados se sucedían sin tregua y cada conmoción de estas era seguida de inmensos ayes de martirio.

De los cañones de seis libras fueron disparados cuatrocientos cuarenta proyectiles. En la parte superior de la torrecilla los artilleros no descansaban un instante disparando sin cesar con los cañones de á libra. Las bombas enemigas cruzaban silbando por encima de los artilleros sin que estos siquiera se agachasen para esquivar sus golpes.

Uno de estos aguerridos hombres, cegado completamente por la pólvora, permanecía sobre la manivela de sus cañones de á doce, maniobrando al acaso, sin que humanos esfuerzos bastaran á desprenderlo de su puesto. Otros, carbonizados casi, con un pañuelo mojado sobre la cara, con dos agujeros para los ojos, disparaban metrallas con una presteza increible.

Como los cañones de á seis estaban tan cerca de los de á ocho, no se podía permanecer entre ellos con seguridad, y así, cada vez que eran disparados los de grueso calibre se ordenaba á los artilleros de los primeros retirarse; mas estos se negaban á obedecer aquella orden y seguían en su sitio enviando chaparrones de bombas. Cuando los cañones de á ocho pulgadas eran disparados, la conmoción era tan terrible, que repelía á la parada de artilleros de los cañones de menor calibre á una distancia de diez piés, cual si fuesen de papel. ¡Nada importaba! Estos, sordos como un canto, debido á las tremendas vibraciones, regresaban furiosos á sus cañones y, á su vez, hacían fuego sin cesar, hasta que por último, por la fuerza, eran arrastrados de sus puestos.

Tal encarnizamiento y tal bravura eran frecuentemente observados en todos los cruceros empeñados en la refriega.

Durante la permanencia del Almirante Cervera en el «Iowa,» de todos se hizo amar. Nos dijo que después que recibió la orden de marcha del Gral. Blanco que efectuaría la noche del día 2 de Julio pero que el Gral Linares se lo impidio diciéndole: «Espere vd. hasta mañana en la mañana, que á esa hora los sorprenderá cuando estén entregados al servicio divino, pues es domingo.

Para terminar mi mal trazada descripción agregaré que, el «Indiana» fué tocado dos veces, el «Oregón» tres y el «Iowa» nueve veces. Con respecto á los otros buques americanos, no podría yo fijar sus averías, pues eso toca á sus capitanes respectivamente.»

Hasta aquí la narración del capitán Evans.

Los marinos españoles supervivientes al desastre afirman que el capitán del «Oquendo» Don Juan de Lasaga se suicidó antes de declararse prlsionero.

El comandante Villamil, segundo de Cervera, y jefe de la flotilla torpedera, pereció á bordo del «Plutón.» Villamil era reconocido en España como el perito más eminente en materia de explosivos aplicados á la guerra naval.

De la tripulación del «Oquendo» que se componía de 487 personas, sólo se salvaron cinco.

He aquí los nombres de los jefes y oficiales hechos prisioneros.

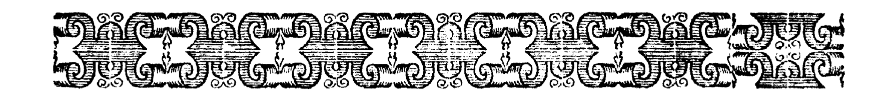
Del «María Teresa:» Almirante, D. Pascual Cervera: Capitan, Mc Choron; Pagador, Mellado; Tenientes: Burquetas, Irnaz, Cerón, Cervera, Carrasco; Cadete, Moreno.

Del «Vizcaya:» Capitan Eulate (herido); segundo Capitan Roldán; Tenientes, Capriles, Quorija, Leujo, Pasos y Suaucés; Guardias Marinas: Castro, Castañeda, Manjón, Sobrini; Capellán, Biesa; Cirujano, Jurada; Cadetes: Morris, Manjón, Vega. Quezada, Tossi, Obertin y Bentiiz; infanteria de Marina: Capitán, Beleato.

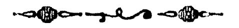
«Cristóbal Colón» Comodoro, Don José Paredes; Capitán D. Emilio Moreu; Capitán de Infantería de Marina, León; Tenientes; Brutón, Cal y Paredes; Cirujano, Nuñez; Subtenientes: Arancibia, Lerba; Pagador, Cobanillas; segundo Cirujano, Meneses; Capellan, Gronero; Ingeniero, Chapelle.

Caza-torpedero «Furor:» Teniente, Carlier; Ingeniero, Curnéa.

Caza-torpedero «Plutón:» Teniente Vesca; Ingeniero, Bordo; Marinos, setecientos treinta y ocho.



CAPITULO XIV.



Demandas de rendición de Santiago.—Consecuencia de la pérdida de la escuadra española. - Dificultades en la comunicación con España.—Rendición de Santiago —Bases de la capitulación.—Cesan las hostilidades.—Capitulación de Manila.

I.

Los pliegos, que hemos visto en el capítulo anterior, que envió al General Toral el jefe americano Shafter contenían la demanda de la rendición y también el aviso de que, si no se accedía á su solicitud, bombardearía la ciudad. Como el General Toral por sí solo no pudiese resolver nada respecto á la rendición sin comunicarlo antes á Madrid para obtener instrucciones, la respuesta que envió al General americano no fue la que éste deseaba, esto es, no decidía la capitulación, pero indicaba se debían suspender las hostilidades para dar tiempo á que las mujeres, niños, ancianos y no combatientes se pusiesen á salvo del bombardeo, caso de que para el plazo fijado por Shafter no hubiese decidido nada el jefe español.

Al día siguiente se intimó de nuevo al General Toral, jefe de la guarnición de Santiago, la rendición de la plaza, y como respondiese con una negativa firme y enérgica, más de quince mil personas embargadas por el pánico intentaron salir de la ciudad huyendo de los horrores del bombardeo y del hambre. Ancianos decadentes, mujeres llevando en brazos á sus crías, niños de poca edad, se dirigieron á Caney, á San Luis y otros puntos en busca de pan y de seguridad.

He aquí las comunicaciones cambiadas con tal motivo entre ols jefes de ambos ejércitos:

«Cuartel General de las tropas americanas, cerca del río de San Juan, Isla de Cuba. Julio 3 de 1898. E. a. m.—Al comandante en Jefe de las tropas españolas.—Santiago de Cuba. Se

ñor: Me veré obligado, si usted no rinde la plaza, á bombardearla. Ruego á usted informe á los ciudadanos de naciones extranjeras y á las mujeres y niños que deben abandonar la ciudad antes de la una del día de mañana.—De usted respetuoso y obediente servidor.— *R. W. Shafter*, Mayor General del Ejército de los Estados Unidos.»

La siguiente es la contestación que por conducto del Coronel Dorst recibió á las seis y treinta p. m: «Santiago de Cuba, 2 p. m. Julio 3.—A su excelencia el Gral. en jefe de las tropas de los Estados Unidos. Río de San Juan.—Tengo el honor de responder á la comunicación de Ud. fechada hoy á las 8. 30 p. m. y recibida á la una de la tarde, en la cual demanda Ud. la rendición de la ciudad, y, en caso contrario, me anuncia que bombardeará la ciudad y que debo avisar á los extranjeros, mujeres y niños, que abandonen la ciudad antes de la una de la tarde de mañana.

Es de mi deber decir á Ud. que esta ciudad no se rendirá, y que informaré á los Cónsules extranjeros y habitantes, del contenido de su mensaje.—De Ud. respetuosamente. Toral, Comandante en jefe del cuarto cuerpo del ejército.»

El día 4 se reanudó, pues, el oombate, en vista de la negativa de Toral.

El resultado inmediato de la irreparable pérdida de la escuadra española fué que los americanos pudiesen emprender sus operaciones de sitio sobre Santiago con toda calma y seguridad, porque lejos de que hubiera buques que los molestasen con sus disparos desde la bahía, contaban con la cooperación de su escuadra que podía causar, y en efecto causó, grandísimo daño entre los conbatientes españoles. El Gobierno de Washington desplegó la mayor actividad en enviar á Shafter todos los refuerzos posibles y desde el 6 del mismo mes de Julio comenzaron á zarpar transportes de Tampa conduciendo soldados, artillería, y provisiones de boca y guerra en gran cantidad.

Por lo que hace á la rendición, el jefe de las fuerzas de Santiago no sabía que partido tomar. El no podía admitir la capitulación sin recibir antes de Madrid la orden correspondiente, y como el cable que comunicaba á Santiago con la capital de España estaba en poder del enemigo, no podía valerse de él para resolver tan difícil situación.

Mientras tanto el General Shafter puso una nueva comunicación á Toral manifestándole que con objeto de facilitar la salida de los no combatientes, extrangeros, mujeres, niños, etc. concedería un nuevo armisticio hasta el día 10, en cuya fecha iba á continuar el bombardeo si no hubiere recibido aviso de que la capitulación era aceptada.

El General español reunió á los principales jefes y oficiales de su ejército para consultarles sobre la determinación que sea-

ría prudente tomar en la imposibilidad de comunicarse con el Gobierno de España. Todos opinaron unánimemente que se resistiera al enemigo hasta el último extremo.

Mas como el plazo señalado no tardaba en cumplirse y las probabilidades de la victoria aumentaban cada día en favor de los invasores, decidióse el General Toral á solicitar el permiso de los americanos para comunicarse con el General Blanco ó para usar el cable y consultar á Madrid la situación, mientras se llegaba el término propuesto.

Esta tregua fué muy favorable á los soldados americanos, que se encontraban en extremo fatigados, con las ropas que no habían podido cambiar en varios días de lluvia, completamente mojadas, y resintiendo ya bastantes enfermedades. Los periódicos alemanes que son los que con más imparcialidad y competencia han tratado de todo lo relativo á la guerra hispano-americana, aseguraron por esos días, que si la resistencia de Santiago se hubiera prolongado por algunas semanas, el ejército americano, extenuado por las fatigas y diezmado por las enfermedades habría tenido que reembarcarse. Cuánto hubiera mejorado la situación de los españoles con que las cosas tomasen este giro! Por desgracia, parecía decretado de ante mano que todo les habría de ser fatal.

El día 8 los americanos proporcionaron empleados del cable para que pusieran en comunicación á los españoles con su gobierno, á efecto de obtener instrucciones precisas sobre la conducta que se debía seguir. Los telegrafistas entraron en Santiago y estuvieron funcionando, pero nada se obtuvo El Gabinete español gestionó entre tanto aisladamente con Washington, que el armisticio se prolongara por díez días para facilitar las negociaciones de paz.

El 9, en vista de no haberse dado respuesta definitiva por parte de los españoles, determinó el General Shafter que principiara el bombardeo de Santiago el día 10, aunque no con gran actividad. En la tarde del siguiente día, el crucero "Brooklyn" y los acorazados "Texas" é "Indiana" al mando del Comodoro Schley, empezaron á lanzar bombas sobre la ciudad.

Los buques citados se formaron en línea de combate de Este á Oeste y como á un cuarto de milla distantes de la costa, disparando por elevación sobre las colinas que descienden hasta la playa, y ocultan á la vista la ciudad distante cinco millas, El bombardeo se efectuó durante una hora, siendo saspendido para continuarlo en las primeras horas del día siguiente.

Después de haberse disparado 35 proyectiles de los cañones de 8 pulgadas el Comodoro mandó suspender el fuego convencido que los cañones del "Brooklyn" no alcanzaban la ciudad, y de esta suerte dejó el campo libre á los acorazados para disparar sus cañones de 13 pulgadas. Los disparos se hacían á in-

tervalos, y con mucha deliberación. Las señales desde las colinas, indicaban que las metrallas caían casi mil pies fuera de tiro y á la izquierda de los españoles.

Al mismo tiempo las baterías de tierra disparaban terrible carga de metralla sobre las líneas españolas. Estas contestaron desde el primer ataque, rompiendo el fuego de artillería ligera sobre las trincheras enemigas. También hubo disparos de fusilería, si bien más escasos. La inferioridad del armamento hacía que el daño causado por los sitiados no estuviera en relación con el que ellos recibían de los sitiadores.

El día 12 fué enarbolada en Santiago la bandera parlamentaria.

El coresponsal del *Times* de Londres, que fué el mismo que sirvió de intérprete en la conferencia que tuvo lugar el día 12, refiere así la entrevista de los jefes de ambos ejércitos:

«Avanzamos hasta la mitad del camino entre las trincheras españolas y americanas, y allí encontramos un oficial español y su escolta, y también el arzobispo de Santiago, acompañado de dos sacerdotes.

«El documento que el oficial nos entregó estaba dirigido al comandante general de las tropas americanas, y solicitaba una entrevista con él para el siguiente día.

«Terminado esto, se adelantó el arzobispo y manifestó que había acompañado al parlamentario con objeto de solicitar autorización para atravesar las líneas americanas, en unión de 30 curas y 28 monjas. Alegó que, tratándose de no combatientes, entendía que estaban en el mismo caso que los que habían salido de la ciudad.

Dijo también el arzobispo que en el bombardeo del día anterior habían sido demolidas varias casas, por lo que creía llegado el caso de transladarse él y los suyos á lugar seguro. Traduje esta petición al oficial americano, que me rogó informara al arzobispo de que su petición sería transmitida al General Shafter, y que, según toda probabilidad, se le concedería en el acto la autorización necesaria.

El arzobispo rogó entonces que la respuesta se enviara por duplicado, mandando un ejemplar al General gobernador de la plaza y otro á él.

La acción del arzobispo, ejerció, sin duda alguna, poderosa influencia en las autoridades españolas de Santiago.

Aquella tarde el General Linares, aunque desde el 10 de Julio en que fué herido, había entregado el mando activo de las fuerzas al General Toral, envió un largo cablegrama á Madrid. Yo pude ver una copia de este documento. El General Linares manifestaba que su situación en Santiago era imposible; que tenía muy pocas provisiones, y que no le quedaban municiones

más que para algunos días; que la población le había abandonado y que también el clero amenazaba ausentarse.

«Indicaba la diferencia entre el sitio de Santiago y el sitio de Gerona pues en esta ciudad, todo el mundo, sin exceptuar las mujeres y los niños, había cooperado á la defensa. Finalmente, ofrecía sacrificar su reputación y sacrificarse él mismo haciendo la entrega á los americanos.

«A este despacho no recibió contestación de Madrid, pero al día siguiente, el General Blanco, á quien también se había dirigido el General Linares, le autorizó á hacer la capitulación.»

El cerco de la Ciudad se había completado, entretanto avanzaron las fuerzas americanas al mando del General Lawton hácia la parte Norte. El General Toral deliberaba sobre las proposiciones que se le habían hecho para obtener la rendición, y procuraba comunicarse con el Capitán General. Al terminar el día, en vista de que Shafter en cumplimiento de lo que se le ordenaba de Washington, exigía la rendición incondicional de la plaza y la guarnición, el jefe español decidió mantenerse firme hasta el último extremo y así lo comunicó. Los americanos se dispusieron para el asalto.

El 13 tuvieron una conferencia los generales Shafter Wheeler y Toral, manifestando este último que estaba autorizado por su gobierno para proponer su retirada y la entrega de la bahía y del puerto, la posesión oriental de Cuba y las municiones de guerra. Los generales americanos en virtud de sus instrucciones contestaron que no podían tratar sino sobre la rendición del ejército, el cual ofrecía el Gobierno de Washintong conducir por su cuenta á España. Toral pidió un plazo de veinticuatro horas para consultar á Madrid, sobre esta proposición de transladar á la Península á los denfensores de Santiago.

A primera hora del día 14. telegrafió el General Shafter al Gobierno americano, que el comandante de las tropas españolas en Santiago aceptaba la rendición de la plaza nombrando comisionados para ultimar las bases respectivas. Este arreglo comprendía á más de la ciudad, toda la parte oriental de la Isla de Cuba, desde Aserraderos, punto situado en la costa Sur, hasta Sagua en la costa Norte, vía Palma; extensión de territ rio en la cual se encontraban operando en total del cuarto cuerpo del ejército español. El Almirante Sampson exigió de Shafter que no se terminara la capitulación sin estipular la completa remoción de las minas puestas á la entrada de la bahía, y la evacuación de los fuertes que habían disparado contra sus buques.

El mismo día en que el General Toral aceptó la rendición de sus fuerzas, bajo la condición de ser transladadas á España, el General Shafter declaraba que una considerable parte de su ejército se hallaba infestada de fiebre amarilla y que era nece-

sario proceder sin pérdida de tiempo á embarcar las fuerzas hacia Estados Unidos comprendiendo que, de no hacerlo así serían diezmadas irremisiblemente por la epidemia.

A la vez tomaba toda clase de medidas para impedir la propagación de la fiebre amarilla.

II

Hemos visto que los soldados del ejército que defendió á Santiago, y los habitantes de la ciudad, no contaban ya con medios de subsistencia para oponerse á la rendición mucho tiempo; hemos visto el denuedo con que fué defendida la plaza á costa de tanta sangre española; hemos visto la grande superioridad del ejército de Shafter, no sólo númerica, sino también y principalmente en los elementos de guerra de todas clases, y hemos visto, por último, que Toral recibe de Madrid por medio del General Blanco la orden de rendirse No obstante, cuado fué publicada por la prensa la noticia de la capitulación de Santiago, una tempestad de iras populares se desató contra el jefe español que rindiera el territorio.

Los preparativ s que hacía la tercera escuadra americana, al mando del comodoro Wastson para su viaje á través del Atlántico, no eran un misterio para nadie. Se sabía que las órdenes expedidas por el departamento de Guerra se refería al bombardeo de puertos españoles, si era posible vencer antes á la flota del Almirante Cámara, lo cual era de llamar la atención cuando se areglaban ya por conductos extra oficiales los tratados de paz

No cesaban tampoco de alistarse las tropas de invasión para la campaña en Puerto Rico.

Los arreglos de la capitulación fueron, pues, terminados el día 14, entre los comisionados de Shafter y los de Toral.

El territorio rendido abarcaba 5.000 millas cuadradas, desde Aguadores, 15 millas al Oeste de Santiago, hasta Palma Soriano y Sagua, al Norte, excepción hecha de Holguin. Quedaban 15,000 soldados españoles prisionerosl debiendo entregar sus armas; este número aumentó después hasta 23 000.

El general Miles, que desde al principio fué encargado de la dirección de la compaña en Cuba y que entonces se hallaba en playa del Este, punto no lejano de Santiago, comunicó, á Washington la siguiente nota referente á la rendición, el día 14 en la noche:

«Ministro de la guerra Washinton.—Frente á Santiago.—El General Toral, Comandante de las tropas españolas, ha rendido formalmente al ejército de su mandó, á condición de que éstas sean enviadas á España.

El General Shafter nombrará comisiones para llevar á cabo la entrega formal.

Una parte del ejército está infestada de fiebre amarilla, y se hacen esfuerzos para aislar á los atacados á bordo de los buques hospitales.

Se hacen arreglos para llevar á cabo inmediatamente cualquiera orden del Presidente ó de usted. [firmado] *Nelson A, Miles* Comandante en Jefe del Ejercito de los Estados Unidos.»

Hé aquí la comunicación de Toral al jefe americano.

«A su Excelencia el Comandante de las tropas americanas.

Excelentísimo señor. *Estoy autorizado por el Gobierno para capitular.* Tengo, ues, el honor de ponerlo en vuestro conocimiento y solicitar se sirva designar la hora y lugar donde mis comisionados conferenciarán con los de Vuestra Excelencia, á efecto de que formulen los puntos de la capitulación sobre las bases convenidas en esta fecha.

A su debido tiempo debo manifestar que deseo saber la reso lución del Gobierno americano respecto al regreso del ejército con el objeto de anotarla en el acta de la capitulación. Al mis mo tiempo apelo á la galantería y gracia de vuestra excelencia hacia los soldados españoles que se les permita regresar á la Península con sus armas.

Tengo el honor de ofrecerme á sus órdenes.—*José Toral*, Ge neral en Jefe del Cuarto Cuerpo de Ejército.—Al General Shafter, Comandante en Jefe de las fuerzas americanas.»

Por esta comunicación vemos que el gobierno de Madrid ordenó la capitulación, y por consiguiente que se comete una gran injusticia con hacer responsable solamente al General Toral.

Es llegada la ocasión de rectificar una inexactitud afirmada por el General Shafter en un despacho que publicó el Ministerio de Guerra el día 16. Dice así:

«Los Estados Unidos convienen en conducir á España y á la mayor brevedad posible, todas las tropas españolas en los distritos rendidos; las tropas se embarcarán en el puerto más cercano al punto que guarnezcan; los oficiales españoles guardarán sus armas al cinto; los oficiales y tropas conservarán sus efectos personales; al Comandante español se le autoriza para sacar los archivos militares de los distritos rendidos; las tropas voluntarias y guerrillas que deseen permanecer en la isla, podrán hacerlo entregando sus armas; las tropas españolas saldrán de la ciudad con honores de la guerra, entregando sus armas en un punto determinado, mientras llega la resolución del gobierno de Washington, habiéndose convenido que los comisionados americanos recomendarán al gobierno que se permita á los españoles llevar á España las armas que tan valientemente han defendido.

Este punto depende de la voluntad del gobierno de Washington.

Me tomo la libertad de llamar la atención á que entre miles *de los soldados rendidos*, según dice el General Toral, *hay cerca de 12,000 que no han hecho un sólo disparo*. Ascienden á cerca de 24,000 el número de soldados que habrán de transportarse á España, según el cálculo del General Toral. (Firmado) *W. R Shafter*, Mayor General.»

En qué punto se encontraban esos doce mil hombres que no hicieron un solo disparo, y qué disculpa tendría la rendición en este caso?

Entretanto había sido declarada la ley marcial por el Gobierno español en toda la Península, estableciendo la rigurosa censura de la prensa, mientras se terminaban los arreglos de la capitulación de Santiago.

Las bases fueron sancionadas el día 16 por el Gobierno de Madrid y eran las siguientes:

«Primero. Las hostilidades cesarán mientras se llegue al acuerdo formal de la rendición.

Segundo. La rendición incluye la rendición de las tropas españolas y material de guerra dentro de los límites de la provincia.

Tercero. Los Estados Unidos, transportarán á España, por su propia cuenta, todas las tropas españolas que se rindan, embarcándose éstas en el puerto más próximo al lugar de su rendición.

Cuarto. Los oficiales guardarán sus armas al cinto y los soldados sus efectos personales.

Quinto. Después de la rendición, las fuerzas españolas ayudarán á la remoción de las obstrucciones á la navegación en la entrada del Puerto de Santiago.

Sexto. Después de la capitulación, el Comandante español entregará un inventario de las armas y municiones de guerra, así como el roll de las tropas en el Distrito.

Séptimo. Al General español se le permitirá conservar los archivos militares de la Provincia.

Octavo. Todas las guerrillas y voluntarios que deseen permanecer, bajo su palabra de no volver á tomar armas contra los Estados Unidos, podrán hacerlo.

Noveno. Las tropas españolas marcharán fuera de la ciudad con todos los honores de la guerra, deponiendo sus armas, de las que dispondrá el Gobierno de los Estados Unidos. Los comisionados americanos recomendarán á su Gobierno que esas armas sean devueltas á aquellos que tan heróicamente las han defendido.»

Estas bases habían sido discutidas el día anterior por los comisionados de ambos ejércitos y la sanción fué comunicada á Cuba el 17.

Llegaban entonces á Annápolis en la costa americana á bordo del crucero «St. Louis» el Almirante Cervera y sus valerosos marinos como prisioneros de guerra.

La lista entregada al General Shafter por el General Toral, de los soldados rendidos que habían de transportarse á España, alcanzaba á 22.789 el 19 de Julio.

Este día salió de San Francisco una nueva expedición para Dewey en el trasporte «Pensylvania,» compuesta de 1.500 hombres al mando del coronel Kessler.

A la vez hacía sus últimos preparativos para zarpar de Siboney á bordo del crucero «Yale» la expedición invasora de Puerto Rico al mando de General Nelson A. Miles.

III.

He aquí los mensajes oficiales cambiados entre el Gabinete español y las autoridades militares de la Habana y Santiago sobre la rendición:

«Habana, Junio 8 de 98.—Gral. Correa, Ministro de la Guerra, Madrid.—El ejército siempre dispuesto para cualquier sacrificio en bien de la nación, permanece intacto en los actuales momentos y está lleno de espíritu, pues todavía se sostiene con vigor en Santiago de Cuba. Después de brillantes batallas en las que aunque se ha perdido algún terreno, ha disputado con gran valor el terreno palmo á palmo, al enemigo se le han causado grandes bajas. Es mi opinión que la mayoría de las clases militares, no escucharían con paciencia proposiciones de paz, mucho menos escucharían proposiciones para abandonar el territorio que el ejército ha defendido con tanto ahinco. Con provisiones y municiones, podríamos mantener nuestras posiciones durante muchos meses y la victoria costaría muy cara al enemigo, aunque la absoluta pesesión del mar, que gozan los americanos, haría penosa la existencia por la falta de provisiones. Las batallas son en extremo difíciles por razón de la escasez de municiones, y el Gobierno se vé constantemente estorbado debido á las frecuentes perturbaciones del orden público. En resumen, permítaseme decir, que el ejército en mayoría, desea la guerra por el honor de las armas así como por propio honor: y que sería en extremo penoso para ellos abandonar al enemigo sin combatir, la tierra que han conservado durante tantos años á costa de su preciosa sangre. Esta es la opinión y yo también sostengo que esta es la mía.—*Blanco.*—

«Madrid, Julio 12 de 98—CapitanGral. Blanco, Habana. —Recibí su telegrama Nº 202: me sorprende mucho que estando salvado el honor de su ejército indomable, como á no dudarlo lo está, para gloria de la nación, las fuerzas en Santiago insistan en la continuación de la guerra en la que con tota seguridad no pueden ya ganar más laureles ni llegará otro resultado que el ser compelidos á rendirse en poco tiempo, debido á la falta de provisiones y municiones. No es de creerse que el enemigo conociendo la lamentable situación de nuestras tropas en Santiago, se dé prisa para sufrir y arriesgar nuevas pérdidas, especialmente desde que estando en posición por medio del bloqueo, de impedir la llegada de socorros, ellos pueden posesionarse de la isla sin más sacrificio de sangre por su parte.

Tampoco puede explicarse el motivo de la tenacidad de usted en mantener una poseción en esa tierra ingrata que nos rechaza y hace odiosa ante nosotros por su deseo de separararse de la madre Patria. Yo creo que el ejército preferiría abandonarla, á la ruina y desolación que tanta insistencia acarrearía al desgraciado país que en vista del porvenir que la aguarda, clama por paz con honor.

El actual momento será el que debe asegurarse. Sea lo que fuere, y sin dejar de sentir en el fondo de mi corazón el verdadero orgullo de un español y soldado, los excelsos sentimientos de nuestro ejército si mal concibo y deduzco que se permitirá que sus nobles fines intervengan con la disciplina y que los soldados no olvidarán sus deberes de obediencia y sumisión á los decretos del Gobierno, dándoles aquella atención que seguramente conservara el honor del ejército. Yo creo por lo tanto, que cualesquiera sean los decretos del gobierno el ejército los ejecutará y no pretenderá constituirse en una amenaza para la nación de esta suerte, acarreando sobre sí mismo la gran desgracia de tener que rendirse por falta de provisiones y otros medios de sostén.

Sin embargo, deseo tener absoluta seguridad de esto, y usted, solo usted puede dármela.

Tenga usted la amabilidad de comunicármelo tan pronto como sea posible, pues estos son momentos críticos.—*Correa.*

Habana, Julio 13 de 98.—Gral. Correa, Ministro de la Guerra, Madrid.—Los asuntos que discute en su telegrama confidencial nº 107, dirigido á mí, siendo de suprema gravedad é importancia y como los generales en su mayoría se encuentran ausentes al frente de sus mandos, no me será posible responder á usted hasta mañana. Ruego á usted excuse esta corta demora que confío será para bien.—*Blanco.*»

«Madrid, Julio 12 de 98.—Blanco, Capitán General, Habana.—Los americanos, dueños absolutos del sitio, sabiendo por

experiencia lo costoso que ha sido para ellos trabar combate con nuestros bravos soldados, se limitarán en lo de adelante de extender y estrechar el bloqueo, y á bombardear los puertos al mismo tiempo despachando buques para atacar Puerto Rico, Las Canarias, las Baleares y aún las ciudades de la costa de la península, esperando que ayudados por los indios tomarán posesión de las Filipinas y seguramente perturbarán el orden público en la nación.

El inequívoco deber de cualquier Gobierno es el evitar semejante é irreparable mal buscando por todos medios el fin de un combate tan desigual como desastroso. La paz puede obtenerse hoy bajo condiciones que serían aceptadas y honorables para el ejército, pero una vez que Cuba haya sido reducida por el hambre, el Puerto de Manila perdido, una parte si no toda la Isla de Puerto Rico ocupada y la mayor parte de nuestras ciudades importantes de la costa sean bombardeadas, ya no será posible pensar en la paz. La descompostura y ruina sería el resultado. Confío en vista de estas razones en que U. y los generales bajo sus órdenes á quienes nuestras instituciones, y sobre todo, nuestra querida patria les son tan caras, sabrán responder á la disciplina del siempre valeroso ejército y rendir obediencia á las resoluciones del Gobierno respecto á la paz. Espero con verdadera ansiedad su respuesta, que le ruego me envie con toda prisa.—*Sagasta.*»

«Santiago, Julio 12. de 98.—Capitán General Blanco, Habana.—Y Gral, Correa Ministro de la Guerra, Madrid.—Aunque postrado en cama por gran debilidad y atroces dolores, la situación de nuestras aguerridas tropas ocupa mi pensamiento á tal grado que creo de mi deber imponer á Vuestra Excelencia y al Ministro de la Guerra, del estado de cosas tal como en realidad son. Las lineas del enemigo se encuentran muy cerca de la ciudad por razones de la naturaleza del terreno, y los nuestros se encuentran extendidos á 14 kilómetros de distancia de la población. Las tropas están débiles y enfermas en considerable proporción; no se les envía á los hospitales por la necesidad de tenerlos en las trincheras. Durante las últimas veinte horas ha llovido torrencialmente y las tropas en las trincheras están sin protección alguna contra el elemento, les es hasta imposible secar sus ropas, se mantienen únicamente con arroz, varios de los jefes han muerto, muchos oficiales se encuentran heridos enfermos ó han desaparecido.

Bajo estas circunstancias, es imposible querer formar el sitio, porque al intentarlo nuestras fuerzas carecerían de una tercera parte de su número que no podía salir y nos veríamos debilitados por las bajas que nos causara el enemigo: resultando un verdadero desastre sin salvar como Ud. lo desea, nuestro diezmado batallón. Para poder salir protegidos por la división de Ol-

guín sería necesario que las líneas del enemigo se rompan, y para hacer esto en combinación con los refuerzos de Holguín necesitarían una marcha forzada de ocho días y la conducción de gran cantidad de raciones que apenas podría hacerse. En tal virtud, la situación ha llegado á una crisis aguda, el sacrificio sería inútil. El enemigo ha comprendido nuestra situación, y estando establecido tan cerca de nosotros, puede agotar nuestras fuerzas sin exponer las suyas como se hizo ayer bombardeándonos por tierra y á grande elevación por mar sin que pudieramos ver sus baterías. Parece que la escuadra enemiga ha fijado la dirección pues que bombardea la ciudad por secciones con precisión matemática.

La ciudad de Santiago no es Gerona, un punto amurallado, parte del territorio de la metrópoli defendido palmo á palmo por sus propios hijos incluyendo ancianos, mujeres y niños, quienes ayudaban y exponían sus vidas impulsados por el sacrosanto ideal de la independencia y estimulados por la esperanza de auxilio que al fin les llegó. Este es un lugar solitario, el completo éxodo de sus habitantes tanto cubanos como españoles, incluyendo aun los empleados públicos; solamente permanece aquí el clero y éste principió á salir ayer con el Arzobispo á la cabeza; estos defensores no pueden comenzar ya una campaña llena de entusiasmo y energía. Han estado luchando durante tres años contra el clima, privaciones y fatigas y hoy se encuentran colocados en las tristes circunstancias de no tener ni alimento, ni fuerza física, ni medios de recuperarla.

El honor del ejército tiene sus límites y apelo al buen sentido del Gobierno y al de la nación entera para que diga si estas sufridas tropas no le han mantenido incólume tantas veces desde el 18 de Mayo, cuando se vieron sujetos al primer bombardeo. Si se hace necesario que hagamos un sacrificio por razones que yo ignore, ó si se hace necesario que alguna otra persona asuma la responsabilidad que he anticipado en mis telegramas anteriores, me ofrezco lealmente al altar de mi patria, ó si por otra parte se desea, retendré el mando con el objeto de firmar la rendición, pues mi modesta reputación es de poco valor comparada con los intereses de la nación.—*Linares.*»

Habana, Julio 14 de 98.—Sagasta, Madrid.—La opinión que prevalece entre la generalidad del ejercito en Cuba y de la que nosotros, todos los generales, participamos, demanda la continuación de la guerra. Creemos nosotros que el honor del ejército demanda mayores sacrificios, pero el ejército jamás se presentará como obstáculo para el cumplimiento de las órdenes del gobierno, las que obedecerá como es de su deber hacerlo. Profundamente agradecido estoy por las frases halagadoras que se sirve dirigirme en su telegrama fecha 12 del corriente; pero al mismo tiempo me apena en extremo tener que informar á Ud.

que no me será posible continuar por más tiempo á la cabeza de este ejército, en caso de que el Cobierno resuelva solicitar la paz.—*Blanco.*

«Habana, Junio 17.—General Correa, Ministro de la Guerra, Madrid.—La rendición de Santiago se efectuó esta mañana sin la menor intervención de mi autoridad, según los informes que he transmitido á U. A pesar de este desmembramiento de la isla, el ejército continúa lleno de espíritu y la guerra podría continuarse si usted nos enviara provisiones que sería conveniente hacer por conducto de buques bajo la protección de la bandera neutral; al mismo tiempo buscando la manera de enviarnos municiones. La caída de Santiago no entraña en sí verdadera importancia militar y puede decirse que la guerra en realidad no ha principiado todavía. Hace varios días envié instrucciones para la concentración de las divisiones de Holguín y Puerto Principe, para maniobrar de acuerdo con los mivimientos del enemigo. La campaña decisiva tendrá que hacerse de este lado de la trocha, y el enemigo tendrá que sufrir graves pérdidas para poder penetrar á esta sección.—*Blanco.*»

IV.

La institución que se llama de la Cruz Roja, cuya sublime y filantrópica misión consiste en auxiliar á los heridos en el campo de batalla impartiéndoles toda clase de cuidados, prestó grandes servicios no sólo á los heridos en los combates, sino también á los necesitados que por la escaséz de víveres estaban á punto de perecer.

De estos desgraciados había algunos millares en el territorio rendido y fueron de mucha importancia los servicios que aquella asociacíón les impartió.

Después de la batalla naval fuera de la bahía de Santiago acudió á socorrer á los heridos un buque hospital fletado por la misma asociación de la Cruz Roja.

Según hemos dicho, la escuadra española al mando del Almirante Cámara tuvo que regresar á las costas de España después de haber entrado en el Canal de Suez. El permiso para haber entrado y regresado luego por aquella posesión inglesa costó á España 160.000 pesos de oro.

La flota americana de Comodoro Wastson recibió instrucciones depermanecer á la espectativa para en caso de que la escuadra de Cámara intentase dirigirse á Cuba saliera á su encuentro para destruirla.

Entre tanto la expedición que había de invadir á Puerto Rico se habia alistado y el 21 de Julio á las tres de la tarde se hi-

zo á la mar en Siboney, Cuba, un convoy compuesto del «Massachusett» el «Cincinati» y el «Annápolis y además cuatro barcos uxiliares, el «Gloucester» el «Guasp» el «Leyden» y el «Dixie.»

«El Yale» conducía la mayor parte de las tropas cuyo número ascendía á 3,000 hombres.

Al tercer día se organizó otra expedición llevando 4,000 hombres más.

Las noticias de los triunfos obtenidos por el ejército americano en Cuba influyeron grandemente en el ánimo del Dewey para normar su conducta respecto á la toma de Manila.

El 17 de Julio anunció á las fuerzas españolas que aun quedaban en la cuidad que si en término de seis días no se rendían bombardearía la ciudad. Mas con esperanza del anunciado arribo de la escuadra de Cámara no quisieron rendirse los españoles á pesar de las continuas molestias que les causaban las huestes de Aguinaldo, que pedían también la rendición desde muchos días antes.

El día 23 de Julio comunicaba el General Shafter el siguiente mensaje de Santiago de Cuba:

«El teniente Miles llegó hoy procedente de San Luis y Las Palmas, á donde fué á recibir las armas de las tropas españolas rendidas según el tratado con el General Toral.

«El número de hombres rendidos pasan del anunciado por el General Toral, ascienden á 3,005 regulares y 300 voluntarios los que han rendido sus armas.

«Tres mil rifles furon entregados, los que serán conducidos á esta ciudad.

Según parece, el número de tropas que habrá de embarcarse para España, pasará de 24,000. Hay cerca de 12,000 en este punto, 3000 en San Luis, 6000 en Guantánamo, y más de 2,000 en Sagua y Baracoa.—(Firmado).—*Shafter.*»

El día 26 la expedición de Puerto Rico desembarcó en Guanaca. El siguiente mensaje oficial da cuenta del desembarque:

«Saint Thomas, Julio 26.—Hoy á las 9 15 á. m. llegó la expedición. Desembarque efectuóse sin novedad. No hay baterías en Puerto Guanaca. El «Gloucester» entró á la bahía y desembarcó una compañía de infantería al mando de los Tenientes Huss y Wood, quienes dispersaron á un destacamento de españoles. Enarbolamos bandera americana. Los transportes desembarcaron á las tropas sin oposición alguna ayudados por los botes del «Massachusetts.»

El día 26 fué presentado al Presidente McKinley un mensaje por el Ministro francés en Washington, Mr. Jules Cambon solicitando á nombre de España la terminación de la guerra y en solicitud de las demandas que para restablecer la paz hiciera el gobierno americano. El Presidente contestó que consultaría

con el consejo de Ministros y daría su resolución á aquel asunto sin pérdida de tiempo. El documento que M. Cambon entregó á Mr. McKinley, está concebido en los siguientes términos:

«Los gobiernos de los Estados Unidos y de España, están, por desgracia, empeñados en una guerra originada á consecuencia de haber pedido el gobierno norte-americano que España abandonase su dominación en la isla de Cuba, demanda ésta á que España no quiso someterse.

«En la lucha armada, resultado de esta negativa, recónoce España haber sido vencida.

«Los perjuicios que le ha causado esta guerra son grandes, y cree llegado el momento de poder pedir dignamente á los Estados Unidos su cooperación, con objeto de terminar la guerra; por lo tanto ruega que se la den á conocer, por medio del Embajador de Francia en Washington, las condiciones que exigirá de España el gobierno de Estados Unidos, para concluir la paz.»

Por lo que hace á la guerra en Cuba no había cesado, exceptuando en el territorio rendido. Las tropas americanas y la escuadra habían conseguido la rendición de otras poblaciones inmediatas á Santiago y algunas distantes como la de Gibara.

La fiebre amarilla causaba entre las tropas americanas grandes estragos. El siguiente boletín publicado por el General Shafter el día 2 de Agosto da á conocer la terrible proporción en que la epidemia se había desarrollado entre las tropas en Cuba, alcanzando una cifra alarmante:

«El estado sanitario de las tropas el día 31 de Julio es como sigue: Total de enfermos 4,255. Total atacados de fiebre, 3,164. Casos nuevos de fiebre 653. Atacados de fiebre vueltos al servicio, 722. Muertes ocurridas el día 30 de Julio: 6 soldados rasos, 4 artilleros y un sargento de caballería. Un soldado murió de herida causada por su propia mano.»

Al tener conocimiento de este mensaje dispuso el Secretario de la Guerra que las tropas avanzaran á un punto del interior de la Isla llamado San Luis, para cambiar su recidencia. Poco después, y antes de recibirse la respuesta de España, se ordenó el reembarque para Estados Unidos de las tropas americanas que habían hecho la campaña en Santiago.

Las proposiciones que los Estados Unidos presentaron á España como respuesta á la demanda de paz hecha por el Ministro francés Cambon, fueron transmitidas á Madrid y puestas á discusión por el Gabinete Sagasta. Sin embargo, la respuesta de España tardó en comunicarse más de una semana, lo cual hizo suponer que tales proposiciones habían sido rechazadas. Se solicitó desde luego por parte del gobierno de la Peninsula que cesaran las hostilidades mientras se discutían las bases de la paz; el ejército americano continuaba sin embargo sus operaciones en Puerto Rico. Cuba y Manila.

En Puerto Rico aunque fué rechazado el cuerpo de vanguardia que intentó desembarcar en Puerto Ponce, pudo al fin llevrase á cabo esta maniobra dos días más tarde auxiliadas las tropas por los buques de guerra que lo acompañó y por fin la plaza de puerto Pónce fué tomada.

En Filipinas tuvo lugar un sangriento combate el día 31 de Julio entre americanos y españoles. A la llegada de la tercera expedición de tropas americanas los voluntarios españoles, indignados, decidieron atacar las trincheras enemigas y así lo verificaron en el punto llamado Malate, cerca de Manila. Las tropas españolas que formaban la guarnición de Manila atacaron el campamento americano. Las tropas españolas pasaban de 3,000. Cargaron repetidas veces. El fuego de los americanos rompió el centro de las fuerzas españolas retirándose éstas. Mas tarde hicieron un segundo ataque, retirandose después á los matorrales, desde donde sostuvieron nutrido tiroteo. Once americanos resultaron muertos y treinta y siete heridos. Las pérdidas de los españoles no fueron grandes. Durante el combate los rebeldes permanecieron neutrales.

El parte americano de la batalla dice lo siguiente:

«Las tropas del general Green en número de 3.000 habían estado avanzando y atrincherándose. La llegada de la tercera expedición enfureció á los españoles y resolvieron dar batalla á las tropas americanas antes de que el campamento Dewey fuera reforzado. Las trincheras americanas se extendían desde la playa en un tramo de 300 yardas al flanco izquierdo de las tropas insurrectas. El domingo, siendo día festivo para los rebeldes, el flanco izquierdo se retiró, dejando expuesto el flanco derecho de las tropas americanas.

Las Compañías A y E del batallón 110 de Pensylvania y la Batería de Utah recibieron órdenes de reforzar ese punto.

En medio de un aguacero torrencial, las tropas españolas en número de 3.000 intentaron sorprender el campamento americano. Las avanzadas viéronse obligadas á refugiarse dentro de las trincheras, las que fueron asaltadas.

Las tropas de Pensylvania no se movieron y resistieron con tenacidad al enemigo á pesar del nutrido fuego de fusilería que sobre ellos caía.

No se veía más que el fulgor de los disparos de los rifles Maüsser de los españoles. Los americanos se lanzaron sobre las tropas asaltantes. La batería de Utah se distinguió, pues tuvo que arrastrar sus cañones por entre lodazales donde las piezas se hundían hasta el eje de cureña. Dos cañones hicieron un monvimiento de flanco haciendo terrible fuego sobre las tropas españolas, las que se retiraron en desorden. La infantería americana había agotado sus municiones, por lo que no persiguió á los que se retiraban.

Durante la noche los españoles recogieron sus muertos. Los americanos muertos fueron enterrados al día siguiente. Durante la noche del día 1º de Agosto se continuó la lucha; pero los españoles hacían fuego de cañón, la batería de Utah respondió y el fuego dé la artillería duró una hora.

Los muertos americanos ascienden á 13 y en los hospitales hay diez hombres gravemente heridos.»

El día 4 de Agosto se verificó un tercer desembarque de tropas en Puerto Rico, llegadas en los vapores «St. Louis» y «St. Paul.»

Todavía en esta fecha se libró un combate en Matanzas, Cuba, entre españoles é insurrectos, siendo estos derrotados.

Era de notarse por entonces el cambio operado en la opinión pública en cuanto al restablecimiento de la paz en España. En la capital se discutía en todos los círculos políticos y se expresaba claramente el deseo de que terminara aquella serie de calamidades que la guerra había traido. Ya no se impugnaba duramente al que se atrevía á pedir paz, como antes sucedió, y exceptuando el elemento militar, que permaneció hasta el fin rehacio á todo arreglo para obtener la paz, podía decirse que el sentimiento público estaba en favor de ella.

Las sesudas reflexiones de Pi y Margall resonaron entonces de nuevo en los oidos del pueblo pero esta vez no parecieron ya una locura como antes de ir á la guerra.

El Protocolo que contenía las proposiciones para el restablecimiento de la paz y que era el objeto de la discución del Gabinete de Madrid sufrir algunas modificaciones por una y otra parte

Por fin fué aprobado y se hizo público su contenido en las dos naciones el 11 de Agosto. He aquí el texto de Protocolo:

1ª España renuncia á todo título y derecho de soberanía en la Isla de Cuba.

2ª La Isla de Puerto Rico y las demás islas en las Antillas que hasta hoy han reconocido la soberanía de España y una de las islas del grupo de las Ladronas, á elección de los Estados Unidos, serán cedidas por España á los Estados Unidos.

3ª Los Estados Unidos ocuparan y retendrán la bahía y ciudad de Manila, mientras se concluye el tratado de paz el cual determinará el dominio, disposición y gobierno de las islas Filipinas.

4ª Cuba, Puerto Rico y las otras Antillas españolas serán evacuadas inmediatamente por España, y los comisionados se nombrarán dentro del término de diez días y se reunirán dentro del término de treinta días después de firmado el Protocolo en la Habana y San Juan de Puerto Rico para arreglar y ejecutar los detalles de la ejecución.

5ª Los Estados Unidos y España nombrarán cada una no más de cinco Plenipotenciarios para negociar y concluir el tratado de paz. Los Plenipotenciarios se reunirán en París antes del día 1º de Octubre próximo.

6ª Al firmarse el Protocolo, se suspenderán las hostilidades y se darán órdenes á este efecto, tan pronto como sea posible á cada gobierno comunicarse con los comandantes de sus fuerzas navales y militares.

En la misma fecha se publicó una proclama de McKinley ordenando la suspensión de las hostilidades.

El Protocolo fué firmado por Mr. Cambon representando á España y Mr. Alger en representación de los Estados Unidos.

V.

Si la comunicación cablegráfica con Manila no hubiese estado interrumpida, se habría evitado un nuevo y superfluo derramamiento de sangre, en la toma de esa ciudad por los americanos.

En efecto el día 12 fué trasmitido un mensaje al General Merrit, ordenándole la suspensión de las hostilidades en virtud de los tratados de paz con España; más el mensaje llegó á su destino el día 16, esto es, cuando ya se había consumado la capitulación de Manila, tras un largo y sangriento combate.

Desde el día 6 de Agosto el comodoro Dewey demandó la rendición de la ciudad obteniendo del Comandante español una enérgica negativa.

El General Augustín que había renunciado el puesto de Capitán General, recibió órdenes de rendirse, las cuales se excusó de cumplir por no estar ya al frente de las tropas. Se ha asegurado en España que dicho General será juzgado por un Consejo de Guerra por haber desobedecido una orden superior.

Dewey fijó un plazo de cuarenta y ocho horas para que se le resolviera acerca de la capitulación que solicitaba, y entonces el Comandante español pidió una tregua para hacer que se pusieran en salvo las mujeres y los niños.

El asalto de la ciudad debería pues tener lugar el día 8 á medio día, que expiraba el plazo fijado por los americanos, pero habiendo conferenciado Dewey y Merrit, jefe de las fuerzas de tierra, acordaron diferirlo hasta el día 13.

En esta fecha no habiendo obtenido respuesta afirmativa en cuanto á la rendición de la ciudad, en la mañana se formó en línea de batalla frente á Manila la escuadra americana. El «Olympia» fué el buque que hizo el primer disparo contra el fuerte de Malate. Las bombas de los americanos no alcanzaban á

llegar al blanco, y se gastó algún tiempo en ponerse á distancia conveniente para hacer tiro. En seguida el «Callao,» uno de los cañoneros apresados por Dewey, avanzó hasta ponerse junto á los fuertes y les mandó nutrido fuego. El fuerte dejó de contestar, pero disparó sobre las tropas americanas que estaban embistiendo contra las trincheras españolas. Después de una hora de combate, se ordenó que suspendiesen el fuego los buques americanos, en atención á qne el fuerte no respondía.

La escuadra continuó haciendo disparos hacia el lado Sur de la ciudad para despejar el camino á las tropas americanas que daban el asalto, las cuales avanzaban á medida que el campo iba siendo despejado por los españoles.

A la vanguardia de las tropas iban las baterías Utha y Astor, pero como la primera tenía cañones de mucho peso no pudieron arrastrarse por los pantanos, continuando solo la batería Astor á quien tocó la parte mas ruda del combate. La seguían el 23° de línea y los voluntarios de Minnesota, á lo largo del camino de la margen derecha del río Pasig, á donde ya la escuadra no pudo prestar ayuda alguna.

Al llegar á la unión con el camino de Cingalon la vanguardia sorprendió las poderosas trincheras de los españoles. Inesperadamente, los españoles hicieron una descarga terrible sobre los americanos matando á los artilleros de la batería de Astor y á un soldado de los voluntarios de Minnesota. La batería se vió obligada á retroceder debido al mortifero fuego de los españoles dejando abandonados dos cañones. Pero á tiempo llegaron las reservas al mando del Coronel Overshine y con este auxilio los artilleros lograron recobrar sus piezas haciéndolas funcionar nuevamente con más vigor.

Los españoles se vieron obligados á retroceder hasta replegarse dentro de la parte amurallada de la ciudad.

El combate duró hasta la tarde. Convencidos los españoles de que sería inútil continuar por mas tiempo haciendo resistencia á costa de tanta sangre, resolvieron rendirse después de haber hecho una heroica defensa. Se enarboló pues una bandera de tregua por los españoles.

El Cónsul belga de Manila, M. Andree, fué á bordo del «Olympia» y volvió con un teniente americano á donde estaba el gobernador militar español, que convino en rendirse.

El General Merritt se encaminó al palacio á las 3 y 30 minutos, y allí halló á los españoles formados en línea de batalla. Los soldados rindieron sus armas, pero los oficiales obtuvieron el permiso de conservar sus espadas.

La *Cruz Roja* de California prestó valiosa ayuda á los enfermos y heridos.

Perfecto orden reinó en Manila en la noche del 13 de Agosto, pues los americanos entraron á la ciudad y se pusieron guar-

dias en torno de las casas de todos los extranjeros, con el fin de impedir que fueran saqueadas. A los insurrectos no se les permitió tomar parte en el ataque de la ciudad, sino que se les mantuvo á retaguardia de los americanos. Para evitar derramamiento de sangre, se les vedó que entrasen á la ciudad después de la rendición, como no fuera sin armas.

Antes de capitular, los españoles quemaron el trasporte «Cebú» en el río Pasig.

El General Merrit asumió el mando como Gobernador militar.

Un despacho de Manila, fechado el día 18 dice que el número total de bajas por parte de los americanos en el ataque y toma de la ciudad, fué 46 muertos y 100 heridos.

Los Españoles tuvieron 200 muertos y 400 heridos, Los americanos trataron de no causar destrozos en la población y respetar á los no combatientes; cinco rebeldes fueron fusilados por haber saqueado una casa.

El general Merritt publicó una proclama decretando que el gobierno provisional y las autoridades locales conservarán sus puestos y todo permanecería invariable.

Una nueva proclama declaró que cualquier habitante que se resistiese á reconocer á las autoridades actuales sería tratado como infractor de la ley.

El General Jardenes tuvo una entrevista con un representante de la Prensa Asociada en el curso de la cual dijo, que sabía que la lucha no ofrecía ninguna esperanza, pero que trató de resistir á los americanos en nombre del honor; pero que estaba decidido á rendirse por cuidado de los no combatientes, y que aplaudía la humanidad que habían mostrado los americanos.

El General Augustín no quiso presenciar la redición de la ciudad que hubiera soportado aquel sitio prolongado por más de tres meses. Poco antes logró que se le admitiera á bordo de un vapor aleman, en compañía de su familia y su servidumbre emprendió el viaje á Hong—Kong.

Nombradas las comisiones respectivas por uno y otro ejército para discutir las bases de la capitulación, éstas llegaron á un acuerdo el día siguiente y la rendición se llevó á cabo.

He aquí el parte oficial que recibió cuatro días después el Gobierno de Washington:

Parte oficial del Almirante Dewey relativo á la rendición de Manila

«Manila, Agosto 15.—Al Ministro de la Marina.—Washington.—La ciudad de Manila se rindió hoy á las cinco de la tarde á las fuerzas americanas de mar y tierra, después de un ataque combinado. Una división de la escuadra bombardeó los fuertes y trincheras de Malate ó sea el lado Sur de la ciudad, re-

chazando al enemigo, mientras nuestras tropas avanzaban por ese mismo lado y al mismo tiempo. La bandera americana fué enarbolada por el Teniente Brumby. Hicimos cerca de 7,000 prisioneros. La escuadra sufrió algunas bajas. Uno de los buques salió averiado.

El día 7 del actual el General Merrit y yo demandamos la rendición de la plaza, pero el gobernador general se negó á capitular.—(Firmado).—*Dewey.*»

—«Hong Kong. Agosto 20.—Al ayudante General Corbin.—Washinton.—Las siguientes son las bases de la capitulación de Manila:—Los subscritos, nombrados para las comisiones que han de determinar las bases de la capitulación de la ciudad y defensas de Manila y sus suburbios y las tropas españolas estacionadas allí, de acuerdo con el arreglo convenido el día anterior, entre el Mayor General Wesley Merritt, General en Jefe de las tropas de los Estados Unidos en las Filipinas, y Su Excelencia D. Fermin Jardenes, General en Jefe interino de las tropas españolas en Filipinas.

1º Todas las tropas españolas tanta europeas como nativos capitulan con la ciudad y sus defensas con todos los honores de la guerra, depositando sus armas en los puntos designados por las autoridades de los Estados Unidos, y permanecerán en los cuarteles y bajo las órdenes de sus oficiales y sujetos á las órdenes de las autoridades citadas hasta la conclusión de la paz entre las dos naciones beligerantes. Todas las personas incluidas en la capitulación permanecerán en Luzón; pero los oficiales harán uso de sus casas habitación las que serán respetadas mientras se observen las ordenanzas prescritas por su gobierno y leyes vigentes.

2º Los oficiales retendrán sus armas al cinto, cabalgaduras y propiedades personales. Todos los edificios públicos y propiedades públicas por lista detallada serán entregados á los oficiales designados por los Estados Unidos.

3º Dentro de diez días de la fecha se entregará á los oficiales de los Estados Unidos, una lista completa y por duplicado de las tropas rendidas y las propiedades públicas y material de guerra que se incluyen en la capitulación.

4º Toda cuestión relativa á la repatriación de las tropas españolas ó sus oficiales y sus familias, deberán someterse al Gobierno de los Estados Unidos en Washington. Las familias españolas podrán salir de la ciudad en cualquier tiempo que lo deseen. La entrega de la armas á las tropas españolas se efectuará cuando éstas evacuen la isla ó lo hagan las tropas de los Estados Unidos.

5º Los oficiales y tropas del Ejército español incluidos en esta capitulación serán provistos, según su rango, por el gobierno de los Estados Unidos de las raciones y toda ayuda necesa-

ria tal cual si fueren prisioneros de guerra, hasta la conclusión del tratado de paz entre España y los Estados Unidos.

Todos los fondos en la Tesorería española y todos los fondos públicos serán entregados á las autoridades de los Estados Unidos.

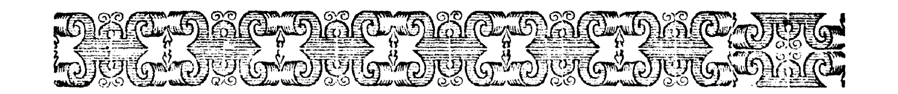
7o—Esta ciudad, sus habitantes, iglesias, sus instituciones de enseñanza y las propiedades particulares de toda prescripción quedarán bajo la protección y honor del ejercito de los Estados Unidos—[Firmado] F. N. Green, Brigadier General.—B. L. Lamberton, Capitán de Navío de la marina de los Estados Unidos de América.—Charles A. Witter, Teniente Coronel.—A.— H. Crowder, Teniente Coronel y Asesor.—Nicolás de la Peña, Auditor general.—Carlos Reyes. Coronel de ingenieros. —José María Oriatu. Jefe de Estado Mayor—(Firmado) *Merritt* Mayor General.»

El día 21 llegaron á Manila los transportes «Puebla» y «Perú» teniendo á su bordo á las tropas de los Generales Ottis y Huges las cuales una vez desembarcadas aumentaron la numerosa guarnición de la ciudad. La toma de Manila por los americanos alentó á los insurrectos de las demás islas á la rebelión contra la autoridad española. Algunas ciudades fueron tomadas después por los rebeldes, los peninsulares maltratados y encarcelados los inofensivos religiosos.

A fines de noviembre de 98 había en las prisiones de los rebeldes filipinos mas de 6000 españoles, por cuyo rescate pedían una fuerte suma.

En los tratados de paz de España con Estados Unidos se estipuló la libertad de los prisioneros políticos así españoles como cubanos y filipinos, por lo cual lo de exigir dinero por la libertad de los españoles no pasó de un buen deseo de los revolucionarios.





CAPITULO XV.



Reunión en Paris de las comisiones española y americana para ultimar los tratados de paz.—Resultado de las conferencias.—Opiniones de la prensa sobre la conducta de los Estados Unidos.—Firma del Tratado.—Protesta de España.

I

Nombradas las comisiones respectivas por una y otra nación, dieron principio á sus labores en los primeros días de Octubre. Las conferencias tuvieron lugar en el suntuoso edificio del Ministerio de Relaciones en París.

La Comisión americana presidida por el Juez y ex-Ministro Willam R. Day la componían los senadores C. R. Davis. W. P. Tuye, Wenteiew Read y G. Gray. El Secretario lo fué Mr. Moore.

En cuanto á la española, cuyos nobramientos fueron aceptados con visible repugnancia después de grandes instancias de parte del Gobierno, la formaban el Sr. Montero Ríos, como presidente, y los señores, General Cerezo, Arbazuza, Garnica y Willaurrutia. Secretario Sr. Ojeda.

Las discusiones se prolongaron por más de dos meses, aun cuando el resultado se esperaba pocos días después de haberse reunido los comisionados.

El primer punto objeto de disensión para las comisiones fué el porvenir de Filipinas. Los americanos, á nombre de su Gobierno exigieron la sesión del archipiélago á la cual con palmaria justicia y alegando razones fundadas en el derecho internacional, pretendieron oponerse los españoles.

La misión de los representantes de España y Norte America era fijar en un texto conciso y detallado el Protocolo que dos meses antes se había firmado en Washington. Descender á las minuciosidades que aquel documento no pudo abarcar debido á la premura con que las circunstancias exigían se ter-

minara, en bien de los intereses de los beligerantes. Se tenía que desarrollar los puntos que esencialmente ó en extracto constaban ya en el Protocolo, sin añadir nada diverso, sin alterar lo esencial de él.

Por esta razón, además de la grande injusticiá qne envolvía la demanda americana sobre las Filipinas, pareció á los comisionados españoles que era apartarse de las estipulaciones contenidas en el Protocolo el exigir una nueva y capital concesión que cambiaba radicalmente la índole del convenio primitivo.

En efecto, en el artículo 3º del Protocolo relativo á Filipinas nada se dice de su adquisición por los Estados Unidos y sí se establece que será ocupada la capital del Archipiélago por las fuerzas americanas así como la bahía de Manila *mientras se concluía el tratado de paz.*

Los comisionados españoles rechazaron naturalmente la innoble proposición americana, lo cual vino á entorpecer la marcha de las negociaciones al grado que, no queriendo ceder ni los americanos en su injnsta demanda ni los españoles en concederla, se llegó á dificultar una solución pacífica, ó lo que es lo mismo, no quedaba otro camino que el de continuar la guerra.

En tal extremo los comisionados americanos presentaron un memorandum á sus colegas españoles reiterando con exigencia la cesión del archipiélago y señalando un plazo perentorio de una semana para que se contestara á sus pretensiones, asegurando que en caso de no accederse á ellas, darían por terminadas sus labores y lo notificarían á su gobierno para que se continuaran las hostilidades.

En tal extremo, y ante la imposibilidad material de España para aceptar la prosecusión de la guerra, tuvieron que ceder los comisionados ante la fuerza bruta, tolerando, pues no puede decirse que hayan aceptado, la expoliación consumada por el vencedor.

La prensa francesa fué la primera en hacer notar la aberración americana.

Le Temps dijo con fecha 30 de Noviembre:

«Los americanos realmente intentan abandonar la doctrina Monroe? ó ¿intentarán todavía sostener esa insostenible doctrina? De las últimas noticias que tenemos á la mano, se deduce que los americanos están atacados de fiebre territorial. ¿Dónde acabará todo esto?

«Si los americanos se proponen mezclarse en el Asia, ¿qué impedimento hay que les prohiba mezclarse en el Africa? En nuestra opinión, las Potencias cometieron un error irreparable cuando se negaron á evitar la guerra ibero-americana.»

«Le Figaro» opina que hoy que la guerra se ha terminado, Inglaterra y los Estados Unidos tendrán sus dificultades con motivo de la división de los despojos.

«Es increible, dice, que el interés de Inglaterra haya sido puramente por amor á sus hijos rebeldes. La Inglaterra no está establecida bajo estos principios. Muy pronto demandará su parte de los despojos, y es de preguntarse que los yankees en medio de su desmedida ambición están dispuestos á dar al César lo que es del César. No tendremos mucho que esperar.»

«Le Soleil» dice: No tardará mucho en sonar la hora en que los americanos recibirán el condigno castigo por su ambición. Las Filipinas serán para ellos una inversión muy cara. Las Filipinas arruinaron á España y esas mismas islas serán los arrecifes donde la nave de la nación americana va á estrellarse. Los Estados Unidos se han apartado de los gloriosos principios que la hicieron tan grande, y su expiación será segura, aunque tal vez no tan pronto.»

Allanada la dificultad que presentó la cuestión filipina para término de las negociaciones de paz, éstas avanzaron rápidamente. A fines de Noviembre pudieron llegar á un acuerdo final y el día 30 se convino en las bases del Tratado, que debían redactarse para ser firmadas en seguida.

Los artículos que abraza el Tratado son diecisiete y se relacionan con los puntos siguientes:

Art. 1º España renuncia á su soberanía sobre Cuba.

Art. 2º España cede á los Estados Unidos la isla de Puerto Rico, y las otras islas que están bajo el dominio de España en las Antillas, así como la isla Guan del grupo de las Ladronas.

Art. 3º Cesión del Archipiélago filipino, mediante una compensación de 20.000000 de pesos.

Art. 4º Contiene los detalles relativos á la cesión de Filipinas, la liberación de los españoles prisioneros de los tagalos, etc.

Art. 5º Se refiere á la cesión de los cuarteles, del material de guerra, de los almacenes, de los edificios y de todas las propiedades pertenecientes á la administración española en Filipinas.

Art. 6º Contiene la renuncia de ambas naciones á toda reclamación mutua.

Art. 7º Concede á España durante el término de diez años, los mismos derechos que á los Estados Unidos para su comercio y su navegación en Filipinas.

Art. 8º Se refiere á la libertad de todos los prisioneros de guerra hechos por España, así como de los individuos aprehendidos por crímines ó delitos políticos cometidos en las Colonias cedidas á los Estados Unidos.

Art. 9º Garantiza los derechos legales de los españoles residentes en Cuba.

Art. 10º Establece la libertad religiosa en Filipinas y concede los mismos derechos á todas las Iglesias.

Art. 11º Se refiere á la composición de toda clase de tribunales en Puerto Rico y en Cuba.

Art. 12º Se refiere á la Administración de la Justicia en Cuba y en Puerto Rico.

Art. 13º Concede á España, durante cinco años, la conservación de sus derechos de reproducción y de autores, en los territorios cedidos, así como la admisión, libre de gastos, de libros españoles en dicho territorio.

Art. 14º Trata del establecimiento de consulados españoles en los territorios cedidos á los Estados Unidos.

Art. 15º Concede al comercio de España, en Cuba, en Puerto Rico y en Filipinas, el mismo tratado que al comercio de los Estados Unidos, durante diez años. Los buques españoles serán considerados como costeros.

Art. 16º Estipula que las obligaciones de los Estados Unidos respecto á los ciudadanos españoles y de sus propiedades en Cuba, cesarán cuando los Estados Uuidos abandonen la autoridad que van á ejercer sobre la isla.

Art. 17º Dice que el tratado debe ser ratificado por los dos gobiernos durante los seis meses que seguirán á la fecha de la firma de las dos comisiones.

El Tratado se firmó el día 10 de Diciembre de 1898 á las 9 y 15 minutos p. m.

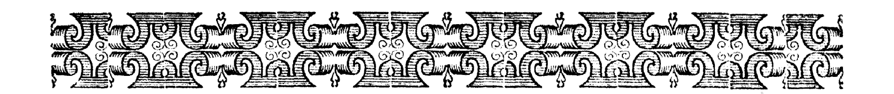
En el mismo documento se hizo constar una valiente y enérgica protesta de España contra la conducta de los Estados Unidos, que contiene, entre otras, estas frases:

«Las concesiones que nos han obligado á hacer, nos afectan menos que el insulto lanzado á nuestra patria por el Presidente Mc Kinley en su mensaje al Congreso, respecto al incidente del «Maine,» y nos proponemos de nuevo intentar someter la cuestión á un tribunal internacional, compuesto de Inglaterra, Francia y Alemania, para que determine quién ha de cargar con la responsabilidad de la catástrofe.»

Y en otro lugar dice la protesta, sobre el mismo asunto.

«España ha propuesto el arbitraje; pero los Estados Unidos se niegan á concederle el derecho que se otorga á los criminales, á saber, el de defenderse.»





CONCLUSION.



Como en los momentos que terminamos esta segunda edición de la Historia de la Guerra Hispano Americana, apenas acaba de firmarse el tratado de París, para concluir la paz, nos hemos visto en el caso de apelar al testimonio de la prensa para reunir las imcompletas notas que publicamos en el capitulo anterior relativas á dicho tratado, en la imposibilidad de disponer de otras fuentes históricas.

Al cerrar nuestro libro no quedamos en la comisión de que él no pueda contener quizás algun error, pues no creemos que los libros históricos no contengan errorés.

Al gran historiador Cesar Cantú lo hemos visto al juzgar á Dn. Benito Juarez incurrir en tales inexactitudes, que un hijo de este hombre célebrelo s ha hallado insultantes y aun calumniosas á la memoria de su padre.

Nosotros hemos propurado despojarnos de toda pasión en el curso de nuestro trabajo, ahogando las propias simpatis, muchas veces, que el pueblo español nos inspira y con el cual fraternizamos porque pertenece á la misma rosa latina, asi como por la identidad de creencia, costumbres é indole.

Con todo, á pesar de haber suprimido nuestros propios juicios; á pesar de omitir los comentarios á que se presentan muchos episodios de la guerra, la sola narración de los sucesos descritos creemos que constituye el mejor comentario y la más enérgica de todas las protestas que pudieran hacerse contra la cadena de injusticias y atentados de que ha sido victima España.

Nosotros hemos luchado por dejar consignada la verdad sobre los hechos históricos porque, repetimos, creemos la major protesta, aun cuando la historia que terminamos traiga un doloroso recuerdo para los buenos hijos de España.

Sólo nos resta consagrar los últimos renglones de nuestro libro al homenaje de tantos marinos como sucumbieron, mártires del deber y el patriotismo, en las batallas de Santiago y Cavite, no menos que al de los soldados muertos en la épica defensa del Caney y Santiago.

Sus nombres quedarán resplandecientes en los bronces de la historia y su patria los cubrirá agradecida con el manto de la inmortalidad.

Cumple también á nuestro propósito insertar á continuación algunos documentos, de origen español, que dan á conocer el verdadero estado de la opinión pública respecto á los tristes sucesos, que acabamos de referir.

En ellos damos lugar preferente al juicio crítico del Señor Andrés Barral y Arteaga, distinguido miembro de la colonia española en la ciudad de México, y á quien debemos la narración de la batalla en que fué destruida la escuadra en Cavite. según manifestamos en el lugar que corresponde.



Opinión Española sobre la Guerra.

Vamos á permitirnos hacer un ligero examen de los antecedentes de la guerra hispano americana y sus resultados, procurando demostrar que la causa del desastre sufrido por España no ha sido otra que la ineptitud de su Gobierno.

Mientras estuvo al frente del Gobierno español el malogrado é inolvidable Cánovas del Castillo la previsión y el acierto guiaban los actos de aquel respetable cuerpo. Podíamos decir que entonces España no temía ni provocaba la guerra y sin embargo, tomaba las precauciones que la prudencia aconseja; en otros términos, se disponía á la guerra, conforme á aquel apotegma antiguo: *Si vis pacem para bellum;* es decir, estaba prevenida contra cualquiera emergencia.

Ante los densos nubarrones que empezaban á obscurecer el cielo de nuestra patria el Gabinete Cánovas gestionó la compra de buques de guerra poco antes de su trágica muerte en el establecimiento balneario de Santa Agueda.

¿Por qué el Gabinete sucesor no dió cima á estas gestiones? No lo sabemos; pero nadie nos podrá dar una respuesta que disminuya en algo siquiera, los graves cargos hechos al Gabinete de Sagasta por su falta de patriotismo.

Nadie se explica, sin pensar involuntariamente en alguna traición, cómo aquellos arreglos para la compra de buques de guerra hayan sido abandonados en víspera del conflicto con los Estados Unidos.

Con la desaparición de Cánovas del Castillo principian los errores y las torpezas del Gobierno.

El Gabinete presidido por D. Práxedes Mateo Sagasta abandona la política de su predecesor y sigue una línea de conducta opuesta á los intereses de la Nación.

No así el Gobierno americano que mientras ensaya la puntería de los cañones de sus numerosos buques de guerra, aleccionaba al cónsul Wildam en Hong-Kong y al ministro Woodford en España para que obrando de concierto con los planes ideados por McKinley preparasen el resultado que la diplomacia maduraba desde mucho tiempo antes.

El cónsul Wildam que estaba muy cerca de nuestro Archipiélago Filipino, conoció á la perfección la falta de defensas en estas colonias y la casi nulidad de nuestra escuadra de Manila, sostuvo constante comunicación con el Gabinete de Washington, desde el puerto de Hong Kong, teniendo á aquel muy al corriente de todo lo que se relacionara directa é indirectamente con la guerra. El infatigable cónsul no dió ni por un momento tregua á sus labores; pues logró por medio de astucias

ó por el dinero cerciorarse minuciosamente de la verdadera situación de Filipinas, ayudado por los numerosos agentes chinos é ingleses, pródigamente retribuidos. La atracción de los artilleros británicos para la escuadra de Dewey, fué uno de sus golpes más audaces.

Parece cosa averiguada, que por desgracia aún no se extirpa por completo en nuestro País esa maldita raza de los Oppas. Los sucesos que todos los españoles hoy lamentamos, han venido á revelarnos tan dolorosa realidad. Es necesario abrir una minuciosa averiguación y tomarles cuenta estrechísima á todos los individuos, sean quienes fueren, los cuales hayan tomado algún participio en los acontecimientos que tanto han consternado y aun consternarán á España. La salud nacional así lo exige y lo reclama.

¿Qué medidas tomó nuestro actual Gobierno para conjurar la horrorosa tormenta que amenazara á la Nación? Ninguna, absolutamente ninguna. Se nos objetará que fuimos estrechados y compelidos á la guerra; más debemos hacer constar que nuestros políticos no agotaron todos los recursos de la diplomacia para evitarla, puesto que no nos encontrábamos en condiciones de poderla aceptar con alguna probabilidad de buen resultado. Tampoco admitimos la hipótesis, de que el pueblo orilló al Gabinete de D. Práxedes á aceptarla. Lo único que hizo Sagasta fué llevar á la Nación á la contienda, no por satisfacer la voluntad del pueblo, en el caso problemático que éste realmente la hubiese deseado, sino más bien por salvar á la actual dinastía irremisible y grandemente comprometida al no atender á la justas exigencias del país, hondamente indignado con las humillantes pretensiones del Gabinete de Washigton. Creemos que la Patria está sobre todas las conveniencias, y ella es la que debe tener en todos los casos y circunstancias, el lugar preferente.

Y suponiendo, sin conceder, que el pueblo positivamente hubiese comprometido y obligado al Gobierno á recoger el guante arrojado por el coloso norte americano, ¿se había puesto ese mismo Gobierno á la altura de su misión, dadas las circunstancias por que atravesaba el país desde que se inició la revolución antillana? Nó; la América del Norte ya nos tenía declarada tácit mente la guerra desde hace mucho tiempo, demostrándonoslo con toda evidencia al impartirle franca protección á la guerra de Cuba. Pero nuestro apático Gobierno no se preocupó ante el grave problema presentado á nuestra Nación. No solamente dejó de evitar el mal, pero ni aún siquiera lo había previsto, como era su obligación. La malhadada autonomía concedida sin prévio y concienzudo examen á los descontenta-

dizos cubanos, fué el principio de nuestro calvario, por más que se proclamara en enfático discurso, dicho en Zaragoza por D. Sigismundo Moret, que la *autonomía era la paz.*

¿Qué preparativos tenía hechos nuestro Gobierno ante la inevitable perspectiva de la guerra? ¡Solemne burla! ni Cuba ni Puerto Rico, ni mucho menos las lejanas Islas Filipinas poseían los más indispensables elementos de defensa, llegándose hasta ignorar ó dejar de advertir la anticipada permanencia de la escuadra americana en las aguas asiáticas, que debía causar bien pronto nuestro primer desastre. El criminal abandono del Ministro de la guerra almirante Bermejo, fué tan grande que permitió zarpase del puerto de Cádiz la escuadra de Cervera llevando tan solo *treinta cartuchos por pieza de artillería.* No menos desdichada fué la táctica que observara su sucesor, el Ministro, capitán de navío, D. Ramón Auñón.

Es cosa comprobada que la escuadra carecía de carbón y municiones, faltándoles á los cabos de cañón la instrucción necesaria y la práctica indispensable para el buen manejo de la artillería, y era tan notoria la carencia de esos conocimientos en dichos cabos, que tan solo habían hecho tres disparos, mucho tiempo antes con los cañones de 14 centímetros, y absolutamente ninguno con los de 28: esta aseveración ha sido ratificada por los mismos oficiales de nuestra Armada. ¿Querría decirnos el Sr. Ministro de Marina, para qué servirán esos barcos en semejantes condiciones? ¿Quién ordenó á Cervera saliese de las posesiones portuguesas de Cabo Verde, y quién, por ultimo, dispuso entrara á la ratonera de Santiago la escuadra de su mando, para abandonar mucho tiempo después esa bahía, y ser destrozada por la formidable flota de Sampson? Usted Señor Auñón y el general Correa así como su predecesor de Ud. el almirante Bermejo, son reos convictos del feo crimen de *lesa Patria.*

Ineptitud é imbecilidad supinas se necesitan para proceder con la punible torpeza con que ustedes han procedido en todo lo relativo á la desastrosa guerra que ha llevado á nuestro infortunado país á la deshonra. ¿Y qué diremos de nuestros magnates políticos, qué hemos de decir de esa turba infecta y dañina que á su debido tiempo desoyeron las incesantes indicaciones de nuestros cónsules, y de los marinos agregados á la legación española de la República Americana, cuando estos buenos servidores de la Patria anunciaron al Gobierno los preparativos y planes de lucha, del Gabinete de Washington, con tres años de anticipación? Tan indigno proceder no puede calificarse sino con los más duros y enérgicos epítetos. La maldición que arroje sobre ellos nuestra patria sería débil y benigno castigo, dada la magnitud de sus delitos.

Hemos hablado de las pésimas condiciones y deficiencias de la escuadra de Cervera, que era, como si dijéramos, lo más florido de nuetra Armada. ¿Será necesario añadir alguna sílaba respecto á los *apolillados tablones*, que manteníamos en las Filipinas? Indudablemente que es inútil hablar de ello.

Inconsecuente nuestro Gobierno no sólo con las leyes de la estrategia sino hasta con el sentido popular, que bien claro veía la inutilidad de nuestra pequeña escuadra en aguas cubanas, señalando, en medio de halagadora esperanza, la ruta del Cabo y el mar de las Indias, á fin de llegar todavía á tiempo para vengar la hazaña del comodoro Jorge Dewey. Poco hubiera hecho en Manila el contralmirante D. Pascual Cervera, si nos atenemos, como es natural á la situación que guardaban sus navíos, pero menos, muchísimo menos, llevó á cabo en su encierro de Santiago. Nos causa profunda y verdadera indignación tener que recordar la tan cacareada escuadra de Cámara, pero el deber que nos hemos impuesto nos obliga recordarla, aunque sea contra nuestra voluntad.

Mucho tiempo antes de que nuestros indefensos barcos de las Filipinas fuesen destrozados por los grandes cruceros norte americanos, el contralmirante Montejo había reclamado con toda oportunidad el envío de un crucero de combate para reforzar en lo que fuera posible, su importante escuadra. Nuestro Gobierno no se ocupó absolutamente de la suerte de este bravo marino, abandonándolo á sus propias y escasas fuerzas con las que tuvo necesidad de hacerle frente al poderoso enemigo. Nuestras murallas de la capital del Archipiélago habían sido no sabemos por qué desartilladas, cambiandose las mejores piezas á Subic no para montarlas como era natural y preciso, atendiendo á la defensa de este puerto, sino para dejarlas tiradas y abandonadas entre la arena. Al país se le engañó miserablemente ofreciéndole con bombo inusitado que se enviarían con toda oportunidad refuerzos á Filipinas, de mar y tierra, alentándonos legítimamente los españoles con la iniciación de la partida la escuadra de Cámara del puerto de Cádiz con rumbo al Archipiélago filipino. Pero nuestro regocijo pronto había de trocarse en profunda indignación, porque contra todo lo que nos esperábamos, y aunque, efectivamente zarpó dicha escuadra hácia el Oriente, su gira expedicionaria se concretó á visitar las aguas egipcias no pasando de Port-Said, regresando inmediatamente á la Península, después de haber realizado tan inútil viaje, costándole éste á la Nación mucho dinero, por que además de los gastos indispensables, hubo necesidad de pagarse 80.000 duros por derechos de tránsito á la Compañía del Canal de Suez.

Si abandono punible hubo para las fuerzas marítimas, no le fueron en zaga las terrestres, porque nuestros infelices soldados

se vieron en la necesidad de luchar casi constantemente sin recibir su paga, haciendo frente, llenos de resignación, al hambre, á la más espantosa miseria, y á todo género de enfermedades que cruelmente los diezmara. Al infortunado y heróico general Vara de Rey se le abandona en Caney á la cabeza de un puñado de valientes, lo mismo que al general Linares.

Otro tanto acontece con el pundonoroso general D. Basilio Augustín en las Filipinas, que nunca llegó á recibir los refuerzos que el gobierno le ofreciera, viéndose al fin obligado á abandonar el país, después de sostener desigual y heróica lucha por espacio de tres meses consecutivos, no autorizando de este modo con su presencia la capitulación de Manila, y evitando al mismo tiempo más derramamiento de sangre, con la prolongación de una resistencia inútil. Sería imposible para nosotros señalar punto por punto, todos y cada uno de los desmanes y errores cometidos por nuestros gobernantes, pues necesitaríamos ocupar muchas páginas, y se haría interminable este libro. Básteme decir, por última vez, que ellos exclusivamente son los responsables de todas nuestras desgracias y calamidades. Tenemos además la convicción de que no está lejano el día en que la luz de la verdad se abra paso, y entonces nuestra desventurada España conocerá á sus pérfidos servidores. No nos hacíamos la ilusión de poder vencer al enemigo, porque éste era superior en número y en elementos, pero tampoco hubimos de suponernos que nuestro Gobierno había de buscar una paz tan denigrante, aceptada por el Gabinete de Washington, cuando aún teníamos fundadas probabilidades de continuar luchando, si nó para vencer, repetimos, sí al menos para conseguir mayores y más honrosas ventajas, al firmar el abominable Protocolo. Es dolorosamente cierto que nuestro aniquilamiento en el mar había sido completo, pero todavía nos quedaban en Cuba más de cien mil hombres dispuestos á pelear hasta el último momento, el cual ejército había originado no pocos descalabros á las huestas enemigas, máxime cuando éstas comenzaban á diezmarse á causa de las numerosas enfermedades producidas por la falta de aclimatación. Aunque no nos deslumbran los galones ni las charreteras debemos hacer constar que el ejército ha estado á la altura de su elevada misión, habiendo cumplido, en lo general, con su deber luchando hasta morir cuando era preciso, y obedeciendo con toda disciplina las órdenes superiores auque estas pugnaran con sus convicciones y principios.

Nuestros hombres de Estado, no teniendo armas posibles con que defenderse, pretenden ahora lanzar sobre el ejército el sambenito de la deshonra y del ultraje, descargando en él sin justicia ni razón el peso abrumador de todas las responsabilidades. Los que nos encontramos separados de las altas esferas

del Poder, los que vivimos alejados del círculo impuro, corrompido de la política, no podríamos justificadamente hacerle cargo á la digna institución que nos ocupa, principalmente cuando sus hechos y honrosos antecedentes históricos la ponen al abrigo de toda sospecha; los mismos jefes y oficiales norteamericanos, y aun la prensa hispanófoba é iracunda de aquel país, han hecho merecidos elogios de la bizarría con que lucharon nuestros soldados y marinos, á quienes llamó el Emperador Guillermo II: «¡Valientes, pero desgraciados!»

De la actual política del gobierno ni aun siquiera podemos esperar ya las atrevidas empresas y los idealismos, desorganizadores, pero grandes y generosos de tiempos no lejanos, porque en medio de su decreptitud carece de ánimo y de entereza, y sólo tiende á su propia conservación antes de consentir ser noblemente vencida, en los rudos pero honrosos embates de la lucha. El desenlace de los acontecimientos que hoy lamentamos puede sernos tal vez ventajoso. Con el pretexto colonial se imponía la necesidad de mantener constantemente sobre las armas un numeroso ejército, que originaba grandes mermas á nuestro exhausto Tesoro nacional. Por el mismo motivo nos hacíamos la ilusión de poseer una escuadra que no existía, y que sin embargo su presupuesto cuesta á la Nación muchos millones de pesetas. Ahora no deben de pesar sobre el país esas gabelas. No es necesario ya sostener tantos soldados, ni conservar tampoco esos *cascarones* viejos que hoy yacen en su mayor parte en las profundidas del Oceano.

No sufrirán más las desventuradas madres que veían con horror el alistamiento de sus hijos para irle á servir al Rey en las apartadas y mortíferas regiones de sus dominios, donde tantos infelices perdieron su existencia sin que hubieran recibido los últimos consuelos que les impartiera una mano amante y cariñosa. Por el contrario, bendecirán á Dios una y mil veces por haberlas librado de tan cruel y tremendo azote. Los que lamentarán profundamente la pérdida de nuestras colonias, son esa caterva de hambrientos individuos, que como aluvión desenfrenado irrupcionaban constantemente los principales puestos en la administración pública debido al punible favoritismo del cacicazgo. Ya no habrá para ellos la facilidad que antes tenían de enrriquecerse de la noche á la mañana ni de regresar con humos de grandes señores á la Metrópoli, para disfrutar en ella el *far niente* que les proporcionara el no despreciable producto de su insólita rapiña. Nuestras provincias de Castilla y Extremadura, y otras muchas, poseen extensas y fértiles llanuras donde con el esfuerzo de la laboriosidad y la constancia, pueden alcanzar magníficos y honestos resultados. Ahí es á donde deben dirigir sus miradas todos aquellos sujetos que ayer esquilmaran sin escrúpulos, las exhuberantes fuentes de riqueza de nues-

tros tesoros ultramarinos. El Gobierno que venga á levantar á la España de esa abrumadora postración que enerva su vigor y su grandeza, al optar por una política de sabia reconstitución económica, debe también transformar cuanto antes esas espadas y bayonetas, hoy cesantes, en arados y demás implementos propios para nuestra abandonada agricultura.

La humanidad en general ganaría no poco si se realizara el actualmente debatido proyecto de desarme universal: todos esos brazos paralizados, todas esas energías sin acción podrían tener brillante éxito si se emplearan en el desenvolvimiento y desarrollo de la industria, las artes y la agricultura. Nuestro país debe ahora acomodar su vida á la situación de ingente estrechez en que se encuentra, pero, por supuesto, sin renunciar ni un solo instante á sus elevados destinos, aviniéndose resignado á los infortunios y á la desgracia que hoy lo agobian sin clemencia. Ahora más que nunca debemos aplicar los grandes remedios á nuestros enormes males, poniendo en armonía los medios con el fin, cosa en que jamás hubimos pensado antes. Habemos vivido en un sueño profundo y constante, y hoy que nuestros delirios de grandeza se han convertido en terribles y espantosas realidades, nos asustamos con nuestras desgracias y miserias, y aún queremos desfallecer abrumados por el enorme peso de nuestros infortunios. Descalabros quizás más importantes y dolorosos hemos sufrido antes, sin haber dado muestras tan marcadas de abatimiento y de desesperación. Perdimos en los reinados de los Felipes, á los Paises Bajos, á Portugal y Gibraltar; más tarde hubimos de renunciar á nuestra soberanía sobre Nápoles, Sicilia y Tánger, empezando después, durando el reinado el Carlos III, la desmembración del entonces nuestro vasto imperio americano, perdiéndose éste, casi en su totalidad, por el imbécil y pusilánime Fernando VII.

No son, pués, nuevas nuestras desdichas y por más que éstan nos sean profundamente sensibles, repetimos, no debemos renunciar al imperio de nuestra legendaria grandeza. Todas las principales naciones han sufrido su Waterloo; y tras de ese doloroso *via-crucis* que pone hoy á prueba nuestra entereza y abnegación, púeden ocultarse no lejanos días de bienestar, para nuestra Patria.

Es menester que todos nos decidamos á emprender la árdua, pero grandiosa tarea de nuestra resconstitución interna y de nuestra rehabilitación ante el mundo entero. Hay que salvar los restos de nuestro patrimonio nacional proscribiendo para siempre esa maldita política que nos ha perdido y aniquilado constantemente. No debe España, no puede resignarse nuestro país á las abyecciones de sus desastres actuales, cuando por fortuna aun no llega al completo agotamiento de sus grandes elementos de vida. Poseemos todavía las Baleares, las Canarias

y las plazas del Norte de Africa,que es hácia donde debemos dirigir nuestras aspiraciones predilectas, después de atender con esmero á todas nuestras necesidades internas.

Profunda indignación nos provoca el inicuo proceder de Norte América, cuyo país, atropellando á la razón y la justicia, viene á arrebatarnos villanamente lo que hubimos de conservar por espacio de cuatro siglos, y á fuerza de nuestra propia sangre. Es una burla sangrienta el atreverse á tomar en serio, los pueriles pretextos dados por aquella Nación para sancionar ante la faz del mundo su pérfida conducta. Es un sarcasmo inaudito el considerar que ese país proceda de buena fé, llevando su nobleza hasta el sacrificio, en aras sacrosantas de la humanidad. Nó, no es posible que el que conozca el espíritu de ese pueblo inmoral, que el que haya estudiado su índole y su historia, lo considere dotado de las grandes virtudes y lo juzgue capaz de practicar el bien, á costa de sus intereses y conveniencias. Antes que los Estados Unidos declarasen injustamente la guera á España, los hombres prominentes de aquel país llenaban de elogios á los principales jefes de la insurrección cubana; hacían notar las buenas cualidades que adornaban á los Maceo, Gómez, García y demás cabecillas, considerándolos dignos de que el Gobierno de Washigton les concediese la beligerancia. Poco después, no satisfechos los *yankees* con esa prerrogativa hacia los cubanos, hicieron formal promesa de que la Grande Antilia se haría independiente de la Metrópoli, arrastrando á nuestro país á desigual y ventajosísima contienda, seguros ya del triunfo, dada la superioridad en número y en elementos.

Es, por último, invadido el suelo cubano y cuando apenas las huestes del general Shafter huellan con sus disformes plantas las virgenes playas antillanas, y sin conocer á fondo á los que fuesen poco tiempo antes motivo de su admiración y simpatía, se desata dicho general americano en terribles improperios contra los jefes cubanos, los llama un hato de bandidos. La bombástica y exagerada prensa americana viene después á corroborar las opiniones del general Shafter, y aparecen furibundos artículos en los diarios más caracterizados, tales como el «Sun,» el «Tribune» y el «Herald,» diciendo que sólo se puede comparar á los cubanos con las *pieles rojas* é igorrotes y agotan contra ellos sus dicterios.

Ese cambio tan intempestivo de los norte americanos no nos sorprende. Procuraron atraerse la simpatía de los *guajiros* endulzándoles á estos la boca con la miel de su decantada libertad, y una vez que ya no necesitaron de ellos, los maltratan y desprecian. Dueños hoy de la situación como lo están en el Archipiélago hawaiano harán de la infeliz antilla lo que más cuadre con sus planes de sórdida ambición.

Pocos, muy pocos pensaban en la Unión Norteamericana como el honrado escritor Mr. Collins, que decía al principio de la guerra. «Si no fuera por este hecho [el hecho de darle á Cuba la independencia] nuestra guerra con España sería el pillaje de un ladrón audaz y poderoso.» Esta elocuente frase del referido escritor americano es tan terminante que no da lugar á comentarios. Baste recordar el injusto despojo de que México fué víctima en 47 para que pueda comprenderse la verdad que en el fondo encierran las palabras de Mr. Collins, en este arranque de cínica franqueza. Alentado hoy ese pais con su nueva victoria, y no habiendo tenido, durante la guerra con España, ni siquiera una protesta por parte de la Europa, que era la única que pudo haber puesto coto á su incalificable conducta, fácil es comprender el género de política que ha de observar en el porvenir. La integridad y soberanía de la América española están gravemente amenazadas.

Dueños los norteamericanos de la llave del Golfo mexicano y del Oceano Pacífico; teniendo en consideración sus proyectos sobre el Canal de Nicaragua, su preponderancia comercial y marítima en Centro América, y contando como cuentan con una formidable escuadra, próxima á aumentarse enormemente con nuevos y poderosos cruceros y acorazados, no creemos pecar de pesimistas al prever que en no lejanos días proseguirá el invasor Tío Samuel su marcha triunfal hácia el cabo de Hornos. Creemos de rigurosa justicia, antes de terminar estos renglones, consagrarle un merecido elogio á nuestros compatriotas dignamente diseminados por la hospitalaria tierra hispano americana, quienes con generoso y noble desprendimiento acudieron al llamado que les hiciera la Patria, contribuyendo todos, ricos y desheredados, con su óbolo para los cuantiosos gastos que originó la guerra, movidos por el más leal y ardiente patriotismo. La distinguida y numerosa colonia de la República Argentina se hizo notable por su esplendidez, porque además de haber enviado á nuestra corte gruesas sumas de dinero, acaba de regalar á la Nación el magnífico crucero «Río de la Plata», construido á sus expensas. Acciones como estas no necesitan encomios: se recomiendan ampliamente por sí mismas.

Y sin embargo, el esfuerzo hecho por los españoles ausentes de la Patria, no alcanzó todo el esplendor que nosotros mismos hubiéramos deseado. ¿Por qué? Porque á traves de la inmensa distancia que nos limita de los patrios lares, traslucíamos la infame perfidia de nuestros gobernantes, y comprendiamos, llenos de indignación, que todos nuestros sacrificios resultarían estériles, dada la actitud denigrante y desdichada asumida por Sagasta, ante el sangriento ultraje inferido al país, por el impío invasor norteamericano. El desenlace funesto de los sucesos vi-

no á corroborar nuestros dolorosos presentimientos. Nuestra consternacien es hoy genetal, pues la herida fué tremenda y de difícil cicatrización. ¡Quiera Dios que pronto se disipen los densos nubarrones que opacan en estos mementos el cielo esplén doroso de nuestra adorada Patria!

Andrés Barral Arteaga.

Protestas de la colonia española en México.

Insertamos á continuación algunas de las númerosas protes tas publicadas por la colonia española con motivo del desastroso fin que la guerra tuvo para España, y las condiciones onorosas del Protocolo.

La mayor parte están escritas en un tono demasiado vehemente; pero ellas dan idea del grado de excitación á que había llegado el sentimiento público, y por lo mismo, las insertamos á pesar de la destemplanza que se advierte en el lenguaje de todas ellas:

Protesta de la Colonia Española de Laguna del Carmen, Estado de Campeche.

Si cada protesta nuestra hiriera de muerte á los culpables, sentiríamos al menos el placer de la veganza; pero quienes escuchan con incomprensible estoicismo, ajeno á nuestra raza, los sollozos de la Patria avergonzada, oirán con la misma impasibilidad y culpable indiferencia cuantas enérgicas protestas se hagan contra ellos.

Tiené un límete la conciencia humana, que cuando por el camino del vicio llega hasta él, olvida, embotada por el crimen, toda noción de dignidad y no queda ni Patria, ni familia, ni nada; un paso más y allí están el cadalso y oprbio.

Para los que envían tropas y barcos al matadero en nombre del honor nacional, sepultado de antemano por ellos, cualquier castigo es inmensamente insuficiente para vengar acción de tal magnitud.

Las madres españolas, á imitación de las lacedemonias, ven caer á sus hijos sobre el campo de batalla y se resignan á tan grandioso sacrificio. ¿Por qué tanto heroismo, por qué tanta grandeza? ¿Porque viva la Patria, y en cambio, ¡cuatro miserables llevan al mercado todo nuestro tesoro de dignidad! ¡Malditos sean! ¡monstruos del siglo, maldición de nuestra historia!

Si tuviéramos en nuestra mano un manubrio mágico para atormentarlos, no aflojaríamos jamás, y allí con inmenso placer escucharíamos los eternos y horripilantes alaridos de infer-

nal desesperación. Todo todo es pequeñó é impotente para formular el castigo que merecen los que han vendido nuestra bandera y humillado el honor de nuertros soldados.

Y en tanto el pueblo, atrofiado, al parecer, sumido en inconcebible marasmo, busca una frase para darle nombre en el círculo de las conveniencias nacionales á tan criminales atentados. ¿No habrá en nuestra querida España de legendarias gran dezas un genio que, á imitación del Bruto de Roma, enseñe al pueblo el puñal sepultado en el corazón de nuestra Patria? ¡Ah! si surgiera, ¡qué hermosas guillotinas se levantarían para los Tarquinos de Madrid!

Laguna del Cármen, Octubre 3 de 1898.—*M. Gutierrez C., Tomás Molina, D Carbajal R. Gonzáles, J. M. García L.. Luis Rodríguez, José Rico, Mateo Ruiz C., R. L. Ansoleaga.*

Protesta de Orizaba, Estado de Veracruz

La Colonia española residente en este Cantón de la Repúbli·blica Mejicana, movida á impulsos del más ardiente patriotismo, del que tiene dadas señaladas pruebas, prótesta de la manera más enérgica contra la conducta infame del actual Gobierno español presidido por Práxedes Mateo Sagasta; que este grupo de hombres trabajadores y ajenos á todo color político y miserias de partido, no vacila en presentarle ante nuestra Na ción, siempre heróica, como el más criminal, cobarde é inepto de cuantos gobernantes registra la historia Patria; y en todos sus actos, siendo el más saliente, el funesto giro dado á la guerra presente con los Estados Unidos de Norte-América, desde antes que hubiera sido declarada por dicha República, sin el más leve motivo que la justifique, y sólo contando con el muy eficaz apoyo del traidor Sagasta, que se lo impartió aún más eficaz del que los mismos yankees apetecían. No cabe disculpa alguna á tän gran criminal, porque ante los hechos son inútiles todos los argumentos, por pruebas tan plenas como evidentes, se derivan de aquellos, y forman por sí solos el proceso condenatorio. Si el jurado y la defensa tienen en él participación, servirá únicamente, de formula indispensable para cubrir el expediente.

Bajo tales conceptos, vertidos después de maduro examen, y puesta la mano sobre el corazón, nosotros, como pequeña fracción del pueblo español que es el componente para juzgar los delitos de lesa-patria, y antes de que nuestra gloriosa bandera bicolor quede humillada, pedimos: la pena capital aplicada «incontinenti» á Práxedes Mateo Sagasta por traidor consumado, y para todos los Ministros—que todavía hoy preside con escandalo inaudito—la que arrojen los autos del sumario rápido que

deberá incoarse desde luego con sujeción á las prescripciones del Código Militar, por lo que corresponda á sus respectivos cargos, lo mismo que á todos los individuos que de cualquiera manera hayan coadyuvado á la formación del por siempre odioso protocolo, orillando á la Nación para que acepte tan vergonzosa paz sin ejemplo.

En tal virtud, suplicamos á todos los verdaderos españoles de allende y aquende el Océano, lo mismo que á los nacidos en esta Répública y á los que se hayan diseminados por todo el mundo, se adhieran á nuestro propósito, y al de que jamás renunciaremos á la soberanía española en todas y cada una de las posesiones ultramarinas que pretende arrebatarnos, alevosa, cobarde y traidoramente, esa República anglo-sajona formada de remiendos y que tanto y tanto nos debe; á tal grado, que nuestra Patria es su más importante acreedora.

Que el yanki no ha vencido en esta guerra injustísima con España, ya lo hemos visto: que nunca nos vencerá solo, si permanecemos unidos con la fe en Dios y en nuestras tradiciones, está fuéra de toda duda; y además, ninguna nación, por muy poderosa que sea, tiene derecho á inmiscuirse en los asuntos peculiares de la nuestra. En todo caso, *vencer ó morir* con gloria es nuestro deber, que cumpliremos siempre, honrando la memoria de nuestros antepasados.

Por último, sólo nos resta lanzar la voz estentórea y tan estridente, que repercuta en ambos continentes. ¡Viva España!

Orizaba, Septiembre 27 de 1898.—José Díaz Merodio,—Pedro Díaz Merodio.—José Soler.—F. Arredondo.—Antonio Hernandez, José Ruiz y Ruiz.—José Nieto.—Emilio Nieto.—Manuel López.—Alfredo López.—Felipe Gomez Sotres.—Isidoro Villamonte.—Manuel Noriega.—Eduardo Abiega.—Lorenzo González.— Juan Gavito Sotres.—Inocencio Cueli.—Francisco Valle.—Z. B. Roca.—Juan Lorenzo.



Protestas de Tlalnepantla. Estado de México.

Los que suscriben, miembros de la Junta Patriótica española de esta localidad, y en representación de todos los Españoles residentes en este Distrito, manifiestan: que han visto en la prensa, publicados los términos de la paz ajustada entre los miembros del Gabinete español, presidido por el Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta y el Gobierno de los Estados Unidos; y considerando: Primero: que el Protocolo de la paz ajustada, contiene la deshonra de la madre Patria, pues además de renunciarse la soberanía que ejerce en la Isla de Cuba, consiente en la anexión á los Estados Unidos de la Isla de Puerto Rico y una de las islas Ladronas, y subordina esa propia soberanía, á los deseos de los norteamericanos, en las Islas Filipinas, y todo esto sin haber sido vencida en la guerra á que fué injustamente obligada en defensa de sus derechos y de su repetida soberanía. Segundo: que los hechos del Gabinete español como la rescisión del contrato celebrado con la casa de Ansaldo para la adquisición de varios buques de guerra, efectuado por el Sr. Cánovas del Castillo, de imperecedera memoria, ejecutada por el Sr. Ministro Moret, el abandono de las fuerzas españolas en Filipinas; la destrucción de la escuadra del valiente é infortunado Almirante Cervera, mandándole salir de Santiago de Cuba á pesar de sus observaciones y otros muchos hechos, denota que si no estaba obligado con los enemigos de la Patria, los favorecía con su apatía, imprevisión y falta de patriotismo. Tercero: que la guerra sostenida hasta aquí, ha estado subalternada en todo el Gabinete español, sin tener los Jefes de los diversos cuerpos de Ejército, libertad de acción en sus movimientos, ni protección alguna en los momentos más preciosos para combatir con éxito al enemigo. Cuarto: que la destrucción de la escuadra Cervera y la capitulación de las fuerzas en el puerto de Santiago de Cuba, cuyo hecho se escribirá en la Historia para baldón del Gabinete del Sr. Sagasta, no ponen á España en la imposibilidad de continuar defendiendo su soberanía y sus derechos, y mucho menos se le puede declarar vencida en la lucha, único caso en que se vería obligada á someterse á la ley del más fuerte.

Protestamos de la manera más enérgica y solemne, contra los términos vergonzosos contenidos en el protocolo de Paz, ajustada entre el Gabinete Español y el Gobierno de los Estados Unidos de Norte-América. Excitamos muy formalmente á la Junta Patriótica de la capital de República, para que se dirija á las Cortes de Madrid en nombre de la Colonia de México, á fin de que por ningún motivo consienta en la desmembra-

ción del territorio español, vigile por la honra de la Patria, y rechace, con la indignación que merece, ese Protocolo vergonzoso de paz, y así mismo, para que excite á todas las Juntas Patrióticas de la República y á todos los españoles, sea cual fuere el lugar de su domicilio, á que ayuden á la Patria en estos momentos de prueba porque atraviesa, con sus intereses, con su sangre, ó con lo que puedan, para salvar de la deshonra que quieren imprimir sobre su frente un puñado de malos y traidores hijos.

Presidente, *Vicente Pérez.*—Secretario, *José Calleja.*

Protesta de Túxpan. Estado de Veracruz.

La pequeña Colonia española radicada en este puerto, no puede ni debe guardar silencio ante los vergonzosos episodios que se vienen desarrollando en nuestra desventurada Patria, por los gobernantes decrépitos y traidores en cuyas manos cayó la dirección del Gobierno, después de la inolvidable tragedia de Santa Agueda. Así como respondimos al grito que se nos diera el año 1895, iniciando cuantiosa suscrición para el aumento de nuestra infortunada escuadra, y más tarde para ayudar al sostenimiento de nuestro ejército de operaciones en los campos de Cuba, hoy que vemos defraudadas todas nuestras esperanzas, con la mayoría de nuestros buques de guerra en el fondo de los mares, con nuestros valientes marinos prisioneros del enemigo, con nuestros soldados en camino para la Península después de haber dejado la dignidad de la Patria en poder de los yankees, con la entrega de los Mauser que les diera España para morir defendiéndola; después de tantos desaciertos transmitidos á todo el mundo por boca del vencedor, inculpando vencidos y vencedores á los Ministros de la Corona de faltos de talento para dirigir la campaña, de energías para el mando de los subalternos y de valor para levantar el espíritu de ese pueblo español, que tiene páginas en su historia como las de Zaragoza, donde se fusilaba al que hablara de capitulación, hechos como el sitio del Perú, donde el inmortal Rodil nos dejó escrito con torrentes de sangre un Código por el que deben regirse nuestros Generales para la rendición de una plaza española; después de esos hechos tan gloriosos para el pueblo ibero, no puede tener nuestro labio otra expresión con que anatematizar al Gobierno responsable que la de ¡traidores!

Santiago de Cuba, Ponce, Mayagüez, Yauco, Juana Diaz, Arroyo y Guayama, son plazas que representan una población de más de doscientos mil habitantes. ¿A cuántos invasores se han rendido esas poblaciones? ¿por qué lo hicieron? ¿para qué

sirvieron Blanco en Cuba y Macías en Puerto Rico? Para nada; para presenciar el despojo de los últimos girones que nos quedan en América. vendidos en la Corte por un político tan infame como aquel Obispo D. Oppas, de inolvidable recuerdo. Para eso han servido Blanco en Cuba y Macías en Puerto Rico.

El pueblo español yace en el mayor de los letargos. ¿No habrá un Weyler que lo despierte? ¿Ya no quedan en nuestra adorada Patria descendientes de Daoiz y Velarde? ¡Oh, sí los habrá! entonces. . . . .presenciaremos en las postrimerías del siglo XIX las enseñanzas que diera al mundo el gran pueblo francés, al terminar el pasado siglo.

Que venga la redención, si para conseguirla se impone un nuevo noventa y tres, ¡¡bendita sea!!

Luis Montolo.—Silverio A. Gutiérrez.—Bernardo Arteaga. —M. González.—Emilio Cervio.—José Mesequer.—Jesús Ortíz.—Emilio González.—Tomás de la Huerta.—J. Huerta.—Ricardo Gómez.—Juan Astorquizá.—Braulio García.—Alejandro Bada.—José Fernándes Noval.—José Lorenzo.—Dionisio P. marañón.—Daniel Díaz.—Aquilino Folgueras.—Santos Gonzáles Pedro Mester.—José Viñas.—Fermín Fernandez.—Cludio Valdéz.—Faustino Ferandez.—Primitivo Rodriguez.—Pascual Borque.—Gerardo Folgueras.—Matías del Foyo.—Matías del Foyo.—Francisco C. Ferrando.—Antonio Sierra. —Carlos Lorenzo.—José Arzuaga.—Antonio Peña.—Adolfo Fernandez Madrero.—José Granda.—José F. Fernández.—Ramón Tato de la Fuente.—AntonioR. Peña.—Pedro G. Blanco.—Francisco Luiña.

Protesta de la Colonia Española en Matehuala. San Luis Potosí

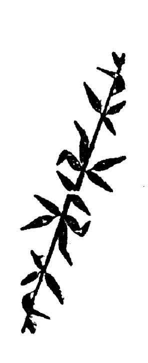
Los que suscribimos, en vista de las noticias que respecto á la paz entre los Estados Unidos y España publican los periódicos españoles de México, acordamos protestar, contra los actos del Gobierno que actualmente rige los destinos de nuestra querida Patria, por creer que al ser aceptadas las proposiciones generales que para la terminación de la guerra ofrecen los yankees, se menoscaban la honra de España y la gloria adquirida por ella durante siglos de heroica lucha. No pretendemos que todos los españoles residentes en esta República sean de nuestro modo de pensar; á los que estén acordes con nuestra protesta invitamos á que lo hagan constar á fin de que allá, en nuestra Patria, sepan el modo de pensar de los que á miles de leguas lloran las desgracias inherentes á la guerra y se avergüenzan al saber que van á ser despojados de pedazos queridos del territorio español.

La actual contienda la originó la decantada independencia de Cuba; en las bases propuestas por los Estados Unidos para la paz, no se conforman éstos con pedir dicha independencia contraria á los deseos de la población culta de la Isla; piden también la cesión de nuestra fiel Antilla, Puerto Rico, amada por España por su adhesión, y una de las islas Ladronas, del archipiélago Carolino, al cual defendimos en época no remota contra las intenciones de una poderosa nación europea.

No nos ha sido favorable hasta ahora la suerte en la guerra; pero por períodos más críticos pasó España y supo salir de ellos con el honor que la nación requería.

La Colonia Española de México, en varias ocasiones felicitó al Gobierno de España por su valerosa actitud frente á otra nación mucho más poderosa; ahora, al ser aceptadas las condiciones de paz impuestas, iniciamos esta protesta contra la aceptación de ellas por el Gobierno de España, por creerlas humillantes para el valiente pueblo español.

Suyos affmos. attos. S. S. Q. S. M. B.—Valentín Fernández. —Dámaso Ortiz.—Andrés Senosiaín.—Antonio Gaverre.—Juan M. Escajadillo. —Miguel Gavare.—José Díaz Cázares.—Francisco Quintana. Manuel Aranda.—Jose García.—I. Narezo.—José Pérez y Pérez.—Indalecio de la Torre.—R. Galnares.—Germán Martínez.—Felipe Ortiz.—Manrique Díez.—Enrique Calzada.—Joaquín Calzada.—Adolfo Dou.—Juan Puente.—M. Romano.—Anastasio Cueto.—Santiago Vivanco.—Eustaquio de Cos.—Ceferino Guillén.—José R. Angelina.—Juan Gil Marroquín.»



INDICE



MENDOZA

HISTORIA DE LA GUERRA
HISPANO - AMERICANA